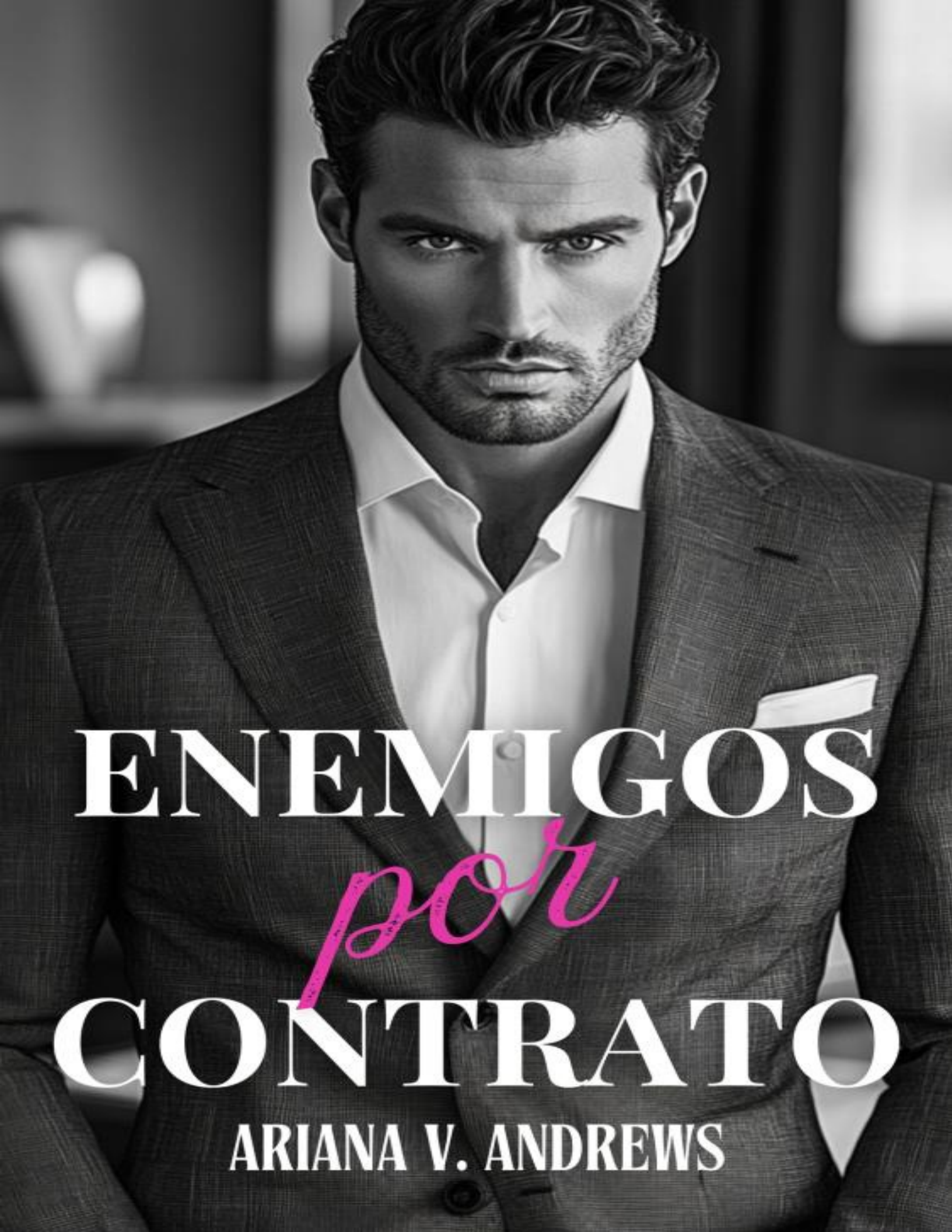

ENEMIGOS
por
CONTRATO
ARIANA V. ANDREWS

# ENEMIGOS *por* CONTRATO

ARIANA V. ANDREWS

© 2025, Ariana V. Andrews

Título: Enemigos por contrato

ISBN: 9798312567403

Sello: Independently published

Diseño de cubierta: Anne K. Austen

Maquetación y composición: Anne K. Austen

@annekausten

booksbyannekausten.com

annekausten@gmail.com

https://www.facebook.com/Anne—K—Austen

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

# CONTENIDO


1

Un tiburón con corbata

2

La paciencia infinita del diablo

3

La reina de la sociedad vs. la abogada del infierno

4

Un gin-tonic, un entierro emocional y Pereira tocando los cojones

5

Ruedas de prensa y otros preliminares inesperados

6

Desahogo legal: edición cuerpo a cuerpo

7

¿Sin lactosa? ¿Sin gluten? ¿Sin dignidad?

8

Del éxito profesional al culebrón en tres preguntas mal hechas

9

El litigio era de por vida, pero lo de mojar bragas también

10

Facturas, bebés y otros bienes de lujo (sin derecho a devolución)

**11**

Manual para no partirle la cara a un capullo en plena cena

12

¿Trabajo sucio? No, cariño. Trabajo fino y con tacones

13

Derecho Penal: Capítulo I – Follar con agravante de reincidencia

14

De amistades rotas, maridos tóxicos y secretos de mierda

15

Cómo desvelar secretos incómodos mientras finges que trabajas

16

Del expediente al pecado en tres miradas
17
Otra noche cerrando casos… y abriendo piernas
18
Desmontando el mito de tenemos que hablar
19
¿Plan B? Ojalá hubiera un Plan Pereira
20
Mamá, quiero ser abogada… no madre
21
Rojo pasión. Y no solo en los labios
22
Joder, Pereira, que esto era solo sexo
23
Los gallegos la tienen grande
Epílogo
Agradecimientos



# 1

# *Un tiburón con corbata*

El eco de mis tacones retumba sobre el suelo pulido del Juzgado de Primera Instancia de Madrid. Paso firme, mentón alto, mirada afilada. La coreografía de siempre. Pero por dentro... por dentro es otro asunto.

Hace calor, o quizá sea mi chaqueta la que me sofoca, o la falta de horas de sueño que arrastro y los años demostrando que merezco estar aquí todos los malditos días.

El aire está cargado de burocracia rancia y desesperación contenida, una mezcla que debería resultarme estimulante; siempre lo ha sido. Aquí, la justicia y la verdad importan menos de lo que deberían. Al final, se trata de ganar, y yo sé cómo hacerlo.

Me acomodo en mi silla con una elegancia ensayada. Traje gris impecable, coleta tirante, carpeta de cuero negro sin adornos. La mente, afilada como una cuchilla. Hoy no necesito más. Mi arma principal siempre ha sido mi lengua.

Frente a mí, el señor Gutiérrez. Sería un tipo anodino si no fuera por la furia contenida que le corre por las venas. Se ha empeñado en representarse a sí mismo, convencido de que nadie defendería su caso mejor que él. A su lado está Sandra, su ex, una mujer con dignidad reparada a base de fuerza bruta y tenacidad. Me gusta ella; ha decidido no desmoronarse ante su peor error:

casarse con este imbécil.

El juez Carrasco parece un hombre resignado a enfrentarse a la idiotez humana. Su mirada cansada grita: «aguanto esta mierda para pagar mi hipoteca». Ya ha vivido suficientes casos para saber que esta disputa terminará con alguien llorando… probablemente él mismo. A mí, en cambio, me parece un espectáculo digno de palomitas.

—Señor Gutiérrez, proceda —ordena, con la voz monocorde del que preferiría estar en un retiro espiritual sin cobertura móvil.

Gutiérrez se levanta con esa pomposidad propia de quien cree que su gran momento ha llegado. Se aclara la garganta, alisa su corbata y adopta un tono cargado de gravedad absurda.

—Señoría, estoy aquí para solicitar la custodia exclusiva de Nala debido a la conducta irresponsable de mi exmujer.

Mis labios se curvan en una sonrisa lenta y peligrosa. Nada bueno sale cuando alguien usa esa expresión.

—Continúe, por favor.

—Nala merece estar en un hogar estructurado y responsable. Yo puedo ofrecerle estabilidad y disciplina.

Se hace un silencio expectante. El juez levanta una ceja. Yo juego con mi bolígrafo, dispuesta a destriparlo verbalmente.

—¿Podría definir estabilidad? —pregunto, sin disimular mi escepticismo—. ¿Qué le falta exactamente en el hogar de mi clienta?

Gutiérrez hincha el pecho, convencido de su argumento.

—Todo —dice con la misma convicción de un hombre que lleva años sintiéndose el centro del universo—. La señora Lázaro es una irresponsable. Deja que Nala duerma en su cama, salte en el sofá y, lo peor de todo… —hace una pausa teatral— la lleva a ciertos establecimientos poco apropiados para ella.

Me tomo mi tiempo antes de responder.

—¿Poco apropiados? —arqueo una ceja—. ¿Estamos hablando de bares clandestinos? ¿Casinos ilegales?

—No —responde, indignado—, cafeterías. Lugares donde la rodean desconocidos y donde se fomenta un comportamiento que… bueno, que no es precisamente educativo.

Oh, por favor.

—¿Y qué tipo de comportamiento es ese? —pregunto con fingida curiosidad—. ¿Demasiado azúcar en los desayunos? ¿Demasiado contacto social? ¿O estamos hablando de algo más peligroso? ¿Lectores de poesía en voz alta?

Gutiérrez se enrojece. Me encanta cuando lo hacen. El juez se pasa la mano por la cara con un suspiro monumental.

—Y lo peor —añade, echando el resto—: ¡Sandra ha inscrito a Nala en clases de yoga! ¡De yoga, señoría!

Silencio absoluto. Hasta el secretario del juzgado se detiene en seco, disimulando una tos para no estallar en carcajadas. Yo mantengo mi expresión impasible, como si acabara de escuchar algo digno de una disertación académica.

Me inclino con lentitud, mi voz cargada de falsa preocupación.

—Permítame aclarar, señor Gutiérrez: ¿está sugiriendo que la flexibilidad física podría afectar negativamente a… Nala? ¿Quizá teme que aprenda a hacer posturas complicadas y desarrolle una conciencia espiritual que le haga cuestionar su relación con usted?

El juez se atraganta. Ernesto Gutiérrez está rojo como una langosta cocida.

—Lo que quiero decir es que… no es natural. La está malcriando.

—¿Malcriando? —repito, inclinándome hacia él con una sonrisa de depredadora lista para atacar—. ¿Se refiere a… ofrecerle una vida plena y feliz? Porque suena terriblemente peligroso. ¿Deberíamos abrir una investigación sobre exceso de amor y bienestar?

—Lo que está haciendo es ridículo... —balbucea Ernesto, ahora sin recursos.

—Ridículo es que estemos aquí, señor Gutiérrez —le espeto, afilando mi tono—. Porque después de lo que he escuchado, la única víctima evidente en este caso es su ego herido.

El juez levanta la mano, pidiendo misericordia.

—Señor Gutiérrez, ¿alguna prueba concreta de que su exesposa es un peligro para Nala?

—Bueno... no... aún no... —admite, derrotado.

—Gracias por su sinceridad. —Le dedico mi mejor sonrisa ácida.— Señoría, solicito que mi clienta sea absuelta de todas las acusaciones de… radicalización canina y que conste en acta que mi clienta solo ha sido culpable de cuidar demasiado bien a su... perra.

Más risas sofocadas. El juez suelta un suspiro profundo.

—Dictamino custodia compartida. Fines de semana y días festivos alternos. Y les ruego que no vuelvan a pisar este tribunal jamás.

Me levanto con elegancia, recogiendo mis documentos mientras Ernesto sigue murmurando algo sobre malcriar y sobreprotección. Mi clienta sonríe por primera vez en semanas.

Mientras salimos, susurro:

—Deberíamos haber mencionado lo de los talleres de cerámica. Igual lo hacía explotar.

Victoria total. Otra vez.

Las puertas de cristal de *Aldana Abogados y Asociados* se abren con un suave chasquido y me encuentro con el aire cargado de formalidad de siempre. Mármol frío. Cristales impecables. El tipo de lugar que intimida a cualquiera que no tenga los bolsillos lo suficientemente profundos.

Mi móvil vibra justo en ese momento. Deslizo la pantalla sin mirar, esperando un mensaje de Alejandra, mi secretaria, en cambio, es mi padre.

Joaquín Aldana. Mi relación con él es tan sencilla como un contrato prematrimonial redactado en arameo. Profesional, efectiva y carente de cualquier emoción innecesaria.

Deslizo la pantalla y respondo sin detenerme.

—Valeria, ven a mi despacho. Ya.

Cuelga. Estupendo. Apuesto lo que sea a que se trata del dichoso caso nuevo. El cliente más complicado que hemos tenido en años. La prensa acecha y las leyes son un campo de minas.

Subo en el ascensor sin mirar mi reflejo en el espejo. No hace falta. No tengo tiempo para ajustes ni para analizar si el cansancio se nota en mi cara. Lo importante es que el traje está impecable y la mente, enfocada.

Afuera me espera otro día de batallas legales, otra pelea en la que alguien saldrá perdiendo. Espero que no sea yo.

Cuando las puertas se abren, suelto el aire y me obligo a moverme. Da igual si hoy me siento más cansada que de costumbre. En este mundo, si titubeas, pierdes.

Entro sin llamar a su despacho, como siempre. Él tampoco espera otra cosa.

Y me paro en seco.

Porque está él ahí.

Roi Pereira.

Una presencia que debería haber desaparecido junto con mis inseguridades adolescentes.

Está de pie, frente a la ventana, las manos en los bolsillos de su traje perfecto y entallado, el reloj en su muñeca derecha discreto y terriblemente caro. Todo en él es control y precisión. Serenidad peligrosa.

No ha cambiado una mierda desde que pasaba de refilón por mi vida en esos locos veranos en San Xoán, en la costa gallega. El mismo porte seguro. La misma arrogancia tallada a cincel. Altísimo. Complexión de alguien que podría arrancarte la cabeza sin despeinarse, pero que prefiere destrozarte con una mirada afilada.

Al girarse, sus ojos me golpean con una frialdad impecable. No hay sorpresa en su rostro, ni molestia; solo atención contenida, una evaluación silenciosa.

—¿A qué debo el honor? —pregunto, cruzándome de brazos.

Me mira despacio, como si calculara el daño exacto que puede causar mi existencia en su vida.

—Valeria. —Solo eso: seco, directo, sin adorno.

—Roi. —Imito su tono con sarcasmo destilado—. ¿Te has perdido? La oficina de abogados con complejo de Dios está al otro lado de la calle.

Nos miramos como dos animales en una jaula demasiado pequeña. Me apoyo en la mesa con calma. Él no se mueve ni un milímetro. Todo control y fuerza contenida.

Mi padre carraspea desde su escritorio, ignorando la tensión brutal que acaba de instalarse en la habitación. Es probable que el viejo zorro lo haya previsto ya.

Me acerco despacio, dejando mi bolso sobre la mesa con un golpe seco. No me gusta esto. Nada.

El tipo tiene una calma inhumana. El único movimiento es el ajuste de su reloj con un movimiento leve de su muñeca.

Mi padre interviene:

—He pedido apoyo externo. La situación legal del caso Montalvo-Sanabria es más compleja de lo que esperaba. Roi está aquí para asesorarnos y ayudarnos.

Ya, claro. No ha venido a ayudar; ha venido a mandar. Y yo lo sé.

—No necesito apoyo. —Cruzo los brazos despacio—. Este es mi caso.

—Yo tampoco he decidido si quiero involucrarme del todo —responde con calma medida—. Pero estoy aquí para valorar si merece la pena.

Me niego a ceder. No voy a dejar que se adueñe de esto. Sé que es el mejor penalista de España. Exfiscal, especialista en fraudes legales y casos mediáticos. Si hay alguien que puede blindar este caso, es él.

Lo sé. Lo sé mejor que nadie. Ese hombre no pierde. Su historial como fiscal en la Audiencia Nacional es impecable. Después, dejó el Ministerio Público para fundar su propio bufete, ganando cada caso que tocó. Es un tiburón. Preciso, calculador y frío como el invierno en Noruega.

Pero eso no es lo que me irrita. Lo que me irrita es que es él y nuestra historia es un campo de minas.

Me dejo caer en la silla que queda justo en frente de la mesa de mi padre. Roi sigue de pie por unos segundos, inalterable, como si valorara cuánto puede aguantar antes de molestarse siquiera en sentarse. Se toma su tiempo. Al final, lo hace con una calma estudiada a mi lado con esa seguridad insultante y las piernas ligeramente abiertas, como si tuviera los huevos más grandes de toda Europa Occidental.

—Vaya, qué cómodo estás. —Alzo una ceja, recorriéndolo de arriba abajo—. ¿También vas a sacarte los zapatos o prefieres que te traigan una copa para completar la estampa de dueño del mundo?

Ni se inmuta. Su mirada permanece fija en mi rostro, intensa y malditamente segura. Míster Justicia Impenetrable.

Ocupa el espacio como si la habitación le perteneciera. Su pierna roza la mía, apenas un milímetro de contacto, suficiente para que mi cuerpo se ponga en alerta. Me molesta.

Y, claro, ahí está su paquete, bien custodiado tras esa tela de traje caro. Como si escondiera el secreto mejor guardado desde el Área 51 o el maldito Santo Grial. Intocable, pero presente. Jodidamente presente.

Respiro hondo y fijo la vista en los documentos que mi padre desliza sobre la mesa. Letras impresas, números fríos, términos legales… mi refugio seguro. Cualquier cosa menos esa energía masculina desbordante que emana de Roi como si fuera algo inevitable como la gravedad o la muerte.

Mi padre suspira, claramente harto de nuestra dinámica, pero no interviene. Sabe que Roi y yo estamos más allá de cualquier advertencia profesional.

—El caso Montalvo-Sanabria es un desastre legal —explica, pasándole una carpeta gruesa a Roi—. Custodia internacional, fraude documental, posibles delitos penales…

Desliza los documentos sin apartar la vista de mí. Me está estudiando. Siempre lo ha hecho, incluso cuando solo era un adolescente y éramos solo dos presencias inevitables en esos veranos gallegos cargados de secretos y tensiones no resueltas.

Él era más alto, más serio y más inalcanzable que cualquier otro.

Para él, siempre fui la niña rica con una vida perfecta, chapoteando en una piscina infinita de revista mientras él trabajaba en el puerto, ayudando a su padre, con las manos cubiertas de grasa y el ceño siempre fruncido. Mis privilegios eran un insulto personal que nunca disimuló.

Los demás se morían por ser invitados a nuestra casa blanca en la colina, con sus terrazas interminables y jardines recortados a la perfección. Roi nunca mostró el más mínimo interés. Prefería su mundo áspero, real, tangible. Uno donde la ropa olía a sal y el esfuerzo se medía en callos y sudor.

Hasta que nuestros mundos chocaron. Y explotaron.

Y ahora está aquí: Inmutable, hermético y aterradoramente controlado. Mirándome como si todo aquello nunca hubiera ocurrido y yo solo fuera una figura decorativa en su impecable tablero de ajedrez.

Me obligo a respirar despacio.

—Sanabria va a por todas —comento—. No es una demanda de divorcio; es una guerra. Y él sabe de forma exacta dónde golpear. Alega que Eva Montalvo firmó un contrato inválido y que es inestable emocionalmente.

Eva Montalvo. Empresaria brillante, una de esas mujeres que parecen invencibles hasta que alguien se cuela en su vida y lo destroza todo.

Roi asiente ligeramente, procesando cada palabra. No dice nada aún, porque está valorando todas las posibles estrategias en su mente afilada.

—Jaime Sanabria tiene contactos en la prensa. Está filtrando información desde el principio —añado—. Querrá usar la cobertura mediática para presionarnos.

—Entonces habrá que adelantarse. No dejaremos que controle la narrativa —responde con esa seguridad fría que siempre me ha sacado de mis casillas.

Se produce un silencio cargado. ¿Eso significa que acepta el caso y que voy a tener que trabajar con él codo con codo?

Por un segundo, sus ojos oscuros se clavan en los míos, densos como el pecado, opacos como una promesa incumplida. Tienen esa intensidad abrasadora, esa forma de perforarme con la mirada como si pudiera ver debajo de mi piel, debajo de mis defensas, debajo de todo lo que intento aparentar.

Solo un instante. Suficiente para que mi cuerpo se agite.

Pero él no se inmuta. Nunca lo hace. Sigue ahí, perfectamente contenido, la mandíbula marcada bajo la presión de una paciencia que no existe. La sombra de la barba, justo en el punto exacto entre desaliñado y peligroso, la camisa blanca impecable, la chaqueta de corte milimétrico que se ajusta a sus hombros como si hubiera sido diseñada para esculpirlo.

Demasiado serio. Demasiado frío. Demasiado todo.

Y, sin embargo, cuando se mueve, lo hace con la letalidad de alguien que sabe exactamente el efecto que tiene.

Cuando aparta la mirada, mi cuerpo tarda un latido más en darse cuenta de que ya no está observándome.

Como el fuego que desaparece demasiado rápido.

Nos hemos cruzado más de una vez en los tribunales de Madrid. Él defendiendo a criminales de cuello blanco, yo desentrañando divorcios multimillonarios. Nuestros mundos no deberían colisionar, pero lo hacen. Constantemente. Como dos fuerzas opuestas condenadas a encontrarse.

Siempre ha sido igual. Miradas fugaces, cabezas inclinadas en reconocimiento profesional, pero ni una palabra.

Nos ignoramos. Por supuesto. Es lo que hacemos mejor.

Recuerdo verlo en las aulas avanzadas de la facultad, siempre con esa expresión tensa y reservada. Un hombre en guerra con el mundo antes de que el mundo supiera siquiera su nombre. Yo luchaba por destacar en un entorno donde todos esperaban verme fracasar.

Él destacaba sin esfuerzo.

Siempre era el mejor de su promoción, con una beca que solo conseguían unos pocos. Un depredador en un mundo de estudiantes mediocres. Por eso, cuando lo encontré después de tanto tiempo trabajando en la Audiencia Nacional, ya como fiscal implacable, no me sorprendió. Nació para esto. Para ganar y aplastar.

Odio que todavía me afecte. Respiro hondo y me obligo a recuperar mi compostura. No soy esa chica a la que hizo daño.

Soy Valeria Aldana.

Y no pienso dejar que Roi Pereira se adueñe de mi caso.

Ni de mi vida.

Ni de mi maldita cabeza.



# 2

# *La paciencia infinita del diablo*

Llevo toda la mañana preparando mentalmente mi contraataque. Ya que una cosa es aceptar que voy a tener que trabajar con Roi Pereira y otra muy distinta es verlo por escrito, firmado y sellado. Me jode. Me jode muchísimo. Y lo peor es que él lo sabe.

Me cruzo de brazos, apoyada en la mesa de reuniones, viendo cómo mi padre abre una carpeta con la tranquilidad de quien ya ha tomado una decisión y espera que los demás se adapten a ella.

—Aquí está. Un acuerdo de cooperación entre Pereira & Rivera y Aldana & Asociados —anuncia con neutralidad.

—No pienso firmar esto sin discutir los términos —digo con más firmeza de la que siento. Desafiar a mi padre nunca ha sido fácil. He pasado años intentando ser la hija perfecta, la que cumple, la que no da problemas, pero Roi Pereira siempre saca lo peor de mí.

Mi padre ni siquiera pestañea. Ni me mira.

—No hay nada que discutir. Ya está todo claro.

—Claro que hay cosas que discutir. —Aprieto la carpeta entre los dedos, como si pudiera

estrangular a alguien con ella—. Como quién tiene la última palabra en la estrategia legal. Y ya te adelanto que no pienso ser yo la que tome notas mientras Pereira decide por los dos.

Silencio. Roi no dice nada. Solo espera, con la calma exasperante de quien sabe que, al final, todo saldrá como él quiere. Lentamente, inclina la cabeza, como si me estuviera dando un segundo para desahogarme.

Y me mira. Ese tipo de mirada que no dice absolutamente nada y, al mismo tiempo, lo dice todo.

—¿Has terminado?

No sé qué me enfurece más, su tono neutro, su paciencia inquebrantable o el hecho de que, en el fondo, tiene razón. Pero no pienso dársela.

—Firmo con una condición.

Mi padre suspira. Roi sigue sin inmutarse.

—Qué sorpresa —murmura, como si esto fuera la previsión meteorológica del día.

—Quiero que quede claro que yo tomo las decisiones en este caso tanto como tú.

Roi asiente despacio, casi perezoso.

—Vale.

—¿Vale? —repito, desconfiada.

—Sí. —Se encoge de hombros, sin molestarse en hacer de esto un problema—. Yo no necesito protagonismo. Me basta con que el caso se gane.

Su indiferencia me exaspera aún más. Mi padre desliza la pluma por la mesa y, aunque ya he leído el contrato de arriba abajo y sé que no puedo cambiar nada más, lo miro como si pudiera encontrar una salida que no existe. Pero no la hay. Nunca la hubo.

Porque esto no es solo un contrato. Es la prueba de que, una vez más, mi padre no ha confiado en que yo pueda llevar este caso sola.

Siento la atención de Roi fija en mí, paciente, inalterable, esperando a que haga lo inevitable. Como si supiera que, en cuanto la coja, habré perdido.

Y lo odio porque tiene razón.

Tomo la pluma y firmo. No tengo elección. Este es el caso que demostrará que soy más que el apellido Aldana. Aunque trabajar con Roi Pereira sea como venderle el alma al diablo.

Mi padre recoge el contrato con la frialdad de quien no tiene tiempo para sentimentalismos. Para él, esto ya está resuelto, un mero trámite. Para mí, acaba de convertirse en una condena.

—Bien —dice sin más, guardando los documentos en su carpeta de cuero antes de dirigirse hacia la puerta—. Ahora podéis empezar.

Tan fácil. Como si no acabara de ponerme una cadena al cuello.

Me paso una mano por la frente, reprimiendo el impulso de cerrar los ojos y respirar hondo. No pienso darle el gusto a Pereira de verme perder la compostura. Me giro hacia la mesa de reuniones, donde todo lo que necesito para empezar ya está esperándome.

Los documentos del caso Montalvo-Sanabria están esparcidos sobre la mesa de reuniones: carpetas gruesas, contratos firmados, declaraciones juradas. El típico caso que mi padre nunca rechazaría. Es demasiado mediático y suculento. Y entiendo por qué ha traído a Roi Pereira. El tiburón más grande que podría encontrar y el que le asegura que puede ganarlo.

Roi se coloca frente a mí, de pie, con la espalda recta, la postura relajada, una mano en el bolsillo y la otra pasando levemente sobre los documentos, como si no necesitara más que un vistazo para entenderlos.

Me esfuerzo en mantener mi mirada fija en los documentos, ignorando el campo gravitacional que parece generar cada vez que está cerca. No voy a darle el gusto de verme incómoda. Ni ahora, ni nunca.

Puedo notar su perfume, discreto pero contundente, el aroma limpio del *aftershave* mezclado con algo amaderado que encaja demasiado bien con su forma de ser: seco, preciso, sin adornos innecesarios.

Levanto la mirada.

Él ya me está observando.

Su expresión es la misma de siempre: impenetrable, fría y perfectamente calculada. Parece tranquilo. Yo, en cambio, estoy lista para la guerra.

—Vamos a empezar —digo, directa, sin rodeos—. No quiero perder más tiempo del necesario.

Deslizo una carpeta gruesa hacia él con un movimiento rápido.

—Explícamelo —ordena. Su voz es baja, controlada, sin dejar espacio para discusiones.

Respiro hondo y empiezo, sin apartar la mirada.

—Eva Montalvo y Jaime Sanabria firmaron un contrato de gestación subrogada en Grecia cuando todavía estaban casados. El embarazo ya estaba en marcha cuando se divorciaron. El niño nació tres meses después de la separación.

Silencio absoluto. Me dejo caer contra el respaldo de la silla, cruzando los brazos, disfrutando el momento.

—El problema es que la gestante decidió que quería quedarse con el bebé. Alega que fue engañada emocionalmente y que Eva nunca tuvo un verdadero deseo de ser madre, que lo hizo más por Jaime que por convicción propia. El niño está bajo la custodia temporal de Katerina Milos, la gestante, porque Grecia reconoció su derecho a quedarse con él mientras se resolvía el proceso judicial.

—¿Y España? —pregunta, sin levantar la vista de la carpeta.

—En España, Eva no es nadie. —Dejo caer las palabras con frialdad—. Nuestra ley no reconoce la maternidad subrogada. Legalmente, no tiene derechos sobre el niño. Solo Jaime Sanabria aparece como padre biológico.

Levanta lentamente la vista.

—¿Y Jaime Sanabria? —pregunta.

Sonrío con desdén.

—Jaime Sanabria es un manipulador profesional. Su empresa está en quiebra, pero su mayor activo es su capacidad para mentir con una sonrisa de portada de revista. Eva Montalvo tiene una compañía que vale millones. Si él consigue la custodia del niño, puede chantajearla hasta el fin de los tiempos porque Eva no quiere renunciar al niño. Se ha aliado con Katerina, convenciéndola de que debe pelear por el bebé. Si ella gana en Grecia, Jaime solo tiene que dar el siguiente paso: reclamar la paternidad y exigir su parte. Y cuando eso pase, tendrá la llave para controlarla.

Deslizo otra carpeta hacia él, sin suavidad.

—El juez de Atenas todavía no ha decidido quién se queda al niño. Tenemos dos meses antes de que Grecia emita una sentencia definitiva. Si Sanabria logra convencerles de que Katerina es la madre adecuada, Eva pierde.

—¿Pruebas? —pregunta con la voz suave y afilada.

—Por ahora, indicios. —Entrelazo las manos sobre la mesa, desafiante—. Movimientos bancarios sospechosos. Jaime le transfiere dinero regularmente a la gestante. Según la auditoría

interna, hay contratos no declarados entre ambos. Es probable que le haya ofrecido una compensación económica.

Se inclina un poco hacia delante, con esa calma que me pone enferma.

—¿Indicios? —repite, dejando la palabra suspendida en el aire como una burla contenida—. O sea, nada concreto.

Aprieto los dientes, manteniendo la compostura.

—A algunos nos lleva tiempo hacer un trabajo impecable. No todos tenemos la suerte de conseguir sentencias solo con levantar una ceja.

Una ligera tensión se dibuja en su mandíbula, apenas perceptible.

—Lo que tú llamas impecable, yo lo llamo improvisación con envoltorio bonito —responde sin levantar la voz, como quien corrige un error insignificante en un informe aburrido.

Parpadeo.

—¿Envoltorio bonito? —repito, inclinándome ligeramente sobre la mesa—. ¿Eso es una crítica profesional o un intento patético de insultarme con elegancia? Porque si es lo segundo, Pereira, vas a tener que esforzarte más.

Roi mantiene la mirada fija en mí, su expresión intacta, sin inmutarse ni medio milímetro.

—Si fuera un insulto, lo habrías notado.

Mi risa es seca, incrédula.

—Oh, claro. Porque si hay algo que dominas a la perfección es eso de marcar la diferencia entre lo ofensivo y lo condescendiente.

—Me alegra ver que lo entiendes —murmura con esa calma asquerosa que me enerva aún más.

Aprieto la mandíbula, negándome a darle el placer de sacarme de mis casillas.

—¿Sabes? Lo que tú llamas profesionalismo, yo lo llamo complejo de Dios en traje a medida.

Su boca se curva en una sonrisa minúscula. Apenas un movimiento. Pero está ahí.

Y eso me jode aún más.

—Siempre tan creativa con tus descripciones, Aldana. —Su tono es suave, medido, cargado de esa indiferencia perfectamente calibrada—. ¿Es la misma creatividad que usas siempre para

reescribir la realidad a tu conveniencia?

Me inclino con mis manos apoyadas en la mesa, como una cazadora evaluando a su presa.

—Noto cierto rencor en tus palabras y no tengo tiempo para rencores reciclados de hace años. —Dejo que una sonrisa ladeada se estire en mis labios.

Él se endereza despacio, como si el mundo entero le debiera paciencia. Su mandíbula se tensa un segundo antes de responder.

—Tienes razón. —Sus dedos tamborilean suavemente sobre la mesa—. El pasado no importa... salvo cuando define lo que eres ahora… Siempre estás dispuesta a manipular a todo el mundo para que crean en tu pequeña versión prefabricada de la perfección. Me pregunto cuántas veces has tenido que salir corriendo cuando tu fachada perfecta empieza a desmoronarse.

El golpe es certero, cruel, calculado. Mi sonrisa no se tambalea ni un milímetro.

—¿Y tú? ¿Cuántas veces has fingido que tus principios te hacen mejor que el resto? Roi Pereira: el hombre que respira moralidad. —Dejo que mi voz se endurezca—. Porque si algo sé, es que siempre fuiste un maestro en dirigir la mirada de los demás exactamente hacia donde querías.

Sus ojos chispean con una oscuridad peligrosa, pero su expresión sigue siendo impasible. Me odia. Sé que me odia. No puede evitarlo.

—No eres mejor, Valeria. —Sus palabras son cuchillas de hielo—. Solo eres más rápida en esconder la verdad. Tienes talento para cubrir de oro lo que está podrido. Confundes poder con derecho. Crees que por llevar ese apellido tienes garantizado el control de todo.

Me río suavemente, sin apartar la mirada.

—¿Crees que tu pasado de chico pobre te da licencia para despreciar a cualquiera que no haya tenido que arrastrarse para sobrevivir? —replico, afilada como un bisturí.

Su mirada se oscurece apenas un matiz, pero su control es férreo.

—Respeto a quien se lo merece, independientemente de sus orígenes.

—Oh, así que es personal. No soy digna de tu respeto. Qué tragedia. Supongo que es difícil reconocer el mérito de alguien cuando llevas toda tu vida convencido de que nadie puede estar a tu altura.

Se inclina un poco más, con calma, esa maldita calma que parece cincelada en piedra.

—¿Te molesta? —pregunta suavemente, con una expresión helada—. ¿Que no me trague tus

mentiras como todos los demás?

Mis labios se curvan en una sonrisa peligrosa.

—Lo que me molesta es que sigas creyendo que alguna vez intenté engañarte. No eres tan especial, Pereira. Solo un obstáculo más en una sala llena de ellos.

Su mandíbula se tensa apenas un segundo antes de recobrar su expresión de mármol.

—Y tú sigues siendo la misma niña rica jugando a ser la víctima. —Su tono es tan controlado que la burla duele más—. Siempre culpando a otros cuando tu mundo perfecto se desmorona.

—¿Y tú? —replico despacio, dejando que cada palabra se clave—. ¿Cuánto tiempo vas a seguir fingiendo que tu complejo de mártir te hace mejor que los demás? El chico que se hizo a sí mismo. Tienes razón. Nunca entenderé lo que se siente al ser tan jodidamente inseguro que necesitas recordarle al mundo de dónde vienes cada vez que respiras.

Golpe directo y obtengo un parpadeo apenas.

—¿Inseguro? —una risa helada escapa de sus labios—. Prefiero eso a ser una manipuladora sin alma. Al menos yo no compro lealtades.

Mi pecho arde, pero no dejo que lo vea.

—Siempre fuiste un cobarde. —Mis palabras son como cuchillas—. Preferiste creer la peor versión de mí antes que enfrentarte a lo que realmente ocurría en tu propia familia. Fue más fácil odiarme, ¿verdad?

—Cuidado, Valeria. —Su voz es un susurro helado—. No vendas cuentos que nadie te compra.

Por un instante, veo algo oscuro en su mirada. Una furia controlada que esconde rápidamente, pero vuelve su atención a los documentos.

—Solicitaremos medidas cautelares inmediatas. Prohibiremos que Katerina pueda salir de Grecia con el niño y pediremos una orden judicial para congelar sus cuentas y las de Jaime. —Dicta las órdenes como si hablara solo, sin pedirme opinión.

Cruzo los brazos, desafiándolo.

—¿Y cómo piensas convencer a un juez griego de que intervenga en contra de una madre reconocida en su país? —pregunto, dejando claro que sé lo difícil que será.

Levanta la vista con una calma que me revuelve el estómago.

—Con pruebas claras de fraude documental y coacción. Si demostramos que hubo manipulación, el juez estará obligado a investigar.

Mi mandíbula se tensa, pero no cedo.

—También presentaremos una demanda de filiación en Madrid. Si conseguimos que la justicia española reconozca a Eva como madre legal, podremos solicitar medidas cautelares y forzar a Grecia a negociar.

—Bien —murmura, con una lentitud afilada—. Hazlo.

Es una orden. Fría, seca, sin espacio para discusiones.

Reprimo el impulso de lanzarle la maldita carpeta a la cara.

—Hazlo —repito, imitando su tono con burla—. ¿Siempre te limitas a repartir órdenes como si el mundo existiera para cumplirlas?

No responde al instante. Deja que el silencio se alargue, como si disfrutara del vacío entre pregunta y respuesta. Luego, su boca se curva apenas en un gesto que no llega a ser una sonrisa.

Pero lo es.

—Podrías acercarte a Sanabria —suelta, con esa calma afilada que me desquicia—. Una sonrisa bien colocada, un poco de simpatía… Seguro que sacas más información que con cualquier citación judicial.

Ahí está.

No está proponiendo una estrategia real, es un insulto velado. Le sostengo la mirada. No voy a darle la satisfacción de verme reaccionar, aunque mis dedos se tensan sobre la mesa.

—¿Ese es tu análisis jurídico? —respondo con una lentitud calculada—. ¿Quieres que menee el culo delante de un sociópata financiero porque crees que es la única forma en la que puedo hacer mi trabajo?

Un destello oscuro pasa por sus ojos. Apenas perceptible. Pero está ahí.

—No pongas palabras en mi boca, Aldana. —Su tono sigue siendo peligrosamente neutro—. Solo digo que, según tengo entendido, no sería la primera vez que usas tus encantos para obtener información.

Bastardo.

Sonrío despacio, saboreando el veneno.

—Me encanta cómo la expresión *usar mis talentos* suena casi profesional saliendo de tu

boca. Pero seamos claros, Pereira: si alguna vez tengo que agacharme para conseguir algo, será para arrancarle los cojones a alguien... no para enseñarle las bragas.

Él se reclina en su silla, despacio, como si le divirtiera mi respuesta. Sus dedos tamborilean suavemente sobre la mesa, una cadencia calculada que me pone enferma.

—Tranquila, Aldana. Solo digo que tienes un don para hacer que la gente te dé justo lo que quieres. Lo has hecho toda tu vida, ¿no? Manipular es tu arte. Solo intento aprovechar un recurso bien afinado.

Me inclino hacia adelante, los codos sobre la mesa, asegurándome de que mi mirada le atraviese como un puñal.

—Qué curioso que creas que lo que hago es manipulación —susurro, cargando cada palabra de veneno—. Debe de ser agotador vivir en un mundo donde la persuasión femenina te haga sentir tan... impotente. ¿Problemas de autoestima, Pereira?

Su mandíbula se tensa un milímetro. Sutil, pero lo noto. Siempre lo hago.

—No confundas autoestima con principios —responde con calma mortal.

—Por favor, ahórrame esa basura. He visto tu expediente. —Sacudo la cabeza con una risa áspera—.Has pisoteado a más gente de la que yo he defendido. No te engañes pensando que somos tan diferentes.

Su sonrisa se afila, peligrosa.

—La diferencia, Aldana, es que yo nunca he tenido que fingir ser el bueno de la película. Tú... —su mirada recorre mi rostro con desdén calculado—... siempre has necesitado ese maldito papel para justificar lo que haces. Ya lo hiciste antes cuando decidiste que jugar a ser salvadora te hacía sentir menos vacía.

Siento la sangre hervir bajo mi piel, pero no cedo. Él quiere que pierda el control, que muestre fisuras.

—¿Perdona? —pregunto suavemente, inclinándome hacia adelante—. ¿Te refieres a cuando intenté evitar que tu hermana arruinara su vida? Porque, para tu información, eso se llama ayudar. Sé que es un concepto extraño para ti.

—A diferencia de ti, yo no necesito adornar mis intenciones para poder dormir por la noche. —Su tono es tan frío que me congela el aire en los pulmones.

Nos quedamos en silencio, la tensión cargada de algo peligroso, denso. Un pulso eléctrico imposible de ignorar.

Finalmente, respiro hondo, forzándome a recuperar el control.

—¿Algo más, Pereira? —pregunto con una calma mortal—. O prefieres seguir con tu discurso de santo mientras yo hago del diablo.

Sus labios se curvan apenas en algo que podría ser una sonrisa... si no fuera tan afilada como una navaja.

—Haz lo que mejor sabes hacer, Valeria. Solo intenta que esta vez no acabe en llamas. Ya estoy cansado de apagar incendios... provocados por ti.

Un segundo más de contacto visual antes de que rompa la conexión y yo recoja los documentos con aspavientos innecesarios.

—Vete a la mierda.



# 3

# *La reina de la sociedad vs. la abogada del infierno*

Al llegar a mi despacho, me detengo al ver a Alejandra, mi secretaria, de pie junto a la puerta. Siempre está al borde del desastre o de una confesión dramática, dependiendo del día.

—¿Qué pasa? ¿Estás decidiendo si entras o si finges tu muerte para no entregarme algo que me va a cabrear? —le suelto, golpeando suavemente mi brazo con los dedos en un ritmo impaciente.

Alejandra se gira hacia mí y de inmediato noto algo extraño. Lleva un traje gris idéntico al mío. No similar, *igual*. Su melena oscura, lacia, cae justo hasta el pecho.

Paso los dedos por mi propio cabello. Brillante, pulido, liso como si la humedad no existiera en mi mundo. Lo llevo siempre recto, con la raya en el centro y sin un solo mechón fuera de sitio. No por capricho, sino porque el caos no tiene cabida en mi imagen.

Intento procesar la escena. Su peinado también es idéntico al mío.

—Espera un momento. ¿Estamos haciendo cosplay de mí y no me habían avisado?

—¿Qué? —pregunta, con un tono entre inocente y desafiante—. ¿El gris perla es tu color exclusivo ahora?

—¿Esto es una broma? —pregunto, señalándola de arriba abajo—. Porque si es tu idea de mimetizarte con el entorno, déjame decirte que lo estás llevando demasiado lejos.

Alejandra no se inmuta. Cruza los brazos, igual que yo, y levanta una ceja, también como yo.

—No te preocupes, te queda mejor a ti. —Su mirada es pura imitación descarada.

Suspiro, pero una sonrisa amenazante se me escapa. Alejandra es irritante, pero nadie puede negar que es entretenida.

—Eres consciente de que si alguien intenta asesinarme, tienes un 50% de probabilidades de ser tú la que reciba la bala. ¿Verdad?

—Déjalo ya, jefa. No nos parecemos en nada.

—Eso lo sé muy bien, pero dime ¿qué haces plantada delante de mi despacho?

—Ah, sí, eso. —Su expresión cambia, y me indica la puerta con un gesto teatral—. Tienes visita. Está dentro, esperándote.

—¿Quién? —pregunto con sospecha. Alejandra tiene un don para anunciar con exagerado entusiasmo esas noticias que siempre terminan complicándome la vida.

—Te va a encantar. Es *él*. —Sonríe con una mezcla de diversión y algo que podría ser empatía, pero nunca estoy segura con ella.

Un escalofrío me recorre la columna. *Él*. No necesito más detalles; solo puede ser una persona.

Empujo la puerta y entro con la cabeza en alto, lista para cualquier cosa.

Y ahí está, sentado en mi silla, como si todavía tuviera derecho a ese tipo de familiaridad. Ortiz. Mi ex. El hombre que me dejó para perseguir un espejismo de perfección en forma de Isabel, la reina de los cócteles de lujo y las cenas de gala. Tiene el porte de siempre: pulcro, apuesto, con esa facilidad para encajar en cualquier sala llena de ricachones. Pero sus ojos le traicionan; no están tan seguros como el resto de su postura.

—Valeria. —Se pone de pie al verme, y su voz suena igual que si se estuviera disculpando incluso al pronunciar mi nombre.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin rodeos, cerrando la puerta detrás de mí.

—Quería entregarte esto personalmente. —Extiende un sobre blanco, de esos con las iniciales de los futuros esposos grabadas como un logotipo de marca de lujo. Lo tomo con dos dedos, con el mismo recelo que si pudiera contaminarme.

—¿Es una invitación para tu boda? —digo, mientras la deslizo sobre el escritorio, sin abrirla.

—Sí. Isabel insistió en que te la trajera yo mismo. —Baja la mirada un segundo, pero enseguida recupera su compostura. Siempre hace eso cuando se siente culpable.

Isabel. Por supuesto. La dulce Isabel, siempre tan perfecta, tan correcta, tan completamente metida en su papel de «mejor partido de la alta sociedad». Claro que insistió. Esto no es una invitación, es una bofetada vestida en papel de seda y flores.

Lo observo un momento, evaluando si me apetece jugar al ataque o al contraataque. Con un suspiro leve, camino hacia mi escritorio y apoyo las manos sobre la superficie pulida, inclinándome ligeramente hacia él.

—¿Insistió? —pregunto, arqueando una ceja—. ¿Fue antes o después de elegir el diseño, el sobre de lujo y el papel texturizado con vuestras iniciales entrelazadas? Porque todo esto grita Isabel, no tú. Tú solías ser más... espontáneo.

Frunce los labios, incómodo. Siempre odiaba cuando lo ponía contra las cuerdas. Esa fue una de las razones por las que se fue. Yo era demasiado para él. O eso decía. La verdad es que yo era demasiado yo y él quería a alguien que encajara mejor en el molde.

—Valeria, solo quería hacer lo correcto. —Su tono suena casi conciliador, como si intentara apaciguarme.

—Claro. Porque entregar esto a la persona que has dejado por la mujer con la que te casas es lo correcto. Muy caballeroso. —Le dedico una sonrisa venenosa, pero él no se atreve a sostener mi mirada.

Suspiro agotada.

—¿De verdad crees que esto va a funcionar? —pregunto finalmente, señalando el sobre—. Tú, casado con Isabel, el epítome de la perfección encorsetada. ¿Cuánto crees que vas a durar antes de que te des cuenta de que estás atrapado en un escaparate en el que ni siquiera puedes respirar?

Su mandíbula se tensa. Ese es mi Mateo. Siempre intentando parecer más fuerte de lo que realmente es.

—Estoy haciendo lo que creo que es mejor para mí. —Su respuesta es pausada, medida, pero hay una grieta en su tono que no puedo evitar notar.

Me río, un sonido bajo y seco.

— Claro que lo haces. Y me alegro mucho por ti, de verdad. Pero una vida perfecta no

convierte a nadie en la persona perfecta. Cambiar de escenario no cambia quién eres.

Lo veo apretar los puños, un gesto que intenta disimular metiendo las manos en los bolsillos.

—Valeria… —comienza, con ese tono conciliador que siempre usaba cuando quería evitar una discusión—, lo nuestro estaba muerto mucho antes de que Isabel y yo… nos enamoráramos.

Dejo escapar una carcajada que resuena en el despacho como un disparo.

—¿Muerto? —repito, alzando una ceja—. Qué conveniente para ti. Claro. Lo nuestro estaba tan muerto que ni siquiera te molestaste en decírmelo hasta que ya habías ensayado tu boda con tu nueva novia.

—No es tan simple. Tú y yo éramos… complicados. Siempre había algo que nos alejaba. Y con Isabel… todo es diferente. Es fácil.

—Ah, claro. —Aplaudo, con una sonrisa cargada de veneno—. Porque lo que realmente buscabas era algo *fácil*, ¿no? Qué inspirador. La próxima vez que lea un libro sobre grandes historias de amor, buscaré un capítulo sobre lo sencillo que fue todo.

Suspira, pasándose una mano por el pelo con frustración.

—Valeria, no vine aquí para discutir, sino porque pensé que merecías esto. Una explicación. Un cierre.

—Cariño, no necesito un cierre —le respondo, sentándome en mi silla de manera brusca—. Ya cerré ese capítulo de mi vida en el que salía con un cobarde que no tuvo pelotas para terminar una relación antes de empezar otra.

—No la empecé mientras estaba contigo —dice rápidamente, como si aferrarse a ese detalle lo hiciera mejor persona—. Isabel y yo no hicimos nada hasta que tú y yo terminamos.

—¿Nada? —arqueo una ceja, dejando que la palabra cuelgue en el aire como una cuerda al cuello—. Verse a escondidas, enviar mensajes a deshoras, comprar regalitos y compartir miraditas cómplices y algo más… ¿no cuentan como nada?

Parpadea, como si no esperara que supiera tanto. Pero, ¿acaso no me conoce? Soy abogada, por el amor de Dios. Descubrir la mierda de la gente es mi especialidad.

—No fue así… —balbucea, pero su voz pierde fuerza.

—No fue así… —lo imito, exagerando su tono—. Deja de intentar convencerme de algo que ni tú mismo crees. La verdad es que no querías enfrentarte al hecho de que eras miserable. Y en lugar de tener los cojones de ser honesto conmigo, elegiste la opción cobarde: buscar una salida más cómoda antes de cerrar la puerta.

Se pasa la lengua por los labios, buscando las palabras. Sé que he dado en el clavo.

—Nunca quise hacerte daño, Valeria. —Sus ojos me buscan, intentando encontrar un resquicio de compasión.

Pero lo hiciste. —Mi voz es baja, pero afilada como un bisturí—. Y no porque te enamoraras de otra. Eso puede pasarle a cualquiera. Me hiciste daño porque ya estabas con un pie fuera antes de hablar conmigo, de decirme la verdad y darme la oportunidad de entender qué pasaba. Preferiste fingir que no había nada que salvar y seguir adelante como si nunca hubiera importado.

Su expresión se endurece. Finalmente, se está quedando sin excusas.

—¿Eso es lo que piensas que ocurrió? —pregunta, como si estuviera herido.

—No, eso es lo que sé de ti. —Me levanto lentamente, apoyando las manos en el escritorio para inclinarme hacia él—. Así que, felicidades por tu boda. Espero que Isabel sea todo lo que siempre soñaste.

Él se queda en silencio. Su mirada se tambalea un instante, y sé que mis palabras han golpeado justo donde quería. Finalmente, se endereza, forzando una postura de dignidad.

—Lamento que lo veas así. —Se gira hacia la puerta, pero antes de salir, añade—: Espero que algún día puedas entender que también hice lo que pensé que era mejor para ambos. Yo tampoco era lo que tú necesitabas, Valeria. Nunca lo fui.

Se levanta para irse y la puerta, que estaba entornada, se abre con un chirrido suave y ahí está él, detrás: Roi Pereira, el último hombre que querría presenciando esta escena.

Su figura domina el umbral, y su expresión impasible es como una obra de mármol perfectamente cincelada. Pero esos ojos. Esos ojos son otra historia. Me estudian con la misma precisión con la que disecciona un argumento legal, y luego pasan a Mateo con una frialdad que podría congelar el infierno.

Por un instante, la habitación se llena de una tensión tan densa que podría cortarse con un cuchillo. Los dos hombres se miran como si estuvieran midiendo fuerzas, aunque ni una palabra sale de sus bocas. No hace falta. Hay algo primitivo en esa quietud, algo que electrifica el aire.

Alejandra, por supuesto, aparece justo detrás de Roi, como si hubiera estado esperando este momento para servir palomitas.

—Valeria, gracias por tu tiempo —se despide Mateo mientras se endereza, intentando proyectar una falsa confianza. Se gira hacia mí, evitando la mirada de Roi—. Espero que

encuentres... lo que buscas.

La frase suena tan apenada que casi me da lástima. Casi.

Pasa junto al otro hombre con una rigidez que no puede disimular. Cuando sus hombros casi rozan, Roi ni se inmuta. Es como una estatua inamovible, y ese gesto pasivo de superioridad me resulta extrañamente satisfactorio.

Roi cierra la puerta detrás de él con un clic firme, ignorando por completo el rastro de tensión que queda en el aire. Es como si la escena anterior no existiera para él. En su mundo, lo único que importa son los hechos, las pruebas y los resultados.

Levanto la vista de la invitación de boda que sigue sobre mi escritorio y me esfuerzo por mantener la compostura.

—¿Qué necesitas? —pregunto, deslizando el sobre hacia un lado.

Avanza hacia mi escritorio con su precisión milimétrica. Deja una carpeta gruesa frente a mí, alineándola con el borde de la mesa como si todo en su vida estuviera siempre bajo control.

—No quiero perder el tiempo, Aldana. ¿Ya revisaste los artículos que han salido esta mañana?

Alzo una ceja.

—¿De qué hablas?

Se toma un segundo, ese maldito segundo que usa para medir si vale la pena explicarme algo que, según él, ya debería saber. Luego, saca su móvil, desliza la pantalla y lo deja sobre la mesa.

Un titular en negrita me grita en la cara.

«Eva Montalvo: la empresaria que compró un hijo y ahora quiere arrancárselo a su verdadera madre».

Un cosquilleo helado me recorre la espalda. No necesito leer más para saber que esto es un problema. Uno gordo.

Levanto la vista. Roi ya me está mirando con la paciencia de quien sabía que esto iba a pasar.

—Jaime Sanabria ha filtrado esta información. —Su tono es seco, sin sorpresa. Solo un hecho más que sumar a la lista.

Paso el dedo por la pantalla, bajando hasta el cuerpo de la noticia. Es peor de lo que pensaba.

—Mierda… —murmuro, apretando los dientes.

—Exactamente. —Cruza los brazos, esperando a que asuma la gravedad del asunto—. Sanabria está construyendo la narrativa que le interesa, y si no la contrarrestamos rápido, Eva entrará en esa sala de juicio con una diana en la espalda.

Me froto las sienes, tratando de procesar la magnitud del daño.

—No podemos reaccionar como si estuviéramos a la defensiva —digo al fin—. Si intentamos desmentirlo sin pruebas contundentes, solo reforzamos su versión.

Roi asiente, pero no de forma complaciente.

—Por eso necesitamos una estrategia mediática inmediata. Algo que nos ponga un paso por delante antes de que el daño sea irreversible.

Esto se está volviendo cada vez más jodido.

Respiro hondo y le sostengo la mirada.

—Dame un par de horas. Voy a hablar con Eva y ver cómo manejamos esto.

—Prepárate. Te van a llover preguntas.

Cierra la carpeta con un movimiento preciso y se gira para salir, pero antes de cruzar la puerta suelta, sin mirarme:

—Aunque si necesitas tiempo para... asimilar ciertos asuntos personales, dime y reajusto la agenda.

Y entonces sí me mira. Un instante.

Una mirada de absoluta neutralidad. Como si no fuera un comentario con segundas.

Mi sonrisa es lenta, afilada.

—¿Estás preocupado por mí, Pereira?

Él solo ladea un poco la cabeza.

—No. Pero sería una pena que el caso se viera perjudicado por distracciones personales.

Y con eso, desaparece por la puerta, dejándome con la invitación de boda aún en mi escritorio y un nudo en el estómago que no tiene nada que ver con el caso Montalvo-Sanabria.

Alejandra asoma la cabeza al instante, como si hubiera estado esperando su momento.

—¿Ya se ha ido? —pregunta con demasiada emoción en la voz.

—Sí. —La miro con una mezcla de exasperación y resignación—. ¿Qué quieres, Alejandra?

—Nada, solo vengo a comprobar si el aire aquí dentro seguía electrificado. Porque, chica, lo de antes con tu ex y luego Pereira entrando como si fuera un árbitro de boxeo... Esto es de lo mejor que he visto. —Sonríe ampliamente.

La ignoro, volviendo mi atención a los documentos frente a mí. Porque lo último que necesito es que Alejandra siga echando leña a un fuego que ni siquiera debería existir.

Mis ojos vuelven a la invitación de boda. Cualquier persona en su sano juicio la rompería y seguiría con su vida. Pero yo no soy cualquier persona. Y esto no es una invitación, es un desafío.

Isabel. La reina de la alta sociedad. La mujer cuya vida parece diseñada por un equipo de estilistas, asesores de imagen y probablemente algún estratega de guerra. Es el tipo de persona que convierte hasta un brindis en una declaración de poder.

Y… bueno, Mateo siempre ha sido excelente siguiendo instrucciones. Apuesto lo que sea a que con Isabel su encantadora despreocupación se convertirá en un traje de etiqueta perpetuo, ajustado y asfixiante. Puedo verlo ya: cócteles en los que la gente finge generosidad, cenas en restaurantes de moda donde la especialidad es la hipocresía, fines de semana en chalets de lujo repletos de sonrisas falsas y resentimientos soterrados.

Ella no busca un marido, sino un accesorio con buen porte y apellido respetable. Y, aunque él no lo admita, se está metiendo en una jaula de oro.

Sé lo que pretende. Esto no es cortesía, es un mensaje claro: *«Mira lo que te he quitado»*.

Alejandra me observa con una mezcla de fascinación y cautela.

—Ni se te ocurra romperla —dice finalmente, entrando como si hubiera sido invitada.

—No pienso ir para darle el gusto —respondo, aunque mi tono no suena tan convencido como me gustaría.

Alejandra me observa, ladeando la cabeza como un perrito curioso.

—No, claro que no. Pero no lo harás por ella, sino por ti. —Sonríe como si hubiera dicho algo profundo, pero en realidad solo está disfrutando del drama—. ¿Sabes el escándalo que podrías causar si vas? La prensa te amaría. La ex que aparece despampanante en la boda. Te veo ya en las revistas: La revancha de Valeria Aldana.

—¿Sabes, Alejandra? Eres una puñetera genio. —La miro con una mezcla de incredulidad y resignación.

—Y tú eres una jodida inspiración —responde ella sin perder un segundo, como si hubiera

estado esperando este momento toda su vida.

—Sí, pero deja de imitarme. —La fulmino con la mirada mientras señalo su traje, idéntico al mío. Ella simplemente encoge los hombros con ese aire de «lo siento, pero no lo siento» que la caracteriza.

—No puedo evitarlo. —Se acomoda el cuello de la chaqueta con gesto exagerado—. Es que tienes un estilo tan... dominante. Inspiras a las masas.

—Inspiro a las masas, pero no a clones —respondo con sarcasmo.

Alejandra sonríe aún más, satisfecha de haberme arrancado otra reacción, y se inclina un poco hacia la invitación que sigo sosteniendo.

—Entonces... ¿Vas a ir? Porque si decides ir, necesitas algo que grite «a mí nadie me gana» en letras mayúsculas.

Resoplo mientras me giro hacia ella:

—Alejandra, si voy, no pienso gritar he ganado. Pienso decir: aquí estoy, y estoy mejor sin él. Pero gracias por tu estelar aportación estilística.

Ella se ríe, haciendo un gesto teatral de reverencia.

—A tus órdenes, jefa. Y por cierto... —se endereza, colocando una mano en la cadera con gesto dramático—… ni se te ocurra ir sola. Tienes que ir con alguien que sea tan... tan... —busca las palabras, gesticulando con exageración— tan jodidamente espectacular que Mateo se pregunte si cometió el error del siglo.

—¿Ah, sí? —Apoyo la barbilla en mi mano, fingiendo interés—. ¿Y de dónde sugieres que saque a ese espécimen espectacular? ¿Me subscribo a *alquilerdehombresperfectos punto.com*?

Ella chasquea los dedos, ignorando mi sarcasmo por completo.

—No necesitas buscarlo. Ya tienes al candidato perfecto. —Se inclina hacia mí con una sonrisa que podría iluminar la recepción entera—. Llévate a Roi Pereira.

Mi mandíbula cae un milímetro. No sé si quiero reírme o echarla del despacho de inmediato.

—¿Perdona? —pregunto, arrastrando la palabra como si estuviera evaluando una broma particularmente mala—. ¿A Roi Pereira? ¿A esa torre de hielo ambulante con una agenda en lugar de corazón? ¿Es una idea seria?

Alejandra se apoya contra la puerta, disfrutando cada segundo de mi incredulidad.

—Piensa en ello, Valeria. Es guapo, impecable, y, sobre todo, tiene la clase de energía que

grita: «Ni lo intentes, porque soy mejor que tú en todo». —Hace un gesto amplio, como si estuviera describiendo a un héroe de acción—. Isabel lo vería y se daría cuenta de que se quedó con el premio de consolación. Mateo, por su parte, se moriría de celos. Ya has visto la mirada que le ha echado aquí fuera.

—Ah, claro —respondo, con una risa seca—. Nada mejor para aparentar haber pasado página que aparecer con un hombre que me odia y con quien probablemente acabe discutiendo en medio del brindis.

—Exacto. La tensión entre vosotros será tan intensa que todo el mundo la sentirá.

Le lanzo una mirada que podría congelar el mismísimo sol, pero ella apenas parpadea. Tiene ese brillo en los ojos que me dice que, en su cabeza, ya estamos comprando los billetes de avión para recibir el premio a la pareja del año.

—Alejandra —digo lentamente, apoyándome en mi escritorio—, quiero que sepas que tu capacidad para crear caos es admirable. Pero Pereira no es... —me detengo, buscando la palabra adecuada— apropiado para este tipo de espectáculos.

—¿Apropiado? Por favor, Valeria, deja esa palabra para los contratos legales. Tú necesitas que la boda sea un campo de batalla. Y Pereira… bueno, es tu arma nuclear.

Me cruzo de brazos, tratando de ignorar el cosquilleo de la idea en mi cabeza.

—No, imposible. Antes me apuntaría a clases de zumba con Isabel o me inscribiría en un *reality* de esos donde buscan pareja cocinando en pelotas. Pereira es como un cóctel molotov en un castillo de cristal. Puede que sea impactante, pero al final lo único que quedará será humo y cenizas.

—Puedo buscarte un acompañante contratado si quieres. ¿Prefieres eso? —Alejandra suelta la propuesta con la misma seriedad con la que pediría un café.

La miro fijamente, incrédula.

—¿Un acompañante contratado? —repito, dejando que la incredulidad gotee de cada palabra —. ¿Para que luego Isabel lo descubra y pueda añadir a mi currículum el título de patética ex que tuvo que alquilarse una cita? No, gracias. Si voy a hacer el ridículo, al menos que sea de manera magistral, no amateur.

Alejandra suspira dramáticamente, como si mi negativa fuera un revés personal.

—¿Entonces qué, jefa? ¿Piensas aparecer sola? Porque eso no va a hacerte lucir poderosa; va a hacerte parecer que todavía estás llorando por el idiota de Mateo.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—No estoy llorando por él.

—No, claro que no —dice, rodando los ojos—. Pero el resto del salón, repleto de sus amigos ricachones, no lo sabrá. En cambio, si llegas del brazo de un hombre espectacular… —alza las cejas con picardía—, por ejemplo, un exfiscal frío y despiadado que ya está en tu órbita… bueno, la historia cambia.

Niego con la cabeza de inmediato.

—No insistas. Pereira no es una opción. Es más probable que acepte ir con un cactus decorado que con él.

¿Pereira como mi acompañante? Solo de pensarlo, mi cabeza empieza a doler. Pero en algún rincón oscuro de mi cerebro, la imagen de Mateo desconcertado mientras yo camino del brazo de Roi Pereira… tiene cierto atractivo. Detestable, pero atractivo.

—Alejandra —digo, sin levantar la vista de los documentos que tengo sobre el escritorio—, encarga el ramo de flores para mañana. Que esté listo temprano, justo cuando abran el cementerio.

Ella levanta la cabeza. Su expresión cambia, apagándose el brillo de sarcasmo habitual. Su tono se vuelve suave, casi respetuoso.

—¿Quieres que incluya algo especial? —pregunta en voz baja, como si temiera romper algo frágil—. Una banda, tal vez. Algo que diga…

Deja la frase en el aire, dándome la oportunidad de terminarla. Levanto la mirada y mis ojos se encuentran con los suyos. Por un momento, el peso de lo que no decimos flota entre nosotras.

—Que diga: aún sigues siendo el mejor. —Mis palabras salen firmes, pero al final de la frase hay algo que se quiebra, algo que me esfuerzo por ignorar. Luego sacudo la cabeza y añado—: Que sea sencillo, como siempre. Elegante.

Alejandra asiente despacio, sin necesidad de preguntar más. Ya lo sabe todo. Sabe quién. Sabe por qué.

—Y… mañana no vendré a la oficina —añado, mi voz más baja ahora—. No me pases ninguna llamada. ¿Vale?

—Por supuesto —responde. Su tono no tiene esa chispa habitual, solo una comprensión medida que agradezco más de lo que jamás admitiré.

Cuando se va, me quedo mirando el espacio vacío frente a mí. El silencio se hace denso,

pesado. Bajo la vista hacia los papeles, intentando ahogar el eco de los recuerdos mientras cojo mi móvil y busco el contacto de Eva Montalvo.

Mañana será un día complicado. Un día más para aprender a llevar el peso de lo perdido.



# 4

## *Un gin-tonic, un entierro emocional y Pereira tocando los cojones*

El cementerio está envuelto en un silencio espeso, roto solo por el susurro del viento entre los cipreses y el crujido ocasional de mis tacones sobre el camino de grava. La bolsa que envuelve el ramo de flores se arruga en mi mano, y siento el peso en cada paso, como si llevara algo más que pétalos y hojas. Algo más denso que nunca se aligera.

Me detengo frente a la lápida y leo: *Adrián Aldana,* grabado con una elegancia sencilla que parece tan eterna como fría. Fecha de nacimiento: la misma que la mía. Fecha de muerte: el día que se llevó la mitad de mi existencia. Mi gemelo. Mi otra mitad. El niño que era todo lo que yo nunca fui. Y todo lo que yo quería ser.

Coloco el centro de flores con cuidado sobre la tumba. *«Aún sigues siendo el mejor»,* dice la banda. Porque lo era; el más cariñoso y más brillante. El que siempre sabía cómo hacerme reír incluso en los días en que todo parecía torcido. Y ahora soy yo la que sigue adelante, cojeando emocionalmente desde que él no está.

Me quedo allí, de pie, sin saber cuánto tiempo pasa. Lo único que oigo es el eco sordo de mi respiración, mezclado con los recuerdos, las risas compartidas y las peleas estúpidas que siempre

terminaban con un abrazo. O esa manera en la que podía decir mi nombre con solo una mirada.

—Valeria.

La voz me llega de golpe, como un eco que no esperaba escuchar. Me giro, y ahí está ella. Mi madre.

No recuerdo la última vez que la vi en persona. Está más delgada, más frágil, aunque todavía se las arregla para mantener esa apariencia de compostura que siempre fue su sello personal. Es 7 de junio y hace calor, pero aun así lleva una chaqueta y un pañuelo al cuello, como si sintiera un frío que no tiene nada que ver con la temperatura

—Mamá —digo, sin saber si suena a saludo o a una simple constatación de su presencia.

Ella avanza unos pasos, deteniéndose justo al borde de la tumba. Su mirada cae sobre las flores, y sus labios se tensan. No sé si está a punto de sonreír o de llorar, pero no hace ninguna de las dos cosas. Por supuesto que no. Ella nunca muestra más de lo estrictamente necesario en público.

—Es bonito —dice finalmente, con un tono suave, casi tímido.

Me cruzo de brazos, incómoda, como si la presencia de ella aquí rompiera ese algo que había intentado preservar solo para mí.

—Siempre lo es —respondo, más cortante de lo que debería. Pero no puedo evitarlo.

Ella asiente, y el silencio entre nosotras se hace más denso. Mira la lápida como si la estudiara, aunque sé que no necesita leer las palabras. Las conoce de memoria.

—No sabía que vendrías —comenta, y hay algo en su voz que casi parece... ¿vulnerabilidad?

—Siempre vengo —contesto de forma cortante.

Ella asiente de nuevo, pero no me mira. Sus ojos permanecen fijos en el nombre de Adrián, como si buscara algo que no puede encontrar.

—A veces pienso… que él estaría orgulloso de ti.

El comentario me golpea de una manera que no esperaba. No sé si me reconforta o me enfurece, pero me cuesta contener la oleada de emociones que se agolpan en mi pecho.

—¿De verdad? —pregunto, dejando que un atisbo de sarcasmo se cuele en mi voz—. ¿Eso crees?

Ella finalmente me mira, y su expresión es difícil de leer. Hay algo parecido a la culpa en sus ojos, pero también hay resistencia.

—Eres tan fuerte… Más que yo.

Fuerte. Esa palabra me pesa como una losa. La he escuchado tantas veces que ya no sé si es un cumplido o una condena. Respiro hondo, intentando mantener la calma.

—Bueno, tú siempre fuiste buena olvidándote de que yo también estaba aquí —respondo, más tranquila de lo que me siento.

Ella parpadea, pero no sorprendida.

—Valeria, no… —intenta replicar, pero la corto antes de que pueda seguir.

—¿No? —Doy un paso hacia ellas—. Me dejaste sola. Papá y yo intentamos... ¡Lo intentamos! Pero tú no estabas. Te encerraste en tu dolor y nos empujaste fuera.

Su respiración se acelera ligeramente, y sus manos tiemblan antes de que las esconda en los bolsillos de su chaqueta.

—No sabía cómo mirar a nadie sin pensar en él, cómo mirarte a ti sin derrumbarme.

—No quisiste saber cómo. —Mi tono es firme, aunque algo dentro de mí grita por parar. Esto es mi madre. Pero también es mi verdugo.

Ella cierra los ojos un momento, como si intentara reunir fuerzas. Cuando los abre, hay algo diferente en ellos. Un rastro de la mujer que una vez fue.

—Tú podías manejarlo sola. Yo… no podía.

Quiero gritarle que no quería ser fuerte sola, que quería una madre, pero las palabras se me quedan atrapadas en la garganta.

—Tú me obligaste a manejarlo sola y me enseñaste a no necesitarte.

No espero su respuesta. No espero nada. Me alejo con pasos firmes, sintiendo el peso de todo lo que no digo, de todo lo que probablemente nunca diré. Porque algunos vacíos no se llenan, y algunas heridas no se cierran. El dolor puede unir, pero también puede separar. Y a veces, el amor es lo que más duele.

Mi refugio está en Valdebebas, uno de esos nuevos barrios de Madrid donde todo parece recién salido de un catálogo de lujo: calles impecables, edificios de diseño vanguardista y una exclusividad que roza la burla. Mi apartamento ocupa uno de los áticos más codiciados de la zona, con una terraza privada que parece flotar sobre el horizonte.

Las ventanas de suelo a techo enmarcan el Parque Felipe VI, un mar verde que se extiende

hasta donde alcanza la vista, y por las noches, las luces de Madrid titilan a lo lejos, recordándome que la ciudad sigue viva aunque yo me sienta completamente ajena.

Camino descalza por la casa, atravesando el interior minimalista donde todo está perfectamente organizado. Muebles de líneas limpias, tonos neutros, tecnología integrada que hace que la casa prácticamente funcione sola. Un espacio sin distracciones, sin caos. Lo contrario a lo que llevo dentro.

Cuando empujo la puerta de cristal, la brisa nocturna me envuelve. En la terraza hay una piscina privada. Pequeña, moderna, con bordes de cristal que la hacen parecer un espejo líquido suspendido en el aire. Un capricho ostentoso, pero también un recordatorio. Sobre todo en un día como hoy.

El agua siempre ha ejercido una extraña influencia sobre mí. No la evito, pero la respeto. Me incomoda cuando me atrapa sin previo aviso, cuando me rodea demasiado rápido. Me ahoga más la idea de perder el control que el agua en sí misma.

Me dejo caer en una de las tumbonas, sin soltar mi Gin Tonic, con la mirada fija en el reflejo de las estrellas sobre la superficie inmóvil. No sé por qué termino viniendo aquí el mismo día a la misma hora cuando me pesa demasiado el pasado. Tal vez porque el silencio de esta terraza me obliga a escucharme. Tal vez porque el agua siempre ha sido el único espejo en el que no se puede mentir.

Adrián.

Dicen que los gemelos tienen una conexión especial. Sé que es cierto. Desde que Adrián se fue, siento que me falta la mitad de mí. Él era la parte que reía sin motivo, la que suavizaba todo con su sola presencia, la que nos mantenía unidos. Incluso el favorito de nuestros padres, aunque nadie lo dijera en voz alta. Pero yo lo sabía y no me importaba.

Hasta que se fue.

Y con él, todo lo bueno que quedaba. Lo dejó todo roto. A mi madre, a mi padre, a mí.

Desde entonces, el agua nunca volvió a ser solo agua. Se convirtió en un eco, en una sombra persistente. No me impide nadar, no me obliga a huir, pero me susurra cosas que preferiría no escuchar. Me recuerda lo rápido que puede cambiar todo, lo fácil que es hundirse cuando menos lo esperas. Lo sencillo que es desaparecer en un instante.

Y lo imposible que es volver.

El reloj en mi muñeca vibra de repente, sacándome de mis pensamientos. Suspiro, sin intención de mirar, pero mis ojos traicioneros se deslizan hacia la notificación.

«Soy Roi Pereira. Estoy en la puerta de tu casa. Es importante».

Me quedo inmóvil.

¿Pereira? ¿Aquí?

Miro hacia la entrada de la terraza, aunque sé que no puedo verlo sin rayos X en los ojos. Pero la sensación de estar demasiado expuesta me golpea con fuerza.

¿Cómo demonios tiene mi dirección? Y lo que es peor: ¿por qué siento que cualquier cosa que tenga que decirme va a arruinar lo que queda de mi noche?

El timbre suena por tercera vez desde que soy consciente de su insistencia, con ese ritmo seco y calculado que lo define. Suspiro y camino hacia la puerta con pasos lentos y descalzos, sintiéndome demasiado ligera, demasiado etérea para enfrentarme a su gravedad.

Cuando abro, ahí está. Una tormenta contenida en traje a medida.

No hay expresión en su rostro, pero su presencia llena el umbral con una autoridad indiscutible. Pereira no necesita levantar la voz para hacerte sentir que el mundo está ardiendo.

—¿Se puede saber qué parte de «esto es importante» no has entendido? —dice, cruzando el umbral sin esperar invitación.

Cierra la puerta tras de sí con un clic firme y avanza un paso hacia el salón, como si ya hubiera estado aquí antes y supiera exactamente dónde colocarse. Me recorre con la mirada de arriba abajo. No de la forma en la que un hombre mira a una mujer. No. Esto es un escaneo.

—¿Quién te ha dado permiso para irrumpir en mi noche de autocompasión? —pregunto, apoyándome en el marco de la puerta con más arrogancia de la que realmente siento.

Él no se gira de inmediato. Se toma su tiempo, observando la sala como si estuviera evaluando el estado de una escena del crimen. Luego, levanta el móvil y me muestra una lista interminable de llamadas perdidas y mensajes sin responder.

—Llevo dos horas intentando localizarte. He pensado que estarías ocupada en algo realmente significativo, pero veo que solo estabas llorando por tu ex.

Su tono es seco. Frío. Cargado de una impaciencia medida, como si ni siquiera valiera la pena molestarse en estar molesto.

Me río, despacio, y levanto el vaso de gin tonic con el hielo derretido en un gesto de brindis perezoso.

—¿Llorando por mi ex? Por favor, Pereira, dame algo de crédito. Si voy a destruir mi

hígado, al menos que sea por una razón digna.

—Inspirador. —Su expresión sigue siendo la de siempre: mármol inquebrantable—. ¿Sabes qué no es digno? Ignorar a la prensa mientras Sanabria aparece en horario estelar. Enciende la televisión.

Frunzo el ceño.

—¿De qué estás hablando?

Coge el mando a distancia sin pedir permiso y lo hace él mismo. Las imágenes aparecen de inmediato en las noticias del canal 24 horas, directas a la yugular.

Jaime Sanabria. Rodeado de flashes y micrófonos, pronunciando declaraciones cuidadosamente ensayadas.

«Solo quiero lo mejor para mi hijo y que esta situación se resuelva de manera justa y pacífica. Todo lo que he hecho ha sido por el bien de mi familia».

La bebida se me atraganta.

El ángulo de la cámara, los gestos estudiados, todo está diseñado para pintarlo como el héroe incomprendido de un drama familiar. Un espectáculo de manipulación emocional en alta definición.

—¿Qué demonios está haciendo?

—Arruinar tu caso antes de que puedas siquiera empezar a defenderlo. —Roi apaga la televisión y se gira hacia mí—. Está usando la prensa para posicionarse como víctima. Y tú, mientras tanto, aquí estás, ahogándote en ginebra y autocompasión.

Suelto una risa amarga, dejando caer la cabeza contra la pared de mi salón frente al televisor.

—¿Sabes cuál es tu problema, Pereira? Crees que todo el mundo funciona como tú: frío, calculador, inhumano. Algunos de nosotros necesitamos un maldito respiro antes de seguir peleando.

—¿Un respiro? —arquea una ceja, su tono tan afilado como una hoja—. Esto no es un juego. Jaime Sanabria no va a esperar a que termines de reconciliarte contigo misma. ¿Quieres ganar este caso o no?

Mis dientes se aprietan.

—No estoy en condiciones de pensar en Sanabria ahora mismo.

Él avanza un paso, y por primera vez en la noche, hay algo en su expresión que rompe su

frialdad habitual.

—No, claro que no. —Su voz baja un grado, pero gana en intensidad—. Sin embargo, mientras tú estabas aquí perdiendo el tiempo, yo he estado solucionando lo que tú no has hecho.

—Qué considerado. —Cruzo los brazos, desafiante—. ¿Y qué solución brillante has encontrado esta vez?

—Vanity Fair. —Su respuesta es un disparo limpio—. Han accedido a hacer un reportaje exclusivo sobre el caso. Mañana. Quiero que estés impecable. Esto es importante.

Parpadeo.

—¿Vanity Fair? ¿Un reportaje? ¿Y cuándo planeabas mencionarme esto?

—Ahora mismo. —Su tono es seco, casi irritado—. Esto no es algo que se consiga con una llamada rápida. He tenido que maniobrar para que nos diesen un espacio en su suplemento. No es lo habitual, y lo sabes. Es nuestra oportunidad de reforzar la imagen de Eva Montalvo. De posicionarla como una mujer seria y capaz, mientras Jaime Sanabria sigue quemándose en el circo mediático que él mismo ha creado.

Lo observo, incrédula. Él, como siempre, se muestra imperturbable. Podría ser un bloque de mármol que ha decidido animarse a hablar por pura cortesía.

—¿Y qué propones? —Mi tono está cargado de sarcasmo—. ¿Que me ponga mi mejor vestido de gala, me plante frente a la cámara y finja que soy encantadora mientras tú haces tu truco de imitación de un iceberg?

Ni un parpadeo.

—Exactamente.

—Qué sorpresa.

Su mirada se endurece un grado.

—Quiero que dejes tus emociones aparcadas en la puerta, igual que haces en los juicios. Mañana tienes que parecer impecable, profesional. Nadie quiere leer sobre una abogada que no puede manejar sus propios problemas personales.

La rabia me recorre la piel como electricidad estática.

—Nadie mejor para darme lecciones sobre emociones que tú, el rey de lo reprimido.

Por un segundo, casi parece que va a responder.

Pero no lo hace.

Porque, claro, eso implicaría sentir algo.

—Puedes burlarte todo lo que quieras, pero mañana tienes que estar a la altura. Y, dado tu estado actual… —me lanza una mirada rápida, evaluadora—… creo que deberíamos preparar la entrevista esta misma noche. No pienso arriesgarme a que digas algo que luego tengamos que lamentar.

—¿Ahora? —Lo miro como si acabara de sugerir que volásemos a Marte en un triciclo—. Estoy agotada, bastante borracha y francamente poco inclinada a escuchar más de tus órdenes.

—Me da igual. —Cruza los brazos, tan firme como una roca—. Esto no es opcional. Repasaremos las preguntas más probables y preparamos las respuestas. Tómate un café, date una ducha con agua fría y despeja esa cabeza.

Dejo escapar un bufido. Este hombre tiene el don de irritarme más allá de cualquier límite razonable.

—¿Siempre eres así de encantador? —pregunto, con sarcasmo destilado—. Porque, si es así, deberías considerar trabajar como consultor para matrimonios en crisis.

Su expresión apenas se altera, pero sus ojos chispean con algo afilado.

—No me pagan por ser encantador, Aldana. Me pagan por ganar. Y, ahora mismo, viendo cómo te da igual este reportaje, empiezo a preguntarme si de verdad quieres ganar este caso.

Me separo bruscamente, obligándome a mantener el equilibrio aunque el alcohol me nuble un poco la cabeza.

—¡Por supuesto que quiero ganar este caso! —exclamo, fulminándolo con la mirada—.¿Qué quieres? ¿Que hagamos una declaración conjunta mientras fingimos que somos el equipo legal más unido del mundo? Puedo hacerlo sin tu ayuda.

—No. Quiero que pienses antes de hablar —responde, sus ojos clavados en los míos con una intensidad que me desarma—. Y que entiendas que, si quieres ganar este caso, tienes que despejarte de lo que sea que te está nublando el juicio ahora mismo.

Ahí está. La daga bien dirigida.

—¿Qué insinúas? —pregunto, cruzándome de brazos.

—Que todo esto —señala con un gesto vago, englobando la botella vacía en la mesa y mi evidente estado de ánimo—, es patético y algo que nunca hubiera imaginado de ti. Ahogándote en autocompasión porque tu ex ha decidido casarse con otra.

El vaso en mi mano tiembla ligeramente antes de que lo coloque en la mesa del centro con

un golpe seco. Mi pecho arde, no solo por sus palabras, sino por lo que subyace en ellas.

—¿Eso es lo que crees? —pregunto, levantándome despacio, mi mirada fija en la suya como un puñal enfilado—. ¿Que estoy aquí lloriqueando porque Ortiz, el hombre más predecible del mundo, ha decidido encadenarse a su propia miseria en forma de Isabel la Perfecta?

Roi arquea una ceja, desafiándome a seguir. Lo hago.

—¿Sabes qué, Pereira? Hace dieciocho años que enterré a mi hermano gemelo. —Las palabras salen disparadas como balas, cargadas de rabia y dolor—. Así que sí, me tomo este día para ahogarme, para reconstruirme y, de paso, para no mandar al carajo al resto del mundo por no entender que a veces una persona necesita estar rota por un día o dos o los que haga falta.

Su expresión apenas cambia, pero sus ojos… ahí está. Una grieta, pequeña pero perceptible, en esa fachada de hielo. No me importa. Esto no es para él. Esto es para mí.

—¿Quieres saber por qué estoy aquí, escondida y bebiendo, para poder olvidar? —continuo, avanzando un paso hacia él, obligándolo a quedarse quieto bajo mi mirada—. Porque cada vez que miro esa piscina recuerdo cómo mi hermano me enseñó a nadar y cada vez que cierro los ojos, vuelvo a esa jodida tarde, a ese momento en el que no fui lo suficientemente rápida para salvarlo.

Roi no dice nada. Su silencio no es condescendiente ni evasivo. Es como si esperara, como si supiera que necesito sacarlo todo.

—Cuando lo perdí, no solo perdí a un hermano, ¿sabes? —Mi voz se quiebra apenas un segundo antes de endurecerse de nuevo—. Perdí mi brújula, mi ancla. Y desde entonces, cada siete de julio, me permito un jodido día al año para recordar que sobreviví sin él.

La habitación queda en silencio. La tensión es tan espesa que podría cortarse con un cuchillo. Roi sigue ahí, firme, sin retroceder, pero tampoco avanzando.

—¿Y sabes qué, Pereira? —añado, mi voz más baja pero no menos afilada—. Al día siguiente, vuelvo a ser la misma Valeria Aldana que te saca de tus casillas, la misma abogada tocapelotas que convierte casos imposibles en victorias. Pero hoy… hoy es mío. Y si eso te parece patético, entonces que te jodan.

Roi exhala lentamente, como si estuviera procesando cada palabra. Sus ojos, habitualmente fríos, tienen algo diferente. No compasión, no lástima. Algo más profundo, más denso.

—No lo sabía. —Su voz es baja, controlada, pero tiene un peso que antes no estaba ahí.

—Claro que no lo sabías. Porque nunca te ha interesado nada de mí. —Cruzo los brazos,

adoptando mi postura defensiva de siempre—. Pero ahora que lo sabes, ¿puedes irte a la mierda y dejarme tranquila? Prometo que mañana estaré deslumbrante para *Vanity Fair*. Incluso podría fingir que me gusta estar a tu lado.

No se mueve. No intenta consolarme ni llenar el aire de frases vacías. Solo se queda ahí, su mirada fija en la mía, como si estuviera evaluando algo más grande que la conversación que acabamos de tener.

—No —dice, su tono más suave, aunque sigue firme—. No puedes dejar que el pasado te controle. Nada debería tener tanto poder sobre ti. Ni siquiera un recuerdo. Ve a darte una ducha y despeja esa cabeza. Lo siento, pero esto es importante.

Me río, un sonido seco pero auténtico.

—Ya. No pensaba que fueras a suavizarte. Si lo hicieras, me preocuparía.

Él me observa por un segundo más, como si quisiera decir algo, pero se lo guardara.

—Voy a darme una ducha fría. No te sientas demasiado cómodo en mi casa. Eso sería… aterrador.

Su mirada no flaquea, pero puedo ver cómo tensa apenas un milímetro la comisura de sus labios.

—No te preocupes. No estoy aquí para sentirme cómodo.

—Lo suponía. Eres muy bueno en eso de no disfrutar nada.



# 5

# *Ruedas de prensa y otros preliminares inesperados*

*La presiento antes de verla.*

*El chasquido rítmico de sus pies descalzos sobre el suelo de madera, una pausa breve cuando se detiene a mirar algo o quizás a reunir fuerzas. Luego, aparece en el umbral, con el pelo oscuro mojado, con una camiseta blanca vieja que se le pega a la piel húmeda y unos pantalones cortos que apenas son eso.*

*No lleva sujetador. No es algo que quiera notar, pero mis ojos lo registran antes de que pueda evitarlo. Y, durante un segundo, lo único que existe en esta maldita habitación es la forma en que la tela húmeda se le pega al cuerpo.*

*Poco profesional por mi parte.*

*Desvío la vista a los papeles sobre la mesa. Ella no se sienta enseguida. Se apoya contra el respaldo del sofá, estirando las piernas. Esto es Valeria Aldana en estado puro: caos, desdén y un descaro que roza la provocación.*

*No es la primera vez que ella me hace esto: colarse donde no debería, romper mi control con su jodida capacidad para existir como si el mundo le perteneciera.*

*Porque sé que no lo hace por mí.*

*Valeria Aldana nunca ha jugado a provocarme.*

*Jamás ha intentado impresionarme, ni me ha mirado dos veces de esa forma en la que un hombre sabe que ha ganado el juego antes de empezarlo. Yo no fui uno de esos tipos que le interesaban cuando tenía quince años, ni cuando tenía diecinueve, ni cuando… bueno, nunca.*

*—¿Y ahora qué? —pregunta, finalmente.*

*—Ahora, nos enfocamos en salvar este caso. —Mi tono es deliberadamente neutral, calculado, porque ella capta en un segundo cualquier reacción y yo no pienso dársela.*

*Vanity Fair no es una revista más, y mucho menos cuando han accedido a un reportaje exclusivo sobre un caso tan delicado. Esto no es solo una entrevista; es una oportunidad estratégica para inclinar la balanza mediática a nuestro favor. Podría haber elegido una publicación especializada en abogacía, pero de esta manera conseguimos un impacto mucho mayor. Pero claro, explicarle eso a Valeria Aldana cuando está en uno de sus días más oscuros es como intentar enseñarle diplomacia a un huracán.*

*Saco la carpeta que he traído conmigo y la coloco sobre la mesa, delante de nosotros, perfectamente alineada con el borde. Necesito fijarme en otra cosa que no sea ella.*

*El calor se acumula en mi pecho, una molestia sorda que no tiene nada que ver con el tema de conversación, ni con la frustración y el resentimiento, ni con Paula.*

*Tiene que ver con ella. Con la forma en que su cuerpo está demasiado cerca del mío.*

*—Esto es lo que Vanity Fair necesita saber de nosotros mañana. —Abro la carpeta y despliego las notas, los posibles ángulos que podrían usar y las preguntas que deberíamos anticipar—. El enfoque será posicionar a Eva Montalvo como una mujer fuerte, responsable, víctima de un sistema que la está atacando injustamente. Jaime Sanabria ya ha jugado su carta mediática; ahora nos toca responder con algo más contundente que el simple comunicado de prensa que enviaste.*

*Ella me observa, sin acercarse a los papeles, con los brazos cruzados y una expresión de desgana que me irrita profundamente.*

*—Déjame adivinar. ¿Yo pongo la sonrisa y tú te encargas de las respuestas inteligentes?*

*No sé si lo dice para joderme o para provocarme. Ambas son posibles. Ambas me encienden un poco más de lo que deberían.*

*—No, en absoluto —Me inclino hacia adelante, dejando que mi tono adquiera ese filo que siempre parece captar su atención—. Necesito que seas brillante. No simplemente buena; brillante. Quiero que el lector vea a una mujer implacable, una profesional que no se detiene ante nada por defender a sus clientes. Pero también quiero que parezcas humana, accesible.*

*Necesitamos ganar no solo argumentos legales, sino simpatía.*

*Ella suelta una risa seca, inclinándose hacia atrás.*

*—¿Quieres que cuente alguna anécdota de cuando era niña para enternecer a la audiencia? ¿Que diga que este caso me toca porque mi muñeca favorita se llamaba Eva?*

*—No. —Corto su tontería antes de que se embale—. Quiero que seas tú misma, pero sin arruinarlo con comentarios fuera de lugar. Y, ante todo, que no conviertas la entrevista en un duelo entre nosotros dos. Esto trata del caso, no de quién de los dos tiene la lengua más afilada.*

*Ella me mira, y por un momento, creo que va a lanzarme otro dardo. Pero en lugar de eso, toma uno de los papeles de la carpeta y lo examina con fingido interés. Se pasa los dedos por la rodilla desnuda, secándose una gota de agua que le ha resbalado desde el pelo. Mis ojos la siguen sin querer.*

*Joder. Me estoy distrayendo. Mucho.*

*—Vale, genio del marketing judicial. ¿Qué tipo de preguntas crees que harán? —dice finalmente, su tono más neutral.*

*Parpadeo. Me obligo a levantar la vista, a centrarme en el puto caso.*

*—Van a querer saber cómo manejamos la presión mediática, cómo planeamos abordar los argumentos de Sanabria, y si de verdad creemos que tenemos posibilidades de ganar. —Me inclino sobre la mesa y me esfuerzo por mirar el papel, no sus muslos—. También es probable que intenten entrar en lo personal, especialmente contigo, considerando tu apellido y tu historial.*

*Valeria resopla con ironía.*

*—Por supuesto. ¿Qué es un caso judicial sin una buena dosis de cotilleo?*

*—La prensa es la prensa. —Me encojo de hombros.*

*Ella tamborilea los dedos sobre la mesa. Abre los labios, dispuesta a soltar una pulla afilada. Pero algo la frena. Me observa con una intensidad distinta, más analítica y real.*

*—No estás de acuerdo con esto.*

*No es una pregunta.*

*—¿Con qué?*

*—Con la maternidad subrogada. No te gusta.*

*Ella inclina la cabeza, estudiándome. Me reclino en el sofá, sin apartar la mirada. No lo*

*niego. No tiene sentido fingir. Algo en mi expresión, en mi tono, tal vez en la pausa imperceptible antes de hablar, me ha delatado. Y Aldana, con su jodida habilidad para leer entre líneas, lo ha captado al vuelo.*

*—No creo que los niños deban comprarse.*

*—Pero defiendes a Eva.*

*—Defiendo lo que es justo.*

*—¿Justo para quién?*

*Cierro la carpeta con calma.*

*—Para el niño. —Levanto la mirada—. Él debe estar con quien realmente vele por su bienestar. Si mañana fracasamos, Aldana, no será porque yo no haga mi parte. Será porque tú no hagas la tuya.*

*Su mandíbula se tensa, y por un instante, creo que va a estallar. Pero en lugar de eso, respira hondo y asiente, aunque sus ojos aún lanzan dagas.*

*—No te preocupes, siempre hago mi parte. Y si quieres motivar a la gente, prueba con refuerzos positivos en lugar de sonar como un manual de presión psicológica.*

*Un golpe bien dado.*

*Mis labios se curvan apenas en una sonrisa que no llega a serlo. Esa chispa en sus ojos, ese fuego que nunca se apaga... Reconozco que es parte de lo que siempre la ha hecho peligrosa. No hay nada que disfrute más que un desafío directo, y ella parece encontrar un placer especial en lanzármelos.*

*Se deja caer en el sofá y cruza una pierna sobre la otra con naturalidad, pero el movimiento es casi un desafío en sí mismo. Mi vista capta el cambio en la línea de su cuerpo antes de que mi cerebro pueda detenerme. Su camiseta se desliza sutilmente sobre su clavícula, revelando más piel de la que debería y luego un roce, apenas un contacto, pero su rodilla choca con mi muslo.*

*No se aparta.*

*Tampoco lo hago yo.*

*—No estoy aquí para aplaudir tus logros —respondo con calma, manteniendo mi mirada fija en la suya.*

*Ella resopla, apartando los ojos como si mi respuesta no mereciera más atención.*

*No es la primera vez que la veo así: mojada, despeinada, con gotas resbalándole por la piel*

*y la ropa pegada al cuerpo. Tampoco es la primera vez que debería apartar la mirada y no lo hago.*

*Respiro hondo y suelto el aire en un intento inútil de recordarme quién soy. Y quién es ella. Porque no importa cuánto me afecte la forma en que esa fina camiseta blanca deja entrever el contorno endurecido de sus pezones, ni cómo esos malditos pantalones cortos revelan el comienzo de esa línea íntima de la ingle. Valeria Aldana sigue siendo Valeria Aldana. Es manipuladora, engreída, incapaz de ver más allá de su propio ombligo. Jugó con mi hermana. Jugó con mi familia.*

*Sin embargo, tampoco es la primera vez que la veo así, más real, rota, como si intentara recuperar algo que ni ella misma entiende qué es.*

*Yo sabía lo de su hermano. Todos lo sabíamos. En un pueblo como el nuestro, las tragedias no se olvidan; se susurran en bares, en mercados, entre redes de pesca. Joaquín compró aquella casa como quien levanta una fortaleza, convencido de que el mar y el aire gallego curarían lo que el tiempo se negaba a cerrar. Como si bastara con cambiar de escenario para huir de un vacío que ya existía antes de llegar allí.*

*Me obligo a apartar la vista, a recordar lo que está en juego. No estamos en San Xoán. No somos dos críos midiéndose a distancia. Somos dos abogados en medio de un caso en el que no hay espacio para distracciones. Y Valeria Aldana nunca ha sido otra cosa que una distracción peligrosa.*

*Eso lo he sabido siempre.*

*Lo que no esperaba es que me jodiera de esta forma.*

*Porque no es solo la ropa pegada a su cuerpo ni el agua resbalándole por la piel. Eso sería fácil de ignorar.*

*Es otra cosa.*

*Es la forma en que su respiración todavía está agitada, como si el agua fría no hubiera conseguido calmarla del todo. Como si su cuerpo siguiera encendido.*

*Es cómo se muerde el labio, absorta en sus pensamientos, sin darse cuenta de que acaba de hacerme perder los míos.*

*Es ese puto temblor leve en sus manos cuando intenta peinarse los mechones húmedos hacia atrás, desordenándolos más en el proceso.*

*Es la forma en que se toca el cuello, frotando la piel despacio, como si intentara calentarse.*

*Joder.*

*No.*

*No voy a hacer esto.*

*No con ella.*

*Pero mi cuerpo no recibe la orden.*

*Mi mandíbula se tensa. No miro. No miro. No miro.*

*Miro.*

*Y ella lo nota.*

*Claro que lo nota.*

*—¿Qué? —pregunta, sin ese filo habitual en su voz, solo una confusión genuina.*

*Y eso me jode más, porque si me hubiera lanzado una pulla, podría haber contraatacado.*

*Pero no. Solo me ha pillado.*

*—Nada en absoluto.*

*Dejo que mi respuesta cuelgue en el aire, sin suavizarla, sin endulzarla, porque sé que eso la enfurece más. Y eso es exactamente lo que quiero. Que esté encendida. Que su cerebro funcione a mil por hora. Que su ira hierva tan cerca de la superficie que apenas pueda contenerla. Porque mientras esté ocupada peleando conmigo, no tendrá tiempo de notar que mi autocontrol también está colgando de un hilo.*

*Se humedece los labios antes de responder, y ese gesto mínimo, casi ausente de intención, me enciende un fuego bajo la piel que no tiene maldita lógica.*

*—¿Y tú? —la pregunto de repente—. ¿Por qué crees en este caso? ¿Por qué estás dispuesta a enfrentarte a alguien como Jaime Sanabria?*

*—Porque odio a los cabrones manipuladores.*

*Su respuesta es inmediata, visceral, sin un segundo de duda. Y por eso mismo, no me la creo del todo.*

*Claro que odia a los cabrones manipuladores. ¿Quién no? Pero Valeria Aldana no se mete en una batalla como esta solo por aversión a tipos como Sanabria. No arriesga su reputación, su tiempo y su paciencia por un principio moral abstracto.*

*No.*

*Si Valeria Aldana lucha, es porque hay algo en este caso que le toca de cerca. Algo que no ha dicho en voz alta.*

*Sus ojos arden con una intensidad feroz, desafiante. Como si esperara que la contradijera, como si estuviera lista para otra pelea. Pero yo no peleo sin motivo. Y en este momento, mi interés no está en lo que dice, sino en lo que no dice.*

*—Van a intentar hacer preguntas personales. Querrán saber si este caso es solo un trabajo para ti o si hay algo más. —Hago una pausa antes de continuar—. Y probablemente intentarán hacerme hablar sobre nuestra dinámica como equipo.*

*—Oh, claro. Porque lo que el mundo necesita es más análisis sobre cómo nos llevamos. —Se levanta, comenzando a caminar por la habitación. Cada movimiento suyo es una distracción.*

*Cada jodido paso que da.*

*Cuando se gira para mirarme, con el ceño fruncido y la mandíbula tensa, noto el ligero sonrojo en sus mejillas.*

*Valeria Aldana está afectada.*

*El descubrimiento me golpea con la misma fuerza con la que ella intenta ocultarlo. Pero no lo suficientemente rápido.*

*Ya lo he visto.*

*—Por eso quiero que mantengas las cosas simples. —La sigo con la mirada, mi voz permaneciendo constante, controlada—. No necesitan saber más de lo que ya tienen. Habla del caso, de Eva, de los hechos. No de nosotros.*

*—¿Nosotros? —Se detiene, girándose para mirarme con una sonrisa que no alcanza sus ojos—. Pereira, no hay un nosotros.*

*—Lo sé y eso es lo que mantendremos. No nombraremos a Paula.*

*—No sabía que Paula era parte de esta conversación —dice finalmente, con una voz tan cargada de sarcasmo que casi me hace reír de lo predecible que es.*

*—No lo es y no lo será. —Mi tono es bajo, definitivo, una línea que no voy a cruzar. Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, y fijo mi mirada en la suya—. Y tú tampoco la vas a mencionar mañana. No quiero preguntas que desvíen la atención del caso.*

*Ella se ríe, pero no hay humor en el sonido. Es amarga, una risa que corta más que cualquier palabra.*

*—Ah, claro. Porque la Valeria Aldana de siempre, la niña rica y problemática, seguramente planea sacar a Paula a relucir en medio de una entrevista con Vanity Fair. No te preocupes, Pereira. No necesito recordar lo que pasó.*

*Sus palabras son un dardo directo, y, por un segundo, el control que siempre conservo amenaza con romperse.*

*—¿Sabes? —respondo, con la voz afilada—. Esa es la diferencia entre tú y yo. Yo no convierto todo en un espectáculo. Mantengo el foco donde debe estar. Y te sugiero que hagas lo mismo.*

*Sus labios se curvan en una sonrisa torcida, una que conozco demasiado bien, la que usa cuando está preparando un ataque.*

*—Claro que sí, Pereira. Tú siempre eres el ejemplo de profesionalismo y compostura. Nunca pierdes el control, ¿verdad? Ni siquiera cuando... —Se detiene, dejando la frase en el aire, y su sonrisa se amplía—. Bueno, no importa. Seguro que es irrelevante.*

*—Valeria —la corto antes de que pueda seguir jugando a sus juegos—, mañana tenemos que dar una imagen sólida. Si tienes algo que decir, dilo ahora.*

*Ella inclina la cabeza ligeramente, como si considerara mi oferta. Como si estuviera evaluando si vale la pena desgastar su lengua en esto. Luego, se encoge de hombros y responde con absoluta indiferencia:*

*—No tengo nada que decir sobre ti, Pereira.*

*Suelta la frase como si de verdad lo creyera y yo no fuera más que una pieza de mobiliario en su vida. Igual que si nada de lo ocurrido entre nosotros —lo hecho, lo no dicho, lo insinuado — le importara lo suficiente como para mencionarlo.*

*Y esa jodida indiferencia es lo más provocador que podría haber dicho.*

*Me levanto del sofá. No debería, pero lo hago.*

*Ella se detiene lo justo para que, al girar la cabeza hacia mí, su boca quede a un suspiro de distancia. Demasiado próxima. Jodidamente cerca. Sus labios se separan, como si estuviera a punto de decir algo… o hacer algo. Pero no se mueve. No puede.*

*Y yo, que debería retroceder, tampoco lo hago.*

*Porque por primera vez en toda esta jodida guerra, la veo temblar. Apenas un milímetro. Un estremecimiento imperceptible que hace que su garganta se mueva al tragar saliva. Su pecho se eleva más rápido y deja escapar una exhalación mínima.*

*Lo veo.*

*Joder, lo siento.*

*Se le eriza la piel en los brazos, en la clavícula. Y sus pezones… Dios.*

*El aire entre nosotros es denso, espeso, cargado de algo más que tensión. Cargado de pura necesidad contenida.*

*Valeria pestañea, como si tratara de romper el hechizo. Pero es tarde. Muy tarde. Doy dos pasos hacia adelante y la acorralo contra la pared.*

*No lo pienso ni lo analizo, simplemente lo hago. Levanto el brazo y apoyo el antebrazo contra la pared, justo al lado de su cabeza y le bloqueo la salida, dejándole claro que, si quiere escapar, tendrá que hacerlo a través de mí.*

*Ella se queda inmóvil un instante, con la espalda pegada al frío de la pared y el pecho aún subiendo y bajando con rapidez. Mi cuerpo invade su espacio, mi calor se mezcla con el suyo, pero no la toco, aún no.*

*Ella levanta la barbilla, desafiante. Pero su piel… su piel no miente.*

*—¿Qué coño estás haciendo? —Su voz no tiembla, aunque es un poco más baja y áspera.*

*—Dímelo tú —murmuro, apenas un susurro.*

*La veo estremecerse cuando deslizo una mano por la pared, justo al lado de su rostro y me inclino lo suficiente para que mi cuerpo roce el suyo. Bajo mi cara hacia ella. Lo justo para que su nariz roce la mía, para que sienta mi aliento caliente contra sus labios entreabiertos.*

*Y la obligo a notar exactamente cuánto me está afectando esto. La puta química que se despliega entre nosotros como una corriente eléctrica sin control.*

*Ella contiene un jadeo. Mi mirada cae a su cuello, a ese punto donde un latido se marca rápido contra la piel.*

*Podría besarla ahí. Podría hacer muchas cosas. Morderla lo suficiente para joderla hasta que deje de jugar conmigo.*

*Maldita sea.*

*Exhala lentamente, y por un instante, la idea de inclinarme, de atrapar ese labio inferior que me tiene jodidamente obsesionado, me resulta más fácil que contenerme.*

*Me odia. Dios, cómo me odia, pero ahora también me desea. Igual que yo a ella.*

*Pero si la beso ahora… si lo hago, sé que no voy a poder parar.*

# 6

# *Desahogo legal: edición cuerpo a cuerpo*

Su polla está dura contra mi vientre. No es un roce casual ni un maldito accidente. Es una declaración de guerra.

Su aliento me roza la boca, su olor me llena los pulmones, y juro por Dios que si baja un centímetro más la cabeza, voy a perder completamente el juicio.

Roi Pereira, el hombre que no siente nada, el cabrón que podría estar en llamas y ni siquiera arquear una ceja, me tiene acorralada contra la pared, con el cuerpo tensado como un cable de acero y la mandíbula marcada de puro esfuerzo.

Y lo peor no es eso. Lo peor es que yo estoy igual.

Como si hubiera inhalado un veneno que me nubla el juicio o si en lugar de ginebra hubiera bebido algo mucho más peligroso que me enciende la piel, me retuerce el estómago y que me hace consciente de cada puto milímetro que nos separa.

Nada.

El calor de su cuerpo atraviesa la tela de mi camiseta; sus dedos se flexionan contra la pared como si contuvieran el impulso de agarrarme por la cintura y pegarme más a él. Como si ya supiera que estoy temblando sin tocarme siquiera.

El muy cabrón.

No me muevo. No puedo. No quiero. Pero mi cuerpo tiene otra idea, y cuando el aire entre nosotros se reduce a la nada, cuando el borde de su boca roza el mío en un descuido asesino, me doy cuenta de que estoy jodida.

—Dímelo tú, Aldana —murmura, y su voz me golpea entre las piernas con la misma precisión que si me hubiera metido la mano bajo los pantalones.

Mi clítoris palpita. Mi espalda se arquea. Mi cerebro grita que esto no debería estar pasando.

Pero mi cuerpo está demasiado ocupado derritiéndose contra el suyo.

El gemido se me escapa antes de poder frenarlo. Un sonido bajo, quebrado, malditamente

traicionero.

Y lo siento. Lo siento en todo su jodido cuerpo.

Roi se tensa como si le hubiera atravesado un escalofrío eléctrico. Como si ese simple ruido hubiera conseguido romper lo que quedaba de su maldito control.

Su polla se endurece aún más contra mi vientre.

Y mi cuerpo... mi cuerpo es un incendio que no puedo apagar.

El calor me sube por el pecho, me recorre la columna, se instala entre mis piernas con una presión insoportable.

Me duele. Me duele tenerlo tan cerca sin poder hacer nada. Me duele sentir cómo se contiene. Me duele saber que si me rozara un poco más, si me agarrara de verdad, si me hundiera los dientes en la piel como parece que quiere hacer, yo ya habría perdido.

Y lo odio por eso. Lo odio porque también lo quiere, pero no lo hace. Porque su respiración es un puñal entrecortado que choca contra mi boca. Porque la gota de sudor que le resbala por la frente delata lo mucho que le está costando no hacer lo que estamos pensando los dos.

—Joder... —murmuro, cerrando los ojos con fuerza un segundo. Intentando domar el incendio.

—No... —Su voz es un gruñido bajo. Un susurro amenazante contra mi boca. Un aviso—. No podemos hacer esto.

Lo dice como si cada palabra le costara más de lo que está dispuesto a admitir y necesitara recordárselo tanto a sí mismo como a mí.

Pero yo no estoy dispuesta a dárselo fácil. No cuando él es el que ha cruzado la línea primero y me tiene acorralada, respirando sobre mi boca, haciéndome sentir que si se mueve un milímetro más, voy a perder completamente la cabeza.

Alzo la mirada, sosteniéndole el desafío. Mis labios se curvan en una sonrisa lenta, venenosa.

—Yo no estoy haciendo nada.

Su exhalación es dura, brusca, y el temblor en su mandíbula se intensifica. Parece que la idea de que esto sea culpa suya lo jode tanto como lo excita y que está a punto de perder la batalla consigo mismo. Y, Dios, quiero que la pierda. No quiero ser yo quien lo haga.

Pero su olor me invade, su aliento se mezcla con el mío, y su puta boca está tan cerca que

duele.

Mierda. Yo pierdo.

Llevo la mano a su nuca y lo obligo a bajar, a estar donde lo quiero, donde lo necesito. No es un beso. No todavía. Es un roce lento, un desafío silencioso. Paso mis labios sobre los suyos, apenas una caricia, un movimiento sutil que es peor que cualquier embestida directa. Un juego de ruleta rusa que ambos sabemos que vamos a perder.

Y él, el cabrón frío y calculador, el hombre que siempre mantiene la distancia, el que nunca se inmuta, es el primero en romperse.

Sus dedos se clavan en mi cintura, pero en un segundo están más abajo. En mi culo. Agarrándome. Sometiéndome. Empujándome contra su polla dura como el puto acero, hasta que no queda ni un centímetro de aire entre nosotros.

El golpe de placer me sube directo a la cabeza y me hace jadear contra su boca. Y entonces, lo escucho maldecir. Un gruñido bajo, áspero, como si le doliera tanto como a mí y estuviera atrapado en la misma trampa en la que hemos caído los dos.

Sus dedos aprietan más, dominando, castigando, cediendo.

Y yo dejo de pensar cuando me besa.

No hay aviso. No hay un segundo de duda. Solo el impacto brutal de su boca contra la mía, una colisión de alientos, dientes y hambre pura. Su beso no es un beso; es un puto asalto, un castigo y una rendición.

Su lengua me abre la boca sin permiso, se hunde como si estuviera reclamando territorio, explorando, devorando, tomando. No hay delicadeza, no hay control. Solo saliva caliente, solo el ruido obsceno de lo desesperados que estamos.

Lo siento todo. Su sabor a algo masculino y rabia contenida, la presión de su cuerpo encerrándome contra la pared, la áspera fricción de su barba raspándome la piel como un recordatorio de que esto no es una fantasía. Es real. Es crudo. Es Pereira perdiendo el puto control sobre mí.

Mis dedos se aferran a su nuca, al pelo corto en la base de su cabeza, tirando, exigiendo más. Más lengua, más dientes, más de él. Y él responde con una violencia que me arranca un gemido. Muerde mi labio inferior y chupa justo después, como si intentara borrar el daño con la lengua. Pero no lo hace. Lo empeora.

Su otra mano sube por mi costado, me agarra el pecho, lo llena con su palma caliente,

apretándome como si quisiera sentir cada jodido latido de mi corazón contra su piel. Un segundo después, sus dedos encuentran mi pezón a través de la camiseta, lo pellizcan, lo giran.

El placer es un latigazo eléctrico, un fogonazo de calor líquido entre mis piernas. Gimo contra su boca, empujo mis caderas contra su erección, buscando fricción, buscando cualquier cosa que alivie esta jodida necesidad.

Y él lo siente.

—Joder, Aldana, no sé lo que estoy haciendo… —gruñe contra mis labios, su aliento caliente, húmedo, tan mezclado con el mío que ya no sé dónde empieza él y dónde termino yo.

Y yo tampoco sé si quiero saberlo.

Su lengua vuelve a hundirse en mi boca, más profunda, más desesperada. Ya no es un beso, es un puto incendio. Nos estamos tragando vivos.

Mis manos se deslizan por su pecho, por su abdomen tenso, por el cinturón que me estorba como un insulto. Lo quiero fuera y desnudo. Lo quiero empujándome contra esta pared sin nada entre nosotros.

—Espera —gruñe contra mi boca, pero no se aparta. Sus labios continúan pegados a los míos, respirando mi aliento como si solo ahí existiera el aire.

Su cuerpo no miente: Su erección sigue apretando contra mi vientre, dura, innegable, pulsando con cada maldita respiración. Sus dedos siguen aferrados a mi culo, como si soltarme significara desmoronarse. Y su aliento... joder, su aliento aún arde en mi boca, húmedo por la saliva y el deseo que acabamos de compartir.

Pero entonces se detiene.

Lo noto primero en su agarre, en cómo sus dedos, que antes me marcaban la piel con hambre, ahora se quedan quietos. Luego, en su espalda, que se tensa bajo la camisa como si cada fibra de su cuerpo se hubiera petrificado. Finalmente, en su mirada.

Ya no me está viendo a mí.

Está viendo lo que acaba de hacer.

Está viendo su error.

—No —respondo, mi propia voz sin aliento, con el deseo aún arañándome la garganta.

Toda esa mierda de autocontrol con la que siempre se protege se ha ido a la mierda en cuanto me ha tocado, pero él se fuerza en recuperarla.

Se obliga a cerrar los ojos un segundo, exhalando con violencia, como si pudiera expulsar el deseo de su pecho. Su mandíbula se marca más fuerte, el músculo latiendo, tenso, enfurecido.

—Esto no es profesional.

Su voz sale en un susurro, grave, rasgada, como si cada sílaba le costara más de lo que está dispuesto a admitir.

Y me hierve la puta sangre.

¿Profesional?

¿Ahora?

¿Después de follarme la boca como si lo necesitara para respirar…?

¿Ahora se acuerda de que somos profesionales?

Mis uñas se clavan en su camisa mientras lo empujo sin moverlo realmente, solo lo suficiente para que sepa que no voy a aceptar esa mierda sin pelear.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No podemos hacer esto. —Cada palabra sale más dura, más firme, como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo más que a mí.

Pero sus manos no se mueven, su cuerpo sigue pegado al mío y su polla sigue dura.

Respira hondo, como si quisiera domarse, como si intentara encontrar algo de lógica en el desastre que acaba de provocar.

—Esto está mal de demasiadas formas.

Y entonces lo entiendo. No es que no quiera, es que se odia por hacerlo. Porque esto es todo lo que siempre evitó y yo soy todo lo que aprendió a despreciar. En su cabeza, no debería desearme así. En su cabeza, cada vez que me toca, cada vez que me besa, siente que se traiciona a sí mismo, a su jodida moral y a su jodida familia.

Perfecto.

—Aparta.

Lo digo con calma, pero también con dureza.

Sus dedos se tensan antes de soltarme. Y lo hace como si peleara consigo mismo. Y cuando finalmente da un paso atrás, es con la furia contenida de quien se arranca la piel a tiras, acumulando aún más ira de la que ya cargaba.

Cobarde.

—No te hagas ilusiones, Roi. —Mi voz suena cortante, helada—. Me has pillado en un día de mierda y solo necesitaba sentirme un poco viva. Cualquiera podría servirme.

*Su reacción es instantánea. Un gruñido bajo y profundo, un ruido gutural que me eriza la piel antes de que pueda darme cuenta de lo que está a punto de hacer. Se mueve rápido.*

*Demasiado.*

*En un segundo, sus manos me agarran con una firmeza brutal y me arranca de la pared con la determinación de un hombre que ha tomado una decisión condenada al desastre, pero está dispuesto a llevarla hasta el final.*

—De acuerdo —sentencia, con una gravedad peligrosa—. Acabemos con esto de una puta vez. Nos lo sacamos del cuerpo y luego fingimos que nunca sucedió.

Y antes de que pueda siquiera recuperar el aliento, me alza del suelo.

Joder.

El mundo da una vuelta repentina cuando me lanza sobre su hombro, con la facilidad de quien carga un puto saco de harina. Mi estómago choca contra su clavícula mientras su brazo de acero me sujeta como si no pesara nada.

—¿Te has vuelto loco? —jadeo, golpeando su espalda con la palma abierta, pero su agarre no cede ni un milímetro.

—Sí.

Esa es su única respuesta. Corta. Directa. Cargada de promesas sucias.

Avanza por el pasillo como si no existieran opciones, como si ya hubiera decidido que esta es la única salida. No lo veo, pero siento su respiración alterada y su mandíbula apretada, y eso me hace estremecer más que la forma en que me sostiene.

Abre puertas hasta dar con una habitación y, sin detenerse apenas, la empuja con el pie. Me deja caer sobre la cama, arrancándome un jadeo al sentir el colchón hundirse bajo mi cuerpo.

Todavía no he procesado lo que acaba de hacer. Pero él sí.

Porque ya está sobre mí.

Su boca encuentra mi pecho a través de la camiseta y chupa con fuerza, dejando un rastro húmedo sobre la tela. La fricción es un castigo delicioso. Siento su lengua presionando el tejido, mojada y tibia, mientras un gemido involuntario se me escapa de los labios.

Mis piernas se separan para hacerle hueco. Él lo aprovecha.

Su mano se mueve entre nosotros, abre su cinturón con un tirón, y yo no puedo dejar de mirarlo. Las venas de su cuello están marcadas. Su mandíbula se contrae cuando se deshace del botón de los pantalones. No respira.

Se aparta solo lo justo para deslizar una mano bajo mi camiseta y subirla hasta mi cuello. Cuando la tela deja mis pechos al descubierto, él se congela. Su respiración se vuelve un jadeo bajo y contenido.

Nos miramos.

Solo un segundo.

Pero ese segundo nos jode vivos.

Sus dedos rozan mi pezón, y la electricidad me sacude la columna. Se le escapa un gruñido. Un puto gruñido gutural que me empapa en un segundo.

—Qué coño me has hecho —gruñe, inclinándose para lamerme un pecho con avidez—. Estoy perdiendo la puta cabeza.

—¿Y las formas? —lo provoco, mordiéndome el labio cuando su lengua presiona con insistencia sobre mi pezón.

—Las formas me las paso por los cojones. Te voy a follar hasta que no te sostengas en pie. Quiero verte rogándome que no pare.

¿Pero este tío no era un estirado? Me lo imaginaba como alguien que parece no correrse ni cuando lo hace. Y ahora de repente me tiene abierta de piernas, goteando y soltándome burradas al oído como si el deseo que siente le estuviera reventando todo el autocontrol, la frialdad y la eficiencia que tanto le gusta pasear.

—Caray con el sieso abogado, ¿desde cuándo tienes la boca tan sucia?—suelto, medio burlona, intentando aparentar una seguridad que no siento.

Él gruñe contra mi piel.

—Cállate, Aldana. O te hago callar con la boca llena.

Joder.

Pues mira, no me parece mal plan.

Mis dedos vuelan a los botones de su camisa. Los arranco casi de cuajo porque no estoy para delicadezas. Necesito verlo. He de confirmar que el cabrón de los argumentos impecables y la

corbata siempre en su sitio está tan bueno como parece. Sus hombros son pura mala hostia concentrada en músculo. Los abdominales, duros, de calendario. Y los pectorales… Todo potencia por fuera y cero sentimentalismo por dentro.

Perfecto.

Lástima que tenga más músculo que habilidades sociales.

Quiero grabar esta imagen en mi mente, pero apenas tengo tiempo de admirarlo porque sus manos bajan por mis caderas, tirando de mis pantalones y mi ropa interior en un solo gesto brusco.

Noto cómo sus dedos se deslizan entre mis piernas y presionan mi sexo, comprobando mi humedad y cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, buscando aire.

El simple roce me hace temblar. Con la yema de los dedos, comienza a acariciar mi clítoris con movimientos suaves y circulares. La presión es perfecta: ni demasiado fuerte ni demasiado leve, lo justo para encenderme sin hacerme daño.

—Mojadísima, Aldana —gruñe, bajando la mirada para ver cómo me acaricia—. Me encanta cómo empapas mi mano.

—Hablas… demasiado —respondo con la voz temblorosa, sin poder disimular lo excitada que estoy.

—¿Sí? Pues escucha bien —dice, introduciendo uno de sus dedos con firmeza—. Vas a tragar mis dedos como si los necesitaras para respirar.

Mi piel responde con un temblor inmediato a sus palabras roncas. Me siento arder bajo su mano, mientras un hormigueo agradable me sube por la columna vertebral.

Desliza dos de sus dedos hacia dentro, tanteando la zona en busca del punto G. Al primer roce más profundo, mi respiración se entrecorta, y mis manos se aferran a sus hombros para no perderme en la intensidad que me invade. Esa deliciosa fricción desde dentro, combinada con la estimulación del clítoris por fuera, me deja al borde de un temblor que amenaza con apoderarse de todo mi cuerpo.

—Mira cómo gritas —Los introduce hasta los nudillos y los curva dentro de mí—. Joder, podrías hacer que un hombre se vuelva adicto a esto.

Su pulgar sigue acariciando mi clítoris mientras sus dedos se curvan en el interior y los retuerce.

Su habilidad es increíble, y percibo en cada movimiento cuánta atención pone en mi

reacción, en mis gemidos, en el latido acelerado que traiciona mis ansias.

Cuando vuelvo a mirarle, veo que ha liberado por completo su polla. La siento latir, palpitante, con venas marcadas que recorren su longitud. El glande, hinchado y brillante, parece a punto de explotar. La imagen me golpea con un calor súbito que sube a mis mejillas, y me sorprendo conteniéndome para no rogarle que me tome de inmediato.

—¿Tienes un condón? —gruñe él, con la respiración entrecortada, visiblemente desesperado.

Me giro en la cama para alcanzar la mesilla de noche. Siento su presencia a mi espalda, como un calor que se vuelve cada vez más opresivo.

—Aquí están —murmuro con un deje de impaciencia, sacando la cajita.

Antes de que pueda darme la vuelta, oigo el sonido de sus pantalones cayendo al suelo. Luego se deshace de los bóxer con un movimiento seco y los lanza a un lado.

—Esto es una mierda —refunfuña al ver la caja—. Estos no me sirven, son demasiado pequeños.

—¿Te estás quedando conmigo? —espeto, echándole una mirada por encima del hombro. Aun así, no puedo evitar quedarme un segundo admirando su figura desnuda y esos músculos que se marcan en sus brazos y en su pecho—. Si necesitas unos condones especiales, ¿por qué demonios no llevas un puñado siempre encima?

—No pensaba acabar así contigo —responde con el ceño fruncido, como si la situación se le hubiera ido de las manos—. No planeé nada de esto.

Me doy la vuelta sobre la cama, todavía tumbada, pero ahora frente a él. Estoy desnuda de cintura para abajo y solo llevo una camiseta raída que deja asomar parte de mis pechos. Abro las piernas para que vea mi sexo húmedo y sepa que, pese a mi enfado, mi deseo sigue ardiendo. Su mirada, oscura y ávida, se clava en mí. Ni siquiera se molesta en ocultar esa necesidad que lo consume.

—¿Y ahora qué? —le pregunto con un deje de desafío.

Él avanza hacia la cama y, en un movimiento rápido, se abalanza sobre mí, sosteniéndose con los antebrazos a cada lado de mi cuerpo. Su respiración está agitada y noto su calor cerca de mi vientre. Podría jurar que siento el latido de su polla justo entre mis muslos.

—Mierda —masculla, claramente frustrado—. Joder… No haremos nada —dice y yo dejo caer mi cabeza con fuerza sobre el colchón.

La idea de no poder sentirlo dentro me frustra. Sin embargo, mis protestas se ahogan en

cuanto él inclina la cabeza para succionar de nuevo mi pecho.

—Roi… —musito, sin saber exactamente si lo que quiero es suplicarle que pare o que no se detenga nunca.

—Calla —ordena en un susurro, y lleva su mano a mi boca, rozando mis labios con el dedo índice, como si quisiera ahogar mis quejas.

Mis manos se aferran a sus brazos y mis caderas se alzan para buscar más fricción, más cercanía. Él lo nota y ajusta el ángulo de sus caderas para que su polla acaricie mi sexo.

Una corriente de placer se concentra bajo mi vientre cuando su glande se presiona contra mi clítoris y cuando se desliza hacia abajo y lo coloca en mi entrada sin forzar, pero la humedad de mi sexo hace que no cueste nada que se hunda un poco, apenas lo justo para provocarme un gemido ronco.

—Solo un poco… —musita, como si se lo estuviera recordando más a sí mismo que a mí.

—Sí, solo un poco —repito, con la voz entrecortada.

Se adentra otro centímetro y me doy cuenta de su tamaño, de la forma en que me llena, cómo estira cada fibra de mi interior. Alzo las caderas para permitirle más profundidad, aunque nos falte esa seguridad de un condón. Siento el calor de su piel contra la mía, la presión de su erección abriéndose paso, y, pese a la imprudencia, un éxtasis primitivo me nubla el juicio.

—¿Qué pasa, princesa? —Su lengua atrapa un pezón, tirando de él con los dientes—. ¿Demasiado orgullo para admitir que quieres que te la meta hasta el fondo?

—Vete a la mierda.

—Después de follarte. —Su boca vuelve a la mía.

Me besa. Fuerte. Salvaje. Con los dientes, con la lengua, con cada jodida parte de él que me devora sin compasión.

Lo cierto es que yo tampoco tengo un término exacto para lo que ocurre en mi cuerpo, en mi pecho, en mi cabeza. Solamente sé que lo quiero, y que necesito su movimiento, su fuerza, su olor, su sudor mezclado con la adrenalina que bombea nuestras venas. Me aferro a sus hombros, arañando la piel con las uñas, y él responde introduciéndose más.

Y Roi maldice.

—La sacaré antes de correrme —masculla con un hilo de voz.

—¿Crees que es una buena idea? —replico con sarcasmo.

—No he dicho que fuera buena —gruñe, hundiendo la boca en mi clavícula—. He dicho que lo haré.

Y entonces empuja, profundo, brutal, directo.

No sé quién pierde primero, si él o yo. Quizá al final da igual, porque cuando empuja, cuando se hunde de golpe hasta el fondo, el mundo revienta.

Me estira, me invade, me llena tanto que casi duele, y ese dolor es justo lo que necesitaba. Lo que los dos necesitábamos. Un dolor que es placer, que es rabia, que es jodido alivio.

El gemido que se me escapa no es bonito. Es áspero, roto, como si acabaran de arrancarme algo que llevaba demasiado tiempo atascado en el pecho. Y él gruñe. Grave. Salvaje. Como si sintiera exactamente lo mismo.

—Joder… —masculla entre dientes, con la mandíbula desencajada, los ojos apretados como si se estuviera odiando y adorando al mismo tiempo—. Así… así, hostia.

Me aferro a sus hombros, a su cuello, a lo que sea que me ancle, porque siento que voy a deshacerme de lo fuerte que es. De lo profundo que está. De lo bien que encaja.

Su pecho choca con el mío. Su vientre aprieta contra mi clítoris. Su polla me abre por completo.

Nada de esto es suave ni delicado. Es crudo, urgente, jodidamente necesario.

Y, por un segundo, no hay pasado. No hay rencor. No hay diferencias. No hay Paula. No hay odio.

Solo él.

Solo yo.

Solo este maldito sexo que lo cambia todo porque aunque lo saquemos del cuerpo, aunque finjamos que esto no ha pasado ya sabemos lo que es sentirnos así.

Veo cómo su mandíbula se contrae en un gesto de puro placer contenido. Sus manos recorren mis costados, aferrándose a mis caderas, mientras mis piernas se enroscan en su cintura para acercarlo aún más.

—Dilo otra vez. —Su lengua se envuelve en mi cuello, su aliento lo castiga—. Dime otra vez que esto o con quien lo haces te importa una mierda.

—Vaya… —logro susurrar, medio perdida en la mezcla de su respiración y la mía—. ¿Y luego me dirás que esto está mal?

—Puede —admite, apretando la mandíbula, sus manos subiendo por mis costados hasta aprisionar mi cintura—. Pero de momento, me vale con que te corras mientras me repites cuánto odias que te haga temblar así.

—¿Te escuchas, Roi? —lo provoco, mordiéndome el labio. Aun así, no aparto la mirada de su boca.

—Cállate —masculla con un ademán tozudo, apoyando una rodilla sobre el colchón para profundizar más y hacerme jadear de sorpresa, de placer y dolor.

Siento un calor creciente en mi vientre, un nudo que se va apretando en mi interior, anunciándome que el orgasmo está muy cerca. Cada célula de mi cuerpo vibra con una urgencia feroz. Sus respiraciones se vuelven erráticas y, aunque no lo dice, sé que está luchando contra la tentación de perderse del todo en mi interior.

—Roi… —susurro, tan cerca del orgasmo que mi voz se quiebra.

—Di mi nombre otra vez. —Se retira de golpe y me aprieta el clítoris con el pulgar—. Vamos, Aldana. Dilo bien. Como si lo necesitaras.

Oh, joder. Oh, joder.

Mi espalda se arquea, mi vientre se contrae, y sé que voy a correrme, sé que estoy a segundos de perderme, tiro mis caderas hacia él, pero se aparta otra vez.

—¡Roi, cabrón!

—¿Qué quieres?

—Fóllame.

—¿Cómo?

—Fuerte.

Sus ojos brillan oscuros como si estuviera sacándose un máster en sexo sucio.

Y entonces me la mete de un solo empujón.

Me toma la boca en un beso hambriento y solitario, como si quisiera devorar mi aliento. Sus movimientos se hacen más rápidos, más profundos.

—Eso es, Aldana. —Su voz se vuelve un gruñido animal—. Córrete para mí.

De pronto me sobreviene la oleada final de placer. Mi sexo se contrae alrededor de él, y mi cuerpo se arquea sobre el colchón, clavando los talones en su espalda mientras un gemido se escapa de mis labios. La intensidad me ciega por un instante, dejándome a merced de un

espasmo que no parece tener fin.

—No te corras dentro —le recuerdo, aturdida por el placer que trepa por mi columna.

—Lo sé… —refunfuña, con la mandíbula apretada—. Lo sé, maldita sea.

Pero sigue acometiendo, cada vez más profundo, más rápido.

Gruñe mi nombre, su cuerpo se sacude, su polla late dentro de mí, y en el último segundo, se aparta de un tirón, derramándose caliente y espeso sobre mi vientre.

Su respiración está tan agitada como la mía, y durante unos instantes reina un silencio cargado de pulso y deseo satisfecho… pero también de conciencia, de que acabamos de jugar con fuego.

Me quedo tendida, con el pecho subiendo y bajando, los muslos temblorosos y el corazón a punto de salirse del pecho. Cuando por fin me atrevo a abrir los ojos, cuando su mirada se clava en la mía, sé exactamente lo que los dos estamos pensando.

Que acabamos de cometer un jodido error.

—Dios… —murmura él al fin, incorporándose—. Esto…

—No hace falta que lo hablemos —le corto, sabiendo que no debo reflexionar sobre lo que ha ocurrido—. En serio.

Y aun así, mientras me quedo observando su figura en tensión, no puedo ignorar la forma en que mi cuerpo todavía le reclama. Ni la manera en que, pese a la locura, me ha hecho sentir jodidamente viva.



# 7

# *¿Sin lactosa? ¿Sin gluten? ¿Sin dignidad?*

El bufete huele a café recién hecho y a caos contenido. En la sala de descanso, ese aroma denso flota todas las mañanas en Aldana & Asociados, mezclando cafeína con estrés laboral y un leve toque de desesperación burocrática.

Hoy, además, se suma la tensión especial que traen las grandes visitas. Vanity Fair ha aterrizado en nuestra humilde fortaleza legal, y Alejandra está a punto de inmolarse en mi nombre.

—Valeria, me debes tres días de terapia —anuncia, con sus taconazos resonando como tambores de guerra sobre el parqué—. Uno de esos periodistas ha pedido leche de avena sin gluten con toque de vainilla. ¿Sabes qué he querido hacerle? Escupirle en el vaso. Pero no. Aquí estoy. Digna. ¿Y quieres que te hable de la bollería vegana que he tenido que buscar? Porque, te lo juro, he estado a punto de atropellarme yo misma con la moto.

Lleva en la mano una carpeta que sacude como si fuera un arma de destrucción masiva. Su melena perfectamente alisada se mueve al ritmo de su furia contenida, y su barra de labios, rojo sangre, hoy parece una advertencia visual.

—Cielo, jamás te habría contratado si no supiera que puedes con esto y más. —Intento sonar

tranquila, pero me tiembla hasta la córnea.

Hoy no es un día cualquiera. Es ese día en el que me siento al lado de Roi Pereira fingiendo que anoche no le tuve dentro, gimiendo su nombre.

Trago saliva.

Y entonces lo veo. Aparece en la puerta como si viniera a negociar la paz mundial o a poner a todo el Gobierno contra las cuerdas. Traje negro impecable, camisa blanca, reloj que grita que su cuenta bancaria tiene más ceros que la mía. Pero son sus ojos, esos jodidos ojos oscuros los que me atrapan durante un segundo, lo justo para recordarme que hace menos de doce horas los tenía entrecerrados mientras gruñía mi nombre entre embestidas.

Perfecto.

—Aldana. —Su saludo es seco, formal aunque yo conozco esa mandíbula tensa. Sé lo que oculta. Lo sé porque he mordido justo ahí.

—Roi. —Elevo una ceja con mi mejor máscara de indiferencia.

Alejandra intercepta el momento como un misil tierra-aire.

—Jefa, si la periodista esa me vuelve a preguntar por opciones sin gluten, sin lactosa y sin alegría, la estrangulo. ¿Me sacas de la cárcel?

—No —respondo sin mirarla—. Pero te llevo tabaco para que hagas amigas.

Suelta una carcajada, esa que siempre suena entre histeria y resignación, y desaparece de nuevo. La puerta se balancea tras ella.

Y, justo entonces, entran ellos.

Mis compañeros de bufete.

Martín Ledesma llega primero, con su andar de hombre que lleva más batallas encima que trajes. El café en una mano, la corbata medio aflojada, y la eterna sombra bajo los ojos que le han regalado sus dos hijos adolescentes. Su porte es el de quien ha pasado por todo y ha salido vivo, pero más cínico. Levanta el café en un gesto de saludo, pero Pereira apenas le devuelve una inclinación de cabeza. Está en su papel de imperturbable.

—Valeria, buenos días. ¿Has dormido bien o te ha follado alguien con mucha destreza y te has dejado las piernas por el camino? Porque tienes esa cara de «me han dado fuerte y no me arrepiento».

Casi escupo el café.

Pereira no levanta la cabeza de los papeles que está revisando, pero yo veo cómo se le tensa el cuello. Y la puta vena de la sien que siempre lo delata, latiendo como si acabara de descubrir que le han rayado el coche.

—Martín, ¿sabes que eso es acoso? —respondo con sorna, intentando que no se me note el temblor interno.

—¿Acoso? ¿Dónde? Dame nombres. Voy y les parto la cara. —Sonríe de medio lado, pero en el fondo sé que lo dice en serio.

Y entonces entra Hugo Del Valle, en su versión «he salido de un anuncio de perfumes caros y tengo los abdominales marcados hasta cuando respiro». El traje le queda como un guante, y el pelo, estratégicamente despeinado, grita que ha costado más de veinte minutos que parezca así.

—¿A quién hay que partirle la cara por nuestra Valeria? —Se ajusta la chaqueta con ese aire de superioridad simpática que solo él puede llevar sin que lo odies—. Porque yo me apunto.

Se planta frente a mí y se inclina, tan cerca que siento el calor de su cuerpo, ese *after shave* que huele a lujo y a noches de sexo con desconocidas.

—Estás radiante hoy.

Me sonríe. Y no puedo evitar que algo en mí se estire. Porque hoy me he esmerado. Por la entrevista. No por Pereira. Por supuesto que no. Pero sienta bien que alguien lo note, sin esa indiferencia que me está taladrando desde la ventana.

—Gracias —susurro, casi como una confesión.

—Claro, reina. Ya sabes que tengo ojo clínico. —Me guiña un ojo y se acomoda en el borde de mi mesa demasiado cerca, demasiado guapo y demasiado Hugo—. Pero si necesitas que te lo recuerde a diario, me sacrifico.

—¿Sacrificas tu integridad? —pregunta Martín desde el sofá, con las piernas cruzadas y el café en equilibrio sobre la rodilla—. Qué nobleza, joder.

—Siempre por la jefa. —Hugo le lanza un beso al aire—. No me importa ser su favorito.

Martín resopla mientras revisa su móvil con la expresión de «mis hijos me van a enterrar joven».

—Favorito… —murmura con sorna—. Claro. Por eso te hace hacer todas las demandas por cláusulas suelo, ¿no?

Río, porque son así y funcionamos de esta manera. Pero también porque necesito reír para no mirar a Pereira, que sigue en modo mármol inmutable, pero sé que nos escucha, aunque sea en su

burbuja de represión emocional. Hugo le dedica una mirada evaluadora, como si intentara decidir si merece la pena provocarlo o si es mejor no tentar al demonio.

Alejandra entra con más papeles y más resignación en la cara.

—Ahora me preguntan si la sala tiene suficiente luz natural para captar tu aura de liderazgo femenino contemporáneo. —Hace comillas en el aire, con el tono de quien ya está tramitando su baja por ansiedad—. He fingido que no te conocía.

—Buena estrategia —respondo—. La próxima vez di que soy un holograma. Mucho más fácil de gestionar.

—A mandar.

Martín se levanta, estirándose.

—Bien, nosotros ya hemos hecho nuestro trabajo de machos protectores. Si necesitas que entre gritando que hay un incendio para sacarte de la entrevista, guiña el ojo derecho. Si quieres que diga que te llama el Rey, el izquierdo.

—Y si necesitas que te secuestre y te lleve lejos, me tienes a mí —añade Hugo, que sigue sentado en el borde de mi mesa, cruzando los brazos sobre ese pecho que parece esculpido por dioses griegos con bastante mala leche.

—Eso, tú dame esperanzas —le replico con una sonrisa.

Se ríe porque sabe que todo es broma. Es nuestro juego. Martín, él y yo. Coqueteo descarado, sobreprotección cómica y esa dinámica de flirteo que haría pensar a cualquiera que hemos terminado en la cama más de una vez. Pero no. Nunca ha pasado nada. Ni con Hugo ni con Martín… ni en un glorioso trío que, seamos sinceros, tampoco habría estado nada mal.

Podría haber pasado, claro. Sobre todo con Hugo, que tiene un currículum entre las sábanas digno de libro Guinness. Pero la verdad es que nos gusta así. La tensión, las bromas, ese tonteo inofensivo que me recuerda que puedo ser la hija del jefe y, al mismo tiempo, sentirme cuidada. Son mi familia. Mi familia elegida. Y en este bufete, esa lealtad vale más que cualquier cláusula blindada.

Se marchan, dejándome sola con él.

Silencio. Café frío. Papeles que no importan. Y su mirada que finalmente se levanta.

—¿Podemos hacer esto sin… distracciones? —pregunta, con esa voz que siempre suena a algo entre orden y advertencia.

Sonrío con cinismo.

—Claro, Pereira. Profesionalidad ante todo.

La sala de reuniones está impoluta. Demasiado. Como si hubieran pasado tres equipos de limpieza con lejía y miedo. Las persianas abiertas para que entre luz natural —el aura de liderazgo femenino contemporáneo necesita su buena dosis de sol, al parecer—, la mesa de cristal sin un solo papel descolocado y el catering dispuesto con precisión quirúrgica. Incluso los croissants veganos parecen pedir disculpas por existir.

Alejandra me había prometido que todo estaría perfecto, y lo está o al menos, eso es lo que tiene que parecer.

La periodista de Vanity Fair se llama Clara Muñoz. Treinta y pocos, melena perfecta en tono «me lo he hecho en una peluquería cara, pero quiero que creas que nací así», estilismo relajado de quien sabe que se ha ganado su puesto y no necesita demostrar nada más. Sus ojos analizan la sala como si pudiera ver a través de las paredes. O de mi fachada.

Me sonríe con amabilidad, pero esa sonrisa es la misma que debe poner cuando entrevista a ministras con cuentas en Suiza.

A su lado, el fotógrafo ajusta la lente. También joven, con barba perfectamente medida y una camiseta negra con letras blancas que dicen *«More money, more problems»*. Se mueve rápido, buscando ángulos, probando luces. Profesional, pero con esa energía nerviosa de quien sabe que aquí no solo se fotografía a un par de abogados, se fotografía una bomba legal a punto de estallar.

Pereira está sentado a mi izquierda, con la espalda recta y las manos entrelazadas sobre la mesa. Perfecto en su papel de estratega impenetrable. Pero yo noto cómo su pierna roza la mía bajo la mesa, un contacto mínimo que podría ser accidental si no supiera que él no hace nada sin calcularlo.

—Gracias por recibirnos —dice Clara, sacando su grabadora y colocándola con delicadeza sobre la mesa—. Sabemos que este caso está siendo complicado, así que valoramos mucho que os toméis este tiempo para recibirnos.

Asiento, sonriendo lo justo. Esa sonrisa que he ensayado frente al espejo. Segura, cercana, pero con la dosis exacta de distancia.

—Entendemos que la opinión pública es clave en este tipo de procesos —respondo, como si no hubiera memorizado la frase la noche anterior—. Y queremos que la verdad se cuente bien.

Pereira hace un leve gesto con la cabeza.

Las preguntas comienzan, y yo entro en modo abogada implacable. Hablo de Eva Montalvo, de las acusaciones injustas, de lo crucial que es que la verdad se cuente como debe contarse. Sin distorsiones. Sin manipulaciones. Pereira interviene solo para apuntalar mis palabras, con frases medidas, directas. Es quirúrgico. Yo soy el fuego, él es el bisturí. Y funcionamos. Maldita sea, funcionamos jodidamente bien.

Pero luego llega la pregunta que sabía que llegaría. La personal. Porque siempre lo hacen.

—Valeria, tu apellido es sinónimo de prestigio en el ámbito legal… pero también, durante años, ha estado asociado a cierta… notoriedad mediática. ¿Es un peso o una ventaja?

Pereira se tensa. Lo noto. Porque él también sabe lo que significa esa pregunta.

No es solo el bufete. Es mi familia.

Porque los Aldana no somos solo abogados. Somos historia. Mi padre, Joaquín Aldana, es abogado del Estado, consejero en la sombra de ministros, empresario vinculado a la nobleza española por parte de mi abuela. Nos codeamos con marqueses, con apellidos que salen en las páginas de sociedad, esos que te invitan a cacerías y bodas en fincas con capilla privada.

Pero la prensa del corazón no vino por él.

Vino por mi madre.

Porque, mientras mi padre construía su imperio legal, mi madre se paseaba por Marbella, Madrid, París y Londres como si fuera Brigitte Bardot, entre fiestas en yates, cenas en la casa de algún príncipe saudí y portadas de revistas donde la describían como *la última musa de la jet-set*. No tenía talento para la actuación ni para la música, pero no lo necesitaba. Su don era brillar. Convertía en noticia cada aparición, cada vestido de Alta Costura, cada nueva amistad con diseñadores y aristócratas.

Y Adrián… Adrián se ahogó con quince años después de una fiesta. Mucho alcohol. Quizás drogas. Nunca quedó claro. Lo único que quedó fue el cadáver de mi hermano flotando en una piscina.

Y después, mi madre hizo las maletas y se marchó a Nueva York, Marrakech, Buenos Aires… La prensa la perseguía y ella se iba cada vez más lejos. Como si huir de nosotros la acercara a algo mejor. A otra vida. A otro todo. Y su imagen se convirtió en la del abandono.

Mi padre se encerró en el bufete. Y yo… me quedé aquí. Sosteniéndolo todo.

—Aquí trabajamos como cualquier otro despacho: con profesionalidad y rigor. Nuestro

nombre es un valor añadido, no una carga.

La sonrisa de Clara sigue ahí, pero algo en su mirada cambia. Se vuelve más incisiva. Más depredadora. Quiere más.

—Tu hermano murió de forma trágica. La prensa lo cubrió intensamente. ¿Eso condicionó tu trayectoria?

Hijo de puta el que filtró el informe policial. Hijo de puta el periodista que lo convirtió en un espectáculo con ese titular de mierda: *«El precio de un apellido: el drama de los Aldana»*. Como si fuéramos una saga griega.

Cierro los dedos sobre el bolígrafo. No demasiado fuerte. Que no se note.

—Fue una pérdida terrible para nuestra familia. Pero no afecta a nuestra profesionalidad.

Roi se mueve apenas en su asiento. Pero lo noto. Porque él sabe que miento. Él estaba ayer en mi casa viéndome lo rota que aún sigo.

—¿Y tu madre? —suelta Clara, con dulzura letal—. También se publicó mucho sobre su vida después del divorcio… Aunque ahora apenas se sabe de ella. Parece que ha desaparecido del foco, ¿no?

Aprieto los labios para no resoplar.

Pereira me observa de reojo. Pero yo no le miro.

Porque esto es Vanity Fair. Y yo soy Valeria Aldana. Y los Aldana nunca se rompen en público.

—Mi madre es feliz donde está. Y eso me alegra. Pero prefiero que hablemos de Eva Montalvo.

Clara inclina la cabeza apenas un milímetro. Como si sopesara si merece la pena seguir insistiendo. Finalmente, cede y volvemos al caso de nuevo. Pasa de las preguntas personales a las legales con la fluidez de quien sabe que, antes o después, lo que busca saldrá solo. Empezamos a desgranar el caso Montalvo: la defensa, la presión mediática, la jugada sucia de Sanabria con las fotos filtradas. Todo lo que ya hemos ensayado.

Y ahí es donde Pereira recupera su terreno.

Habla con precisión, con esa claridad que hace que incluso el Código Civil suene sexy en su boca. Sabe cuándo dejar caer términos que impresionan, cuándo bajar el tono para dar sensación de calma y cuándo dejarme a mí rematar la jugada.

Sin embargo, Clara no está aquí solo para hablar del caso.

Nos observa. Nos mide. No toma notas cuando Pereira desgrana el marco jurídico, ni cuando yo subrayo la vulnerabilidad mediática de Eva Montalvo. Pero cuando nuestras voces se solapan con la sincronización perfecta de dos personas que han discutido esto hasta la extenuación, su pluma se desliza rápida sobre la libreta.

Porque Clara no está buscando solo titulares legales.

Está buscando una historia.

Y, si puede, una nueva protagonista para llenar el vacío que dejó mi madre en las páginas rosas. La heredera del apellido Aldana. La heredera que ha construido su carrera lejos de los escándalos familiares, pero que sigue teniendo un aura de *interés público*.

Por eso su siguiente pregunta no es sobre Eva Montalvo ni sobre Sanabria.

Es sobre nosotros.

—Se os ve muy compenetrados. —Sonríe, fingiendo que es un comentario casual, pero la grabadora sigue encendida—. Es evidente que hay química. Eso siempre ayuda, pero no recuerdo haberos visto colaborando antes. Y ambos tenéis mucho peso en el ámbito legal.

El clic de su bolígrafo me crispa más que la propia pregunta. Lo que para el resto podría ser una cuestión rutinaria, para nosotros es una bomba de relojería.

Roi, a mi izquierda, se tensa de forma imperceptible, pero lo noto. Siempre lo noto. La rigidez que se instala en sus hombros, ese ligero ajuste en la mandíbula, el leve endurecimiento de sus facciones, pero su mente calcula en décimas de segundo la respuesta perfecta.



# 8

# *Del éxito profesional al culebrón en tres preguntas mal hechas*

—El caso es de Aldana & Asociados —responde Roi, sin mirarla directamente, con esa voz que podría usarse como arma blanca por lo afilada que es—. Me pidieron apoyo en ciertos aspectos estratégicos. Y acepté.

Nada más. Ni una concesión. Lo justo para que no puedan acusarle de hermetismo, pero dejando claro que este es mi terreno.

Clara ladea la cabeza, cazando el subtexto.

—¿Dirías que hacéis un buen equipo?

Ahí la mandíbula se le tensa. Un clásico. Pero responde sin vacilar.

—Nos complementamos. —Lo dice con esa calma quirúrgica, pero yo sé que le cuesta. Porque reconocer que nos complementamos es admitir que, de algún modo, me necesita.

Yo intervengo antes de que Clara ahonde.

—Ya sabes cómo es esto. Hay casos que requieren unir fuerzas. Y este es uno de ellos.

Ella asiente, pero no ha terminado.

—¿Os conocíais de antes? Porque... —Mira sus notas—. Los dos estudiasteis en la Universidad Complutense, ¿cierto?

—Coincidimos —responde él—. Pero nos graduamos en años diferentes y éramos de perfiles muy distintos

Clara sonríe, encantada.

—¿Distintos?

—Yo era más formal. —Su boca se curva apenas. La versión Pereira de «me estás tocando los cojones, pero no lo vas a notar»—. Ella... más rebelde.

—Más creativa, quieres decir. —Me río, porque sé que es lo que está pensando—. Era lo que tocaba en esa época.

—Era... intensa. —Deja caer la palabra con una lentitud que me hace querer matarlo. Su forma de decir intensa suena más a insufrible.

—Y tú un soso de manual. —Mi sonrisa se mantiene, pero nuestras miradas cruzan chispas por encima de la mesa.

Clara ríe, pero sus ojos siguen analizando.

—¿Y San Xoán? ¿Coincidieron también por allí?

Ahí la cosa cambia. La sala se enfría un grado.

—Sí —su respuesta es seca, automática—. Mi familia es de allí.

Intento no moverme, no respirar más rápido.

—Yo pasaba allí los veranos durante mi adolescencia —añado sin dejar que esa pausa se alargue.

—Así que viejos conocidos... —Clara hace la nota en su libreta con ese gesto triunfal.

—Digamos que en los pueblos pequeños todo el mundo se cruza —cierra Roi, cortando el tema con elegancia quirúrgica.

Yo asiento, como si no hubiera más que decir.

El bolígrafo de Clara se desliza sobre la libreta, con la suavidad de quien ha conseguido algo que buscaba. Su sonrisa es cortés, pero sus ojos destilan satisfacción. Sabe que ha metido los dedos en la grieta. Y ahora la está ensanchando.

Roi se acomoda sutilmente en la silla, cruzando un tobillo sobre la rodilla y echándose hacia atrás. Su lenguaje corporal dice que está relajado, pero yo lo conozco demasiado bien. Esa pierna cruzada es su versión de levantar un escudo. Él también ha notado que estamos en terreno pantanoso.

Yo mantengo la sonrisa. Porque esto es lo que hago. Sostengo el apellido. Sostengo el bufete. Me sostengo a mí misma, aunque las costuras me ardan.

—Es curioso —continúa Clara, con su tono afable—. Porque desde fuera sí que parecéis muy distintos. Valeria, siempre ha destacado por su perfil más mediático. Cercano. Cercano a la gente, quiero decir. Con un enfoque menos... frío. Y tú, Roi... —Gira la cabeza hacia él con estudiada lentitud—. Tu reputación es... bueno, ya sabes. Preciso. Inaccesible. Implacable.

—Nos adaptamos al caso —dice, con ese tono bajo, firme, que suena como un golpe de martillo sobre la mesa—. No siempre es necesaria la misma estrategia.

Clara lo observa, como si quisiera hurgar más, pero se vuelve hacia mí.

—¿Y esa diferencia de enfoques no choca?

Me río, suave. Ensayado.

—Claro que choca. Pero también suma.

Ella asiente, pero no está satisfecha. Quiere más. Quiere carne.

—Eso explica por qué funcionáis como equipo, pero no por qué habéis tardado tanto en trabajar juntos. En vuestro mundo, los mejores suelen encontrarse antes. ¿No surgió la oportunidad antes? ¿O había... reservas?

Su mirada se agudiza justo al decir reservas. Como un cuchillo entrando lento.

Pereira se tensa. Lo noto en cómo entrelaza los dedos sobre la mesa, presionándolos con más fuerza de la necesaria. Me sorprende que no se escuche el crujido de sus nudillos.

—No, siempre hemos respetado el trabajo de otro y por fin se ha dado la ocasión de colaborar —responde Pereira, cortando como una guillotina. Y dejando claro que no habrá más.

El tono de la entrevista parece calmarse. Clara hojea sus notas, da sorbos a su agua mineral y durante unos segundos el ambiente se relaja. Lo justo para que baje la guardia.

Error.

—Por cierto, Valeria, tu expareja, Mateo Ortiz... —dice el nombre con dulzura falsa, como quien menciona a un primo lejano—, se casa el mes que viene, ¿verdad?

Sonrío. Esa sonrisa que no llega a los ojos.

—Así es.

—Con la que fue tu amiga.

—No del todo.

—Bueno… —Clara ladea la cabeza, como si reflexionara en voz alta—. La verdad es que no deja de ser curioso. Llevabais juntos mucho tiempo, había rumores de boda, y de repente… boom. Te deja, aparece con otra y ahora es él quien pasa por el altar.

Su tono es ligero, casi entretenido. Como si estuviera narrando la sinopsis de un culebrón de sobremesa.

—Imagino que eso tuvo que ser duro para ti —añade, con una dulzura falsa que me da ganas de arrancarle la grabadora de las manos—. ¿Cómo lo llevaste?

Pereira se tensa. Lo noto sin mirarlo. Su cuerpo se ha puesto rígido como un puto poste de acero.

—Los cambios siempre son… interesantes —respondo, con la voz perfectamente medida.

—Sí, sí, claro —Clara asiente, como si realmente le interesara mi proceso de crecimiento personal—. Aunque supongo que ayuda no estar sola. Porque últimamente te vemos muy bien acompañada.

Sus ojos se clavan en mí. No está preguntando, está preparando el golpe.

—¿A qué te refieres? —pregunto, con voz plana.

—Oh, bueno… —hace girar su bolígrafo entre los dedos—. A tu relación con Roi Pereira.

Y ahí está.

No el interés en mi trabajo. No el caso. No la abogada que está protagonizando una de las defensas más mediáticas del año.

Lo único que quiere es reducirme a otro cotilleo más.

Valeria Aldana, la mujer que cambió a su ex por su compañero de trabajo.

—No tengo ninguna relación con Pereira más allá de lo profesional.

—Por supuesto, por supuesto —Clara sonríe como si acabara de escuchar la excusa de una adolescente pillada en casa de su novio—. Aunque hay quien dice que vuestra relación es… *muy* estrecha.

—Trabajamos juntos en este caso —respondo, sin parpadear.

Pero Clara ya ha olido sangre.

—Eso seguro —admite, con un aire de falsa indulgencia—. Aunque me ha llegado un comentario interesante.

Pereira se mueve apenas un milímetro. Apenas nada. Pero yo lo noto. Siempre lo noto.

—Dicen que anoche te visitó en casa. Y que lo vieron salir por la mañana.

Silencio.

Brutal. Sepulcral.

Puedo sentir cómo la tensión se expande como una grieta en el cristal.

Y Pereira… su pierna junto a la mía es puro acero. Su espalda, rígida hasta lo imposible. Pero lo que me enciende de verdad es el ligero giro de su cabeza hacia Clara. Esa manera que tiene de mirar, fría, calculadora, como si estuviera decidiendo si demandarla ahora o esperar a que termine el café.

Pero no dice nada.

No lo bastante rápido.

Y para cuando abre la boca, yo ya he explotado.

—¿Estás preguntando si me follo a Pereira?

Mi tono es seco. Duro. Como un disparo.

Clara se queda helada. El fotógrafo baja la cámara en un gesto lento, como si acabara de ver un coche estrellarse en directo.

—No... claro que no —intenta recular, pero yo no le doy tregua.

—¿No? Porque suena exactamente a eso. A que insinúas que, como mi ex se casa con otra, estoy usando a mi socio de consolador.

—Valeria... —murmura Pereira, bajo, firme, como quien intenta controlar una bomba a punto de estallar—. Basta.

Pero no basta.

Porque ella ha abierto esa puerta y ahora la voy a atravesar ardiendo.

—Si es eso lo que te interesa, te ahorro el trabajo. No. Pero si quieres más detalles sobre a quién me follo en mis ratos libres, te paso mi agenda. Con horarios. Así te ahorras las

especulaciones.

—Valeria... —Pereira repite mi nombre. Más seco. Más bajo. Pero con ese timbre que uso yo misma en los juicios cuando alguien se está yendo de madre.

Levanta una mano, con esa elegancia que tiene que hace que hasta un simple gesto parezca una sentencia.

—Creo que esta línea de preguntas no es pertinente —dice, dirigiéndose a Clara con esa calma fría que da más miedo que mis gritos—. Estamos aquí por el caso Montalvo. Cualquier otra cuestión, queda fuera del interés profesional.

Corte limpio. Diplomacia afilada. Pero sus ojos me atraviesan.

—Por supuesto, no quería incomodaros, era solo...

—Pues lo has hecho —escupo yo, sin poder parar.

Pereira me lanza una mirada como si me dijera «por favor, cállate». Y eso solo hace que me hierva más la sangre.

Clara intenta terminar rápido. Hace dos preguntas más sobre la estrategia de defensa. Algo gestión de medios. Pero el ambiente ya no se recupera. La tensión se ha quedado flotando como una nube tóxica. Y todos lo sabemos.

Cuando por fin apaga la grabadora, se levanta con esa sonrisa de gracias por tu tiempo. Pereira se pone en pie, como quien intenta cerrar la reunión con dignidad. O salvar lo que queda.

—Agradecemos vuestro tiempo. Os acompañará Alejandra. —Su tono es cordial, pero implacable. Como si estuviera redactando ya la carta de reclamación en su cabeza.

—Espero que la entrevista sea de vuestro agrado cuando la publiquemos.

—Seguro que sí —respondo, falsa como una moneda de tres euros.

Cuando Clara y el fotógrafo se marchan por el pasillo, sus voces me llegan de lejos.

—¿Me he pasado?

—Nah... Creí que se iba a cabrear más.

Cierro los ojos un segundo.

Hija de puta.

Cuando la puerta de la sala de reuniones se cierra tras ellos, me giro hacia Pereira.

Y me encuentro exactamente lo que esperaba.

La vena latiendo en su sien. Los nudillos crispados, blancos sobre la mesa. La mandíbula tensa, marcada, con ese leve tic en la mejilla que siempre delata lo que su boca se niega a decir.

—¿Qué? —le digo, porque prefiero lanzarme al fuego que esperar a que él lo haga.

—¿Qué? —repite incrédulo—. ¿De verdad?

—¿De verdad qué?

—¿Qué cojones ha sido eso?

Su voz es baja, grave, con esa contención que siempre es peor que un grito. Esa calma tensa que dice cuidado, estás cruzando la línea.

Y a mí esas líneas siempre me han dado alergia.

—¿De verdad me estás diciendo esto a mí?

—¿A quién quieres que se lo diga? ¿Al fotógrafo?

Me pongo en pie. Me acerco. Porque cuando estoy cabreada, siempre me acerco. Yo lucho cuerpo a cuerpo.

—Sí. ¿Por qué no le has dicho que se meta su mierda de pregunta por el culo?

—Lo he hecho sin tener que dar detalles sobre mi vida sexual.

—¿Y qué querías? ¿Que sonriera y me callara como tú mientras me preguntaba si te follo?

Él también avanza. Ahora estamos tan juntos que siento su respiración en mi cara.

—Quería que no hicieras lo que justo has hecho: convertir esto en un puto espectáculo. Mi trabajo no es salir en la prensa rosa, Valeria.

—¿Tu trabajo? —mi pecho sube y baja, furioso—. ¿Solo el tuyo? ¿Y el mío qué? ¿Yo sí puedo ser un simple entretenimiento?

—No he dicho eso.

—Pero lo piensas. Te revienta que me asocien contigo. Que te metan en mis escándalos, en mi mierda. Odias que crean que eres uno de esos que se follan a las hijas de papá para escalar. Como si tú necesitaras escalar más, Pereira. Estás en la puta cima.

Sus ojos se endurecen.

—Lo que pienso —dice, con esa calma cortante que me cabrea más— es que tienes que aprender a controlar tu maldito ego.

Me río. Una risa hueca, vacía.

—¿Mi ego? ¿O el tuyo? ¿Es tu reputación de abogado impecable lo que está en juego? ¿Te quito puntos en tu puesto de la lista de Forbes?

Su boca se abre, pero no dice nada.

Y eso me jode más.

Porque si no responde, es que lo he clavado.

—Te jode que me asocien contigo, ¿verdad? —Doy otro paso.

Aprieta la mandíbula. No me mira. Vuelve sus ojos hacia la ventana.

—No voy a tener esta conversación.

—Claro que no. Nunca hablas. Solo cuando me tienes con las piernas abiertas. Entonces sí, te vuelves de lo más elocuente.

Y justo entonces nos damos cuenta de que Alejandra ha abierto la puerta. Se queda congelada, con una carpeta en la mano y los ojos como platos.

—Yo… Nada. —Señala hacia el pasillo—. Que… la periodista ya se ha ido.

Duda. Nos mira. Su cerebro está procesando cómo huir de aquí sin que se note que la información nueva que ha adquirido le parece de lo más jugosa.

—Gracias —musito.

Ella asiente rápido y se da media vuelta. Sus tacones repican como disparos mientras desaparece por el pasillo.

—¿Sabes qué me jode más? —Mi voz baja, pero se vuelve más afilada—. Que nunca preguntas nada. Que te crees tan jodidamente listo, que no necesitas ni consultarme. Como con la entrevista.

Su expresión cambia.

—Exacto. —Mi pulso se acelera—. Sabías que querrían hablar de mí y que me buscarían. ¿Y el mejor litigador del país no impuso un acuerdo de no mención sobre mi vida privada? ¿Por qué dejaste que entraran a cuchillo?

No responde.

—Tú dejaste la puerta abierta —respondo yo por él—. Porque te convenía utilizarme de gancho, pero desde la comodidad de tu pedestal. Pensaste que podrías controlarlo y te quedarías con la imagen del salvador que colabora con los Aldana, pero sin mancharte demasiado. Pero te ha salido mal porque yo no soy fácil de controlar.

—Yo no planeé que te destrozaran. —Su voz se endurece—. Pensaba que podrías manejarlo siendo tú. —Su dedo me señala, como si intentara recordarme quién soy—. Como la Valeria que conozco. La que habría destrozado a esa periodista con una frase y se habría quedado tan ancha. No esta... —Se detiene. Aprieta los dientes.

—¿Esta qué? —doy un paso hacia él, encarándole.

—Esta que se viene abajo cuando le preguntan por su ex.

El golpe es seco, directo. Como él.

Y me da de lleno.

—¿Perdona?

—Que no puedo creer que ese capullo te afecte tanto. —Su mandíbula se marca aún más—. Tú, Valeria Aldana, la mujer que ha destrozado en sala a tipos que triplicaban su experiencia. La que no pestañeaba cuando los periodistas preguntaban por su apellido como si fuera un sello de decadencia. La que siempre... —Hace una pausa mínima. Un segundo en el que me preparo para lo peor.

—¿Siempre qué? —le pincho, con paciencia, pero sintiendo el corazón como un tambor de guerra.

Su mirada se oscurece.

—Siempre has sido una cabrona con los pobres infelices que se colgaban de ti.

Lo dice con esa mezcla de rabia y amargura que me desarma durante medio segundo.

Solo medio.

—¿Eso crees? —mi tono se vuelve afilado, venenoso—. ¿Que yo voy coleccionando hombres y los voy dejando tirados como pañuelos usados?

—Eso he visto. —Su voz es más baja, pero no menos letal—. Durante años. Y ahora resulta que ese idiota... ese tipo al que le importabas tan poco que te engañó con tu amiga... —Escupe la palabra como si le quemara en la lengua—. ¿Ese es el que te afecta?

El calor me sube a la cara. La furia. La humillación. Todo.

—¿Y qué pasa? ¿No puedo tener una puñetera debilidad? ¿No puedo haber querido a alguien?

Su mirada me recorre de arriba abajo. Como si buscara en mi cuerpo, en mi cara, a la Valeria que él cree conocer. Esa que él se ha contado a sí mismo durante años. La que no se enamora. La

que juega y luego se marcha.

—¿Tú? —Su tono es casi despectivo, pero más que nada suena desconcertado—. ¿Querer a ese tío? ¿A Mateo Ortiz?

Lo dice como si el nombre le supiera a ceniza. Como si el solo hecho de que yo le perteneciera en algún momento le revolviera el estómago.

—Sí, Roi. Yo. —Mi pecho sube y baja con fuerza, pero no retrocedo—. ¿Tan imposible te parece?

—Es que no te pega. —Menea la cabeza con una mezcla de frustración e ironía.

—¿Qué quieres que te diga? —Alzo la voz, cansada, dolida—. ¿Que sí? ¿Que me dolió y me hizo sentir como una mierda? ¿Eso te haría feliz?

—No, joder. —Su respuesta llega seca, afilada, como un latigazo. Pero bajo la rabia, hay otra cosa. Algo que no sé si es frustración o agotamiento. O ambas—. Me importa una mierda ese idiota y lo que hiciera contigo. Tal vez tengas lo que te mereces.

Su mirada se clava en la mía.

Boom.

Ahí está.

El golpe seco.

—¿Cómo sabían que estuviste en mi casa?

La pregunta no es una sorpresa. Es una confirmación. Algo que ya me rondaba desde que Clara lo dejó caer con esa dulzura envenenada.

Pereira no parpadea. No se inmuta. Pero la tensión en su mandíbula dice que él también lo ha pensado.

—Podría haber sido la prensa… —murmura, sin demasiada convicción.

—O Sanabria.

No hace falta decirlo en voz alta.

Si Sanabria está detrás de esto, no es solo por un ataque personal. Es una jugada sucia, un intento de desprestigiarme profesionalmente. Convertirme en una más de esas abogadas que acaban reducidas a rumores y escándalos.

—Nunca debí aceptar este caso —masculla para sí mismo.

Me río. Esa risa que suena rota, como si se me hubiera atragantado en la garganta.

—Pues hazme un favor, Pereira. —Cruzo los brazos, clavando las uñas en mis costados—. Lárgate. No te detengas por mí. Vete. Corre de vuelta a tu puñetera torre de marfil, donde todo es impecable y nadie te toca los cojones.

Nos quedamos así. Frente a frente. Dos imbéciles demasiado orgullosos como para ser sinceros. La tensión es densa. Y no solo la rabia. Es esa otra cosa. La que me hizo gemir su nombre con la boca llena de él.

—Vete a la mierda, Aldana.

—Tú primero, Pereira.

Él me sostiene la mirada un segundo más. Y entonces se va.

La puerta se cierra tras él. Y el eco de sus pasos se pierde en el pasillo.

Y yo me quedo en esa sala de reuniones, con las piernas temblando y el corazón latiendo como si hubiera corrido una maratón.

Porque lo odio.

Porque me odia.

Y porque eso no va a ser suficiente para sacármelo del cuerpo.



# 9

## *El litigio era de por vida, pero lo de mojar bragas también*

El día no ha mejorado.

Ni el café doble que me trajo Alejandra a media tarde ha sido suficiente. Ni el cigarro que me fumé en la terraza, con el teléfono en la oreja y Martín gritando al otro lado sobre un procurador imbécil, ha servido para calmarme. Ni siquiera el par de pullas que me soltó Hugo mientras revisábamos una demanda lograron arrancarme una sonrisa real. Todo en mí parece forzado.

Y sé por qué.

Pereira.

Su cara, su mandíbula crispada, su espalda rígida cuando salió esta mañana de la sala de reuniones; su voz soltando ese «Nunca debí aceptar este caso» se me ha quedado grabado como un tatuaje en el esternón.

He intentado repetirme que me da igual, que me la pela, que se vaya a tomar viento y se ahogue en su perfección de manual. Pero no. No me la pela. Me hierve por dentro. Y cada vez

que me lo digo, me noto más cabreada.

Así que cuando la puerta de mi despacho se abre de golpe, sin un solo maldito golpe previo, ya estoy a punto de morder.

Pero es él.

Claro que es él.

Cierra tras de sí con la misma energía de quien ha tenido un día igual de asqueroso que el mío. Llega con la camisa blanca, remangada hasta los codos, y las venas marcadas en esos antebrazos que parecen diseñados por algún dios cabrón solo para joderme la vida. La corbata desaparecida, probablemente ejecutada tras nuestra pelea.

Y los ojos.

Esos de «vengo a resolver, a cortar cabezas, y puede que la tuya sea la primera».

Lleva dos papeles doblados en la mano, apretados, arrugados como si los hubiera estado usando para contener su propia rabia. Los lanza sobre mi escritorio con el gesto preciso de quien coloca pruebas encima de la mesa de un juez.

—Ahí lo tienes.

Su tono es plano, aunque tenso.

—¿Qué?

Intento sonar indiferente, pero la boca se me seca de golpe.

—El artículo. —Cruza los brazos sobre el pecho—. He conseguido el borrador original y la versión final. Después de amenazarles con meterles en pleitos hasta que sus bisnietos estén calvos.

Cojo los papeles. Empiezo por el que lleva una grapa mal puesta, como si lo hubieran sacado deprisa de la impresora. Nada más ver el titular, me sube el calor a las mejillas.

«El clan Aldana: poder, escándalos y sexo en la sala de juntas».

La sangre se me sube a las mejillas. Leo el primer párrafo.

Si el apellido Aldana siempre ha estado ligado al poder, en los últimos meses ha añadido un nuevo ingrediente a su ya explosiva ecuación: tensión sexual en los tribunales.

Valeria Aldana, heredera del prestigioso bufete Aldana & Asociados, ha sabido construir su propia reputación en el mundo legal. Brillante, implacable y con el temple de quien ha crecido entre ministros y aristócratas, la abogada ha protagonizado algunas de las defensas más

mediáticas de los últimos años. Pero ahora, su apellido no solo suena en los círculos jurídicos, sino también en los rumores más jugosos de la profesión.

El motivo tiene nombre y apellido: Roi Pereira.

Frío, metódico y con una reputación intachable, el prestigioso abogado se ha unido a Aldana para llevar la defensa de Eva Montalvo, en un caso que ha acaparado la atención pública. Sin embargo, lo que más está dando que hablar no es la estrategia jurídica, sino la relación entre sus dos defensores.

Y si alguien tenía dudas, el rumor que nos ha llegado lo deja claro: testigos afirman haber visto a Pereira saliendo a primera hora de la mañana del domicilio de Aldana, después de una visita nocturna. ¿Una reunión profesional? ¿Un repaso estratégico? ¿O algo mucho más interesante?

La pregunta es: ¿hasta dónde llega su alianza?

Lo que es seguro es que, juntos, son la pareja jurídica del momento. En el juzgado... y, por lo que parece, también fuera de él.

—Joder… —mascullo.

—Sí —ataja él—. Por eso tienes el otro. Les he explicado que, si publican esta basura, no les quedará dinero ni para comprar grapas.

Apoya los brazos en mi mesa y son puro bloque de granito, igual que la tensión que se acumula en sus hombros y el músculo que late en su mandíbula. Sin embargo, no está solo cabreado. Está agotado. Cansado de este día, de mí, de todo.

Abro el otro.

El clan Aldana: poder, prestigio y la defensa del año

El tono es otro. Más pulcro, más neutro. Más seguro.
Pero yo apenas lo leo. Porque no puedo quitarme la imagen de él frente a esa redactora jefe, soltando esas amenazas con su voz firme, con esa forma que tiene de hacer parecer que el fin del mundo es una opción real si te cruzas en su camino.

—¿Así que les has amenazado con un litigio de por vida? —Arqueo una ceja, intentando suavizar el ambiente.

—Sí —afirma, seco—. He usado esas palabras exactas. Y he añadido los haré mear sangre. Creo que ha quedado claro.

Me paso la lengua por los labios. Intento fijar la vista en el artículo, pero las palabras se

emborronan. No es el titular lo que me acelera el pulso. Es él. Su voz grave. Su cuerpo tenso. Esa maldita actitud de depredador que entra, resuelve y engulle.

Y me pone.

Me pone como una bestia. Como siempre. Como cada vez que se planta así, con esos brazos cruzados y esa mandíbula marcada, como si pudiera aplastar el mundo con solo apretar los dientes.

—Gracias. —Me cuesta más de lo que pensaba.

Sus cejas se alzan apenas. Como si la educación básica entre nosotros le resultara una rareza.

—No lo he hecho por ti. —Su voz es un filo—. Esto no va sobre nosotros. Es por el caso.

—Lo sé. —Asiento despacio—. Pero gracias, igual.

Nos miramos. Un segundo. Dos.

Demasiado.

Y de golpe estamos otra vez ahí. En esa maldita cuerda floja.
La piel tensa, el estómago recogido y mi sexo palpitando por él.

—Aquí dice que eres un socio muy atractivo… —rompo el silencio, agitando el papel como si fuera inofensivo. Mi tono es ligero, pero mi cuerpo no—. ¿Está ciega o qué?

La sombra de una sonrisa cruza su boca. Esa que dura medio segundo y te destroza porque es tan jodidamente escasa que cuando llega te deja hecha polvo.

—No todos tienen tus estándares.

Aún estamos enfadados. Lo noto en cada músculo tenso de su cuerpo, en la dureza con la que me ha dicho que no lo hizo por mí, que no piensa dejar que nos conviertan en espectáculo. Como si eso me doliera más que cualquier otra cosa y no lo supiera ya.

Pero también noto lo otro.

Ese otro jodido subtexto que arrastramos cada vez que estamos solos. Que es gasolina cada vez que discutimos y nos quema y se nos mete bajo la piel.

Me cabrea que sea así, pero lo es. Y porque siempre lo ha sido. Desde el primer verano que pasé en su pueblo siendo una adolescente que jugaba a provocarle sin que me viera. Desde la universidad, cuando me miraba como si fuera un estorbo y yo me esforzaba en que no se me notara que solo quería que me mirara más. Desde anoche, cuando estaba dentro de mí y yo le decía su nombre como si fuera lo único que supiera decir.

Y es ahora también, aquí, con la tensión como un cable de acero entre nosotros, con la rabia aún pegada al paladar, y con las ganas, esas que no se van nunca, latiendo bajo la piel como un puto tambor.

—Vale, pues si ya has terminado con tu espectáculo de alfa dominante, puedes irte —digo, con más fuerza de la que siento—. Tengo trabajo.

—No. —Su negativa me sacude de golpe, rompiendo la tensión estática.

Levanto la cabeza, despacio, con el ceño fruncido. Él sigue ahí, inclinado sobre la mesa, con los antebrazos apoyados, las venas todavía marcadas y la mirada fija en mí. Esos ojos oscuros que no dejan escapatoria.

—¿No qué? —intento sonar firme, pero noto el leve temblor en mi voz, y sé que él también.

—Que no he terminado todavía —responde firme—. La próxima vez que te pregunten si follas conmigo, di la puta verdad.

—¿De qué cojones hablas ahora? —Mi tono sale afilado, pero noto cómo se me reseca la boca.

—De que lo hiciste. —Su mandíbula se aprieta, y su voz baja un punto, como si temiera que alguien pudiera oírnos tras la puerta—. De que anoche me montaste como si no fueras a dejarme salir vivo. Y de que hoy has dicho que no.

Cierro los dedos sobre el brazo del sillón, intentando controlar las ganas de lanzarle la grapadora a la cabeza. Lo miro como si quisiera perforarlo, pero lo único que me perfora es la imagen que acaba de soltarme. Su cuerpo entre mis piernas, sus manos sujetándome las caderas mientras yo me agarraba a sus hombros, mordiéndome el labio para no gritar su nombre tan alto que lo oyera todo el barrio. Joder. Respiro por la nariz, larga y profundamente.

—Dijiste que lo haríamos y lo olvidaríamos —le espeto, buscando esa frialdad que siempre se me ha dado bien, pero que ahora me falla.

—Ah, claro. Así de fácil. —Se ríe, pero no hay humor en su boca—. Porque resulta muy sencillo olvidarlo, ¿verdad? Es simple olvidar cómo te corrías contra mi boca temblando y pidiéndome que no parara. O cómo te metí dos dedos y me pedías otro, y otro más, porque no te bastaba, porque te ahogabas en mí.

Me quedo helada. Mi corazón se estrella contra mis costillas con tanta fuerza que estoy segura de que se oye. Su pecho sube y baja rápido, y por un momento creo que va a decir algo más, pero solo se pasa la lengua por los dientes, como si intentara tragarse las palabras que aún le quedan dentro.

Me arde el cuerpo entero. No debería excitarme esto. No después del día que hemos tenido. No después de que casi nos matamos esta mañana. Pero estoy mojada. Y lo odio. Odio que él me ponga así incluso cuando quiero estrangularlo.

—Vete a la mierda, Pereira. —Lo suelto, pero mi voz ya no tiene las misma seguridad.

Mis piernas están cruzadas, apretadas con fuerza, intentando contener ese jodido calor que me recorre el vientre. Pero él me mira como si pudiera verlo y supiera exactamente lo que me pasa por dentro.

—¿De verdad quieres que me vaya?

Su tono no es dulce ni es tierna. Es una amenaza. Como si me dijera «di que no y te follo aquí mismo». Y el problema es que parte de mí quiere decirlo.

Aguanto la mirada. Respiro hondo. No voy a ceder. No hoy después de que esta mañana casi me desmontara entera delante de esa periodista.

—Sí —digo, pero no suena convincente ni para mí.

La comisura de su boca se curva apenas medio segundo.

—Mentirosa.

El insulto es suave, casi íntimo. Y eso lo hace peor.

Nos quedamos así. Frente a frente. Dos imbéciles que se odian y se desean con la misma intensidad. Siento su olor mezclado con el mío, el perfume caro y el café, la rabia contenida, el puñetero sexo sin resolver flotando en el aire como una bomba de relojería.

Ninguno se mueve.

Porque sabemos que el primero que lo haga, pierde. O gana. Es lo mismo.

Y esa es la parte que da más miedo. Que ya no sabemos cuál es la diferencia.

Un golpe seco en la puerta nos arranca de ese duelo silencioso. El hechizo se quiebra. Ambos giramos la cabeza al mismo tiempo, tensos, como dos niños pillados haciendo algo que no deberían. Pero no somos niños. Somos dos adultos cabreados y cachondos en un despacho con las paredes demasiado delgadas.

Hugo entra como quien pisa su casa con esa sonrisa ladeada que arrastra el sé que soy guapo y me aprovecho, las mangas de la camisa remangadas estratégicamente para que sus antebrazos hablen por él. Mira a Pereira. Luego me mira a mí. Y, en menos de un segundo, ya ha olido el incendio que hemos intentado disimular. Porque Hugo no es tonto. Es muchas cosas, pero tonto

no.

—¿Molesto, reina? —Su sonrisa ladeada.

—Siempre —respondo, intentando sonar ligera.

Él ríe, encantado de sí mismo. Apoya una mano en el respaldo de mi silla y se inclina ligeramente. Sabe cómo ocupar el espacio sin que parezca que lo hace. Lo tiene estudiado. Es el típico cabrón que podría conseguir que le firmes la ejecución hipotecaria de tu casa con una sonrisa.

—Perfecto. Me gusta ser constante. —Sus ojos vuelven a Pereira—. Ya que te pillo aquí, Roi... ¿te puedo preguntar una duda rápida? Algo del contrato de Salcedo.

Él ni parpadea.

—No hago consultas gratuitas.

Hugo suelta una carcajada breve, aunque no le hace tanta gracia. Yo sí sonrío, pero más por el placer de verlos medir fuerzas que por otra cosa.

—Venga, hombre, que estás en nuestra casa. Además, seguro que Valeria se fía más de la respuesta si sale de tus labios.

El sarcasmo rezuma en cada palabra, pero lo que realmente me hace removerme en la silla es el maldito detalle de *sus labios*. Porque en cuanto lo menciona, mi mente traicionera decide enfocarse justo ahí. En esos labios. En cómo se cerraron sobre mi piel, en cómo succionaron mi pezón hasta hacerme jadear, en la calidez húmeda de su lengua...

Mierda.

Pereira resopla, pero no se va. Ni siquiera se mueve. Y eso es lo que me mosquea. Podría haberse largado hace rato. Pero está aquí. Aguantando a Hugo.

—¿De qué cojones es el contrato? —pregunta al final, con esa desgana que solo es fachada. Porque puede parecer que no escucha, pero lo capta todo.

Hugo se lanza a explicar algo de una cláusula de rescisión que no viene al caso, con la misma energía con la que flirtea. Yo asiento, sonrío de vez en cuando y finjo que todo es normal. Pero no lo es. Porque puedo sentir a Pereira al otro lado de la mesa. Su cuerpo tenso. Su respiración medida. La electricidad estática que sigue flotando entre nosotros.

Y porque sé que este descanso solo es temporal. Lo que ha pasado antes de que Hugo entrara no se ha ido sigue ahí, latente. Como todo con Pereira. Como todo entre él y yo.

Nunca se va. Solo espera. Y yo solo quiero que se acabe el día. O que me empotre contra la mesa. Lo que llegue antes.

Pero no llega.

Porque cuando Hugo termina su exposición y suelta una de sus bromas de manual, yo ya noto que algo ha cambiado. Pereira está mirándome, pero ya no con la misma intensidad cargada de promesas sucias. Algo en su cabeza ha hecho clic y lo ha frenado.

Quizá es el recuerdo de la entrevista**.** De la mierda que nos han soltado a la cara, de cómo esto—lo que sea que es esto—ya no es solo nuestro. De que hay ojos encima.

O puede que no lo quiera si es en mitad de un arrebato de rabia.

Sea lo que sea, se va sin más, como quien ha decidido largarse antes de cruzar un punto de no retorno.

Y eso me jode.

Porque yo ya estaba en ese punto hace rato.



# 10

## *Facturas, bebés y otros bienes de lujo (sin derecho a devolución)*

Eva Montalvo llega puntual. O quizás un poco antes, porque cuando Pereira y yo entramos en la sala de reuniones, ya está allí. De pie, junto a la ventana, con las manos entrelazadas a la espalda y la mirada perdida en la ciudad que bulle tras el cristal. No parece ver nada de lo que hay fuera. O, al menos, nada que le importe.

Es más alta de lo que recordaba. O quizá es esa delgadez la que alarga su figura, como si la ansiedad y la tristeza le hubieran ido limando el cuerpo. Lleva un traje de chaqueta claro, de esos que gritan caro, pero sin estridencias. Pelo rubio oscuro, recogido en una coleta baja que pretende ser despreocupada, pero yo veo las horas de peluquería detrás. Tiene las uñas perfectas, manicura francesa, pero sus manos tiemblan ligeramente al girarse hacia nosotros. Y esos ojos: verdes, enormes, con esas ojeras que ningún maquillaje ha logrado ocultar del todo. Ojos de madre que no duerme aunque su hijo no está con ella o quizás por eso.

Nos saluda con educación, la sonrisa correcta de quien ya ha perdido la energía para fingir que todo está bien, pero aún se siente obligada a aparentarlo. Le estrecho la mano y noto la piel fría. Pereira hace lo mismo, con su habitual seriedad, ese aire de todo bajo control que tanto

tranquiliza a los clientes. O los intimida.

Nos sentamos con ella frente a nosotros. La mesa es grande, pero se siente pequeña. Casi incómoda. Porque lo que vamos a discutir pesa más que cualquier madera noble y cualquier cristal caro.

—Gracias por recibirme —empieza, con una voz que intenta ser firme, pero se quiebra apenas en la última sílaba—. Necesitaba… esto. Veros. Saber que seguís ahí.

Asiento, dándole espacio. Pereira solo escucha, con ese rostro pétreo que maneja como nadie.

—Lo estamos. —Mi tono es firme. Que lo sienta. Que lo sepa—. Y vamos a repasar todo juntos, ahora que Roi Pereira se ha unido al caso para que estés segura de cada paso.

Ella respira hondo. Veo cómo se alzan sus clavículas debajo de la chaqueta. Y empieza. Lo cuenta con la voz baja, como quien relata algo íntimo que no ha repetido en voz alta demasiadas veces. Quizá para protegerse. Quizá porque, cada vez que lo dice, le duele un poco más.

Ella y su marido, Jaime, llevaban más de seis años intentando tener hijos. Todos los tratamientos posibles. FIV, inseminaciones, operaciones, donación de óvulos, hormonas. Nada. Cuando por fin lograron el embarazo, lo perdieron a los cinco meses. Ella casi no lo cuenta. Hubo complicaciones y los médicos fueron claros: no podría volver a gestar. Y si lo intentaba, probablemente no sobreviviría.

—Fue como… —se humedece los labios, dudando— como si me hubieran arrancado algo más que el bebé: el derecho a ser madre.

Su marido fue quien propuso la gestación subrogada. Ella lo rechazó al principio. Por motivos morales y por miedo. Porque no quería que otra mujer pasara por algo que ella misma no había podido soportar. Pero el deseo de ser madre fue ganando poco a poco hasta que ya no pudo más.

—No lo decidimos a la ligera. —Su mirada se clava en nosotros—. Sé lo que se dice y lo que piensa mucha gente. Pero buscamos la agencia más seria. Nos aseguramos de que fuera legal. De que la mujer que lo hiciera estuviera protegida y bien tratada, que recibiera atención médica y apoyo psicológico. Todo. Grecia nos pareció una opción segura. Legal. Regulada. Elegimos a Katerina a través de la agencia.

El nombre de la gestante griega cae en la mesa como un cuchillo. Pereira anota algo sin levantar la vista, pero noto su cuerpo más rígido.

—¿Por qué ella? —suelta él, con esa calma suya que parece inofensiva, pero no lo es.

Eva se recoloca en la silla, como si se preparara para ser juzgada.

—Parecía... adecuada. Una mujer de veintiséis años, madre de dos hijos, divorciada. Estaba haciendo esto por necesidad económica, claro, pero también dijo que quería ayudar a otras mujeres. Y parecía sincera. —Sus ojos se nublan por un momento—. Lo parecía.

—¿Cuánto pagaron? —La pregunta de Pereira es quirúrgica.

Noto la incomodidad de Eva. Como si esa cifra la avergonzara.

—Setenta mil euros en total. —Su expresión se endurece—. Pero eso incluía la agencia, los abogados, la clínica.

Pereira asiente, impasible, pero yo sé lo que está pensando: unos pagan para cumplir un sueño y otros venden su cuerpo para sobrevivir.

—¿Y cuándo empezaron los problemas? —intervengo.

Su pecho sube y baja lentamente.

—El embarazo fue bien. Katerina era cordial. Hablábamos cada dos semanas por videollamada. Nos mandaba ecografías. Nos decía que el bebé estaba bien. Yo... me permití empezar a quererle. —Su voz se resquebraja, aunque se recupera rápido—. Pero luego... me separé de Jaime. Fue un divorcio complicado. Bueno, todos lo son. Pero este fue... —Se detiene —. En cualquier caso, la situación con Katerina cambió. Tras mi divorcio, empezó a evitar mis llamadas. Me dijo que tenía dudas y cuando nació el niño que necesitaba más tiempo, que se estaba encariñando...

Levanta la vista y nos mira.

— Sé que Katerina tiene derechos. Lo entiendo. Pero… yo también. Ese niño no es solo una gestación, es mi carne, mi sangre. Se formó de mi óvulo, lleva mi ADN. Es tan mío como de Jaime.

Traga saliva. Sus manos se cierran sobre su regazo.

—Él sí es reconocido como padre porque aportó su semen. Katerina tiene derechos porque lo gestó. Pero yo… —deja escapar una risa amarga—. Para la ley, yo no soy nadie. Como si no hubiera tenido nada que ver en la existencia de mi propio hijo.

Su voz se quiebra al final. Pereira anota algo en su libreta, pero yo sé que lo ha hecho solo para darle espacio, para que no se sienta observada como si estuviera en un interrogatorio. Yo la miro. Veo a una mujer rota. Pero también a una mujer que lucha.

—¿Intentaste ir a Grecia? —pregunta Roi.

—Claro que lo intenté. —Sus ojos se encienden, por fin vemos algo de la Eva empresaria que no acepta un no—. Pero Jaime me convenció de que no era prudente, que estaba mediando con ella y lo tenía bajo control. —Su mandíbula se endurece—. Y ahí es cuando descubrí la verdad.

Se inclina hacia nosotros, apoyando los codos sobre la mesa.

—Jaime la manipuló. Le prometió dinero si se quedaba con el niño. La convenció de que yo era fría, incapaz de ser madre. —Su voz se quiebra—. Y ahora mi hijo está allí, lejos de mí, con una mujer que ha sido engañada y un hombre que solo lo ve como una herramienta para sacarme dinero. Porque fui lo bastante perspicaz para casarme en separación de bienes, y él no pudo sacarme todo lo que quería en el divorcio, así que ahora usa a mi hijo para hacerlo.

Pereira se recuesta, evaluando cada palabra. Yo, en cambio, siento un nudo en la garganta porque, joder, puedo ver a esa mujer sola en su casa, con la cuna vacía. Puedo imaginarme perfectamente cómo es eso. Su dolor por esa pérdida. Pero también soy abogada, y mi trabajo no es sentir, sino pensar en lo que puede hacer y lo que puede perder.

—Katerina tiene derecho a cambiar de opinión —añado, con cuidado, porque esta parte siempre es jodida.

Eva asiente. Pero sus ojos se nublan de nuevo.

—Lo sé. Pero quiero que sepas algo. —Nos mira a ambos, primero a Pereira, luego a mí—. No estoy comprando un niño. No es eso. Yo... quiero ser su madre, cuidar de él y que sepa que es querido. Y detesto que crezca siendo el arma de guerra entre dos personas que se odian. Estoy luchando por evitar eso. Solo quiero ser su madre.

El silencio tras sus palabras lo llena todo. Solo se escucha el bolígrafo de Pereira dando vueltas entre sus dedos. Yo trago saliva, sintiendo que cada palabra de Eva se me clava en el pecho.

—No basta con que diga que su exmarido es un manipulador codicioso, señora Montalvo. —La voz de Pereira resuena seca en la sala de reuniones, con ese tono de sentencia que no admite discusión—. Eso puede ser cierto, pero no nos lleva a ninguna parte. Necesitamos pruebas que desmonten su versión y que demuestren que todo esto es una maniobra de chantaje.

Eva, sentada al otro lado de la mesa, aprieta las manos sobre su regazo. Pereira sigue, implacable:

—Conversaciones, correos, mensajes de WhatsApp. Algo que vincule a Jaime con Katerina más allá del contrato. Si hay pagos, transferencias o algún ingreso sospechoso, lo quiero. Si tiene

empleados que hayan visto algo, que lo digan. Y si hay una sola grabación en la que su ex la presione o deje caer que esto se resuelve con dinero, la necesitamos ya.

Hace una pausa, midiendo cada palabra, cada silencio.

—Porque, señora Montalvo, podemos demostrar que su ex es un manipulador y retratarle como un oportunista que usa a su hijo como moneda de cambio. Pero... —Se inclina ligeramente hacia la mesa, la mirada fija como una jodida daga—. Si esa mujer —pronuncia el nombre de Katerina como si le quemara— se planta delante del juez y dice que quiere a ese niño, que es su hijo, que lo ha gestado y lo ha parido y que usted solo ha pagado una factura… la cosa cambia.

El silencio es denso.

—Si el juez cree que esa mujer ahora lo quiere de verdad, su historia de chantaje servirá de poco. El interés del menor estará siempre por encima de cualquier acuerdo en papel.

Eva no responde enseguida.

—Entiendo —murmura finalmente Eva, con esa dignidad feroz que solo tienen las mujeres que han tenido que pelear siempre el doble—. Hay alguien que tal vez pueda aportar pruebas. Pero no va a ser fácil.

—¿Quién?

—Luis Cifuentes. Exdirector financiero de la empresa de Jaime. Llevaba todo lo económico. Sabía más de nuestras cuentas que yo misma. —Aprieta la mandíbula—. Lo despidieron hace poco. Jaime nunca le ha perdonado que no tragara con ciertas maniobras.

Roi ladea ligeramente la cabeza. Evaluando. Midiendo el potencial y los riesgos.

—¿Sabías que podía ser clave y no lo has mencionado hasta ahora?

—No estaba segura de que quisiera hablar en mi favor. Me detestaba y… no le gustaban mis decisiones en la empresa. —Eva suelta aire por la nariz—. Pero ahora aborrece a Jaime más que a mí. Eso juega a nuestro favor.

—O podría venderse al mejor postor —murmura Roi, casi para sí mismo.

—Podemos averiguarlo. Pero habrá que presionarle con cabeza. Si se siente acorralado, se cerrará —intervengo, queriendo ser más diplomática que Roi.

Este es mi terreno: sacar información de quien no quiere soltarla. Pero Pereira… él juega en otra liga. Sigue en modo depredador.

—Lo quiero en una hora. Dirección, teléfono, lo que tengas. Y que nadie más sepa que

vamos a por él. Si Jaime lo olfatea, lo comprará antes de que lleguemos.

Mis ojos van a Roi. Y, joder, esa maldita capacidad suya en la que, incluso cuando es un cabrón, consigue que todo parezca bajo control… me pone de los nervios. O me pone, a secas. Como si, pase lo que pase, ya tuviera la jugada resuelta antes de que los demás siquiera muevan ficha.

—Hecho.

Y entonces, como siempre, la guerra empieza de verdad.



# 11

# *Manual para no partirle la cara a un capullo en plena cena*

*Espero dentro del coche, con las luces bajas, observando la puerta del edificio donde vive Valeria. No me planto frente a su casa como un imbécil con un cartel de neón encima. No soy tan descuidado. Aparco en un punto discreto donde puedo vigilar la entrada sin ser visto. Si alguien la sigue, no quiero regalarle titulares. Bajo el volumen de la radio y resoplo, apoyando la cabeza en el reposacabezas. Mi reloj marca las nueve menos cinco.*

*Estoy tenso. Llevo así todo el día, desde que Eva Montalvo dejó su historia sobre la mesa como quien lanza un cebo. Y, por supuesto, Valeria lo mordió.*

*No paro de darle vueltas. Al puto caso. A lo que hay detrás.*

*Y no es que dude de la capacidad de Eva para ser madre. Ni que piense que Katerina es una santa. Pero esa forma de negociar con un niño… Y la forma en que espera que la gestante, por el simple hecho de haber cobrado, desaparezca del mapa y acepte que su barriga fue solo un alquiler temporal.*

*Eso me descoloca.*

*El dinero comprándolo todo. Hasta los hijos. Los ricos solucionando sus desgracias con cheques y abogados, mientras los que no tenemos nada aprendemos a conformarnos. O a perder.*

*Mi padre se pasó la vida tragando salitre, con las manos agrietadas de tanto trabajo, para*

*que yo pudiera ir a la universidad. Trabajó hasta que la espalda le dijo basta. Jamás tuvo la opción de encargar nada. Si algo se rompía, lo arreglaba. Si algo se iba, se iba. Y si la vida te decía que no podías tener un hijo, aprendías a vivir con eso.*

*Pero claro, esto es otro mundo. El suyo. El de Valeria.*

*Y entonces la veo.*

*La puerta se abre.*

*Y joder.*

*Ese vestido negro, ajustado, como hecho a medida para joderme la noche. Tacones altos, lo que le alargan las piernas hasta hacerlas ilegales. Melena suelta, con esas ondas que parece que se las ha hecho sin querer, pero sé que le llevan media hora porque se lo oí comentar una vez a mi hermana.*

*Boca roja. Siempre roja.*

*Como si estuviera preparada para incendiar el mundo. Y probablemente lo hará.*

*Abro la puerta desde dentro, sin bajarme. Ella entra, se acomoda como si el asiento fuera suyo de toda la vida. El perfume me golpea. Ese que siempre lleva, que me ha perseguido hasta en sueños desde la primera vez que la besé.*

*—¿Vamos o piensas quedarte aquí toda la noche? —suelta, con esa media sonrisa afilada que podría usarse como arma blanca.*

*No contesto. Acelero suave, me incorporo al tráfico. Pero noto que me mira de reojo. Porque sabe que la he mirado. Y le gusta verme reaccionar.*

*—Espero que este tipo valga la pena —digo, más seco de lo que pretendía.*

*—Depende. ¿Para el caso o para invitarme a champán caro? —responde, cruzando las piernas lentamente*

*No entro al trapo. No quiero. Hoy no.*

*—¿Confías en él?*

*— Confío en que me mire las tetas lo suficiente como para olvidar que no soy de fiar.*

*Bien. Por lo menos estamos siendo sinceros.*

*—¿Y tú? —pregunta de repente.*

*—¿Yo qué?*

*—¿Sigues atormentado por tu dilema ético o ya has hecho las paces con tu conciencia?*

*La miro fugazmente antes de responder.*

*—Pienso que es una mierda.*

*—Qué profesional —ironiza—. Pero solo es una madre que…*

*—Quiere lo que pagó.*

*La corto. Mi tono es más duro de lo que esperaba. La tensión se estira entre nosotros.*

*—¿Siempre eres así de cínico? —Su mirada se clava en mi perfil.*

*—Siempre que hay dinero de por medio y gente desesperada.*

*—¿Porque los ricos somos los malos?*

*—No. Porque todo esto me recuerda por qué odiaba el Derecho de Familia.*

*—Perfecto. Dos abogados con alergia a la moralidad.*

*Su sarcasmo me arranca una sonrisa mínima. Pero no me relaja.*

*—Solo digo que lo que a ti te parece un derecho, a mí me parece un negocio.*

*Ella se calla. Pero noto su respiración más fuerte. Le cabrea. Claro que le cabrea. Porque ella ve en Eva algo que no ve en casi nadie. Se ve a sí misma.*

*Y yo…*

*Yo solo veo a Paula.*

*A Paula con diecisiete años, llorando en mi casa después de que todo explotara. Gritando que Valeria le había llevado a abortar y casi lo hace, que la había manipulado.*

*Valeria y sus putas soluciones. Su dinero. Su facilidad para entrar en nuestra vida como un huracán, creyendo que podía arreglarlo todo con billetes y decisiones rápidas.*

*Siempre he querido odiarla por intentar decidir por mi hermana y arrastrarla a una clínica. Por casi provocar que Paula perdiera al bebé que ahora es mi sobrina. Por el daño que causó a mi familia.*

*Paula estaba asustada, acorralada, y en vez de venir a mí, a sus padres o a cualquiera de los nuestros, fue a ella. A la niña bien de los Aldana que podía solucionar todo con dinero y contactos. Valeria siempre ha tenido esa capacidad para meterse donde no la llaman y salir como la salvadora.*

*Y mientras Valeria metía a Paula en un coche, yo estaba en Madrid, estudiando, jugando a*

*ser el primer universitario de la familia ajeno a todo esto y Paula apretó el botón de emergencia y apareció Valeria Aldana.*

*Siempre fue así.*

*Y cuando todo explotó, allí estaba. Con su gesto altivo y su discurso de que había hecho lo correcto; frente a mi madre, con las manos temblando y frente a mi padre, que no sabía si romper a gritar o romperle la cara. Y Paula, llorando junto al tipo que le jodió la vida, Ricardo, ocho años mayor que ella.*

*Y yo.*

*En medio de todo. Sintiéndome tan impotente que solo pude hacer lo que creí mejor: reventar.*

*—¿Has vuelto a hablar con ella? —pregunto, a sabiendas de que le dolerá. Y quizás porque quiero que le duela.*

*Se gira despacio. Me mira de reojo. Pero no responde. Y ese silencio me lo dice todo.*

*—Con Paula —insisto. Porque si voy a sacar el cuchillo, que sea hasta el fondo.*

*—Hace años que no. —Su voz suena más ronca de lo habitual. Baja. Como si arrastrara grava.*

*Parece que va a quedarse ahí, pero no.*
*Nunca sabe quedarse ahí.*

*—La última vez fue aquella vez que me mandaste a la mierda delante de toda tu familia. Cuando intentaba explicar por qué hice lo que hice. —Levanta la mirada hacia mí, con esa mezcla de orgullo y cicatriz que lleva años perfeccionando—. Cuando me llamaste entrometida y me dijiste que me largara y que no volviera a acercarme a ninguno de vosotros. Añadiste que ya habías tenido suficiente conmigo, que bastante daño había hecho ya y que Paula estaría mejor sin alguien como yo cerca.*

*El coche sigue en marcha, pero por un momento parece que se detiene todo. Porque sí. Eso pasó. Palabra por palabra.*

*Yo, gritándole delante de mi madre, de Paula. Con mi padre apretando los puños, y ella, de pie en medio de todos, intentando que alguien la escuchara y entendiera que lo hizo por ayudar.*

*Pero nadie quiso escuchar.*

*Yo tampoco.*

*Aprieto el volante con tanta fuerza que me cruje la muñeca.*

*—¿Te arrepientes? —Sale de mis labios sin pensarlo. No porque quiera la respuesta, sino porque necesito que me diga que sí.*

*Valeria se humedece los labios. Tarda en contestar. No porque dude. Porque está decidiendo cuánto dejarme ver.*

*—De muchas cosas, Pereira. Pero no de haber intentado salvarla.*

*Boom.*

*Me llega directo. Porque ahí está todo. No dice ayudarla a abortar. Dice prácticamente salvarla de vosotros. Porque eso fue lo que intentó, que mi familia no la obligara a casarse con diecisiete años con un imbécil como si su vida no importara.*

*Y lo hicimos para proteger el qué dirán. Para que en San Xoán no se hablara de la hija del pescador que se quedó preñada siendo una cría. Porque ¿a quién coño le importaban los sueños de Paula? Importaba que Ricardo se hiciera cargo. Que pasara por el altar antes de que la barriga creciera más. Y que todos aplaudieran en la iglesia como si aquello fuera amor.*

*Yo lo vi.*

*Y no hice nada.*

*—¿Es feliz? —pregunta de repente.*

*Frunzo el ceño. Giro la cabeza un instante hacia ella, pero vuelve la vista al frente enseguida. Mira por la ventanilla, pero no está viendo nada.*

*—¿Paula? —pregunto, aunque sé que es obvio.*

*Ella asiente. Su mandíbula se mueve levemente, tragándose las cosas que no quiere decir en voz alta.*

*—¿Está bien? ¿Ese... —se interrumpe, pero lo dice— imbécil de Ricardo la trata al menos con un mínimo de decencia?*

*Me cuesta responder.*

*Porque ni yo mismo lo sé.*

*Paula nunca me lo diría. En mi familia no hablamos de esas cosas. Nos enseñaron a aceptar, a no levantar demasiado la alfombra.*

*Y porque hay días que creo que Paula se conformó y se resignó a esa vida que nunca quiso. Pero también hay otros en los que la veo con su hija. Y sonríe.*

*No como antes.*

*Pero sonríe.*

*—Paula está... —Hago una pausa, buscando la palabra correcta, pero solo me sale esta—. Está tirando. Como puede. Como todos.*

*Valeria respira hondo. Sus hombros bajan apenas. Casi imperceptible. Pero yo lo noto.*

*Sé que, a pesar de todo, sigue preocupándose por ella, aunque yo le hiciera creer que no tenía derecho a hacerlo.*

*—¿Y él? —Su voz es más fina, como si le doliera seguir preguntando—. ¿Sigue siendo el mismo capullo?*

*Asiento despacio.*

*—Sí. Ricardo es... Ricardo. —No necesito añadir más. Porque ella ya sabe lo que significa. Lo vio desde el principio.*

*Cierra los ojos un segundo. Cuando los abre, ya ha levantado el muro. La Valeria implacable vuelve. La que no quiere que le duela. La que me diría que me fuera a la mierda otra vez si pudiera.*

*Justo cuando parece que la conversación se va a quedar ahí, en esa pausa incómoda que ninguno quiere llenar, me sale solo. Ni lo pienso. Como esas veces que te apoyas en una pared y descubres que la pintura aún está fresca.*

*—Se llama Carla.*

*Ella parpadea. Un segundo. Quizás dos.*

*—¿Quién?*

*—Mi sobrina. —Paso la lengua por los dientes, notando la tensión en la mandíbula—. Se llama Carla. Es preciosa. Tiene el pelo oscuro como Paula. Pero los ojos… son los de mi madre: verdes claros.*

*—Vale. —Su tono es seco. Bajo. Cansado. Pero firme, como siempre—. Pues... gracias.*

*Y nada más. Ningún comentario irónico. Ninguna provocación. Ni siquiera un Pereira con ese retintín suyo.*

*Solo eso.*

*Gracias.*

*Y, joder, me afecta más que cualquier otra cosa porque sé que lo dice en serio.*

*Aunque también sé que, a partir de ahora, vamos a hacer como que no hemos hablado de esto. Como que Paula no ha salido en la conversación y ella no se ha acordado de aquella tarde en mi casa y yo no he vuelto a verla de pie, con los ojos rojos, mientras le cerrábamos la puerta en la cara.*

*Ya que somos así.*

*Y porque, si seguimos, igual acabamos diciendo cosas que no estamos preparados para oír.*

*Llegamos a La Máquina Jorge Juan, uno de esos restaurantes de Madrid donde todo el mundo parece haber salido de la portada de Forbes o de una clínica de rejuvenecimiento facial. Está en pleno barrio de Salamanca, esa zona que huele a dinero antiguo y bótox fresco, donde los coches aparcados valen más que algunas casas y las terrazas están ocupadas por tipos que parecen manejar más billetes que el Banco de España.*

*La fachada es discreta, elegante, con ese aire de si tienes que preguntar cuánto cuesta, este sitio no es para ti. Grandes ventanales, luces cálidas, toldos negros impecables.*

*Dentro, el ambiente es igual. Maderas oscuras, ladrillo a la vista, mesas perfectamente vestidas, lámparas colgantes que proyectan esa luz tenue que hace que todo el mundo parezca diez años más joven y mucho más interesante. El murmullo de conversaciones se mezcla con el tintineo de copas y platos, creando ese sonido ambiente que te dice que estás donde se cierran negocios importantes... o donde se firman acuerdos prenupciales entre gente que no se quiere tanto como cree.*

*Apenas cruzamos la puerta, noto cómo algunas cabezas se giran hacia Valeria. Normal. Lleva ese vestido ajustado, pero sin cruzar la línea, con una apertura lateral que enseña lo justo para que te preguntes cómo sería ver más. El pelo suelto, ondas suaves, maquillaje preciso, labios rojos. Sabe lo que hace. Siempre lo sabe.*

*Y yo también sé que no lo ha hecho por mí. Lo ha hecho por Cifuentes, el cabrón con el que vamos a cenar. Porque Valeria no solo litiga en los juzgados. También litiga con las piernas cruzadas y esa mirada que mezcla complicidad y desafío. Y funciona. Siempre funciona.*

*El maître nos conduce a una mesa en el interior, junto a una cristalera que da a la terraza. Intimidad medida, pero suficiente para que podamos hablar sin que nadie nos oiga.*

*Cifuentes aún no ha llegado.*

*—¿Vino? —pregunta ella, levantando una ceja mientras hojea la carta con esa indiferencia de quien podría pagarla entera sin pestañear.*

*—Agua —respondo, seco.*

*Ella se ríe, pero no de verdad.*

*—Qué divertido eres, Pereira.*

*El camarero se marcha. Y durante unos segundos, solo se oye el murmullo del restaurante y el repicar de los cubiertos en otras mesas.*

*Miro a Valeria. Ella mira la puerta, esperando a nuestro invitado.*

*Y yo solo pienso que ojalá esta cena acabe rápido.*

*Porque hay muchas cosas que puedo manejar. Pero ella, con ese vestido, en este restaurante, sabiendo perfectamente que me vuelve loco... No es una de ellas.*

*Entonces lo veo. Es igual que en las fotos que Eva nos ha facilitado.*

*Luis Cifuentes entra con esa seguridad de quien está acostumbrado a que le abran las puertas antes de llegar. Ronda los cincuenta, aunque se nota que invierte más en cremas que en pensiones. Moreno, bronceado de golf, pelo bien peinado con ese toque de canas estratégicas que parecen colocadas pelo a pelo. Traje azul marino impecable, camisa blanca, y un reloj que probablemente cuesta lo que muchos ganan en un año.*

*Valeria lo ve. Y en el momento en que sus ojos se cruzan, su boca se curva en esa sonrisa suya. Esa que no es solo una sonrisa. Es un arma de seducción y guerra. De «sé exactamente lo que escondes» y «lo vas a dar sin darte cuenta».*

*Y funciona. Lo veo. Lo veo en los ojos de él, que se clavan en ella como si yo fuera mobiliario y ella no fuera la abogada, sino el premio. Y esta cena fuera a acabar con él llevándosela a casa.*

*Aprieto los dientes, me acomodo en la silla y me preparo.*

*Cifuentes pide vino. Uno de esos tintos que tienen nombre largo y etiqueta que parece sacada de un museo.*

*Valeria sonríe como si le hubieran ofrecido el cáliz sagrado.*

*—Perfecto. Me encantan los riojas. Sobre todo los que abren el apetito... —dice, rozando la última palabra con un tono que hace que el camarero casi se atragante.*

*Luis ríe, encantado porque cree que juega y que está ganando. Pobrecito. No sabe que Valeria siempre juega dos partidas al mismo tiempo. Y que nunca pierde.*

*El primer brindis es inocente. El segundo, no tanto.*

*Cifuentes habla. Mucho. Como hacen todos los que se creen importantes. Anécdotas de viajes, nombres de gente poderosa, historias que suenan a chulería disfrazada de falsa humildad. Valeria asiente, ríe a ratos, ladea la cabeza como si de verdad le interesara saber a cuánto asciende el alquiler del yate en Ibiza que comparte con «unos amigos».*

*—Menuda vida, Luis... —suelta ella, con esa risa suave, inclinándose levemente hacia él. Su escote, justo en la línea entre lo sugerente y lo profesional, hace que el cabrón pierda el hilo un segundo—. No sé cómo aguantas tanto estrés...*

*Y él cae. Claro que cae.*

*—Bueno, todo es cuestión de... saber manejar los tiempos. —Le devuelve la sonrisa, apoyando el brazo en el respaldo de su silla, marcando territorio.*

*La botella baja. Ella juega con la copa, pasándola entre los dedos, rozando el borde con las uñas perfectas. Como si nada de lo que hiciera fuera casual. Porque no lo es.*

*Yo no digo mucho. Me limito a escuchar y evaluar. Y apretar los dientes cada vez que esa risa suya se desliza por la mesa o cuando la mano de él roza la suya al ofrecerle otra copa.*

*El vino empieza a hacer efecto. O eso cree él. Porque Valeria sabe beber. Y sabe fingir que bebe.*

*—Ay, Luis... creo que me estás emborrachando —dice, con esa sonrisa ladeada, con la lengua ligeramente más suelta. Su mano roza la muñeca de él medio segundo—. Vas a tener que llevarme a casa, ¿eh?*

*Él se ríe como un niño al que le han prometido un caramelo.*

*Y yo siento que voy a partirle la cara con la puta botella, pero me contengo. Porque esto es parte del plan y la táctica es esa. Sé que Valeria juega así. Lo he visto antes. Y yo mismo lo puse sobre la mesa primero.*

*Aquella vez en su bufete, cuando solté la pulla sobre sus encantos y su talento para conseguir lo que quiere. No estaba proponiendo una estrategia real. Era un insulto. Un menosprecio a su forma de trabajar. Y ella, en vez de cabrearse, me miró con esa sonrisa letal y me dejó claro que, si alguna vez tenía que agacharse, sería para arrancarle los cojones a alguien, no para enseñarle las bragas.*

*Y su forma de hacerlo es brillante. Es letal. De un ingenio soberbio. Es ella.*

*Pero aguantarlo de cerca me está jodiendo.*

*—Bueno, si te portas bien, te acompaño... —suelta él, con sonrisa de manual.*

*Valeria se ríe. Esa risa que suena ligera, casi etérea. Como si no pesara nada. Como si fuera fácil.*

*Pero yo la conozco. Sé que no lo es. Sé que, mientras lo hace, está midiendo cada palabra, cada pausa, cada puta copa que se lleva a los labios.*

*Y él sigue hablando. Y bebiendo. Y relajándose.*

*—La empresa de Jaime... bueno, ya sabes cómo es. —Su lengua empieza a patinar apenas —. Siempre con esos negocios raros. Es un cabrón. —Se ríe, como si fuera gracioso—. Pero supongo que eso ya lo sabéis.*

*Valeria se inclina un poco más. Lo justo.*

*—Oh, vamos... no me creo que tú no supieras nada de sus maniobras. Eras su hombre de confianza... seguro que te contó más de una vez cómo se saltaban las normas. —Sus ojos brillan, pero su tono es tan dulce que parece que le está pidiendo la receta de una tarta.*

*Luis se relaja más. El vino le afloja la lengua.*

*—Bueno... alguna cosa. Nada grave... —Mira a su alrededor, bajando el volumen como si de repente fuera un espía—. Pero sí, había transferencias... y movidas con Grecia. Aunque ya sabes, cosas normales...*

*La mano de Valeria se posa en su brazo.*

*—¿Transferencias? ¿A Katerina? —Su voz suena sorprendida, como si no esperara la respuesta que lleva toda la noche buscando.*

*Cifuentes la mira. Quiere impresionarla y que lo vea como alguien importante y que tiene poder.*

*—Sí, claro. Pero esas eran privadas, entre ellos... Ya sabes, Jaime y sus acuerdos bajo cuerda. Todo confidencial, claro.*

*Mi mandíbula se tensa. Esto es lo que buscábamos. Lo que necesitamos.*

*Valeria disimula como una profesional. Sonríe, le da otro sorbo al vino, ladea la cabeza como si aquello fuera solo un chisme de sobremesa, pero a mí me hierve la sangre. Cifuentes ya no mira solo con interés, ahora la mira como quien está seguro de que se la va a llevar a la cama al final de la noche.*

*Y ella le deja creerlo.*

*—Luis, eres un peligro... —ronronea, riendo otra vez, mientras su dedo dibuja círculos en el*

*borde de su copa—. ¿Qué haríamos sin hombres como tú?*

*El cabrón se ríe. Y se acerca más y está casi dispuesto a darle a Valeria todo lo que ella quiera.*

*Y me alivia. Me alivia porque sé que esto está saliendo bien y ella controla la situación.*

*Pero, al mismo tiempo, me cabrea. Me cabrea que tenga que hacer esto. Que tenga que usar ese puto encanto con tipos como este. Y me cabrea que a mí me importe tanto.*

*Porque no debería.*

*Porque esto es trabajo.*

*Y porque ella no es mía.*

*Nunca lo ha sido ni lo será.*

*Pero joder, verla jugar así, ver cómo le sonríe a otro, aunque sea por el caso, aunque sea parte del juego... me enciende de una forma que no sé si es rabia o celos o una mezcla de todo.*

*Y cuando Luis le pasa la mano por la espalda, muy leve, muy casual, como quien no quiere la cosa, yo aprieto los puños bajo la mesa.*

*Porque esta cena la estamos ganando.*

*Pero yo estoy perdiendo los papeles.*



# 12

# *¿Trabajo sucio? No, cariño. Trabajo fino y con tacones*

Luis se levanta con esa torpeza que tienen los que creen que su encanto crece con cada copa. Deja el móvil sobre la mesa, demasiado confiado, demasiado satisfecho, y suelta un «ahora vuelvo» mientras se ajusta la chaqueta como si se estuviera preparando para conquistar el mundo.

Nada más girar la esquina camino al baño, me inclino hacia Roi.

—Vete.

Su ceja se arquea con esa mezcla de incredulidad y desafío que me hace querer arrancársela de un tirón.

—¿Cómo?

—Que te largues. Tu cara de perro de presa lo tiene en alerta. Casi lo tengo. Ha dicho que lo guarda todo. Las transferencias, los correos, hasta las putas conversaciones con Jaime. Lo tiene en capturas. En este móvil. —Se lo señalo con la barbilla, bajando la voz—. Necesito que crea que puede ganar algo conmigo.

Pereira no pestañea. Ni se mueve.

—¿Y qué tiene que ganar exactamente?

Su tono es bajo, seco. Pero no engaña a nadie. Hay filo. Del peligroso.

Respiro hondo, preparándome para el golpe.

—Quiere follarme.

Lo suelto así, sin edulcorantes, porque sé que si lo adorno será peor. Y porque es verdad.

Su mandíbula se tensa. Lo noto porque llevo casi toda la vida viendo esa mandíbula y sé cuándo se aprieta porque está calculando y cuándo se aprieta porque le estoy tocando los cojones. Esta es la segunda.

—Perfecto. Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Le pides las capturas antes o después de chupársela en el coche?

El mazazo me golpea en el estómago. Me hierve la sangre.

—¿Perdona?

Su mirada se clava en la mía. Oscura. Fría. Ardiente. Todo a la vez.

—Eso he preguntado. ¿Cuál es tu límite? ¿Le dejas que te meta mano? ¿Le das una alegría en el baño para que desbloquee el móvil?

Cierro los dedos sobre el borde de la mesa. Intentando no lanzarle el vino a la cara.

—Vete a la mierda, Pereira.

—Solo quiero saberlo. Así estoy preparado para defenderte luego, cuando el gilipollas te grabe y acabe en algún foro de pajilleros.

Lo dice con esa frialdad quirúrgica suya. Pero lo conozco demasiado. Esa vena en su sien me dice que está que revienta.

—¿Cuál es tu problema? —Mi tono baja, pero se vuelve más cortante—. Esto es trabajo. Y sé lo que hago. Así que ahórrate tus moralinas.

—No te lo voy a repetir —me corta, con la mirada oscura—. ¿Cuál es el límite? ¿Hasta dónde vas a llegar para conseguirlo?

Quiero gritarle. Quiero tirarle la copa a la cara. Pero lo que más quiero es besarle. Joder.

—¿Qué te pasa? ¿De verdad crees que me voy a follar a este imbécil por unas capturas? —Mi voz es venenosa. Pero detrás, está la herida—. ¿Eso piensas de mí?

Sus ojos se clavan en los míos como cuchillas.

—Pienso que a veces te olvidas de que no tienes que demostrarle nada a nadie.

Nos quedamos así. Como dos jodidos imbéciles que no saben si pegarse o arrancarse la ropa. Respiro hondo. Muy hondo. Porque si no, le arranco la corbata y no precisamente para colgarla en el perchero.

—Confía en mí. —Mi tono baja, pero no es suplicante. Es el de quien no está pidiendo permiso, sino avisando.

Él se queda unos segundos en silencio. Luego se levanta, pero no para ir hacia la puerta.

—Esperaré la barra. —Su voz es seca, pero contenida—. Desde ahí veo la mesa. No te acerques al baño con él… ni al coche… No vayas sola con él a ningún puto lado, Valeria.

Su mirada me dice que no es una petición. Es una orden.

—Eres un maldito controlador —mascullo.

Él se encoge de hombros, como si le diera igual.

—Soy el que va a sacarte de aquí si se pasa de listo.

Lo veo apoyarse en la barra, con una cerveza que ni toca. Pero sus ojos están en la mesa. En mí.

Y, joder, no sé por qué eso me calienta más de lo que me cabrea.

Luis regresa del baño con esa sonrisa torcida de quien cree que lleva el control de la partida. Se acomoda en la silla con aire satisfecho, se relaja tanto que parece que va a desparramarse sobre la mesa. La chaqueta abierta, la camisa ligeramente arrugada, y la mirada vidriosa que delata que ya ha pasado su punto de lucidez.

Apenas se sienta, su mano busca el móvil que ha dejado sobre la mesa, pero yo me adelanto, rozándolo con las yemas de los dedos como si fuera un gesto casual. Nada lo es.

—¿Me he perdido algo interesante? —pregunta con voz pastosa.

Sonrío, despacio, ladeando la cabeza para que mi melena caiga justo donde quiero, dejando al descubierto el cuello, la clavícula. Los hombres como Luis siempre caen en lo mismo. Yo solo tengo que poner el cebo y esperar.

—Nada importante. A Pereira poniendo cara de funeral desde la barra. —Hago un gesto sutil hacia él, que sigue allí, de pie, con una cerveza que ni ha tocado. Parece relajado, pero yo sé que no lo está. Ese cuerpo no engaña. Los hombros tensos, la mandíbula apretada. Es el puto

depredador que está dejando que la presa se confíe.

Luis echa un vistazo rápido y se ríe entre dientes.

—¿Siempre es tan estirado? ¿Cómo aguantáis trabajando juntos?

—Nos divertimos más de lo que parece —digo, con esa sonrisa que insinúa cosas que no he dicho.

Luis se lo traga entero. Como todos.

—Eso me lo tienes que contar otro día. —Su mano, sudorosa, se posa demasiado cerca de la mía.

No me aparto. A estas alturas, me resbala. Los hombres como él creen que controlan, pero soy yo la que está manejando el hilo de esta marioneta.

—¿Decías antes que guardabas cosas? —Cambio de tema con precisión quirúrgica, como si de repente me hubiera acordado.

Luis se estira, ufano, como si estuviera deseando sacar el tema desde hace rato.

—Claro, claro. No soy idiota. Jaime es peligroso. Hay que protegerse. Tengo capturas de todo. Correos, transferencias... hasta audios. Por si las moscas.

El muy capullo lo dice con orgullo, como si ser un traidor precavido fuera una habilidad digna de admirar.

—¿En serio? —Dejo que mi sorpresa suene sincera, que parezca que me deslumbra su astucia—. Qué listo. Yo nunca habría pensado en eso.

—Por eso yo duré tanto con él. Sabía más que nadie. —Le da un trago largo a su copa, cada vez más confiado—. ¿Quieres ver algo?

Asiento, inclinándome hacia él, acercando mi cuerpo solo lo justo para que huela mi perfume. Su dedo torpe desliza por la pantalla. Me enseña rápido, pero veo las conversaciones. Los audios. Las putas transferencias. Es oro. Todo lo que Pereira necesita.

—¿Lo ves? —se jacta, con una sonrisilla babosa—. Yo siempre guardo mis espaldas.

Y entonces lo hace. Lo que estaba esperando.

—Pero claro… esto no se lo enseño a cualquiera.

Ahí está. Su condición implícita. Lo que quiere de verdad.

Apenas me tenso, pero por dentro quiero arrancarle el móvil y reventarle la cabeza con él.

Pero sonrío. Como si me divirtiera el jueguecito. Como si no supiera que ese «no se lo enseño a cualquiera» viene acompañado de un «pero tú podrías ser la elegida, si te portas bien».

—Claro que no. —Bajo la voz, confidente—. Yo tampoco cuento mis secretos a cualquiera.

Luis alza las cejas, divertido. Le acabo de meter en el barro, donde quería.

—¿Tú tienes secretos? —su voz se vuelve más grave, como si estuviéramos a punto de compartir algo sucio e íntimo.

—Te cuento uno si tú me cuentas otro.

—Adelante.

Inclino la cabeza, dejando que mi melena roce su brazo. Y, en lugar de sonreír como una niña traviesa, clavo mis ojos en los suyos. Directa. Sucia. Como si acabáramos de cruzar un límite invisible.

—¿Quieres un secreto de los de verdad? —Mi voz baja, casi ronca.

Luis asiente, nervioso. No sabe que está a punto de entrar en territorio peligroso.

Me relamo, despacio. Bajo la mirada como si dudara. Como si lo que estoy a punto de decir fuera casi vergonzoso. Y, justo ahí, lo suelto:

—Me pone que me graben mientras me follan o me masturbo. —Su cuerpo se tensa—. Pero no cualquier mierda casera. No. En hoteles. Con las luces encendidas. Que me graben cómo me abren las piernas y se corren en mi boca. Que me manden el vídeo después y yo pueda verlo mientras estoy en una reunión, con el móvil en silencio, y pensar que nadie sabe que, mientras hablo de cláusulas, estoy viendo cómo me follaron entre dos en la habitación 312 del Palace.

Su reacción es instantánea. La garganta le suena al tragar. Las manos le sudan. Las pupilas se le dilatan como a un yonqui. Le acabo de dar justo lo que quería: peligro, perversión y poder. Porque los hombres como él no buscan solo sexo. Buscan sentir que cruzan una línea contigo que nadie más ha cruzado.

—¿En serio? —balbucea, casi babeando.

Me encojo de hombros. Como quien confiesa que le gusta el chocolate amargo.

—Solo con quienes merecen la pena. —Le miro la boca y luego vuelvo a sus ojos—. Y solo si me lo piden bien.

Luis ya está en mi red. Su polla manda sobre su cerebro. Y eso es justo lo que quiero.

—Ahora te toca a ti. —Cruzo las piernas despacio, haciendo que el vestido suba un poco

más—. Un secreto real. De los que podrían joderte.

Su sonrisa es nerviosa. Pero está dentro. Y yo estoy a diez minutos de tenerlo todo.

Salgo del restaurante con el móvil bien guardado en el bolso y la adrenalina aún burbujeando bajo la piel. No puedo evitar sonreír. Me gusta ganar y cuando todo encaja justo como lo había planeado. Y me gusta más aún saber que lo he hecho sin que ese cerdo de Luis me haya rozado un solo pelo.

Le he dejado apoyado en la barra, intentando pedir otro whisky con la lengua más suelta que un político en campaña. Estaba tan borracho que apenas podía enfocar la tarjeta al pagar, pero eso no me importa. Lo que me importa es lo que tengo. Todo. Los correos. Las transferencias. Las putas grabaciones. Y, además, el secreto. El jodido as bajo la manga que hará que Luis se ponga de rodillas en cuanto se lo recordemos.

Me encuentro con Roi fuera del restaurante apoyado en su coche, con los brazos cruzados y esa expresión entre aburrido y cabreado que ya me conozco, pero con una pizca de curiosidad. Porque me conoce y sabe que si salgo así, con esta sonrisa que roza la maldad, es que he ganado.

—¿Te has cansado de vigilar desde la barra? —pregunto, con esa falsa inocencia que sé que le irrita.

Levanta la mirada, oscura, cargada.

—Me he cansado de ver babear a ese cretino sobre ti.

Su tono es seco, pero hay algo más.

—¿Y bien? —pregunta sin más ceremonias.

—Lo tengo todo. —Sonrío, saboreándolo—. Correos, audios, transferencias. Lo tenía todo guardado. Y ahora lo tenemos nosotros.

Él asiente, lento, pero sus ojos ya analizan la próxima jugada. Siempre es así. Va tres pasos por delante.

—¿Te lo ha mandado al móvil? —Arquea una ceja.

—Me lo ha pasado todo por WeTransfer antes de que se le cruzaran los ojos con el último whisky. —Abro el bolso y le enseño la pantalla, la notificación de la descarga completa—. Está aquí. Seguro. Y mañana lo revisas con tu lupa de fiscal.

Su mirada baja al móvil y vuelve a mí. Asiente otra vez. Pero no dice bien hecho. Porque él nunca dice esas cosas. Eso sería demasiado fácil.

Así que lo hago yo.

—Y ni siquiera he tenido que agacharme para que me viera las bragas. —Sueno dulce. Provocadora. Con esa mezcla de satisfacción y mala leche que sé que cabrea.

Y funciona.

Su mandíbula se tensa. La noto bajo las sombras de las farolas. Ese tic que me encanta. Que me calienta. Porque Pereira podrá ser el mejor abogado del país, pero cuando le toco el ego, se le tambalea toda la puta toga.

—Qué profesional —espeta, con esa sequedad suya.

—La mejor. —Me acerco un poco más—. Aunque tú estabas tan preocupado vigilando desde la barra que igual te has perdido la parte en la que me lo he follado en la cocina.

Lo digo porque sé que le escuece. Porque esta noche estoy arriba y me gusta verle rabiar. Porque me calienta más discutir con él que cualquier polvo mediocre con otro.

Él no responde enseguida. Me mira largo y tendido. Como si estuviera valorando si merece la pena entrar al trapo o mejor dejarme ahí, con mi superioridad de reina del tablero.

Pero Roi nunca se retira.

—¿Y qué? ¿Ha estado a la altura o te has quedado con hambre de postre? —Suelta la pregunta como quien se ajusta la corbata, con ese tono entre cabrón y despreocupado que solo él maneja.

Me sorprende porque esperaba que se enfadara, que me soltase alguna mierda ofensiva de las suyas, que me gruñera como el perro que siempre es conmigo. Pero no. Va por otro lado. Por el que me toca los cojones. Porque lo que me está preguntando de verdad es: *¿Quieres más? ¿Conmigo?*

Me río. Bajo. Lento. Como si me hiciera gracia y no me estuviera calando por dentro.

—Siempre me quedo con hambre, Pereira. —Mis ojos van a los suyos. Directos. Duros. Pero con ese brillo que sé que él reconoce. Ese que dice *contigo también*.

Y él sabe que no.

Claro que lo sabe.

Porque, joder, él me dejó más que saciada.

—¿Y Luis? —cambia de tema, con esa frialdad quirúrgica—. ¿Le has dejado inconsciente en el baño o le has ahogado en su propio vómito?

—Sigue dentro. Bebiendo como si el mañana no existiera. —Me encojo de hombros—. Pero cuando le necesitemos, vendrá. Solo hay que darle un tirón de correa.

—¿Y qué has tenido que prometerle? —Su voz baja un punto. Esa calma contenida que a veces es peor que sus gritos.

Sonrío. Amplia. Descarada. Porque me lo he ganado.

—Nada. —Pausa. Disfruto el suspense. Luego lo suelto, como quien deja caer dinamita—. Le he contado mis secretos y él me ha contado los suyos.

Su ceja se alza apenas. Pero le noto la tensión en el cuello.

—¿Tus secretos?

—Mis secretos. —Juego con la llave del coche que le quito de la mano—. Que me gusta que me graben mientras follo. Que hacerlo en sitios donde me puedan pillar me pone como una perra. Y que las mamadas son mi especialidad.

Lo digo todo con la misma naturalidad con la que pediría una caña. Pero sé que le afecta. Lo veo en cómo sus pupilas se dilatan apenas un segundo. En cómo su mirada cae, de forma involuntaria, a mi boca.

Lo que no le digo es que nada de eso es mentira.

Él resopla. Desliza la lengua por el interior de su mejilla. Esa mueca que hace cuando quiere decir algo, pero sabe que va a arrepentirse si lo hace.

—Bonitos secretos.

—¿Te han decepcionado? —bromeo, pero hay algo retorcido en mi sonrisa. Porque me encanta provocarle.

—Normal que lo tuvieras babeando. —Suelta las palabras como quien escupe algo que le quema—. No sé si felicitarte o meter a ese imbécil en una ducha de agua fría.

—Déjalo. Bastante tiene con lo suyo.

—¿Y qué es lo suyo?

—La mujer de Luis no sabe que tiene una hija de tres años con la secretaria de Jaime. —Hago una pausa, dejando que lo digiera—. Ni que pagaba el alquiler de su piso y la guarde de la niña con dinero de la empresa. Ni que la secretaria pensaba contarlo todo después de que lo

despidieran. Pero él la convenció de que se callara a cambio de seguir pasándole la pensión en negro.

Pereira pone los ojos en blanco y lanza una risa seca. De esas suyas que solo yo sé interpretar. Porque eso, en su idioma, es bien hecho.

—Así que lo tenemos cogido por los huevos.

—Bien fuerte. —Sonrío—. ¡Ah! Y también le gusta ponerse bragas usadas de sombrero y que le laman el culo. —Lo suelto con la misma indiferencia con la que diría que mañana va a llover.

Pereira se congela. Literalmente. Su mandíbula se queda a medio tensar, como si el cerebro le hubiera hecho un cortocircuito durante un segundo. Luego, suelta aire por la nariz, ese resoplido suyo, mezcla de incredulidad y cabreo contenido.

—Estás de coña.

—Ojalá. —Me echo el pelo hacia atrás con una sonrisa de esas que dicen soy brillante y además una perra. Porque lo soy—. Lo ha dicho con mucho detalle. Creo que esperaba que me ofreciera voluntaria.

Roi cierra los ojos un segundo, como si necesitara resetear el sistema después de lo que acabo de soltarle. Cuando los abre, su mirada vuelve a ser esa de indiferencia, pero con un leve brillo que solo yo sé leer.

—Qué puto espectáculo.

—La noche ha dado para mucho. —Me apoyo en la puerta de su coche, la adrenalina todavía danzándome por las venas—. Tú te lo has perdido, por estar de niñera vigilándome desde la barra.

—Creo que me he ahorrado bastante pasta en terapia.

Me río. Él niega, pero se le escapa esa media sonrisa que siempre me gana. Esa que es rápida, seca, casi imperceptible. Pero está ahí. Y lo sé porque la busco todo el puto tiempo. Porque me alimenta.

—¿Y ahora qué? —pregunta, volviendo a lo suyo. A lo que se le da bien. Controlar el siguiente paso.

—Ahora espero a que el borracho se duerma, le mando un mensaje mañana recordándole que me prometió todo y le apretamos las tuercas hasta que nos firme una declaración. —Cruzo los brazos, pero lo hago con ese giro sutil de cadera que sé que nota, aunque finja que no.

—¿Crees que se rajará?

—No. Le aterroriza más su mujer que la cárcel. Y nosotros tenemos ambas amenazas.

Asiente, conforme. Y por un momento, solo por un momento, el silencio entre los dos no es incómodo. Es esa calma extraña que a veces se cuela después de ganar una batalla. La que dura poco, porque siempre estamos al borde del siguiente incendio.

—Valeria. —Su tono baja. Grave. Como cuando se pone serio de verdad.

—Dime, Pereira. —Le imito, divertida, porque me gusta joderle hasta cuando se pone intenso.

—¿Todo eso que le contaste…?

Me mira. Esa mirada que no es la del abogado brillante ni la del cabrón que disfruta poniéndome de los nervios. Es otra. Es él. Roi.

Sonrío. Lenta. Porque me gusta tener el poder y esta noche soy yo la que tiene el mando.

—¿Quieres saber si era verdad?

No responde. Pero veo la respuesta en su cuello, en cómo traga y su nuez se mueve. En cómo sus ojos bajan, un segundo, a mi boca.

—Dímelo. —Su voz es ronca, baja.

Me acerco un paso. Lo justo. Hasta que puedo olerle, hasta que mi pecho casi roza su brazo.

—Todo. —Mi boca se curva—. Todo lo que le dije… es verdad.

Durante un segundo, casi espero que me agarre y me suba al capó del coche. Que me calle esa boca que tanto le saca de quicio a base de besos. O de mordiscos.

—Soy una mujer sin secretos, ya lo ves. —Me encojo de hombros, retándole con la mirada.

—No. —Inclina la cabeza apenas, sus ojos recorriéndome despacio, como si estuviera viendo a través de cada puta capa que intento poner entre nosotros—. Solo eres una mujer que sabe exactamente qué contar y a quién.

El golpe me lo da con esa precisión quirúrgica que siempre usa conmigo. Justo en la piel fina, donde más duele. Porque tiene razón. Porque mis secretos de verdad, los que queman, los que me dejan en carne viva, nunca los he dicho en voz alta. Y él lo sabe.

—¿Y qué más le has dicho? —Su mirada baja un segundo a mis labios, lenta—. ¿O te lo guardas todo para tus vídeos privados?

Me hierve la sangre. Porque no puedo evitar imaginarle mirándome mientras me graba y sé que esa imagen se le ha pasado por la cabeza.

—¿Quieres que te mande uno? —digo con toda la mala hostia que puedo.

Su mandíbula se tensa y esa vena en la sien que siempre me da la pista de que estoy ganando.

—No. Prefiero verlo en directo.

—No te lo pondría tan fácil, Pereira. —Le sostengo la mirada, los labios entreabiertos, la sonrisa torcida—. Pero podrías intentarlo.

Y ahí, justo ahí, veo ese brillo en sus ojos. Ese que no es rabia. Ni profesionalidad. Es otra cosa. Algo mucho más jodido.

Deseo. Puro. Crudo.

El mismo que me arde a mí por dentro.

Y entonces él niega con la cabeza, como quien sabe que, si no nos largamos ya, vamos a acabar follando contra la chapa del capó.

—Sube al coche, Aldana. —Su voz es baja, con ese filo de paciencia al límite.

—Manda huevos. Siempre dándome órdenes. —Me giro, abriendo la puerta con un suspiro exagerado. Pero por dentro… por dentro quiero que me mande más. Mucho más.



# 13

## *Derecho Penal: Capítulo I – Follar con agravante de reincidencia*

Me acomodo en el asiento, cruzo las piernas despacio, dejando que la abertura del vestido se abra más de la cuenta. Mis dedos se deslizan sobre el muslo, como si estuviera recolocando la tela. Pero no. Sé perfectamente lo que estoy haciendo. Lo hago para él.

Porque sé que mira. Siempre mira.

Y lo hace.

Lo veo de reojo. Su mandíbula se aprieta, sus ojos bajan rápido al pedazo de piel que he dejado al descubierto. Ese justo donde empieza el calor. Y, aunque intenta disimular, sus dedos se crispan sobre la palanca de cambios. La agarra con más fuerza de la necesaria. Como si esa palanca fuera lo único que evita que se me lance encima.

Acelera un poco más de la cuenta. El motor ronronea entre nosotros.

Yo también ronroneo por dentro.

—¿Tienes prisa, Pereira? —Mi voz es baja, como quien pregunta por cortesía, pero en realidad le está poniendo la trampa.

Él resopla, sin mirarme. La vena de su sien, tensa. Esquivando mis juegos. Como siempre.

—Si sigues jugando, me salto todos los semáforos —responde seco, pero noto la tensión en su cuerpo. Esa que ya no es solo del día de mierda que llevamos. Es de esto. De nosotros.

De mí.

Y entonces lo hace. El puñetero gesto que siempre me desmonta. Se afloja la corbata con un tirón, como si necesitara aire. La desliza por su cuello y la lanza hacia atrás, al asiento trasero, con esa despreocupación de quien está jodidamente incómodo, pero finge que no.

Mi boca se seca.

Porque esa corbata la he tenido enredada en mi muñeca mientras él me sujetaba contra la pared.

Y lo recuerdo. Claro que lo recuerdo.

Su mirada se desliza de nuevo hacia mi mano y mis muslos. Hacia esa apertura que me llega casi hasta la ingle.

Esta vez no aparta la vista tan rápido.

Traga saliva. Y yo, que le conozco, sé que está perdiendo. Porque sus nudillos se ponen blancos sobre el volante, respira por la nariz y su cuerpo entero está tenso como un cable de acero.

Y entonces, sin poder evitarlo bajo la mirada. Y ahí está. Su paquete. Marcado. Evidente. Jodidamente abultado bajo el pantalón.

Mi boca se humedece sola.

Porque ya lo he tenido dentro y sé lo que hay bajo ese traje. Porque lo he sentido duro, caliente, empujando contra mí mientras me follaba.

Y ahora lo veo ahí, apretado contra la tela, y me caliento tanto que siento la humedad resbalándome entre las piernas.

Joder.

Mis muslos se tensan.

Intento fingir que no lo he mirado. Que no me ha puesto a cien. Pero él me pilla. Lo sé. Suelta una carcajada seca, de esas que son puro cinismo y deseo contenido.

Y entonces se recoloca. Literalmente. Lleva la mano al pantalón, se ajusta la polla con descaro, como si lo hiciera por comodidad, pero no es eso. Es porque me ha visto mirarlo y sabe

que me he mojado solo con imaginarlo en mi boca y su mano sujetándome. Mi lengua deslizándose despacio, lamiéndole, sintiéndole tensarse antes de correrse.

Mierda.

Se me corta la respiración.

—¿En qué estás pensando? —Su voz baja, rasgada, con esa jodida seguridad me mata.

Levanto la cabeza. Mis ojos se clavan en los suyos con desafío puro.

—Nada que no me haya imaginado antes. —Mi sonrisa es lenta, sucia, de las que escuecen —. Y creo que me quedo corta.

Su mandíbula se tensa más. Sus pupilas se oscurecen.

Y durante tres segundos, los dos sabemos que si este coche se detiene, nos vamos a follar como animales. Aquí mismo. En este asiento. Con las ventanillas empañadas y mi vestido subido hasta la cintura.

Entonces da un giro seco del volante. El coche vibra bajo nosotros, la dirección cambia, y yo me echo hacia atrás, agarrándome al asiento mientras pisa el freno con esa fuerza contenida que solo él maneja.

Las ruedas chirrían al rozar el asfalto y el cinturón me presiona el pecho cuando la inercia me lanza hacia adelante. Luego acelera. Fuerte. Sin avisar. El rugido del motor se mezcla con el latido apresurado en mis sienes.

—¿Pero qué coño…? —empiezo, con la adrenalina subiéndome al cuello.

—Cállate. —Su voz suena grave. Corta. Como cuando se pone serio en la sala de un tribunal y sabe que va a ganar.

Y acelera más.

El tráfico nocturno de Madrid se convierte en un borrón de luces mientras zigzaguea por las calles, ignorando semáforos en ámbar que ya son casi rojos. Mis muslos se aprietan solos, entre el subidón y lo otro. Porque esa tensión de sus brazos, esos dedos largos aferrados al volante, ese puto control agresivo... me encienden más de lo que deberían.

No pregunto a dónde vamos. Porque lo sé. Lo noto en su cuerpo, en su respiración. En la manera en que se humedece los labios mientras aprieta el acelerador.

Diez minutos después, se mete en un aparcamiento subterráneo en la calle Castellana 81, el que antes fue la Torre BBVA. De noche, está casi vacío. Solo algún coche suelto, la mayoría de

los directivos que han salido tarde o lo dejan allí porque tienen chófer a primera hora. Las luces frías y blancas son intermitentes en algunas zonas y las cámaras de seguridad parpadean en los cantos.

Pisa el freno de golpe. El coche se detiene justo al fondo, en una esquina con ese latigazo final que casi me hace gemir porque mi cuerpo lleva caliente desde que le vi recolocarse. Y todo lo que ha hecho, desde aflojarse la corbata hasta este puto rally, me ha empapado las bragas.

Apaga el motor.

Silencio.

Solo se oye nuestra respiración. La mía rápida. La suya más contenida, pero igual de cargada.

Se reclina un poco hacia atrás, gira la cabeza y me mira.

—¿No te gustaba que pudieran atraparte, que te grabaran con una cámara?

Su voz es rasposa, arrastrada, como si la estuviera frotando contra mi piel.

Mi boca se entreabre.

Porque sí. Porque joder, sí.

Me muerdo el labio, pero no respondo de inmediato. Quiero que me lea en los ojos que no solo me gusta, que lo necesito. Ahora. Aquí.

No podría estar más cachonda.

Estoy tan mojada que si me tocara ahora, podría correrme solo con eso.

Su mano aterriza en mi muslo, justo donde empieza la abertura del vestido. No es una caricia tímida ni un tanteo inseguro. Es una toma de poder. Firme, caliente, con esos dedos largos que conozco bien, que sé de lo que son capaces. Los siento apoderándose de mi piel, reclamando territorio. Aprieta un poco, solo un poco, pero lo suficiente para que me recorra ese cosquilleo eléctrico desde las ingles hasta el estómago.

Mi respiración se entrecorta, pero no me doy tiempo a pensar. porque llevo toda la puta noche luchando contra esto, contra él, contra mí. Y ya no más.

Me lanzo.

Mi boca busca la suya con hambre. Nada de tanteos ni suavidad. Es un choque crudo, violento. Nuestros dientes se golpean, nuestras lenguas se encuentran en un pulso feroz. El beso

no es dulce, es una pelea. Es mi enfado, su tensión, nuestras putas ganas acumuladas chocando y estallando entre nosotros.

Su sabor me llena la boca. Calor, rabia y deseo. Su lengua me invade, no pide permiso, toma lo que quiere. Y yo dejo que lo haga. Porque yo también lo quiero todo. Le muerdo el labio inferior, fuerte, hasta que le arranco un gruñido desde el fondo de la garganta. Ese sonido gutural que me hace apretar las piernas, porque me calienta más que cualquier palabra.

Su respuesta no se hace esperar. Me agarra de la nuca con la otra mano, sus dedos se enredan en mi pelo y tira, me obliga a inclinar la cabeza hacia atrás. Expuesta. Vulnerable. Pero me gusta. Porque con él puedo perder el control y no me importa.

Su boca baja por mi mandíbula, desliza los labios hasta mi cuello y me chupa la piel justo debajo de la oreja. Cierro los ojos, echando la cabeza contra el reposacabezas, sintiendo cómo me late ahí abajo. Cómo me humedezco con cada tirón, con cada mordisco.

Su otra mano sube. Bajo el vestido.

Esta vez no se queda en el muslo.

Avanza.

Directa.

Encuentra el borde de mis bragas, lo acaricia con la yema de los dedos, pero no se detiene. Sigue subiendo, hasta que su palma entera presiona contra mi sexo. Cierro los muslos por reflejo, atrapándole la mano entre ellos, pero él no se aparta. Aprieta. Fuerte. Como si quisiera dejarme claro que es suyo. Que me tiene.

Mi cuerpo responde solo. Me arqueo, buscando más contacto, más presión. Él lo nota. Claro que lo nota. Y entonces, sus dedos se mueven. Lentos. Precisos. En círculos suaves, pequeños, sobre la tela húmeda.

Porque estoy empapada. Joder, lo estoy tanto que siento el calor y la humedad traspasando la tela fina. Y él también lo nota. Y gruñe otra vez, más fuerte, mientras me besa, mientras me muerde el cuello, mientras yo ahogo un jadeo contra su boca.

Sus dedos se mueven con esa precisión quirúrgica que tiene para todo. Como cuando redacta una demanda o me destruye en una sala de reuniones. Como cuando me folló aquella noche y me dejó rota y saciada. Conoce mi cuerpo como conoce la ley: cada resquicio, cada atajo, cada punto débil.

Me resbalo en el asiento. Literalmente. Me aferro a su cuello, clavo las uñas en su nuca

mientras nuestras bocas se buscan y se pelean. Porque este no es un beso de amantes. Es el beso de dos cabrones que no saben si quieren follar o matarse.

Y lo peor es que me encanta.

Su índice se hunde un poco más, justo donde lo necesito, y mi cuerpo traiciona cualquier intento de dignidad. Mi cadera se mueve sola, buscando más, exigiendo más.

—Joder… —se me escapa en un suspiro.

Él sonríe contra mi boca.

Su respiración es tan agitada como la mía. Puedo notarla contra mi mejilla. Caliente. Descontrolada. Y entonces, se aparta apenas, lo justo para mirarme a los ojos. Los suyos están oscuros como el puto pecado. Como si pudiera romperme en dos ahora mismo.

—¿Eso te gusta, Aldana? —Su voz es ronca. Grave. Como si le costara controlarse.

No contesto. No puedo. Porque si abro la boca, solo voy a gemir.

Su dedo sigue acariciando, lento, malditamente experto, pero entonces su boca se curva en una sonrisa ladeada. Una peligrosa.

—Igual le gusta también al guardia de seguridad.

Un latigazo de adrenalina me golpea el pecho.

—¿Qué?

— Hay mínimo cuatro en este garaje. —Su dedo traza otro círculo sobre la tela empapada —.Dos apuntando a los accesos y otras dos cubriendo los pasillos. ¿Quieres apostar cuánto tarda el segurata en rebobinar la grabación para verte jadear en su pantalla?

El calor que me recorre es puro fuego. No debería excitarme esto. No debería mojarme más con solo imaginarlo. Pero, joder, lo hace. Y él lo sabe. Porque me muerde el lóbulo de la oreja mientras su mano sigue trabajando, porque su voz sigue deslizándose sobre mi piel como una amenaza sucia.

—O quién sabe… —baja aún más el tono—. Igual el dueño del coche de al lado aparece antes de que termines de correrte.

—Cierra la boca, Pereira.

—Haz que la cierre. —Su dedo presiona justo donde sabe que me hace temblar—. O deja que te escuchen.

Su dedo se desliza hacia un lado, apartando la tela. Ahora me toca directamente. Piel contra

piel. Y me ahogo. Me arqueo hacia él. Porque joder, cómo me pone este cabrón.

Mis dedos se deslizan por su pecho. Bajo. Hasta su cinturón. Lo noto tenso, duro, y no solo por el músculo. Por debajo, su erección presiona contra la tela. La siento. Grande. Jodidamente grande. Y se me hace la boca agua.

Deslizo la palma sobre su paquete, apretando apenas, y su cuerpo se sacude. Deja escapar un gruñido bajo, que parece más un aviso que un placer. Pero no se aparta.

Intenta ajustarse los pantalones porque le aprietan. Le aprietan mucho. Su polla está dura como una puta barra de hierro. Y yo lo noto. Con la palma. Con la vista. Con todo.

Mi dedo traza un camino lento sobre su bulto. Apenas un roce, pero suficiente para hacerle apretar los dientes.

Su pecho sube y baja rápido. Mis piernas se abren un poco más, dejando que sus dedos jueguen conmigo. Hundiendo apenas la yema. Justo en la entrada. Y quiero más. Necesito más. Pero él no me lo da. Porque le gusta verme así. Pidiéndole. Suplicándole sin palabras.

Nuestras respiraciones se mezclan. Su boca vuelve a buscar la mía. Esta vez más lenta, más profunda. Me chupa el labio, me muerde otra vez. Yo le devuelvo el mordisco. Porque ninguno de los dos sabe ser sumiso.

Su dedo entra. Solo un poco. Pero joder, me hace temblar. Cierro los ojos un segundo, dejando que ese placer caliente me nuble. Pero no quiero cerrar los ojos. Quiero verle. Quiero ver cómo me mira mientras me toca. Así que los abro.

Y ahí está.

Su mirada oscura, clavada en la mía, y esa media sonrisa torcida, la que me jode la vida y me moja las bragas al mismo tiempo.

—Estás tan húmeda, Aldana… —Su voz es grave, casi ronca, cargada de deseo y de esa puta arrogancia suya—. Podría resbalarme dentro de ti ahora mismo hasta el fondo. Hacer que te tiemblen las putas piernas de tanto correrte.

—Culpa tuya —jadeo.

Y su sonrisa se clava en mi cuello con otro mordisco y su dedo se hunde más y un gemido se me escapa antes de poder frenarlo.

Me arqueo contra su mano, frotándome sin pudor contra sus dedos, buscando más. Porque lo necesito y estoy que ardo. Pero entonces decido que quiero verle perder el control. Antes de que pueda seguir, me muevo.

Mis manos se deslizan lentas sobre su cinturón, tanteando, provocando. Él no me detiene. Se queda quieto, observando, respirando más fuerte, con esos ojos fijos en mi boca como si ya pudiera sentirla. Le desabrocho, bajo la cremallera despacio, con esa calma que sé que le jode y le excita a partes iguales.

Su polla salta, caliente, dura, empujando contra la tela del bóxer. Se la saco con cuidado, pero no por delicadeza, sino porque me gusta alargar el momento. Tenerla en mi mano, notar cómo palpita, cómo se le escapa un leve resoplido entre los dientes.

—Joder… —gruñe bajo, como si no quisiera que lo oyera, pero yo lo oigo. Lo siento todo de él.

Empiezo a acariciarle, despacio. Piel contra piel. La cabeza brillante, húmeda. Aprieto un poco más en cada subida. Su mandíbula se crispa. Su pecho sube y baja más rápido. Su cuerpo entero me dice que está al límite.

Me inclino, apenas. Lo justo para que mi aliento le roce la punta. Saco la lengua, humedezco los labios, como si me preparara para metérmela entera.

Y es ahí cuando rompe.

—Si me la chupas ahora… —Su voz es áspera, grave, casi temblorosa—. Me corro en dos segundos.

Cierra los ojos un instante, como si intentara controlarse. Cuando los abre, brillan oscuros. Puro deseo. Pura hambre.

—Y quiero follarte.

Ese quiero follarte es como un gruñido contenido, jodidamente sucio. Porque lo dice así, directo, sin rodeos, como quien ya ha perdido toda la elegancia del traje y solo quiere empotrarme como sea. Me calienta tanto que casi gimo. Porque ese tono suyo, ese borde entre el control y el desastre, me hace querer más.

Sonrío. Despacio. Maliciosa.

—¿Quién te ha dicho que quiero que te corras? —murmuro, arrastrando las palabras.

Me mira. Esa mirada de advertencia. Pero también de reto.

Se recuesta contra el asiento, la cabeza echada atrás, cogiendo aire con fuerza, como si intentara mantener el control que está perdiendo por momentos.

Me agacho sobre él, lenta. Mi boca roza la punta. Mis labios se abren, húmedos y le saboreo. Su piel caliente, el sabor salado en la lengua. Paso la punta por el borde de mis labios, despacio,

antes de meterla entera. Firme. Aprieto los labios alrededor mientras bajo. Siento cómo su polla me llena la boca. Cómo su cuerpo se tensa al máximo. Mientras suelta aire, largo.

—Dios… esa boca… —murmura entre dientes—. Me vas a matar…

Su mano se pierde en mi pelo. No me obliga, pero oprime, como si necesitara tocarme y no pudiera soportar no hacerlo.

Chupo, fuerte, con presión. Subo y bajo, lento al principio, más rápido después. Mi lengua rodea el glande cada vez que subo, jugando con la punta. Y cuando le miro desde abajo encuentro su mirada oscura, clavada en la mía con esa mezcla de deseo, furia y adoración. Esa que solo me dedica a mí.

Mi boca sigue en su polla, más honda, más húmeda, sintiendo cómo late contra mi lengua. Sus dedos se enredan más fuerte en mi pelo, pero no me detiene. Le escucho jadear, ronco, ese gruñido bajo que siempre me hace temblar por dentro.

—Para… —repite, más brutal, con la voz rota—. Valeria… joder.

De pronto, se mueve.

Brusco.

Me agarra de los brazos y me tira hacia arriba como si no pesara nada. Su polla se desliza de mi boca con un chasquido húmedo, y antes de que pueda protestar, ya me tiene sobre él. Me sube a horcajadas en sus muslos, mi vestido se arremolina entre nosotros. Sus manos, firmes en mis caderas, me aprietan contra su polla dura, caliente, resbalando contra mis bragas mojadas.

—¿Quieres jugar? —murmura, con ese tono oscuro que me hace arder—. Pues juega ahora.

No me da tiempo a responder. Sus dedos se cuelan bajo la tela, apartan la fina tira de encaje hacia un lado, y en un movimiento seco, me la mete. De golpe. Hasta el fondo.

—Ah… —se me escapa un gemido, más fuerte de lo que quería, más sucio de lo que esperaba.

Su polla me llena entera. Me estira. Me rompe por dentro. Mi cuerpo se arquea de puro placer. Clavo las uñas en sus hombros, porque me ha jodido entera con ese primer embiste.

—Eso… —gruñe, con los dientes apretados—. Eso quería.

Me sostiene con fuerza, las manos estrujan mis caderas mientras empieza a moverme sobre él. Arriba y abajo. Mis rodillas se clavan contra los asientos, pero no me importa. Lo único que siento es cómo me folla. Cómo me llena. Cómo me obliga a montarle a su ritmo.

—Más… —jadeo, sin vergüenza—. Más, joder.

Él me da más. Sus dedos se clavan en mi piel mientras me sube y me baja, mientras sus caderas empujan hacia arriba con fuerza, buscando el fondo. El coche cruje con cada movimiento. Mis muslos chocan contra sus ingles. El sonido húmedo de nuestros cuerpos llenando el aire cerrado.

Y entonces, se detiene un segundo. No porque quiera parar. Porque recuerda.

Su mano se mueve hacia la chaqueta que ha dejado tirada junto al asiento. Sé lo que busca.

Condones.

Pero no llega.

Porque en vez de coger la chaqueta, me baja el escote del vestido. De un tirón. Mis pechos quedan al descubierto, tensos, los pezones duros, rozando su camisa abierta.

—Me cago en… —susurra, con la boca ya sobre uno de ellos.

Su lengua caliente rodea mi pezón. Lo chupa despiadado. Lo atrapa entre los dientes, tirando apenas, mientras su polla sigue dentro de mí. Mi espalda se curva, me agarro a su cuello, moviéndome otra vez sobre él, despacio, hundiéndome hasta sentirle entero.

Su boca suelta mi pecho con un chasquido húmedo.

—Te la voy a meter tan hondo que mañana te vas a acordar cada vez que te sientes —gruñe, contra mi piel.

Su mano sube por mi espalda, me agarra del pelo, me echa la cabeza hacia atrás mientras empuja más fuerte dentro de mí. Su polla me embiste como si quisiera quedarse ahí para siempre.

Y yo le dejo.

Porque me está follando como me gusta. Porque su boca en mis tetas, sus manos sujetándome y esa manera sucia de hablarme me destrozan y me encienden más de lo que puedo aguantar.

Porque es él.

Y porque, joder, siempre quiero más.

Mis uñas se clavan en su nuca.

—Roi… —gimo, sin poder evitarlo, perdida en esa sensación que me está rompiendo en pedazos.

—Eso es… —jadea él, con los dientes apretados—. Dilo otra vez.

—Roi…

—Otra.

Me muerde el cuello como si quisiera marcarme, como si quisiera que su nombre me quemara en la lengua. Su mano baja entre nosotros. Sus dedos encuentran mi clítoris y aprieta justo ahí.

Mi cuerpo se arquea. Se tensa.

Y entonces me rompo.

El placer me atraviesa como un puto rayo, caliente, salvaje. Me agarro a él mientras me corrompo entera, temblando, sintiendo cómo cada músculo se contrae alrededor de su polla, apretándole, sacándole un gruñido bajo y gutural que me hace venirme aún más.

Todo mi cuerpo late.

Todo él me llena.

Pero otra vez no lleva el condón, pero sé que no se correrá dentro. Pereira podrá perder la cabeza conmigo, podrá follarme como si se le fuera la vida en ello, pero no es un gilipollas.

Cuando noto que su cuerpo se tensa bajo el mío, que sus dedos se clavan aún más fuerte en mis caderas, que sus respiraciones se vuelven más rápidas, más irregulares, sé que está ahí. Al borde. A punto de correrse.

—Joder, Valeria… —gruñe entre dientes, con la mandíbula apretada, los ojos cerrados como si le doliera de puro placer.

Siento su polla palpitando dentro de mí, hinchada, dura como el puto mármol. Y podría decirle que no pare. Que me llene. Que lo haga. Porque me da igual. En este momento lo único que quiero es sentirle hasta el final.

Pero no lo digo.

Porque no hace falta.

Él lo sabe.

Y aun así, se controla.

Con un último empujón, brutal, me aprieta contra él hasta que no cabe nada más entre los dos. Y entonces, con un gruñido que me atraviesa el estómago y me moja aún más, sale de golpe. Su polla resbala caliente, empapada, y en cuanto está fuera, se agarra la base con una mano,

intentando frenar lo inevitable.

—Mierda… —jadea, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, como si se estuviera conteniendo para no perderlo todo.

Yo me bajo de sus muslos, todavía temblando. Su polla dura, brilla con mis fluidos, palpitando entre sus dedos. Y entonces, él me mira. Con esa mezcla de desesperación y deseo que me hace sentir poderosa porque le tengo ahí y puedo hacer lo que quiera con él.

Así que me inclino.

Sin decir nada.

Sin dudar.

Envuelvo su polla con mi mano y me agacho hasta que mis labios rozan la punta. Lo miro desde abajo, con esa mirada que sé que le mata.

Abro la boca. Me lo meto entero. Caliente, salado, con ese sabor a nosotros que me pone más todavía. Le chupo con fuerza, sintiendo cómo sus caderas se tensan, cómo su mano vuelve a mi pelo, esta vez más brusco, más desesperado.

—Joder… Valeria… —Su voz es un ronco gemido ahogado.

Ya no aguanta más. Lo siento. Su polla late contra mi lengua y, en menos de cinco segundos, se corre. Fuerte. Caliente. Lo trago todo. Sin apartarme. Sin dejar de mirarle.

Su cuerpo se sacude, y sus gemidos llenan el coche. Su mano afloja mi pelo, acariciando ahora, temblorosa.

Cuando termino, me separo despacio.

Él me observa con los ojos entrecerrados, el pecho subiendo y bajando rápido. Aún apoyado contra el asiento, la camisa desabrochada, el traje arrugado y esa polla que aún gotea, medio dura, brillante.

Me limpio con el pulgar la comisura de los labios y me incorporo con calma. Sin prisas. Porque me gusta que me mire mientras lo hago. Y sé que aún está procesando que acaba de correrse como un puto animal en su coche, conmigo entre las piernas.

Nos quedamos así. Respirando rápido. Con el olor a sexo mezclándose con el cuero del coche y nuestras pieles todavía calientes.

—¿Y ahora qué? —Mi voz suena rasposa, casi ronca, todavía arrastrando lo que acaba de pasar.

Su sonrisa se curva un poco más. Esa que no es del abogado. Es del hombre que me acaba de follar como nadie y sabe que podría volver a hacerlo ahora mismo.

—Ahora… —Cierra los ojos un segundo, como si se dejara caer en esa calma momentánea después de la tormenta—. Ahora volvemos a la puta guerra, Aldana.

Y yo asiento. Porque podemos corrernos juntos una y otra vez, pero después, seguimos siendo los mismos cabrones de siempre.



# 14

## *De amistades rotas, maridos tóxicos y secretos de mierda*

Voy hacia el despacho pensando que, por fin, hoy podré centrarme en el caso sin interrupciones. Ni Pereira tocándome las narices ni maridos cornudos lloriqueando por acuerdos de divorcio, ni esposas con crisis existenciales que confunden terapia con asesoría legal. Café en mano, gafas de sol y mentalizada para otra mañana en el frente.

Pero cuando giro la esquina, se me para el corazón.

Paula.

Está ahí. De pie, frente a la puerta de mi despacho, con esa mezcla de tensión y culpa que no necesita presentación. La reconozco al instante, pero me cuesta encajar la imagen. Porque no debería estar aquí.

Es el pasado en carne viva, con vaqueros sencillos, camiseta blanca y ese bolso grande que todas las madres cargan como si en él llevaran no esos mil cachivaches que alguien necesitará, sino también las ruinas de sus sueños.

Aprieta las asas con los nudillos blancos. Como si el bolso la sostuviera en pie y fuera su

escudo.

—Hola —dice, con esa voz que no oigo desde hace años. Y que, sin embargo, se me clava igual que entonces.

Antes de que pueda reaccionar, la silla de Alejandra chirría. Esa maldita silla que lleva pidiendo aceite desde que el rey emérito abdicó.

Me mira, mira a Paula, me vuelve a mirar.

—¿Hay que esconder un cadáver? —pregunta, sin pestañear—. Porque puedo hacer una llamada.

Paula parpadea, desconcertada. Yo tuerzo la boca.

—No. Hoy no. —Doy un sorbo a mi café—. Pero si la cosa se tuerce, te aviso.

—Perfecto. —Su mirada se va a Paula, en modo análisis rápido—. ¿Quieres agua, café, tequila?

Ella niega con la cabeza, forzando una sonrisa.

—Solo hablar con Valeria.

—Mejor tequila —murmura Alejandra, volviendo a su pantalla.

Yo ya estoy abriendo la puerta de mi despacho.

—Vamos dentro. Antes de que se ofrezca a traernos palas.

Cierro la puerta tras ella sin decir nada. Estoy procesando esto. Y no sé qué demonios hace Paula Pereira en mi despacho después de más de diez años de silencio y mierda. Y porque, joder, verla así, con esos ojos que son los de Roi, pero más cansados, me golpea donde no quiero.

—¿Todo bien? —Mi tono es neutro, profesional. Pero ambas sabemos que no me lo creo ni yo.

Se sienta, pero no se acomoda. Se queda en el borde del sillón, con la espalda recta, como si estuviera a punto de salir corriendo. Se toca el anillo de casada, lo gira en su dedo sin parar. Eso ya me lo dice todo. No hace falta que hable.

—Ricardo y Carla están en el hotel —empieza, evitando mi mirada—. Vinimos porque… bueno, Carla quería conocer Madrid. Y pensé que podría aprovechar para ver a Roi, ya sabes… hace tiempo que no viene a casa.

—Pero no estás aquí por eso —la corto, porque no voy a fingir que no sé de qué va esto.

Levanta la vista. Sus ojos están húmedos, pero se contiene. Como si romperse aquí delante de mí fuera lo último que desea.

—No. —Traga saliva—. Quiero separarme.

Las palabras caen como una piedra. Y no porque no lo esperara. Es porque la escucho a ella decirlo y veo cómo se le rompen los labios al soltarlo, como si cada letra le arañara por dentro.

—Necesito tu ayuda, Valeria, pero que nadie se entere, y menos Roi, hasta que lo tenga todo preparado. Quiero hacerlo bien. Sin escándalos. Sin que Ricardo pueda joderme más. Porque lo hará. Lo conoces.

Claro que lo conozco. Ricardo tenía veinticinco cuando se fijó en Paula, que apenas había cumplido los diecisiete. Siempre rondando las fiestas de los chavales del pueblo, con esa sonrisa de tío que se cree más listo que tú. Ese que se acercaba con cervezas y bromas, que te hacía sentir especial hasta que te dabas cuenta de que no lo eras. Que solo habías sido la siguiente en su lista.

Y Paula fue esa. La que cayó.

No porque fuera tonta. Ni ingenua. Pero sí insegura. Porque tenía algún kilo de más y eso, en un pueblo como San Xoán, nunca fue fácil. La gente no te lo decía a la cara, claro, pero se notaba en las miradas, en los comentarios velados, en los chicos que siempre elegían a las otras. Las que entraban en una talla treinta y seis y no se lo tenían que currar para gustar. Las que no se quedaban en la esquina de las fiestas fingiendo que no les importaba que nadie las sacara a bailar.

Y Paula fingía bien. Se reía con sus amigas, bajaba la cabeza cuando alguien la miraba demasiado y decía que no pasaba nada. Pero sí pasaba. Porque aunque intentara ignorarlo, cada rechazo iba haciendo mella cada vez que no la escogían, que alguien mencionaba lo guapa que sería si adelgazara un poco y que le hacían sentir que su sitio era al margen, en un segundo plano.

Y eso que Paula es preciosa, por dentro y por fuera. Mucho más de lo que ella misma cree. Pero cuando pasas años viendo tu reflejo con los ojos de los demás, terminas creyéndote la versión equivocada de ti misma.

Y ahí entró Ricardo. Con sus halagos, con sus promesas, con su seguridad de hombre que ya tenía coche, trabajo y barba cerrada. Con sus garras escondidas tras regalos y «tranquila, yo te cuido».

Y Paula se dejó cuidar.

Hasta que se dio cuenta de que en realidad la había encerrado. Y ya era tarde.

—¿Te ha hecho algo? —Mi tono es más duro de lo que debería.

Ella cierra los ojos un segundo. Respira hondo. Y cuando los abre, parece mayor. Como si llevara encima más años de los que tiene.

—No me pega, si es lo que preguntas. —Se ríe, pero sin ganas—. Aunque eso no significa que no me haya roto de otras maneras: humillaciones, insultos, control, gritos, amenazas.

Levanta la vista, pero no me mira. No de verdad. Como si hablara más consigo misma que conmigo.

—De esas que no dejan marca en la piel, pero sí aquí… —Se señala la sien con dos dedos, sin tocarse—. Aquí dentro.

Traga saliva. Sonríe, pero es de esas sonrisas que no son para nadie.

—Lo peor es que ya ni me duele por mí. Me duele por Carla. No quiero que crezca viendo esto y piense que es normal. Que lo que yo aguanto es lo que le espera a ella.

—Vale. —Me inclino hacia ella, apoyando los codos sobre la mesa, bajando la voz—. Vamos a hacerlo. Pero será a mi manera. Rápido. Limpio. Antes de que él se huela nada.

Ella cierra los ojos y asiente. Como si, hasta hace un momento, hubiera pensado que me negaría.

Como si el alivio de obtener mi apoyo le afectara más que la idea de haber escuchado un no.

Por un segundo, veo sus hombros relajarse. Pero es fugaz. Porque sabe que esto es solo el primer paso.

Y que lo peor está por venir.

—Gracias. —Su voz se quiebra un poco. Suena cansada. Casi rota.

Yo asiento. Porque no sé decir de nada sin que suene vacío. Sé que ambas estamos pensando en lo mismo, en aquella otra vez en la que también me dio las gracias antes de que todo se fuera a la mierda.

Hace catorce años, Paula fue la que vino a mí con esa misma expresión de miedo, pero con menos arrugas y más lágrimas y me pidió ayuda.

Estaba embarazada y quería abortar. Lo dijo sin rodeos, con la voz rota, como si cada sílaba le pesara en la garganta.

Yo solo asentí. Porque la vi tan desesperada que no había nada más que decir. Y entonces

pensé que era lo correcto. Nadie debía obligarla a tener un hijo que no quería y yo podía ayudarla de forma rápido y discreto sin que su familia se enterara.

Recuerdo buscar la clínica. Elegir la más cara. La que garantizaba privacidad absoluta. Pedí cita, organicé todo. Paula estaba blanca, temblorosa, pero me juró que era lo que quería y que lo tenía claro. Que lo peor sería que se enterase su padre.

Y entonces, allí, en la sala de espera, se echó atrás.

La vi romperse. Decir que no podía, que había sido un error. Lloraba. Me pedía perdón. Me decía que no estaba preparada para tener un bebé, pero que tampoco lo estaba para abortar. Y yo... yo solo la abracé. Le dije que estaba bien y que nos íbamos.

Sin embargo nada estaba bien.

Al volver al pueblo, todo salió a la luz. Nunca entendí del todo cómo. Quizá un comentario de Paula o alguien la vio. Tal vez su novio, ese imbécil de Ricardo, empezó a sospechar y tiró del hilo. El caso es que todo explotó.

Paula dijo que yo la había convencido y la había presionado, que lo del aborto fue idea mía y ella nunca lo había querido de verdad.

Y ahí me dejó.

Sola. Con su familia mirándome como si fuera Satanás.

Su madre me llamó niñata rica, manipuladora, que le había llenado la cabeza de ideas. Su padre, con la cara roja de furia, me fulminó con la mirada antes de soltar:

—Las personas como tú os creéis estar por encima de todo.

Ese día, Roi me mandó a la mierda delante de todos. Me llamó entrometida. Clasista. Me gritó que saliera de su casa y no volviera a meterme en sus vidas. Y yo me fui. Sin decir nada más. Porque, en el fondo, lo entendí. Vi el miedo en los ojos de Paula. Y también vi la culpa.

Pero, joder, dolió.

Y ahora está aquí.

Otra vez.

Pidiéndome que la saque de algo.

Y la historia se parece tanto que me cuesta respirar.

Paula se muerde el labio y baja la mirada como si le pesara tanto como a mí. Y quizá le pese.

Aunque estoy dentro.

Otra vez.

Porque, por mucho que intente evitarlo, no sé decirle que no.

Y a pesar de todo, me gusta que, cuando todo se va a la mierda, siga viniendo a mí. Aunque sea tarde. Aunque duela. Aunque me haya dejado colgada antes.

—Te sacaré de esta —digo al final, con más firmeza de la que siento.

Y Paula asiente, con los ojos brillantes. Porque las dos sabemos que lo haré.

—Tienes que saber que estoy trabajando con Roi en un caso… —suelto, directa. Mejor ser clara.

Ella se tensa en la silla. Las manos, que hasta hace un segundo jugueteaban con el borde del bolso, se quedan inmóviles. Aprieta los labios.

—Él no puede enterarse —suelta deprisa, casi en susurros—. Valeria, por favor. Nadie puede saberlo por ahora.

—No lo hará de mi boca. —Cruzo los brazos sobre la mesa—. Lo que me digas aquí, se queda aquí. Secreto profesional.

Asiente. Exhala, pero no se relaja del todo. Nos quedamos así. Un segundo más. Y entonces, como quien se arriesga a rozar la herida, ella baja la voz.

—Siento lo de aquella vez. Lo que dije. Lo que te hice.

La miro. Y no digo «te perdono» porque no estoy segura de haberlo hecho. Pero tampoco digo «vete a la mierda». En el fondo, las dos hicimos lo que pudimos.

—Vamos a hacerlo bien esta vez. —Mi tono es firme. Casi frío. Pero es lo único que puedo ofrecerle—. Cuéntamelo todo —digo, recostándome en la silla.

—No tengo nada —confiesa con pesar—. Ni la casa, ni el coche, ni siquiera mi cuenta bancaria. Todo está a su nombre.

Eso me hace apretar la mandíbula. Mal. Eso está muy mal.

—¿Ni la cuenta?

—No. —Niega con la cabeza—. Mi sueldo entra ahí, pero… solo él tiene la clave. Y las tarjetas son suyas. Yo... tengo dinero cuando él me da. Y siempre me pide los recibos. Para llevar el control dice.

Me hierve la sangre. Pero me contengo.

—¿Cuánto cobras?

—Ochocientos. —Su tono se ahoga en vergüenza—. Limpio casas por las mañanas. Desde que Carla empezó el instituto, aprovecho las horas libres. Pero… es poco. Y encima entra en esa cuenta.

Asiento, haciendo cálculos mentales. Con eso no le va a llegar. Ni de coña.

—¿Y él? ¿Cuánto gana?

—Sobre mil ochocientos. Pero… siempre se queja de que no llegamos y que yo gasto mucho. —Hace una pausa, incómoda—. Aunque él se fuma casi dos paquetes de tabaco al día y cada vez que sale, se deja cincuenta euros en el bar.

Qué sorpresa. El clásico. Controlando el monedero ajeno mientras se funde el suyo en birras y Marlboro.

—¿Le tienes miedo, Paula?

Sus ojos se clavan en los míos. Por un segundo, no responde. Pero sé que no hace falta.

Aprieta los labios.

—A veces… se pone muy nervioso. Grita. Y… no es solo conmigo. También con Carla. Cualquier imprevisto lo desquicia. Un atasco, un plato roto, una factura inesperada. Todo es una afrenta personal. Un ataque directo. Se frustra con facilidad, se ofende por nada y explota por todo.

Sus ojos se clavan en los míos. Son grandes, brillantes, llenos de una mezcla de vergüenza y rabia.

—Y siempre está de mal humor. Nada le parece suficiente. Si Carla hace una rabieta, es porque no la educo bien. Si la cena no está lista, es porque soy una inútil. Si tiene un mal día en el trabajo, es porque yo le estreso. Si me quejo, es porque soy una histérica. Y si me callo, es porque le estoy provocando. Siempre hay una razón para hacerme sentir culpable. Y cuando pierde el control… —respira hondo, como si intentara tragarse el miedo.

Se ríe, pero sin ganas. Una risa amarga, quebrada.

—Y lo peor es que, al final, siempre me hace dudar. Siempre me convence de que soy yo la que exagera. Que soy yo la que tiene que esforzarse más. Y lo hago. Me esfuerzo. Hasta que vuelve a estallar. Hasta que todo vuelve a empezar.

—¿Carla le tiene miedo?

Asiente, despacio.

— Nunca… —traga saliva—. Nunca nos ha tocado, pero me ignora durante días. Me deja de hablar. Me mira como si no existiera. Como si yo fuera una mierda pegada a su zapato. Y yo… —Sus hombros caen—. Yo ya no puedo más, Valeria. Ni por mí ni por ella. Y sé que me engaña. No es intuición ni paranoia. Lo he visto en su móvil. En su forma de arreglarse cuando dice que va a tomar algo con los compañeros. En cómo me evita después.

Y ahí es cuando sé que no hay vuelta atrás. La Paula de antes habría seguido callando y aguantando, pero esta no. Y eso significa que, esta vez, de verdad quiere salir.

Normalmente, cuando mis clientes hablan, yo intervengo, les guío con preguntas estratégicas para obtener la información que necesito y separo lo emocional de lo legal.

Pero este caso no es como los demás. Y es probable que esto no lo haya hablado con nadie más.

Sé lo que es tragarse las palabras hasta que se pudren dentro. Sé lo que es mirar a tu alrededor y pensar que nadie te va a entender.

Así que la dejo seguir.

Porque, por primera vez en demasiado tiempo, está dejando salir todo lo que lleva años encerrado.

—Aunque mi miedo… —Su voz baja aún más—. Es quedarme sin nada… Sin Carla.

Eso me pone en alerta. Porque es el truco más viejo.

—¿Se ocupa de Carla? —pregunto.

Paula se ríe. Pero es una risa amarga.

—La lleva a veces al colegio… cuando se levanta de buenas. Pero las reuniones, los médicos, la ropa, las extraescolares… todo eso es cosa mía. Siempre. Pero ya le conozco. Pedirá la custodia solo para joder. Para no pasarme pensión. Y me tocará a mí todo igualmente porque él se olvidará de recogerla o se quedará en el bar. Y yo no voy a dejar que la niña esté sola.

Me froto las sienes. Porque lo he visto mil veces. Porque es el pan de cada día en los juzgados.

—Lo primero: Carla ya no es una niña. Tiene catorce años y puede hablar. Puede contar lo que siente al vivir con él y lo que quiere. No decide ella sola, pero influye.

Tarda un segundo. Pero luego asiente.

—Ella… no quiere estar con él cuando se pone así y tampoco se siente escuchada o querida. Desde que es adolescente tiene incluso menos paciencia con ella y no te imaginas las cosas que le dice… me duele tanto.

Bien. Eso nos da un punto fuerte.

—Lo otro: la pensión. No te preocupes por eso. Con su sueldo, le tocará pasarla. Y si no lo hace, embargamos. Ya me encargaré yo.

Mis palabras son firmes. Porque quiero que lo crea.

Ella suelta aire, como si soltara también un poco del miedo.

—¿Y la casa? —suena más insegura.

—Está solo a su nombre, sí —asiento, porque ya me lo ha dicho—. Pero es ganancial. Y eso significa que, aunque él figure como propietario, la mitad también es tuya. La comprasteis casados. Así que si quiere venderla, te necesita. Y si Carla se queda contigo, el uso de la vivienda familiar es tuyo hasta que ella sea mayor. Y a él le puede dar una embolia si quiere.

Sus ojos se abren, como si no se creyera que algo, por fin, pueda jugar a su favor. Como si esa amenaza que le ha colgado sobre la cabeza durante años acabara de perder parte de su peso.

—Pero… él siempre dice que me puede echar. Que es suya y me puede dejar en la calle.

—Claro que lo dice. Porque sabe que te acojona. —Me inclino un poco hacia ella—. Pero no puede. Ni por las buenas ni por las malas.

Paula se queda callada. Como si estuviera encajando las piezas de un puzle que nunca pensó que pudiera completarse y de repente viera puertas donde antes solo había paredes.

Y, joder, no sé por qué, pero me dan ganas de abrazarla para protegerla de todo y compensar lo que no pude hacer hace años.

Porque sigue siendo mi Paula. La que supo cómo consolarme cuando perdí a Adrián. Fue la única que no intentó arreglarme con frases vacías ni con consejos que no servían para nada. Solo estuvo a mi lado, en silencio, aguantando mi dolor conmigo cuando yo no tenía fuerzas para sostenerlo sola.

Y ahora seré yo quien lo haga.



# 15

# *Cómo desvelar secretos incómodos mientras finges que trabajas*

—¿Cómo es trabajar con Roi?

La pregunta me llega mientras termino de anotar algunas cosas en su expediente. Sin preámbulos. Sin anestesia.

Levanto la vista. Paula me observa con esa mezcla de interés y cautela que conozco bien. Como si estuviera tanteando el terreno antes de decidir hasta dónde se atreve a pisar.

—¿Eso te preocupa más que el que tu marido te deje en la calle? —intento quitarle hierro con mi sarcasmo habitual, pero ella no se ríe.

—No… Es que… nunca me lo habría imaginado. Vosotros dos trabajando juntos después de… todo.

Después de todo. No hace falta que diga más.

—La vida da muchas vueltas —respondo, como si fuera una de esas frases de madre que sueltas cuando no quieres profundizar. Aunque a Paula no se la cuelas tan fácil porque es Pereira y me conoce.

—Pero… ¿Os lleváis bien? —insiste. Hay algo más en su tono, como si buscara algo concreto.

Noto el calor subiéndome por el cuello. Porque los recuerdos de lo ocurrido en su coche todavía me queman en la piel.

—Nos llevamos como podemos. A ratos me gustaría atropellarle con un camión. A otros… —me callo. El final de esa frase no se puede decir en voz alta.

Paula se ríe, aunque sus ojos se entornan.

—Siempre pensé que os acabaríais matando.

—Es algo que todavía puede ocurrir.

Ella juega con el asa del bolso, pero no es un gesto nervioso. Es más como si estuviera ordenando sus pensamientos antes de soltar la siguiente pregunta.

—¿Y cómo es? —Su tono baja un punto—. ¿Cómo es trabajar con él de verdad? Debe ser impresionante verlo en acción —dice, casi sin darse cuenta.

Y ahí está. La chispa que se enciende en la gente que ama el derecho, incluso cuando aún no se han dado permiso para admitirlo. La que me confirma lo que ya sospechaba: que a Paula esto le interesa.

—Es el mejor en lo suyo. Brillante, pero un cabrón. Lo analiza todo, lo desmenuza, lo exprime hasta que no queda ni una grieta en su argumento. Y cuando cree que lo tiene, ataca. Es como un depredador en un juicio. No deja escapatoria. Y es cabezón, controlador y me saca de quicio cada dos por tres. Pero… —Me encojo de hombros—. También es el primero que se mete en el barro conmigo cuando las cosas se tuercen.

Paula sonríe, como si esa respuesta le encajara.

—Bueno… creo que tú siempre has sido su talón de Aquiles —dice con naturalidad—. Te observaba con el ceño fruncido, como si estuviera enfadado contigo, pero en realidad... —se interrumpe, como si dudara.

—¿En realidad qué? —la apremio, porque no es momento para detenerse.

—En realidad, no podía dejar de mirarte. ¿Te acuerdas de aquella vez que te duchaste en casa y saliste solo con una toalla que no te tapaba ni las tetas? —Su risa es suave, pero cargada de picardía—. Y te encontraste con él en el pasillo… Le dio un puto infarto, Valeria.

Me echo hacia atrás en la silla. No me acordaba o no le di importancia en su momento. Yo tendría diecisiete o dieciocho años en aquel entonces. Tenía más edad que Paula, pero no dejaba

de ser la amiga de su hermana, y él... él era el hermano mayor, el serio, el que te miraba como si siempre estuvieras a punto de meter la pata.

Pero ahora, con todo lo que ha pasado entre nosotros, esa escena vuelve a mi cabeza con otra luz.

Lo veo claro.

Él, paralizado en el pasillo. Yo con el pelo mojado y la toalla resbalándose hacia abajo. Le dije algo, no recuerdo qué. Él balbuceó. O ni siquiera eso. Bajó la mirada, se giró como si le acabaran de dar una descarga en los huevos y se metió en su cuarto a velocidad récord, como si ahí dentro guardara el manual de *Cómo dejar de ser un salido en tres sencillos pasos*. Y yo seguí como si nada.

—No me acordaba de eso —miento, porque ahora lo recuerdo perfectamente. Pero lo que más me jode es que me calienta pensar en ese Pereira joven, intentando no mirarme las tetas.

Paula se ríe.

—Pues yo sí. Y él también. Créeme.

Noto calor en las mejillas, en el cuello, entre las piernas porque ahora no puedo dejar de pensar en él, en esa tensión que siempre ha habido, que siempre estuvo, aunque yo no me diera cuenta.

Y me da rabia.

Porque me gusta.

Y porque, por mucho que lo niegue, siempre he querido ser su puto talón de Aquiles.

Pero Paula no ha terminado.

—Y lo del beso… —Su tono cambia. Más bajo. Más serio—. Ese 7 de junio.

Mi cuerpo se tensa. Automático. Porque ese día es como un disparo en la nuca. Porque lo llevo escrito en la piel. Y ella lo sabe.

Intento que no se note, pero mis hombros se alzan como si quisiera protegerme.

—¿Qué beso?

—Esa noche te bebiste media barra de la tasca del puerto y luego os vi. A los dos. Besándoos. Bueno, tú besándole a él. Porque él parecía… no sé. En shock.

Me quedo muda.

No lo recuerdo.

Y eso ya dice bastante de la melopea que llevaba encima. Cada 7 de junio me emborracho, me pierdo y hago lo que sea con tal de no sentir. E imaginarme a Roi paralizado mientras yo le plantaba un beso etílico me da entre risa y vergüenza.

—¿Por qué nunca me lo dijo? —pregunto, más para mí que para ella.

Paula se encoge de hombros.

—Porque al día siguiente tú no te acordabas de nada. O hiciste como que no. Y él… bueno, ya sabes cómo es Roi. Si siente que lo usas, se cierra en banda. Y tú estabas hecha polvo por Adrián. Lo entendió, pero… creo que su orgullo no. Y luego pasó aquello…

Genial.

No solo besé a Roi como una borracha desesperada, sino que encima me marqué un clásico: hacer como si nada al día siguiente. Muy en mi línea para mantener viva la llama de su odio.

Si alguna vez premian a la reina de cagarla con Roi Pereira, que graben ya mi nombre.

—¿Nunca te habló de la barca? —pregunto, sin intención de soltar tan pronto el tema de su hermano.

Paula frunce el ceño, intrigada.

—¿Qué barca?

Me recuesto en la silla, jugueteando con el bolígrafo, saboreando el recuerdo. Porque esta vez el capullo de él se llevó un buen baño de humildad.

—Fue en el puerto. Estaba con Carolina y Alba, ya sabes, postureando donde más peligro había. Esa pasarela oxidada que parecía diseñada para que te desnucaras, pero en fotos quedaba divina.

Paula asiente, divertida.

—La clásica sesión «sirena sexy jugándose la baja por invalidez».

—Esa misma. Pues vi una barca vieja, medio varada, y pensé que sería una gran idea subirme, pero no lo fue. Me resbalé y caí al agua con todo, ropa, móvil, gafas, dignidad… todo al fondo del mar.

Paula se lleva la mano a la boca, aguantando la risa.

—¿Y Roi?

—Él estaba con los suyos, haciendo de vigilante de la bahía versión gallega, con esa cara de «me la suda todo», pero no se perdía nada. Y me vio caer.

—¿Se rio? —pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

—No. Corrió hacia la barca, se subió con esa seriedad suya de sargento chungo, me tendió la mano como si me estuviera salvando de un secuestro… y se cayó conmigo de cabeza.

Paula suelta la carcajada.

—¡Qué cuadro!

—Como dos gilipollas. Salimos chorreando, él echando pestes, yo partiéndome de risa. Porque, claro, según él, todo había sido culpa mía, pero casi sonrió lo juro.

Nos quedamos así. Riéndonos las dos como antes. Con esa complicidad que creí muerta. Aunque lo que no le cuento es lo otro. Lo que pasó en mi cabeza cuando caí.

El agua fría cerrándome el pecho. Mi corazón desbocado. Esa maldita sensación de estar ahogándome sin estarlo. Porque no era yo. Era Adrián. Cada vez que caigo al agua sin pensarlo, vuelvo a él. A ese día. A esa angustia que no viví, pero que sentí igual. Su falta de aire, su pánico, su dolor. Y yo ahí, atrapada en su muerte otra vez.

Y Roi se dio cuenta.

No me lo dijo. Nunca lo hace. Pero lo vi en sus ojos mientras me sacaba de allí. Él sabía que no era solo una caída estúpida, que había algo más. Porque siempre lo sabe.

Y, joder, a veces me jode más eso que todo lo demás. Que él vea las cosas que yo me empeño en ocultar.

Paula sigue riendo. Yo sonrío también. Pero por dentro, sigo en ese agua. Y Roi sigue tirando de mí y cayendo conmigo cuando entro en pánico.

Y entonces, como si lo hubiéramos conjurado, se abre la puerta.

Sin avisar. Sin llamar.

Roi.

Se planta en el marco, traje perfecto, cara de guerra. Pero se queda quieto. Un segundo. Dos. Los justos para captar la escena. Paula, sentada frente a mí. Compartiendo risas. Y entonces, veo ese microgesto suyo: la mandíbula tensa. Sus ojos van de ella a mí. Rápido. Midiendo. Encajando piezas.

Porque no es tonto y sabe que Paula no ha venido aquí solo por hacer turismo.

—¿Todo bien? —pregunta con voz neutra. Demasiado neutra.

Y justo por eso, me pone en alerta.

Paula se revuelve en la silla, incómoda. Y yo me enderezo, disimulando.

—Todo perfecto —respondo con mi mejor sonrisa profesional, aunque por dentro noto la presión en el pecho.

Porque sé que este cabrón ya está oliendo algo.

Y no puedo dejar que lo descubra todavía.

Roi sigue en la puerta. No entra. Pero tampoco se va. Solo observa. Como si nos estuviera grabando con la mente para analizarlo más tarde con una copa y esa puta mirada suya que te disecciona.

—He venido por lo de Montalvo —dice al fin, con esa indiferencia que da más miedo que si gritara.

—Dame diez minutos —respondo, como si nada.

Asiente, pero no se mueve.

Paula carraspea.

—Yo ya me iba. Solo… quería disculparme con Valeria —suelta, de golpe. Se dirige a Roi, pero me mira de reojo—. Por lo de hace años. Ya sabes aquello. Fui una cobarde por no decir la verdad.

Roi frunce el ceño. Le pillo ese gesto mínimo, esa arruga entre las cejas que le sale cuando algo no le cuadra.

—¿La verdad?

Paula traga saliva. Pero ya ha empezado. Y sabe que no puede echarse atrás.

—Que fui yo quien dijo aborto y Valeria solo intentó ayudarme. Pero… cuando todo se supo, me cagué. Y la culpé a ella. Me dio miedo y… fui una mierda de persona.

Silencio.

El tipo de silencio que pesa, que corta, que hace que te suden las manos aunque estés quieta.

Miro a Roi.

Sus ojos están fijos en Paula. Pero no está enfadado. No exactamente. Está… dolido. Como si esas palabras hubieran hecho polvo algo que llevaba años manteniendo en pie.

—¿Por qué ahora? —pregunta con suavidad, pero noto la tensión bajo ella.

Paula se encoge en el asiento.

—Porque estoy harta de callar. Y porque… —levanta la mirada hacia mí—. Valeria me está ayudando. Otra vez.

Ahí está. La bomba.

Roi se queda quieto. Tan quieto que me pone nerviosa. Pero sus ojos me taladran.

—¿Ayudándote? —Su tono sigue neutro. Pero yo sé que ya no lo es.

Paula se revuelve en la silla.

—No… no es nada. Solo… asesoramiento. —Su intento de restarle importancia es tan malo que casi me da pena.

Roi me mira. Espera que diga algo. Pero no voy a darle ese gusto.

—Secreto profesional —me adelanto, con esa sonrisa de abogada que dice «puedes joderte».

Aunque sé nada más ver el destello en sus ojos que esto no ha terminado.

—Nos vemos para cenar —suelta de repente, mirando a Paula.

Ella se revuelve en la silla.

—Sí… hoy visitaré los sitios que nos recomendaste. Luego nos vemos, Roi.

Se levanta con algo que quiere parecer natural, pero a mí no me engaña. Le da una palmada en el hombro, como si fuera la hermana despreocupada de siempre. Cuando acaba de suplicarme ayuda para que su marido no la deje en la calle. Pero su hermano no es idiota. La sigue con la mirada mientras sale por la puerta, y cuando se cierra, ya se está sentando frente a mí.

Ni un segundo de pausa.

—¿Vas a ayudarla a divorciarse?

Ni hola, ni cómo estás. Pereira directo a la yugular.

Cruzo los brazos, me acomodo en mi silla, esa en la que de repente parece que han clavado alfileres.

—Secreto profesional.

—Valeria.

Su nombre en mi boca siempre suena como un golpe. Pero el mío en la suya… es otra

historia. Lo suelta con esa gravedad que me deja claro que no está para tonterías.

—¿De verdad quieres abrir esa puerta? —pregunto, envenenada, con la ceja arqueada—. ¿De verdad quieres entrar en ese terreno sabiendo que lo que te cuente no te va a gustar?

Él aprieta la mandíbula. Ahí está. Ese microtic que delata que le estoy tocando donde duele.

—Es mi hermana.

—Y es mi clienta.

Silencio. Nos miramos como dos pistoleros en el viejo oeste.

—Valeria…

Suspiro. Porque sé que, en el fondo, es inútil. Porque Pereira no se rinde y me mira con esos ojos oscuros que me atraviesan y me dicen que no se va a mover de esa silla hasta que consiga lo que quiere.

Y porque, joder, es su hermana.

—No quiere que nadie se entere hasta que todo esté resuelto. Ni siquiera tú.

Él cierra los ojos un segundo. La cabeza baja, los dedos se tensan. Pero no dice nada. porque, en el fondo, él también se ha pasado años viendo a Paula apagarse poco a poco.

—Voy a sacarla de ahí, Roi. —Mi voz sale más firme de lo que pensaba—. Pero necesito que me dejes hacer mi trabajo.

—¿Me contarás si pasa algo grave?

Sus palabras son un susurro y me rompen un poco.

—Si ella me lo permite.

Asiente. Lento. Resignado. Como quien acepta que está perdiendo, pero que no tiene más opción.

—Valeria…

—¿Sí?

—Gracias.

No respondo. Porque si lo hago, se me romperá la coraza. Y aquí no se puede romper nada más.



# 16

## *Del expediente al pecado en tres miradas*

*Entro en la sala de reuniones tres minutos antes de la hora prevista. Lo justo. Puntualidad quirúrgica. Es la forma más fácil de marcar el ritmo desde el principio: que sientan que llego porque quiero, no porque lo necesite.*

*Valeria ya está ahí. Por supuesto. Ella siempre llega antes. Tiene esa compulsión por demostrar que va por delante. Aunque en este momento, mientras revisa unos papeles con el ceño fruncido, parece más cansada que desafiante.*

*Me fijo en ese detalle porque soy así. Lo observo todo. Es mi forma de asegurarme la victoria.*

*Tiene la piel algo más pálida, las ojeras sutiles, pero están, pese al maquillaje. Y ese gesto… como si el café que tiene delante le diera asco. Malo. Porque ella se alimenta de café. Otro detalle que guardo.*

*—Pereira —saluda, sin levantar la vista.*

*—Aldana.*

*Ese intercambio que ya es un ritual entre nosotros frío y medido. Pero debajo, siempre hay más. Me siento, dejando la carpeta sobre la mesa. Me acomodo despacio, con las piernas separadas, pero sin abrirme demasiado. Lo justo. Esa posición que siempre le crispa porque la interpreta como una toma de poder. Y quizá lo sea.*

*Casi puedo notar cómo entrecierra los ojos desde mi sitio. Eso me hace sonreír por dentro*

*hasta que entra Joaquín Aldana.*

*Su hija se endereza como si le hubieran pasado corriente por la columna. Automático. Condicionado. El efecto de Joaquín sobre su hija siempre me ha fascinado. Cómo la endurece y la vuelve un bloque de hormigón. Y, al mismo tiempo, cómo ese hormigón tiene grietas que ella se esfuerza en ocultar.*

*Y yo siempre busco grietas.*

*—Montalvo-Sanabria —dice su padre, cortando las formalidades.*

*No me hace falta repasar nada. Me lo sé todo. Pero la dejo hablar a ella. Sé que necesita demostrar que lo tiene bajo control.*

*Y porque me gusta observarla. Es buena y brilla cuando habla de trabajo.*

*—Tenemos avances —empieza Valeria, y esa voz segura que usa siempre me resulta extrañamente familiar. Como si fuera la única que soporto escuchar en este maldito bufete.*

*Empieza a exponer los detalles con el tono que se espera de alguien que ha crecido en esta casa de tiburones.*
*Pero cuando llega a lo importante, se inclina ligeramente hacia delante. Mínimo. Como si quisiera que solo su padre la escuchara.*

*—Hemos conseguido toda la información de Luis Cifuentes. Y también su confirmación de que testificará para nosotros.*

*Hemos. Parpadeo imperceptiblemente porque por dentro algo se me mueve, pero por fuera sigo con cara de piedra.*

*Me hace gracia porque yo estuve allí. Y yo no hice nada más que estar. Mirar. Y arder por dentro mientras ella se lo llevaba a su terreno y le sacaba hasta el alma a ese cabrón.*

*Fue ella. Solo ella.*

*Pero dice «hemos» y eso me noquea más que cualquier puñetazo. Valeria podría haberse colgado esa medalla sola y se la habría ganado.*

*—¿Qué información exactamente? —pregunta su padre, sin levantar apenas la vista.*

*—Transferencias, conversaciones, mensajes y más pruebas de que Jaime Sanabria ha comprado y manipulado a Katerina para que declare en contra de Eva.*

*Joaquín asiente y es curioso porque su aprobación le dura menos que un suspiro.*

*—Bien —dice, parco. Luego añade, con la misma firmeza—: Preparaos para viajar a*

*Grecia.*

*Y nada más.*

*Me quedo mirándola mientras pasa hojas con esa calma fingida que ya me conozco de memoria. Veo lo que nadie más ve, porque llevo demasiado tiempo observándola, aprendiendo a leer cada uno de esos gestos suyos que para los demás pasan desapercibidos.*

*El leve apretar de la mandíbula, esa rigidez casi imperceptible en los hombros que delata la tensión contenida, el modo en que entrelaza los dedos sobre la carpeta como si sujetarse a ella le impidiera mandar todo a la mierda. Resiste, como siempre lo hace, sosteniendo el tipo ante el bien que su padre ha dejado caer sobre la mesa como quien lanza un grano de arroz al suelo.*

*Pero yo sé lo que está pensando, aunque no lo diga. Lo noto en la forma en que el aire entra y sale por sus labios con más lentitud de la que debería, en ese pestañeo rápido que busca neutralizar las ganas de dejar caer la máscara, en esa tensión que late bajo su piel como un cable a punto de chispazo. Sé que quiere levantarse y gritar que se merece más que un bien, que ninguno de nosotros habría conseguido lo que ella ha hecho con Cifuentes.*

*Sé que le gustaría lanzarle esos papeles a la cara a su padre y soltarle que, si este bufete sigue siendo el mejor, es porque ella está aquí, dejándose la piel todos los días. Pero no lo hace, porque Valeria Aldana nunca lo hace. Siempre traga, siempre aguanta, siempre aprieta los dientes y sigue adelante.*

*Y precisamente por eso la admiro más de lo que debería. Porque su fortaleza es de esas que no se exhiben, sino que se clavan por dentro como un puñal que te mantiene erguido incluso cuando te desangras. Y sé que lleva años quemándose a fuego lento bajo esa coraza que se ha construido, y que el único momento en que ese fuego se libera, en que realmente arde, es cuando está conmigo.*

*Quizá por eso me gusta tanto empujarla hasta el límite, provocarla, buscar esa grieta por la que asome todo lo que no se permite sentir delante de los demás. Conmigo se enfada, me grita, me insulta, me odia... pero también me desea. Y cuando eso ocurre, cuando pierde ese control que tanto se esfuerza por mantener, sé que soy el único que ha conseguido que se rompa, aunque sea por unos segundos.*

*Y eso, por jodido que sea, me hace sentir más poderoso que cualquier victoria en esta sala de juntas.*

*La reunión avanza sin más. Joaquín se marcha, dejándonos solos. Y aquí es donde siempre empieza el verdadero juego.*

*Ella empieza a recoger papeles. Yo no me levanto. Me quedo ahí, sentado, viendo cómo sus dedos tamborilean sobre la carpeta. Ese tic suyo cuando está al límite.*

*—Esperando tu estrellita dorada, ¿eh? —digo, con esa calma que siempre le toca los huevos.*

*Ella se detiene. Y levanta la cabeza con esa expresión de te voy a degollar que ya es parte de nuestra interacción diaria.*

*—Pereira, vete a la mierda.*

*Suena como un disparo seco, sin matices, directo a matar. Pero yo solo sonrío. Es lo que esperaba. Lo que ella siempre dice cuando quiere cortar una conversación antes de que empiece a incomodarla.*

*Podría dejarlo estar, salir por esa puerta sin mirar atrás y seguir con nuestro juego sin consecuencias, pero hoy no quiero que esta pelea termine como siempre.*

*Hoy tengo ese hemos dándome vueltas en la cabeza. No ha sido solo cortesía profesional. Es mucho más jodido que eso. Es inteligencia. Es respeto. Es saber que esto, aunque nos pese, lo estamos sacando adelante juntos. Y esa mierda me revuelve por dentro, porque me pone delante de la cara esa verdad que llevo meses intentando esquivar: que Valeria y yo podríamos ser el mejor puto equipo que se haya visto nunca y no solo dentro de un bufete…*

*Si quisiéramos.*

*Pero no queremos. O no sabemos. O no podemos. Porque hace demasiado que aprendimos a odiarnos. Y cada roce, cada mirada, cada palabra nuestra tiene más filo que la anterior. Porque nos enseñamos a ser así. Y, lo peor, es que ya casi no recuerdo ni por qué empezamos a ser así.*

*Hace poco lo habría dicho con seguridad. Porque ella era una pija caprichosa que jugaba a ser rebelde. Porque jodió a mi hermana cuando más vulnerable estaba. Porque su mundo y el mío nunca encajaron.*

*Pero luego Paula me lo soltó sin avisar, con esa forma que tiene ella de ponerte el corazón en la mesa sin darte tiempo a apartar la vista. Valeria solo había intentado ayudarla e hizo lo que mi hermana le pidió. Lo que ninguna otra persona habría hecho por ella. Ni siquiera yo.*

*Paula no ha tenido que decirme mucho más para que lo entienda. Lo he visto en sus ojos, en su forma de respirar cuando está con él. En esa tristeza cansada que es más difícil de disimular que un moratón. Está atrapada en ese matrimonio de mierda, se está apagando, y Valeria sabía que esto ocurriría hace años.*

*Y aquí estamos, años después, repitiendo el mismo maldito patrón.*

*Paula ha vuelto a acudir a ella. Otra vez. Y aunque Valeria podría haberla mandado a la mierda con todo el derecho a hacerlo... no lo ha hecho.*

*Y no lo hará. Porque Valeria Aldana siempre está pese a que nadie lo valore y nadie se lo agradezca. Aunque nadie sepa mirarla como se merece.*

*—Podrías haber dicho que fue cosa tuya. Sabes que lo fue.*

*Ella levanta la mirada con lentitud, como si el simple gesto le pesara.*

*—Esto es un equipo, Pereira.*

*Equipo. Hemos.*

*Lo dice con firmeza, sin dejar lugar a réplica. Como si realmente lo creyera.*

*—Hiciste un gran trabajo, Aldana. Tú sola.*

*La frase sale de mi boca con esa falsa indiferencia que llevo perfeccionando años. Es casi un sello personal: el gesto neutro, el tono seco, como si no significara nada.*

*Ella parpadea. Es mínimo, un reflejo involuntario que apenas dura un segundo, pero que yo capto al vuelo porque llevo años fijándome en ella más de lo que debería.*

*Guardo ese triunfo diminuto con la satisfacción de quien roba algo valioso sin que el otro se entere porque descubro que, aunque se muera por negarlo, le importa que la vea.*

*Estoy a punto de salir cuando su voz me detiene.*

*—Roi...*

*No es la de siempre. Es más baja, más contenida, como si no terminara de decidir si quiere decir lo que va a decir.*

*—Paula me contó lo del beso.*

*Aguanto la mirada. Podría fingir que no sé de qué me habla, reírme, soltar alguna gilipollez, cambiar de tema. Pero ni lo intento porque ese beso me tocó las pelotas como nada en mi vida.*

*Esa noche, cuando Valeria se abalanzó sobre mí con medio litro de ginebra y dolor en las venas, me encendió como nada lo había hecho antes. Y al día siguiente me miró como si no hubiera pasado. Igual que si yo fuera aire y no hubiera sentido su boca, ni su cuerpo, ni sus dedos aferrándose a mí como si quisiera salvarse de algo.*

*Y eso, joder, me dolió más que cualquier cosa que me haya hecho después.*

*—Ya veo que las conversaciones con Paula siguen siendo entretenidas —respondo finalmente, con esa ironía mía que suena tranquila pero es puro veneno—. ¿Y qué te ha dicho exactamente? —pregunto, porque quiero entender por qué cojones lo saca ahora.*

*Ella se encoge de hombros. Finge desinterés pero no cuela.*

*—Que te besé y tú te quedaste como en shock. —Lo dice rápido, con ese tono que usa cuando quiere que parezca que no le importa—. Que ni te moviste como si te hubieras tragado un pez entero.*

*El bolígrafo se le cae sobre la carpeta, aunque no se molesta en recogerlo.*

*Sigo ahí, junto a la puerta, pero la sensación es la misma que entonces, como si no hubieran pasado los años y siguiera en ese verano en San Xoán, con el salitre pegado a la piel y la certeza de que ella siempre iba a estar en un lugar al que yo no llegaba. Porque eso fue lo primero que sentí cuando me besó: incredulidad. La sorpresa me dejó paralizado, sin saber qué hacer con sus labios sobre los míos, con sus dedos agarrándose a mi camisa, con su cuerpo encajado contra el mío como si estuviera buscando algo que ni ella sabía nombrar.*

*Me pilló en frío, sin defensas. Y durante unos segundos no supe reaccionar, porque no me lo creía, porque era ella, Valeria Aldana, la intocable, la que llegaba cada verano con la piel dorada y las pulseras tintineando en las muñecas y nunca se había detenido a mirar lo que había debajo del hermano de Paula. Hasta esa noche.*

*Y cuando lo hice, cuando por fin reaccioné, no fui suave, ni dulce, ni cuidadoso. Tiré de su pelo, con esa mezcla de rabia y deseo que solo ella me hace sentir y la besé de vuelta con más fuerza de la que pretendía. Sentí su nuca encajar bajo mi mano y su boca ceder, sentí sus uñas arañando contra mi pecho, su cuerpo apretándose aún más al mío, como si de verdad me necesitara.*

*Porque no fue solo el beso. Fue notar su respiración chocando contra mi piel y pensar, por un instante, que habíamos estado equivocándonos todo el tiempo y que quizá la guerra era solo la manera que habíamos encontrado de no admitir que siempre habíamos querido estar así.*

*Y, joder, me dejó temblando. Me dejó con el corazón a cien, con las piernas flojas y las putas ganas de seguir besándola y tocándola, de sujetarla más fuerte… de no soltarla.*

*Pero no fue así. Me convirtió en nadie en menos de veinticuatro horas.*

*Cierra la carpeta con más fuerza de la necesaria, pero sé que no ha terminado, lo que viene ahora es lo importante, lo que de verdad quiere saber.*

*—¿Por qué nunca lo mencionaste?*

*Abro la boca, pero no digo nada porque la respuesta no me gusta y es que me dolió. Me jodió el orgullo, el deseo, las ganas.*

*Así que sonrío. Falso. Encabronado. Dolido.*

*—No sé. No lo recuerdo bien. Fue hace mucho y éramos apenas unos críos. Supongo que no le di ninguna importancia.*

*Ella me observa durante un segundo más, como si intentara averiguar si le estoy mintiendo, pero no insiste. Se apoya en el respaldo y me lanza su sonrisa de siempre. La que utiliza cuando quiere dejar claro que me odia un poco más que ayer.*

*—Mejor así. No creo que fuera nada memorable. Era 7 de junio… Estaría muy borracha.*

*Me inclino hacia ella Solo un poco, lo justo para que note que estoy ahí y no he terminado.*

*—¿Por qué tanta curiosidad, Valeria?*

*—Porque quiero saber—responde como si le escociera la pregunta.*

*—¿Y te ha quedado claro?*

*Lo pregunto como si esto no fuera con nosotros.*

*Ella me sostiene la mirada, tensa, pero altiva. Como siempre.*

*Y yo me inclino un poco más. No demasiado. Lo justo para notar su perfume, para ver el pulso rápido en su cuello, para que sienta que podría tocarla si quisiera, pero no lo hago. Porque no me da la gana. Y, cuando no la toco, es cuando más me desea.*

*—¿O te jode que no le diera importancia? —la provoco—. No sé, Aldana… —dejo que mi tono se arrastre, como quien está pensando en voz alta—. A lo mejor te jode que no dejaras huella, que para mí fueras solo una más.*

*Ella niega con la cabeza, fingiendo una risa breve, sin nada de humor.*

*—¿Tú crees que yo te recuerdo como si fueras mi primer amor, Pereira? Qué tierno —espeta sin alzar la vista, con esa chulería suya que le funciona con todos, menos conmigo.*

*—¿Te parezco tierno? Vaya, creía que ya habías descubierto todo lo contrario.*

*Lo suelto con esa sonrisilla de suficiencia, la misma que a ella le revienta porque, según dice, me creo el puto rey del mundo. En realidad, me la inventé para mostrar los dientes sin que pareciera que estoy a punto de romperle la boca de un beso. Qué irónico.*

*—No me hagas reír, Pereira. —Enarca una ceja, casi con condescendencia—. Ya sabes que*

*tengo mala memoria cuando se trata de ti.*

*Me inclino hacia ella sin dejar de observar cómo un mechón de su pelo se le escapa del recogido. No se aparta. Tampoco parpadea. Solo aprieta un poco los labios, y ahí se enciende esa chispa que se mezcla con el cansancio y con otra cosa que reconozco al instante: ganas. Maldita sea, siempre es así. Su cuerpo me responde aunque quiera estrangularme. Y el mío, como un perro fiel, le sigue el juego.*

*—Entonces, ¿por qué se te acelera el pulso cuando me acerco como si pudieras recordar perfectamente lo que ocurrió la última vez?*

*Ella chasquea la lengua, como si quisiera mandarme a la mierda otra vez, pero su mirada se queda fija en mi boca. Eso me calienta por dentro, una sacudida que me baja desde el estómago a la polla. No hace falta más para que el ambiente se cargue.*

*—Tú lo has dicho: «fue una última vez».*

*Eso me detiene. Joder.*

*—Demuéstramelo —respondo, sin pensarlo.*

*—¿Cómo?*

*—Hazlo. —Lanzo el desafío con el corazón a mil—. Manda al carajo este juego o admítelo: te mueres por romper la promesa de que no habrá más.…*

*La noto temblar, y antes de que suelte la frase hiriente de turno, deslizo mi mano hasta su barbilla y la obligo a mirarme. Sus pupilas, dilatadas, gritan que está tan encendida como yo.*

*Alzo el pulgar, rozándole el labio inferior, y luego se lo introduzco muy despacio en la boca, sintiendo el calor de su lengua cuando lo rodea instintivamente. Valeria cierra los ojos un segundo, con un gemido ahogado que hace que mi respiración se vuelva puro incendio.*

*—Estamos en el despacho de mi padre —masculla ella, pero muerde mi dedo con suavidad y suelta una risa desgarrada, casi un siseo.*

*—Hazlo —la corto, inclinándome lo justo para rozar su cuello con mi aliento—. Porque si no lo haces, voy a quedarme aquí y no solo imaginando cómo podría follarte sobre esta misma silla —confieso, arrastrando las sílabas—. Y no podré pensar en otra cosa que en tu boca, en cómo la abriste para mí…*

*Ella traga saliva de nuevo y se me nubla la cabeza al ver su pecho subir y bajar con cada suspiro. Desliza la carpeta de su regazo a la mesa y, con un gesto brusco, agarra mi corbata, atrayéndome hasta casi chocar nuestras frentes.*

*—Eres un cabrón engreído, Pereira —masculla—. Y me dan ganas de callarte la boca con un puño… o con la lengua.*

*Noto el tirón de su mano, el temblor que no puede ocultar en los dedos. Aprovecho y deslizo mi palma entre sus muslos. Ella lanza un jadeo ahogado y arrima la silla hacia mí, encajando sus piernas entre las mías. Casi me quedo sin aire.*

*—Ya sabes que estoy esperando el golpe —susurro, con una media sonrisa—. Pero no parece que estés muy dispuesta a detenerme…*

*Valeria suelta un ligero gemido que estalla contra mi mejilla. Estoy a punto de subir más la mano cuando suena un repiqueteo de nudillos contra la puerta.*

*—Jefa… ¿Valeria? —La voz de Alejandra irrumpe con un timbre impaciente—. Perdón, pero están preguntando por el informe.*

*Ella se queda tiesa, con la corbata aún en la mano y mi rodilla encajada entre sus muslos. Mis dedos congelados sobre su piel, deseando seguir explorando. Por un segundo, ninguno respira.*

*—¡Dame un minuto! —responde con un tono forzado de serenidad.*

*La asistente calla, pero no se marcha. A través de la madera, percibo su sombra. Con un gruñido exasperado, Valeria me empuja y se levanta derecha, alisándose la falda.*
*Suelta mi corbata como si estuviera ardiendo. Yo me acomodo la camisa con el pulso desbocado.*

*—¿Esa es tu gran demostración de que no quieres follar conmigo otra vez? —mascullo, sin poder evitar una sonrisa torcida—. Pues me has dejado con todas las dudas del mundo.*

*Valeria se aclara la garganta, recoge la carpeta y respira hondo antes de levantar la voz:*

*—¡Entra, Alejandra! —y luego, en un murmullo dirigido a mí—: Piérdete, Pereira.*

*La puerta se abre y la asistente asoma la cabeza, con sus papeles en mano. Estoy seguro de que nos dedica una mirada sospechosa, notando el ambiente cargado. Pero Valeria no le da margen para curiosear y la aborda enseguida.*

*Yo aprovecho para darme la vuela, esperando que mi polla deje de presionarse contra la tela de mi pantalón de manera tan evidente.*



# 17

## *Otra noche cerrando casos… y abriendo piernas*

A esta hora, el bufete parece otro; menos gente y ruido, más verdad. La luz es más baja, las puertas de los despachos están casi todas cerradas, y el sonido de los tacones ya no se mezcla con conversaciones, risas falsas o móviles vibrando.

Se oye todo mejor. Y eso lo hace peor porque a esta hora también me escucho a mi misma y lo que oigo no me gusta.

Suspiro. Otra vez.

Intento que sea leve, pero me sale como un puto gemido de frustración. Me duele la cabeza, el estómago ardiendo, como si tuviera ácido circulando por mis venas. Y el café que tengo delante me da asco. A mí, que he sobrevivido a este bufete a base de cafeína y puro aguante.

Mala señal.

Aprieto las sienes con los dedos mientras repaso por cuarta vez el mismo párrafo del informe, pero las letras se me retuercen como si estuviera poseída.

—¿Qué te pasa? —dice la voz de Hugo, asomando la cabeza con esa media sonrisa suya de «tranquila, soy de los buenos»—. Llevo rato escuchándote suspirar como si estuvieras

escribiendo poesía trágica. ¿Estás bien?

Sabía que me oiría, las paredes de este despacho son finas y él está al lado y con el silencio y la tranquilidad de la noche todo resuena con más fuerza.

Le sonrío despacio, lo justo para no parecer que acabo de pedir cita para mi propia defunción.

—Estoy perfectamente. —Me recompongo. O lo intento—. ¿Tú qué tal? ¿Cómo va el día? ¿Ya has salvado el mundo o solo te dedicas a espiar a tu compañera?

Hugo se ríe y entra. Cierra la puerta tras él, pero no del todo. Siempre hace lo mismo. Ni dentro, ni fuera. Siempre en ese limbo suyo que me saca de quicio y a la vez me relaja.

Se apoya en el marco, cruzando los brazos sobre su camisa impecable, la corbata medio floja, las mangas arremangadas y ese rollo de «ya es tarde, pero sigo siendo el puto hombre ideal». Y yo, si fuera otra mujer, estaría mojando las bragas ahora mismo.

Desgraciadamente, mi cuerpo se ha obsesionado con un cabrón gallego que me folla como nadie y luego me mira como si le debiera dinero.

Hugo no me enloquece como Pereira, ni me cabrea al punto de querer arrancarle la ropa y gritarle que me folle más fuerte. Hugo es fácil. Pereira, en cambio, es cocaína pura: un veneno que me tiene enganchada.

—He salvado a un par de millonarios de ir a la cárcel. Lo típico. Pero me preocupa más que tú tengas esa cara. —Se cruza de brazos, apoyando el culo en el borde de mi mesa—. ¿Te duele algo?

—No es nada. —Intento sonreír, pero noto que me tiembla un poco el labio—. Día largo. Cansancio. Ya sabes.

Hugo asiente, pero me estudia, como hacen todos aquí, porque todos somos lobos y olemos la sangre. Pero él lo hace con otra intención más… ¿Cuidadosa? ¿Cómplice? ¿O es que llevo tanto tiempo follando con cabrones que ya no sé reconocer la ternura?

—Valeria Aldana cansada. Eso no te pega. —Se separa del marco y se sienta en el borde de mi mesa.

Su muslo roza mis papeles y me mira desde arriba.

—Gracias, doctor De la Fuente. Ya me recetarás algo.

Él sonríe. Está a punto de decir algo más cuando se abre la puerta sin avisar.

Por supuesto.

Alejandra.

Con su falda lápiz clonada de la mía, su camisa blanca que le marca las tetas como si fuera un PowerPoint y esos tacones que hacen exactamente el mismo ruido que los míos cuando camino, porque se ha comprado los mismos, la muy zorra.

Es que ni lo disimula. Solo le falta llevar mi cara grapada.

—Jefa… —pone su sonrisa de secretaria eficiente, pero sus ojos ya van de Hugo a mí como un puto radar—. ¿Todo bien?

—Perfecto —contesto, tensa.

—Quería decirte que ya me voy. —Su mirada reluce—. Pero veo que estabas… ocupada.

Hace una pausa. De esas que dan ganas de estrangularla con el cable del teléfono. Si los teléfonos tuvieran cable todavía.

Hugo se ríe en voz baja para quitarle hierro al tema. Yo, en cambio, no lo hago; la conozco y sé que no ha terminado.

—Aunque bueno… —ladea la cabeza, y su tono baja, arrastrándose con esa falsa complicidad que me hace apretar los dientes—. Igual lo que te pasa es que tienes la cabeza en otro sitio, ¿no?

Hugo vuelve a reírse. Error. Porque eso la anima más.

—No sé… —continúa, llevándose el dedo índice a los labios, pensativa, con una actuación digna e un Goya—. Como que te noto últimamente muy… satisfecha. —Hace énfasis en la palabra—. Vamos, que cualquiera diría que te están dando… pero bien. Mejor que antes a mi entender.

Ahora Hugo suelta una carcajada. Yo le fulmino con la mirada.

—Alejandra —suspiro, porque ya no sé si matarla o adoptarla—. ¿Alguna cosa más que compartir con la sala? ¿Un croquis con mis posturas favoritas, quizá?

Ella se muerde el labio para no carcajearse.

—Nada más. Solo quiero decirte que eres mi referente, jefa.

—Lárgate de una vez.

—Buenas noches, Valeria.

—Buenas noches, Alejandra.

Se va taconeando con mis zapatos clonados y dejándome sin saber si sentirme humillada o reírme. Porque es una arpía, pero es mi arpía y mucho ha tardado en soltar la bomba sobre lo que nos traemos entre manos Pereira y yo.

—Esta tía es la hostia —dice Hugo, moviendo la cabeza con admiración, como quien ve un documental de hienas.

—Ya. La adoro y la odio a partes iguales.

Hugo se estira al tiempo que mira la puerta por la que acaba de desaparecer Alejandra. Suelta un leve resoplido con diversión y se vuelve hacia mí con una media sonrisa.

—Cualquier día te la encuentras durmiendo en tu casa con tu pijama puesto.

Por primera vez en toda la jornada, sonrío de verdad. No una mueca seca, sino algo más relajado, casi cómplice.

—Lo sé. Y lo peor es que me daría pena echarla.

—Te comprendo… —murmura con calidez—. Bueno, también me daría pena a mí, si estuviera en tu lugar… —Sus ojos se desvían a mi frente fruncida y a mis dedos crispados sobre el bolígrafo—. O en el suyo, según se mire.

Se inclina un poco hacia mí, sin llegar a invadir mi espacio, pero lo suficiente para transmitirme la sensación de que no estoy sola. Sé que ha notado mis ojeras y el ceño apretado. Sé que ha oído las conversaciones tensas, los pasos cansinos y la forma en que he estado lidiando con todo el caos del bufete.

—Valeria… ¿seguro que no necesitas nada? —pregunta en un susurro bajo, como si temiera romper algo frágil.

Niego con la cabeza, aunque no tan firme como de costumbre. Estoy cansada, me duele el cuerpo y, por primera vez en mucho tiempo, ni mi orgullo me sostiene como debería.

—Nada —mascullo, apoyando el boli en la mesa con un leve golpeteo.

—Ven. Déjame ayudarte.

—¿Qué? —alzo la vista, parpadeando con desconfianza.

—Parece que llevas una piedra clavada entre los hombros. Anda, déjame ver si puedo aflojar esa tensión.

Suena fácil, y la facilidad siempre me da miedo. Aquí, si cedes, te comen. Pero él sigue ahí

con una sonrisa amable y, por una vez, decido concederle el beneficio de la duda. Me quito la chaqueta, desabrocho un par de botones de la camisa para poder mover mejor los hombros y me recojo el pelo con una pinza. Al inclinarme un poco sobre el escritorio, cierro los ojos y noto cómo el aire roza mi nuca.

Él se coloca detrás. Las manos de Hugo son cálidas y firmes. Acarician primero, tantean las contracturas y presionan después con esa fuerza justa que quita el dolor. Suelto un gemido bajo que me muerdo en cuanto me doy cuenta; me sorprende lo bien que sienta.

—Madre mía, Valeria… ¿cómo puedes vivir así? —murmura mientras hunde los pulgares en mi espalda—. Pareces cargada con un saco de piedras.

—A base de ibuprofenos y mala leche —murmuro, dejando que mis hombros cedan un poco.

Hugo suelta una pequeña risa al tiempo que continúa el masaje. Por primera vez en semanas, siento que me relajo de verdad. Encuentra el punto exacto que me atormenta entre mis hombros y me arranca un gemido.

—Ahí… Joder…

—Tranquila. Ya lo tengo.

Justo en ese instante, la puerta se abre sin llamar, porque aquí todo el mundo entra cuando le da la gana. Y no necesito levantar la cabeza para saber quién es.

Pereira.

Siempre es él. Siempre irrumpe, siempre rebosa de esa presencia que me desquicia.

El corazón me da un salto. Intento enderezarme tan rápido que la silla cruje. La camisa se me ha abierto un poco más, mostrando el sujetador negro que no debería estar tan a la vista. Y su mirada viaja directa a ese punto, un segundo o dos, antes de subir con una lentitud calculada a Hugo, a mí otra vez. Su expresión es neutra. Demasiado neutra. Y eso, viniendo de Pereira, es una puta alarma roja.

—¿Molesto? —Su voz suena baja, grave, calibrada como un arma cargada.

—Un poco —respondo con más brusquedad de la que pretendía.

Sonríe como un depredador.

—Perfecto.

Hijo de puta.

Hugo se retira, tranquilo, porque él no ve la bomba nuclear que acaba de entrar por esa puerta. Se estira, ajusta su corbata y se sacude las mangas.

—Solo le salvaba la vida —bromea, palmeando mi hombro—. Te la dejo entera, Pereira.

—Ya —contesta Roi. Ese «ya» que es todo.

—Estaré en mi despacho aquí al lado si necesitas algo —me dice a mí con esa sonrisa plácida mientras desaparece por la puerta.

Me subo la camisa y me abrocho los botones con manos torpes, intentando recobrar la compostura. Siento la mirada de Pereira clavada, cargada de un reproche mudo.

No se mueve. Permanece apoyado contra el marco con esa calma que siempre me envenena.

—¿Te lo tiras? —dispara de pronto, sin rodeos, atravesando el ambiente con esa pregunta directa.

Levanto la barbilla en un gesto de orgullo automático, el que adopto cuando quiero aparentar que nada me afecta.

—¿Perdona?

—Que si te lo tiras, Aldana. —Su tono es tan neutro que duele más que cualquier grito.

—¿Y a ti qué cojones te importa? —respondo tensa y furiosa. Nadie me enerva tanto como él—. No es asunto tuyo.

Pereira se aparta del marco de la puerta y avanza de forma lenta, evaluándome, como si disfrutara de cada centímetro que acorta entre nosotros. En cada paso siento esa mezcla de rabia y deseo que me hierve bajo la piel.

—Claro que no... —musita, recorriendo con la mirada mi camisa para luego volver a mis ojos—. Aunque no creo que ese tal Hugo pueda darte el tipo de masaje que necesitas.

Se detiene a medio metro de mí. Demasiado cerca. Lo justo para hacerme notar su presencia sin llegar a tocarme. Y odio que mi piel reaccione antes que mi cabeza.

—Baja la voz, Pereira —lo reprendo con la mirada, echando un vistazo a la pared contigua —. Está en el despacho de al lado y, a estas horas, se oye todo.

—¿Y no es justamente eso lo que te excita? —insinúa, clavándome esos ojos oscuros que me desarman—. Ponerlo todo al límite, que alguien pueda escuchar... o mirar.

El estómago se me anuda. Odio que me conozca así de bien. Al sentir la calidez acumulándose entre mis piernas, me sube el color a las mejillas. Me paso la mano por el cuello

de la camisa, intentando aflojar la sensación de asfixia que me provoca su cercanía, y me incorporo. Cruzo los brazos para protegerme tras una capa invisible de tela.

Él da otro paso. Medio más. Ahora sí está en mi espacio. Lo suficiente para que su aliento roce mi piel.

—¿Te gusta más o menos que Mateo? —suelta con una ligereza en la voz que sé que es mentira. Sus pupilas se oscurecen cuando pronuncia su nombre.

—No metas a Mateo en esto.

—Oh, claro —responde con ese humor retorcido—. El de los condones cutres. El niño triste con... un problema de talla, ¿no? ¿Te dejaba satisfecha?

No lo pienso. Lo empujo con ambas manos, con tanta rabia que me sorprende no tirarlo al suelo. Pero apenas retrocede un milímetro. Sujeta mis muñecas sin esfuerzo, y su agarre es firme, duro.

—¿No decías que no era asunto tuyo? —escupo, cargando mi voz de veneno—. ¿A qué juegas?

—Tal vez no lo sea... —Inclina un poco la cabeza, invadiendo mi espacio hasta que su aliento roza mi boca—. Pero me intriga saber por qué ese idiota te rompió el corazón..

—¿Por qué tanta curiosidad? —escupo, afilando las palabras como cuchillos—. ¿Porque me follaba cuando tú fuiste un puto beso que ni recuerdo?

Su sonrisa se vuelve más fría. Más peligrosa.

—No. Me suda la polla con quién te acostabas. Tú solo fuiste una niña rica con ganas de que la empotrara para olvidarse de su hermano muerto. Y por eso vuelves a abrirte de piernas cada vez que te lo pido.

El aire se me queda atascado en los pulmones.

Le suelto una bofetada, y él no trata de esquivarla como si fuera consciente de que se la merecía. Solo gira la cara un segundo para luego volver a mirarme con más furia... y más deseo.

—Eres un cabrón.

—Y tú una mentirosa. Me necesitas, Aldana. Para olvidarte de todo. De él. De ti. De que te vas a la cama sola. Y te corres como una loca cada vez que te follo y me prefieres a mí que a cualquier otro y te revienta.

Sus caderas me empujan, y mis pezones se tensan debajo de la camisa. Sé que ha notado mi

reacción, porque su sonrisa se ensancha de forma casi felina.

—Dijiste que sería solo una vez... —murmuro, con la voz rota entre rabia y algo que me enciende los muslos—. Fue tu puñetera idea.

—Podemos prolongarlo hasta que acabemos el caso —lanza, sarcástico—. Después, cada uno por su lado.

Esa frase me hiere más de lo que espero.

—¿Eso quieres? ¿Follarme hasta que te canses? ¿Hasta que encuentres a otra que te ponga más? —Lo empujo otra vez, con la única mano que me deja libre. Pero me atrapa ambas muñecas y me da la vuelta, presionando mi pecho contra la mesa.

Su cuerpo se pega al mío por detrás, ardiendo. La madera se clava en mi vientre, y mi camisa se arruga contra el borde. El pulso me estalla en los oídos.

—Lo que quiero… —Su boca se desliza por mi cuello mientras sus manos me sujetan con fuerza—. Es que ese imbécil de al lado te oiga gemir mi nombre. Que sepa que te estoy follando y que te hago disfrutar como nadie.

Mis bragas ya están empapadas.

Odio que tenga este poder sobre mí, que me folle con la cabeza y me gane antes de tocarme.

—Ni de coña... —mascullo, furiosa, pero con la voz ahogada por un placer que me retuerce las entrañas.

—¿Segura? —murmura, deslizando un muslo entre los míos y obligándome a sentir su polla dura contra mi culo—. Eres tú la que siempre arriesga. No me vengas con cuentos.

Me muerdo el labio con fuerza, para no emitir ningún gemido. Aunque mi cuerpo ya lo ha hecho por mí. Pero Hugo está al otro lado de la pared, a escasos metros, seguramente atento a cualquier ruido.

—¿Vas a callarte y hacerlo de una vez o vas a seguir parloteando? —Miel y veneno en cada palabra.

Su risa grave me vibra en el cuello.

Su mano me suelta una muñeca y baja despacio por mi cadera, por el lateral de mi muslo, hasta colarse bajo la falda. Dedos ásperos, seguros. Aprieta. Me sube la tela.

—¿Quieres que te lo haga como ese Mateo, con sus condoncitos XS y sus caricias de mierda?

—Que te follen, Pereira —escupo, pero mi culo se pega más a él. Traidor.

—Eso estoy intentando, Aldana —Su dedo se desliza entre mis labios, sobre las bragas empapadas—. Joder… ¿esto es por el capullo ese?

Cierro los ojos con fuerza y respiro por la nariz para no gemir. Me está haciendo sudar. Lo sabe. Y le encanta. Aprieta más. Su dedo se mueve lento, sube y baja. Se detiene justo en mi clítoris. Ahí. Firme. Perfecto.

—Responde a la puta pregunta —jadea, con esa voz ronca que me atraviesa el estómago.

—Vete a la mierda.

—Dilo, Valeria. —Su dedo presiona justo en el clítoris y casi me muerdo la lengua—. O Hugo se va a enterar de lo mucho que gritas cuando te toco.

Su otra mano me agarra del pelo, tirando hacia atrás con la fuerza justa. Mis pechos se pegan a la mesa, la camisa se abre más y los pezones se marcan contra la tela. Su boca me roza la oreja.

—Dilo, joder. Dime que te corres más fuerte conmigo, que te follo mejor que cualquiera de esos cabrones.

Sus dedos se mueven con precisión, presionan mi clítoris y arrancan de mí un gemido contenido. Me agarro al borde de la mesa para no caer. Los papeles se resbalan y caen al suelo con un leve susurro. Siento que el resto del mundo desaparece salvo por la conciencia de que Hugo está cerca, que nos puede oír, que cada jadeo puede delatarnos.

—¡Sí! —se me escapa, casi en un suspiro—. Tú… tú lo haces mejor.

—Eso es. —Su sonrisa me quema el cuello—. Y ahora di mi nombre.

—Roi… —mi cuerpo traiciona a mi boca—. Roi…

—Más alto.

—¡Que te den! —giro la cara, jadeando entre dientes.

Su mano se desliza dentro de mis bragas, directo. Despacio primero; luego no. Me mete dos dedos con furia. Me arqueo, muerdo el labio hasta que me sabe a sangre. Él gruñe bajo, moviendo esos dedos con maestría, mientras su pulgar sigue jugando arriba.

—Así te gusta, ¿eh? —gruñe—. Siempre tan dura, tan fuerte… y mírate. Mojada. Temblando. Por mí.

—Baja la voz… —susurro, con las mejillas rojas, pero me agarro a su muñeca como si quisiera que no parara nunca.

—Que nos oiga, Aldana. —Acelera. Casi lloro—. Que sepa que te corres con mi nombre en la boca.

—Roi… —jadeo otra vez, más fuerte de lo que debería.

—Así… —Sus dedos se hunden hasta el fondo, y yo me agarro al borde de la mesa como si me fuera a caer—. Más.

—¡Roi, joder!

Su mano me cubre la boca. Me aplasta contra la madera.

—Más bajito, que Hugo va a pensar que te estoy matando.

Su polla presiona contra mi culo, dura como una piedra. Sé que quiere sacarla ya. Sé que está a punto de reventar y yo también. Me retuerzo, buscando más, buscando su mano, su polla, lo que sea.

—Métemela, cabrón… —gimo contra su palma.

—¿Qué? —Sus dedos entran y salen más rápido.

—Fóllame de una maldita vez. Hazlo ya.

Su risa es oscura. Salvaje. Se baja la cremallera con una mano. Saca la polla. Me aparta las bragas y empuja de golpe. El choque de nuestros cuerpos resuena de manera sorda.

Me ahogo. Una mano sigue en mi boca. Mi cuerpo se tensa, pero él no me da tregua. Sus embestidas son duras, rápidas, llenas de rabia. Me agarra de las caderas como si quisiera romperme. Me está castigando. Lo sé. Pero me corro en dos segundos antes de que pueda frenarlo.

Grito contra su palma. Muerdo sus dedos.

—Eso es. Así me gusta. Que te corras conmigo dentro. —Su voz se vuelve un gruñido.

Su mano se aparta de mi boca y me agarra del cuello. Tira. Me obliga a incorporarme sin dejar de empujar, hasta que quedo de espaldas a él, con sus dedos apretando mi garganta y su boca junto a mi oído.

—Dime quién te hace temblar así.

—Tú… —jadeo.

—Dilo bien.

Me clava más contra él, apretando mi cuello lo justo. Su polla se hincha más. Su respiración

se vuelve más errática. Está a punto.

—Roi…

—Más fuerte.

—¡Roi!

Contengo la respiración, y un espasmo me sacude el cuerpo. Intento ahogar el grito mordiéndome el antebrazo, pero él me retira la mano y lo que sale de mi garganta es un gemido entrecortado que se mezcla con el estrépito de mi cuerpo liberándose. Sus embestidas se vuelven desordenadas, y en un último golpe se abalanza sobre mí, clavando las manos en mis caderas mientras se corre con un jadeo ronco.

Siento su cuerpo temblar contra el mío, sus dedos apretando mi cintura hasta doler. Caemos juntos sobre la mesa. Su polla sigue dentro mientras jadeamos como animales.

Nos quedamos así. Su aliento aún me quema la nuca. Su pecho sube y baja contra mi espalda, pegado a mi camisa arrugada. Sus dedos siguen en mis caderas, tan fuerte que sé que mañana voy a llevar sus marcas. Y sigue hundido hasta el fondo. Puedo sentir cada latido suyo dentro de mí, cada espasmo que sigue enviando pequeñas sacudidas por su cuerpo… y por el mío.

Y yo tampoco me muevo. Porque esta sensación de estar llena de él me tiene las piernas flojas y el cerebro en corto.

Hasta que lo pienso.

Y me doy cuenta.

Y entonces, mi cuerpo se tensa.

—Te has corrido dentro, cabrón —Mi voz suena ronca, cortante, como si buscara cortarlo antes de que pueda pensar en lo que significa.

Él no responde.

No se mueve.

Lo único que hace es soltar el aire, lento, tan lento que noto el calor recorriendo mi columna.

—¿Me has oído? —insisto, con más rabia de la que pretendía, porque si no lo convierto en pelea, no sé qué hacer con esto.

Entonces lo siento. Su cuerpo se tensa de golpe. Sus manos se aferran más fuerte. Y, por primera vez, me doy cuenta de que está en shock.

Roi Pereira. El hombre que siempre tiene el control. Está congelado detrás y dentro de mí.

—Joder… —susurra al fin, y su voz no es la suya. Está rota. Baja. Jodida.

Eso me desarma y me cabrea al mismo tiempo.

Me incorporo como puedo, con él aún encima, obligándolo a retroceder un paso. Siento que se desliza fuera de mí, caliente, húmedo, y el vacío que deja me hace apretar los dientes. Me doy la vuelta, con las piernas temblándome más de lo que quiero admitir, y me baja la falda a tirones, con los muslos empapados y la piel todavía ardiendo.

No lo miro. Primero necesito recomponerme.

Cuando por fin alzo la vista, ahí está. Con la camisa medio abierta, el pelo revuelto, las manos aún crispadas sobre sus caderas. Y esa cara que nunca le había visto. Como si no supiera dónde coño está y estuviera tan jodido como yo.

Y lo odio.

Porque ese temblor en sus dedos me hace querer agarrarle la cara y decirle que no pasa nada, que todo estará bien.

Y eso no va a pasar.

Así que disimulo. Como siempre.

—¿Qué problema tienes con los putos condones? ¿Tan difícil es que te pongas uno?

Su rostro se crispa y parpadea como si acabara de despertarse de golpe y por primera vez se diera cuenta de lo que ha pasado.

—Maldita sea… —Su voz es baja, ronca. Pero no es su tono de siempre. Es otro. El de verdad—. Valeria… lo siento. Joder, lo siento.

Se pasa la mano por la frente con brusquedad, como si quisiera arrancarse el error de la piel.

—No… —intento cortar, pero él sigue.

—Es que… no he pensado. No era yo. —Mueve la cabeza, descolocado. Como si ni él se reconociera—. Perdí el puto control. Lo siento.

Él me mira. Y ahí está el miedo. De verdad. No el de un embarazo. No el de un problema. Es otro. Es miedo a que lo que acaba de pasar cambie algo entre nosotros. A que yo lo vea diferente. A que lo que hemos construido —esa mierda tóxica que solo entendemos los dos— se haya roto.

Y lo entiendo porque yo siento lo mismo.

—Voy a tomar la píldora del día después —añado, con la voz más firme—. Y ya está, ¿vale?

Él asiente, pero no parece convencido. Da un paso atrás, como si necesitara espacio para respirar.

—Voy yo a la farmacia.

—No hace falta. —Intento sonar dura, pero me sale más suave de lo que quería—. Lo haré yo. De verdad.

—Te acompaño, joder.

Nos quedamos ahí, mirándonos. En ese silencio denso que lo llena todo. Hasta que él se pasa otra vez la mano por el pelo y suelta un suspiro largo. Como si intentara soltar también el peso de lo que acaba de pasar.

Pero ambos sabemos que ese peso se va a quedar porque esta vez ha sido diferente y hemos cruzado una línea que no debíamos.

Lo que acaba de pasar no debería haber sucedido. Somos adultos, fríos, dos personas que siempre se han enorgullecido de medir cada movimiento antes de darlo, de controlar cada emoción antes de mostrarla. Y, de pronto, nos hemos encontrado perdiéndolo todo: lo que éramos, lo que pensábamos, lo que sentíamos…

Y no hay nada más aterrador que ser consciente de tu propio abismo, de lo fácil que es caer cuando creías tenerlo todo controlado.



# 18

## *Desmontando el mito de tenemos que hablar*

El bar es pequeño, está medio vacío y con esa luz tenue que lo hace parecer un refugio o un escondite. Ahora mismo, no sé cuál de las dos cosas necesito más. Roi ya está ahí, en una mesa al fondo. Con una cerveza delante que apenas la ha tocado. Lo sé porque la espuma sigue casi intacta. Y porque lo conozco.

Cuando me ve, se endereza un poco pero no sonríe. Me sostiene la mirada unos segundos y luego baja la vista, dándome espacio para decidir si me siento o me voy. Al final me siento, pido agua y, en cuanto la traen, saco la caja de la farmacia para tomar la pastilla delante de él, sin aspavientos, pero dejando claro lo que ocurre.

Cuando levanto la cabeza, me está mirando. Serio. Con esa tensión en la mandíbula que ya es parte de él, pero que ahora tiene algo más. Algo que se parece demasiado a la culpa.

Aprieta la cerveza con los nudillos tan blancos que me basta verlo para saber lo difícil que le resulta mantener la compostura. Este no es Pereira el abogado: es Roi, el hombre que hoy ha perdido el control y no sabe cómo afrontarlo.

—Lo siento —dice al fin, con apenas un susurro—. Joder, Valeria… No era yo.

Asiento, pero no digo nada. Porque yo tampoco he sido yo. Y eso me aterra casi tanto como

a él. Este hombre me vuela la cabeza y todo lo demás.

—Se me fue todo a la mierda. —Aprieta los dientes—. Y lo peor es que no entiendo por qué. Contigo… —Hace una pausa. Sacude la cabeza, frustrado—. No sé qué coño me pasa —suelta de golpe, con la voz más ronca de lo normal—. Te veo y… me vuelvo gilipollas.

Lo dice sin mirarme, como si le costara sacarlo y admitirlo fuera perder una batalla que lleva meses intentando ganar.

—Eres gilipollas sin tener que echarme la culpa a mí.

Ríe. Una risa corta, amarga.

—Tienes razón. Entré allí dispuesto a joderlo todo —suelta el aire, se pasa la mano por la nuca—. Te escuché, Valeria. Y me puse enfermo. No sabía si te estaba haciendo un puto masaje o si te estaba follando encima de la mesa. Solo sabía que estabas disfrutando. Y que no era conmigo. Y quería que ese cabrón te oyera gemir mi nombre.

Me tenso en la silla. Porque escucharlo así, tan crudo, me golpea más fuerte de lo que esperaba.

—Nunca me ha costado con De la Fuente ni con ningún otro colega. No me gusta liarme con abogados. Son demasiado estirados.

El vaso de agua está medio vacío sobre la mesa, y la pastilla ya va camino de diluirse en mi estómago, pero sigo notando el nudo en la garganta.

—¿Más estirados que ese Mateo? —suelta, con esa calma tensa suya, pero sin la pulla habitual. Es otra cosa. Algo más jodido.

Levanto la vista y me lo encuentro mirándome de frente. Sin esquivar. Con esa expresión que no suele dejarme ver. La de cuando no está peleando conmigo. Cuando solo está… ahí.

Suspiro. Lo que voy a decir no se lo he dicho a nadie. Ni siquiera a mí misma del todo.

—Mateo fue… —Me paso los dedos por la frente, intentando encontrar las palabras exactas —. Fue la opción fácil. El hombre perfecto para que mi padre aprobara. Ya sabes… —Hago un gesto vago con la mano—. De buena familia, ambicioso, con futuro. No bebía ginebra barata, ni se peleaba en los veranos de San Xoán.

Pereira suelta un resoplido breve. Y sé que entiende la referencia. Pero no dice nada, me deja seguir como si le importara más escucharme que ganar esta vez.

—Fue idea de Joaquín, ¿sabes? —sigo, con una sonrisa amarga—. «Ese chico promete, Valeria. Quizá deberías salir con él». Y yo… —me encojo de hombros— como buena hija de

papá, obedecí.

Muevo el vaso, viendo cómo el hielo choca contra el cristal. No quiero mirarle, pero sé que está ahí, atento, absorbiendo cada palabra como si fueran pruebas de un caso.

—¿Lo querías? —Su pregunta me pilla a medias, pero no me sorprende. Pereira no deja cabos sueltos. Jamás.

—No lo sé. —Y es la verdad. La puñetera verdad que nunca me he atrevido a decir en voz alta—. Creo que más que quererle, me acostumbré a él. Me gustaba sentir que estaba haciendo lo correcto y era la hija perfecta, la novia perfecta. Y luego… —Me río, seca—. Cuando me dejó, me dolió, sí. Pero puede que fuera más por el golpe al orgullo, el que me rechazara y me hiciera sentir que no era suficiente. Porque eso… —Mi voz baja—. Eso es lo que de verdad no soporto.

Asiente, despacio. Como si todo encajara en su cabeza, pero con ese leve fruncir de ceño que delata que aún le falta una pieza.

—¿Si no te acuestas con abogados, por qué conmigo sí?

Su pregunta no me pilla por sorpresa, pero me remueve porque la respuesta es jodida y lo cambia todo.

—Porque no puedo evitarlo. —Respiro hondo, sintiendo el pecho encogido—. Porque… porque eres tú.

Sus ojos se clavan en los míos. No con la intensidad de siempre. Esta vez no hay desafío, ni burla, ni esa tensión que nos empuja a querer arrancarnos la ropa y la piel.

El aire se espesa entre nosotros. Sus dedos se crispan sobre la mesa, como si le costara no agarrarme. Como si esa confesión le agitara más de lo que esperaba.

—Joder, Valeria… —Su voz se rompe apenas un segundo. Pero es suficiente—. Me acojona lo que me haces. Me jode cómo me dejas sin control. Cómo me convierto en… —Aprieta los dientes—. En esto. En un puto animal que te folla en una mesa de reuniones como si le fuera la vida en ello.

Me río, pero es una risa suave. Cansada.

—¿Y crees que a mí no me pasa? ¿Que me encanta que todo esto sea un maldito caos? —Lo miro a los ojos, intentando que me entienda—. Me desestabilizas y me haces sentir que con un pestañeo soy tuya. Me pone enferma.

Nos miramos. Las manos tan cerca que podría rozarle. Pero ninguno se mueve. Porque sabemos que si lo hacemos, la conversación se irá a la mierda. Y esta vez necesitamos hablar.

—¿Sabes qué es lo más jodido? —murmura, con la voz ronca—. Que sabía que era siete de junio cuando fui a tu casa. Sabía que estarías hecha una mierda, sola y pensando en tu hermano. Y fui… —Hace una pausa. Se humedece los labios—. Fui porque quería ser yo el que estuviera allí contigo… Tal vez para terminar aquello que empezamos o que cojones sé.

No respiro.

No puedo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le vuelvo a preguntar con la esperanza esta vez de obtener otra respuesta.

Roi se ríe, pero es una risa seca, casi triste. Y suelta otra de esas verdades que no le gusta decir.

—Porque tú me miraste después como si nada hubiera pasado. —Su mandíbula se tensa—. Como si yo no hubiera sentido tu boca, ni tus manos, ni tu puta desesperación agarrada a mi camisa. Tú decidiste que yo no valía ni para recordarlo. Así que lo convertí en guerra. Porque es lo que se me da bien y era más fácil odiarte que aceptar que me quedé como un imbécil queriendo más.

—Lo que tendríamos que haber firmado tú y yo… —intento sonreír, pero suena triste—, es un contrato de enemigos vitalicios.

Roi se ríe, pero su risa también está rota.

—¿Sabes qué es lo peor? Que me gusta. —Se ríe bajo, pero sin gracia—. Me gusta que no sea fácil y que me jodas la puta cabeza. Esto es lo único que me hace sentir algo, Valeria. No sé parar. No sé dejarte en paz. Y créeme que lo intento. Lo intenté después de ese beso mil veces y en la facultad…

Levanto la mirada despacio. Porque esa confesión no me la esperaba. Porque esa voz suya, tan baja, tan jodida, me revuelve más de lo que quiero admitir.

—¿En la facultad? —repito, con el ceño fruncido.

Roi se frota la nuca, incómodo. Como si se arrepintiera de haberlo dicho. Pero ya lo ha soltado y no se lo voy a dejar pasar.

—Sí. —Suspira, como si le costara escarbar ahí—. Cuando empecé a verte por los pasillos… joder, Aldana, llegaste con ese aire tuyo de indiferencia, de pisar fuerte y me puse enfermo. Me jodía verte, me jodía que fueras tú… y me jodía más que te siguiera siempre con la mirada porque te odiaba. O eso me decía.

Mi estómago se encoge. Yo también me acuerdo de cruzarme con él en primero, de ese roce frío y esas miradas que eran más cuchillos que otra cosa. De lo nerviosa que me ponía y de lo que lo odiaba por eso.

—Pero te ibas con cualquier otro, esos que parecían todos clones de Mateo Ruíz —sigue, con la mandíbula tensa—. Y yo me decía: claro, está con uno como ella, con el puto novio perfecto. —Escupe las palabras como si aún le ardieran en la lengua—. Y lo entendía, pero me cabreaba. Y entonces decidí que me la sudabas y no me importabas ni un poco.

Suelta una risa corta, amarga.

—¿Y sabes qué? Me mentía. Porque cada vez que te veía, se me retorcían las tripas. Y me odiaba por eso, por dejar que me afectaras y querer algo que no iba a tener nunca. —Se humedece los labios, como si le pesara cada palabra.

Y ahí lo entiendo. Que estamos jodidos. Que no importa cuánto lo neguemos. Que esto va mucho más allá de follar en una mesa. Que esto nos quema desde hace años.

—Tenemos que dejarlo —suelto de golpe, y sé que le duele porque parpadea, rápido—. Lo nuestro… esta mierda que tenemos… Está empezando a afectar al caso. Y eso no me lo puedo permitir.

Él cierra los ojos un segundo. Cuando los abre, vuelve a ser Pereira. El que todos conocen: duro, frío, implacable. Pero esa grieta que acabo de ver, ya no puedo olvidarla.

—De acuerdo. —Su tono es firme. Profesional—. Vamos, te llevo a casa.

Asiento. Me levanto. Y al salir del bar, noto su mano en mi espalda, leve, como si no quisiera soltarme.

Y ese es el puto problema.

Que yo tampoco quiero que me suelte.

El coche se detiene frente a mi portal, pero ninguno se mueve.

Silencio.

La radio está apagada. La respiración de ambos llena el espacio. Afuera, la calle parece otro mundo lejano, irreal. Aquí dentro solo existimos él y yo. Y todo lo que acabamos de decirnos y hemos dejado sobre la mesa desordenado, crudo, doloroso.

—Gracias por traerme —murmuro, con la mano ya en la manilla.

—Valeria…

Su tono me hace girar el rostro antes de que pueda abrir la puerta. Suena a duda. A algo que quiere decir, pero no se atreve. Y eso, en Pereira, es raro. Muy raro.

Nuestros ojos se encuentran y ese brillo en la mirada que no sé si es agotamiento o rendición.

—Nada —suelta al final, con una sonrisa cansada, como si se odiara por no encontrar las palabras—. Solo… olvídalo.

Pero no es nada. Lo sé porque yo siento lo mismo y estoy tan jodida como él. Así que hago lo único que se me ocurre.

Me inclino hacia él para besarle la mejilla.

Algo suave. Casi como una despedida o una tregua entre los dos.

Pero se gira y nuestros labios se rozan.

Es algo torpe, inocente, incluso. Y por eso nos quedamos quietos. Como si no supiéramos qué hacer y nos diera miedo movernos.

Pero nos movemos porque somos nosotros.

Y nuestra tregua dura exactamente dos segundos.

El beso estalla. Porque siempre estalla. Y aunque esta noche hemos sido sinceros, también hemos avivado el fuego. Después de vernos tan rotos, tan vulnerables, nuestros cuerpos se buscan como si fueran la única manera de demostrarnos que seguimos aquí y seguimos enteros. Que no nos hemos perdido.

Su mano me agarra la nuca, y yo me giro sobre el asiento. Mi pierna tropieza con el freno de mano, pero me da igual. Su lengua entra en mi boca, y la mía la recibe con esa mezcla de rabia y deseo que siempre nos arrastra. Me muerde el labio, yo tiro de su pelo, y su gemido se mezcla con el mío, pero no es suficiente.

Nunca lo es.

—Sube —jadeo, separando apenas nuestros labios—. Joder, Pereira… sube.

Ni lo duda.

Salimos del coche casi atropellándonos, como si tuviéramos quince años y fuéramos a colarnos en casa de nuestros padres. Pero no somos adolescentes, sino dos adultos que se acaban de desnudar emocionalmente y ahora solo quieren hacerlo físicamente para no pensar. Para

ahogar el miedo en piel.

El ascensor está estropeado.

Lo supe esta mañana. Pero ahora lo recuerdo al ver la nota en la puerta y me dan ganas de reírme. O de llorar. Porque el deseo me quema desde el coche y las escaleras me parecen el puñetero Everest.

Empiezo a subir, él detrás.

Siento su mirada en mis piernas mientras subo cada peldaño, en mis muslos, en mi culo. Lo sé porque me arde la piel donde sus ojos se detienen. Y eso solo hace que mi deseo se enrosque más. Como un puto muelle a punto de reventar.

Cuando llegamos a mi planta, las rodillas me tiemblan, y no es precisamente por las escaleras. Es por él. Lo siento detrás, tenso, conteniéndose a duras penas para no lanzarse sobre mí y follarme ahí mismo.

Abro la puerta y paso dentro.

Pero antes de que pueda encender la luz, me empuja suavemente hacia la pared del recibidor. Mi espalda choca con la superficie fría. Su cuerpo se pega al mío. Su boca baja directa a mi cuello.

Cierro los ojos.

Sus manos suben por mis muslos, por debajo de la falda, despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Pero sé que no, que está tan desesperado como yo. Y los dos estamos aquí porque no sabemos hacer otra cosa y hablar nos ha dejado desnudos, pero necesitamos que sea la piel la que cierre esas heridas.

Su boca me muerde la mandíbula.

Mi respiración se acelera.

Su lengua sigue el camino hasta mi oreja.

—Valeria… —susurra mi nombre, pero no como antes. Ahora suena más grave. Más roto. Como si solo pronunciándolo pudiera volver a ponerse en pie después de todo lo que hemos soltado esta noche.

Gimo bajito. Mis manos se aferran a sus hombros.

—Eh… —susurra, separando apenas sus labios de los míos—. Despacio.

Eso me descoloca. No es nuestra manera habitual. Pero lo entiendo porque yo también estoy

igual. Y esa palabra, «despacio», me hace darme cuenta de que esta vez es diferente. Esta vez no es solo follar para ganar. Esta vez es follar para sostenernos.

Así que le escucho.

—Súbela —ordena, arrastrando las palabras, y sé que se refiere a la falda.

La levanto lentamente. Él baja la vista. Me observa. Me devora.

Y entonces ocurre.

Se arrodilla.

El puto Roi Pereira se arrodilla delante de mí en mitad de mi recibidor. Y el mundo entero se detiene.

Porque nunca lo había hecho.

Siempre hemos sido pura batalla, embestidas contra la pared, manos rudas, dientes en el cuello.

Pero ahora me mira desde ahí abajo. Con la camisa medio abierta, el pelo revuelto y esas manos suyas deslizándose por mis muslos como si fueran dueñas de ellos y su sitio fuera ese.

Como si nunca hubiera estado en otro.

Mi corazón se acelera. Mis pezones se endurecen.

Y él lo nota.

—Mírame —ordena con voz ronca, con esa autoridad que no negocia.

Le obedezco.

Y su mirada se clava en la mía mientras aparta mis bragas hacia un lado con los dedos. Dos dedos. Lentos. Firmes. Como si estuviera abriendo un regalo que le pertenece hasta que da un fuerte tirón y las rompe deshaciéndose de ellas.

Siento el aire sobre mi sexo húmedo.

Y luego siento su boca sobre él cerca.

Dios.

Me coge una pierna. La levanta con firmeza, me obliga a doblarla y la sube sobre su hombro. Mi espalda se arquea contra la pared. Separo mis labios, pero no me sale nada. Porque ahora sí que estoy expuesta. Abierta para él. Toda suya.

—Así… —murmura contra mi piel, y siento las vibraciones de su voz recorrerme como un

latigazo—. Ahora sí te veo bien.

Y me mira con esos ojos oscuros y esa sonrisa de depredador a punto de devorar a su presa. Con el muslo sobre su hombro, mi falda recogida, la humedad ya chorreando entre mis labios.

Me arde la cara. Me arde todo.

Porque, joder, me gusta. Me gusta verlo así, con esa mezcla de veneración y hambre. Como si le diera igual estar en el suelo y comerme el coño fuera su prioridad absoluta. Su puñetero propósito en la vida.

Y entonces lo hace.

Su lengua roza mi clítoris con la punta, apenas un toque, y mi cuerpo se tensa de golpe. Las manos se me van a su cabeza, entrelazando los dedos en su pelo, mientras intento no perder el equilibrio.

Pero él sigue.

Lento.

Su lengua se mueve como si conociera cada rincón de mí mejor que yo. Arriba. Abajo. Rodeando. Presionando justo donde necesito. Su boca es caliente. Experta. Su barba me raspa los muslos, y lejos de molestarme, me hace jadear más.

—Joder, Pereira… —gimo, con los ojos cerrados, sintiendo cómo me pierdo.

Él responde con un gruñido. Lo noto en el clítoris. Su lengua vibra al hacerlo y casi lloro de placer. Sujeta mis caderas con ambas manos, con fuerza, para que no me mueva. Me controla. Me dirige. Me devora. Me somete sin decir una palabra.

Su lengua se hunde en mí. Profunda. Y luego vuelve arriba, acariciando mi clítoris con movimientos circulares. Cada vez más rápidos. Más precisos. Mis piernas tiemblan.

—Así… Joder… así… —Mi cabeza cae hacia atrás y golpea la pared, pero me da igual. Solo siento su boca. Su lengua. Sus labios envolviendo mi sexo como si fuera lo único que le importa en el puto mundo.

Entonces chupa.

Fuerte.

Y me muero.

Me mete dos dedos de golpe.

Profundos.

Dios.

Mis uñas se clavan en su cuero cabelludo. Mi cabeza choca otra vez contra la pared. Pero él no para. Su lengua sigue en mi clítoris, sus dedos me follan con fuerza, y cada vez que se mueve siento cómo se hunde más. Cómo lo hace suyo.

Cómo me hace suya.

—Pereira… —jadeo—. No pares. No pares, joder…

—No pienso parar —Me clava los dedos más hondo, mientras me chupa con fuerza—. Vas a correrte en mi cara.

Y no sé qué me mata más. Si sus dedos empujando cada vez más rápido, su lengua lamiendo con esa precisión letal o esas sucias palabras.

—D… dios —jadeo, a punto de perder el aliento—, no puedo más.

El clímax me desborda de golpe, un temblor incontrolable que me recorre de arriba abajo. La ola de placer se dispara y me descubro gimiendo en espasmos

Y entonces hace algo que me rompe del todo.

Saca los dedos.

Y me propina un leve azote justo en mi sexo, saturado de sensaciones y con las terminaciones nerviosas a punto de estallar.

Suena fuerte. Húmedo. Mi clítoris palpita por el golpe, entre el dolor y el placer, y mi cuerpo se arquea como si me hubieran enchufado a la corriente.

Y me corro de nuevo en el acto, con un grito ahogado, sintiendo cómo me explota todo por dentro. Mi sexo se contrae, mi muslo se aprieta alrededor de su cabeza, pero él no se aparta. Me sujeta con más fuerza. Me lame mientras me vengo entera en su boca.

Y cuando creo que ya no puedo más, lo vuelve a hacer.

Otra palmada.

Fuerte.

Plaf.

En mi clítoris palpitante.

—¡Joder! —chillo, con la cabeza echada hacia atrás, mientras mi cuerpo se sacude como si me estuviera electrocutando.

Y vuelvo a estallar en un orgasmo. Más salvaje, más sucia... más escandalosa.

Porque eso me ha matado. Me gusta que me bese como si me adorara, pero también que me pegue ahí, que me haga sentir todo.

Cuando por fin para, estoy temblando. Me quedo ahí, con la pierna aún sobre su hombro y mi sexo latiendo como si fuera a reventar.

Bajo la cabeza y lo veo.

Su boca brillante. Su respiración agitada.

Se levanta. Se limpia la boca con el dorso de la mano, pero sin perderme de vista.

Y yo ya no pienso.

Le agarro la camisa. Le beso. Siento mi sabor en su boca y me calienta más. Su polla me roza la pierna, dura como una piedra.

Me coge de los muslos y me alza. Yo me aferro a su cuello, enredo las piernas en su cintura. Siento su erección rozándome justo ahí, en mi sexo empapado. Mi espalda choca contra la pared. Su boca me devora, sus manos se clavan en mi culo. Jadeo contra su lengua. Él gime contra la mía.

Ya no es despacio.

Ya no podemos.

Su polla sale de sus bóxer en un movimiento brusco. Nos buscamos a ciegas. Él me sostiene contra la pared, y yo me abro para él. Lo siento empujar. Caliente. Duro. Y entro en calor de golpe.

Grito.

Porque siempre es así. Él me llena como nadie. Y me duele y me gusta. Porque es Pereira.

Sus embestidas son firmes, pero esta vez no hay rabia. No me folla como si quisiera ganarme. Me folla como si quisiera quedarse conmigo. Como si no supiera cómo demostrar lo que siente de otra manera.

Vamos al dormitorio chocándonos con los muebles. La falda aún subida. Sus pantalones cayendo por el pasillo. Porque lo que viene ahora será salvaje. Pero ya nada es igual.

Porque esta vez, antes de follarme, Pereira se ha puesto de rodillas. Y mucho antes me ha mirado a los ojos y ha confesado, con la voz rota, que conmigo siempre pierde el puto control.

El abogado estirado, implacable e impenetrable, que nunca duda, que siempre gana, ahora no

sabe si quiere vencerme o quedarse.



# 19

# *¿Plan B? Ojalá hubiera un Plan Pereira*

*El sol se cuela por las rendijas de la persiana, suave, sin esa hostilidad con la que suele recibirme entre semana. Parpadeo, aturdido. La cabeza me pesa, pero no es resaca: es otra cosa, algo más denso, más jodido.*

*Y entonces la siento.*

*Su piel contra la mía. Desnuda.*

*Cierro los ojos y respiro **despacio**, como si pudiera congelar este instante, fingiendo que no sé que, en cuanto lo piense demasiado, se irá todo a la mierda.*

*Duerme boca abajo, con la sábana bajada hasta la curva de su culo. Una pierna doblada, el brazo estirado por encima de su cabeza, el pelo revuelto sobre la almohada. Ayer lo agarré con tanta fuerza que todavía lo siento entre mis dedos y percibo su aroma.*

*Acaricio con mis ojos la línea de su espalda, esa que me sé de memoria. Porque siempre la he mirado. Mucho antes de tocarla y de que me dejara follarla.*

*La observaba en la facultad cuando se recogía el pelo con un gesto rápido y la tela se le pegaba al cuerpo. También en el bufete, inclinándose sobre una mesa, con la columna tensa y esa curva perfecta que siempre me ha vuelto loco.*

*La memoricé en cada puto encuentro fortuito, en cada juicio, cada vez que pasaba por delante con esos tacones que anunciaban su llegada como si el suelo fuera suyo.*

*No me di cuenta entonces. O no quise. Pero estaba mirando siempre.*

*Y ahora la tengo aquí, así, desnuda, con esa luz tenue colándose entre las cortinas, resbalando por su piel como si también quisiera tocarla.*

*Pero nunca la había visto así.*

*Después de quedarme. Porque no lo hago: siempre me voy… Hasta ahora.*

*Y eso me desarma casi tanto como me gusta porque confirma lo que llevo negando desde hace mucho tiempo: que Valeria Aldana siempre fue más que odio y rabia. Me ha tenido en sus manos antes de que yo me diera cuenta. Y mientras me decía a mí mismo que la detestaba, la estaba memorizando como se hace con lo que sabes que no puedes tener.*

*Y ahora… ahora estoy aquí. Y no quiero irme.*

*Trago saliva, pero me cuesta. Me pesa la lengua con todo lo que solté anoche. Aunque la follé como siempre, como si me fuera la vida en ello, también la escuché. La sentí. Y me desordenó la cabeza tanto como el cuerpo.*

*Y me puse de rodillas para comérmela despacio, pero lo que me arrodilló de verdad fue todo lo que dijimos antes.*

*Me muevo con cuidado, como si temiera despertarla. Ella se remueve sola, gira un poco hacia mí, con ese gesto entre cansada y satisfecha. Verla así, relajada, con las marcas de mis dedos en las caderas y los labios aún hinchados, me hace sentir… algo.*

*Me odio por mirarla como un imbécil, por fijarme en la arruga de su ceño, en ese lunar bajo su pecho que nunca había visto. En cómo susurró mi nombre justo antes de que me corriera dentro de ella.*

*Porque sí. Me corrí dentro de nuevo.*

*Aunque eso siguiera ahí. Ese «te has corrido dentro, cabrón» que todavía me retumba en las sienes. Porque no era solo la cagada. Era todo. Era ella diciéndome: «Esto se nos está yendo de las manos».*

*Yo lo supe desde aquel puto verano. Desde que me besó y me dejó con la polla dura y comprendí que mi calvario acababa de empezar.*

*Y lo peor es que me gusta esta guerra.*

*Y me gusta ella.*

*La miro otra vez, aunque es una jodida trampa para mí porque quiero despertarla a besos y*

*follarla otra vez. Porque quiero… quedarme.*

*Y ahí está el puto problema.*

*Porque soy Roi Pereira. El que no sabe qué cojones hacer cuando se siente así y se le va la cabeza y las manos por la misma mujer y se le rompen todas las putas reglas. Se me va el puto sentido común siempre y solo por ella.*

*Y lo peor es que no puedo parar.*

*Esto no es normal. No es ese polvo rápido que te quita las ganas y te deja seguir con tu vida como si nada. Con Valeria es* ***distinto****. Es como si el cuerpo me ardiera en cuanto la tengo cerca: una locura, algo en mí se activa y solo puedo pensar en arrancarle la ropa, sentir su piel y empujarla contra cualquier superficie para hundirme en ella hasta que su nombre se borre de mi cabeza.*

*Pero nunca se borra.*

*Porque el deseo que me despierta es enfermizo. Obsesivo. Abrumador.*

*Cuando estamos en el bufete, la miro y me pongo duro solo con verla morder el capuchón del boli. Cuando discutimos, y me saca de quicio con esa lengua afilada, me la imagino dándome la réplica con las piernas abiertas y mis dedos metidos hasta el fondo. Y cuando me dice que me vaya a la mierda, lo único que quiero es que me grite que la folle más fuerte.*

*Y no lo controlo.*

*Me pierde.*

*Ella me desarma.*

*Y yo a ella también.*

*Es hambre. Es guerra. Es necesidad.*

*Y por mucho que me lo repita, por mucho que intente convencerme de que es solo sexo brutal, salvaje, insaciable, sé que me miento.*

*Porque si solo fuera eso, no estaría aquí.*

*No me habría quedado.*

*Y no estaría mirando cómo duerme, deseando que no despierte para no joderlo. Pero también queriendo que abra los ojos para que me sonría o me llame cabrón. Para que me diga que me vaya y que me quede en la misma frase.*

*Cierro los ojos un segundo.*

*Mierda. Estoy jodido.*

*Su respiración cambia antes de que abra los ojos. Se mueve sobre las sábanas revueltas, se revuelve, frunce el ceño. Sus piernas se enredan entre sí, y yo, que tengo su puta silueta tatuada en la cabeza, me quedo quieto. Pendiente. Gime bajo, pero no es placer. Es otra cosa. Algo que me pone alerta antes incluso de que se levante como un resorte, apartando las sábanas de un tirón.*

*Y entonces los abre.*

*De golpe.*

*De un puto tirón.*

*Y no hay sonrisa. Ni ojos perezosos que me llamen cabrón, sino pánico y urgencia.*

*—Valeria… —empiezo, pero no me da tiempo.*

*Se lleva la mano a la boca y sale disparada de la cama, con las piernas temblando, desnuda, con mi semen resbalándole aún por el interior de los muslos.*

*Oigo cómo se arrodilla frente al inodoro. Las arcadas retumban en la cerámica secas y dolorosas. Parece que le estuvieran arrancando algo de dentro.*

*Tardo medio segundo en reaccionar. Ese medio segundo de «no sé qué hacer con esto», porque yo sé lidiar con contratos millonarios y juicios que te pueden joder la carrera, pero no con mujeres vomitando a las ocho de la mañana. Por primera vez en mi vida, no tengo ni puta idea de qué hacer.*

*Pero luego me muevo, cojo la manta del borde de la cama y la sigo. El baño está en penumbra, solo entra un poco de luz por la rendija de la persiana. Ella está de rodillas frente al inodoro, con las manos agarradas al borde, inclinada hacia delante mientras su cuerpo se sacude con cada arcada. Su pelo le cae por la cara, enredado, y su espalda se curva de una forma que me hace querer cogerla entera y sacarla de ahí.*

*No digo nada porque no sé qué cojones decir. Las palabras siempre nos sobran o nos faltan entre ella y yo, así que me agacho.*

*Le echo la manta por los hombros, despacio, como si tuviera miedo de romperla. Ella se estremece un poco al sentir la tela, pero no se aparta. Ni me mira. Solo respira hondo, intentando calmarse.*

*Me quedo ahí, en cuclillas a su lado, aunque también esté en pelotas. Mi mano en su espalda, se mueve leve, sin apretar, solo para reconfortarla.*

*Y es jodido, porque creo que en toda mi vida no he estado tan cerca y tan lejos de alguien al mismo tiempo.*

*—¿Agua? —murmuro, con la voz baja, áspera.*

*Ella asiente sin girarse.*

*Me pongo de pie. Busco un vaso. Lo lleno del grifo y se lo tiendo. Lo coge con dedos temblorosos. Da un sorbo. Hace una mueca, pero traga.*

*Y yo me quedo apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, viendo cómo se recompone. Porque Valeria Aldana siempre se recompone. Siempre.*

*—¿Qué coño te pasa? —suelto, más brusco de lo que pretendía—. Esa pastilla… No me digas que no ha funcionado.*

*Ella se seca la boca con el dorso de la mano. Resopla. Me mira como si me hubiera crecido una polla en la frente.*

*—¿Eres imbécil? —Su voz sale rasposa, cansada—. El embarazo no funciona así, Pereira. No te quedas preñada y empiezas a vomitar a las veinticuatro horas. Y la pastilla del día después no actúa al instante, ni es una especie de antídoto mágico. No corta un embarazo ya existente, solo evita la ovulación si aún no ha ocurrido. Así que relájate.*

*Se incorpora despacio, sujetándose a la encimera. Yo la observo, de brazos cruzados, apoyado en el marco, pero la mandíbula me cruje de la tensión.*

*—Esto… —hace un gesto vago hacia el retrete, hacia ella misma, hacia todo—. Esto no tiene nada que ver con la pastilla. Ni con que tú te corrieras dentro. Es imposible. Si estuviera embarazada ya, sería de antes.*

*Se hace el silencio.*

*Pesado. Asfixiante.*

*Nos miramos.*

*—¿Cuánto antes? —pregunto al final. Bajo. Como si temiera la respuesta.*

*Y lo peor es que lo sé. Lo sé porque soy abogado, porque leo prospectos como quien estudia sentencias, porque nada se me escapa y ella lleva días así, con mala cara y llevándose la mano al estómago. Y porque también sé que esa mierda de correrse fuera y cruzar los dedos es lo que hace la gente que no piensa y no se toma en serio las consecuencias. Descerebrados. Imprudentes.*

*No como yo.*

*Yo no soy así.*

*Yo lo controlo todo. Siempre.*

*Excepto con ella.*

*Con ella soy justo eso. El puto idiota que se la juega y pierde la cabeza, las manos y hasta el puto sentido común. El que se corre dentro porque ni se acuerda de quién es cuando está follándosela.*

*Y por eso lo pregunto. Necesito oírlo de su boca. Si ella estuviera embarazada, no sé qué cojones haría. Pero sé que no me daría igual. Ni de coña. Y todo se me está yendo tan a la mierda que me cuesta respirar.*

*Valeria se queda callada.*

*—¿Cuánto hace que no tienes la regla? —Mi voz suena grave, pero intento que no se note la tensión.*

*Ella no responde al instante.*

*Bebe otro sorbo con lentitud, alargando el momento como si tragarse el agua le diera tiempo para ordenar una respuesta que no quiere dar. Aprieta los labios después, se limpia el borde con el pulgar y sus ojos se clavan en un punto cualquiera del suelo.*

*—Valeria… —repito su nombre, más bajo, pero con ese tono que ella conoce. El que no admite evasivas.*

*Levanta la cabeza despacio.*

*Sus ojos me encuentran. Oscuros, cansados, jodidos.*

*—No lo sé. —Suspira. No hay rabia, ni desafío en su respuesta, solo hartazgo y miedo. Y eso me desarma más que cualquier grito—. Nunca lo he sabido. Siempre he sido irregular. —Hace una pausa, como si le pesara cada palabra—. Conmigo no va eso de contar hasta veintiocho días y esperar que todo encaje como un reloj.*

*Traga saliva. Se pasa la mano por el cuello y deja el vaso en el borde del lavabo. El eco del cristal contra la cerámica retumba demasiado fuerte en este espacio pequeño. O es solo que yo estoy con los nervios a flor de piel.*

*—Pero no te preocupes, Roi —continúa, aunque su tono suena más amargo que tranquilizador—. No es tu problema. Es mío.*

*La frase me atraviesa. Me saca de golpe del mutismo en el que me había quedado. Aprieto la mandíbula. Siento el pulso en las sienes, y antes de poder pensarlo, ya estoy soltándolo.*

*—¿Cómo que no es mi problema? —Doy un paso hacia ella. Mi voz sube. Mis brazos se descruzan, y la mano se me va al aire, señalándola—. ¿Lo hiciste sola? ¿Eh?*

*Mis palabras golpean el baño como un látigo. Me cabrea que se cierre conmigo y de paso me aparte de un empujón.*

*Respiro hondo, intentando calmarme. No lo consigo.*

*—Porque yo juraría que estaba allí. —Mi tono baja, pero es peor así. Es más peligroso—. Joder, Valeria… No me saques de esta ecuación. No me hagas esa mierda.*

*Y luego, el golpe. No físico. Pero casi lo prefiero.*

*—¿Por qué estás tan seguro de que es tuyo?*

*Me quedo en blanco: la frase me estalla en la cara, me revuelve por dentro y me tira de cualquier eje que intentara mantener.*

*Podría cabrearme, pero no hemos firmado nada. Ninguno ha preguntado qué hacemos cuando no estamos juntos, así que podríamos haber estado con otros porque no somos nada.*

*Sin embargo, me duele. No es la primera vez que me lanza algo para herirme, pero esta… esta hace daño de forma diferente. Y lo fácil sería soltar alguna de esas pullas nuestras que acaban con ella gritándome «hijo de puta» y yo follándomela contra la pared, pero no me sale porque lo que me revienta no es la duda sobre otros, es que lo vuelva a hacer.*

*¿Todavía cree que me utiliza y se acabó? ¿Después de anoche? ¿Después de lo que le dije? ¿De lo que me dijo ella?*

*Me paso la lengua por los dientes, intentando mantener la calma, pero noto los puños apretados a los costados.*

*—¿De verdad crees que te haría esta puta pregunta si pensara que podría ser de otro?*

*—¿No es eso por lo que lo estás preguntando? ¿Para saber si es tuyo o no? —Su voz suena tensa, cortante, pero hay algo más. Algo que se parece demasiado a estar a la defensiva de quien ya se prepara para salir herido.*

*—¿Qué? Claro que no, joder, Valeria. Lo hago porque necesito saber qué te pasa. Porque si estás embarazada, si hay aunque sea una posibilidad, quiero saberlo.*

*—Bueno, pues no tengo ni idea. Llevo días así. No lo noté al principio. Pensé que era el*

*estrés, la mala alimentación, que no dormía bien. —Se encoge de hombros—. Ya me ha pasado otras veces y es probable que sea lo mismo. No todas las mujeres que vomitan por la mañana están embarazadas. Y si lo estoy… No creas que se va a repetir la misma historia, Roi.*

*—¿A qué te refieres? —pregunto, pero esta vez mi tono es otro porque ya intuyo por dónde va.*

*Valeria se cruza de brazos, la mandíbula tensa, pero no se aparta. Me sostiene la mirada, con ese orgullo suyo que me revienta y me encanta a partes iguales.*

*—A que, si estoy embarazada, no voy a hacer lo que le hicieron a tu hermana.*

*El estómago se me encoge de golpe.*

*Paula.*

*Joder.*

*—Nadie me va a obligar a tener nada que no quiera. —Su tono es firme, pero noto que le cuesta. Y decir esto le remueve algo por dentro—. Nadie va a decidir por mí. Si sigo adelante será porque yo quiero. Y, si resuelvo que no… también será mi decisión.*

*—Paula tuvo a ese bebé porque quiso —murmuro, aunque suena más a pregunta que a afirmación.*
*Valeria me mira, no con ira, sino con algo peor: compasión.*
*—Paula tuvo a ese bebé aterrada —dice despacio, como quien expone una verdad que siempre ha estado ahí, pero nadie se atrevió a decir en alto—. Tenía diecisiete años y le daba más miedo la reacción de vuestros padres si se enteraban de que había abortado que cualquier otra cosa. Le hicieron creer que no había otra opción.*

*Trago saliva. Me cuesta.*

*—No soy mis padres —digo al final, con voz ronca—. Y no voy a obligarte a nada. Pero no me dejes fuera, joder.*

*Se me queda mirando.*

*Esta vez de verdad.*

*Con esa forma suya de observarme que me desarma siempre. Como si me viera entero y supiera que estoy cagado de miedo pero también quiero estar cerca, aunque no sepa cómo coño gestionar nada de esto.*

*Y sé que lo entiende.*

*Porque Valeria siempre me entiende.*



# 20

## *Mamá, quiero ser abogada… no madre*

Grecia huele a tabaco, café fuerte y burocracia.

Lo noto nada más bajar del avión. Pereira camina a mi lado, maletín en mano, con esa presencia suya que hace que todas las miradas se vuelvan hacia él. Es tan alto, tan moreno, tan… tan Roi Pereira. Con esa pinta de modelo que se ha escapado de un anuncio de colonia cara, con el traje perfectamente ajustado a unos hombros que parecen esculpidos por un cabrón con complejo de Miguel Ángel. Y ese andar suyo, que mezcla arrogancia con algo más crudo. Como si pudiera tumbarte contra una pared y follarte sin desabrocharse el reloj… que es justo lo que hace.

Pero yo veo lo que los demás no. Esa tensión mínima en su cuello. La mandíbula apretada. Los dedos que aprietan un poco más fuerte el maletín. Porque ahora sabemos cosas que antes no sabíamos después de esa conversación en mi baño y de que esa palabra –embarazo– se colara entre nosotros, todo es distinto.

Sin embargo, por fuera, seguimos siendo el dúo letal de la abogacía. La que pisa fuerte con tacones y el que lo controla todo con su voz grave y sus argumentos impecables.

No hablamos casi nada camino al hotel. Una furgoneta cutre, calles estrechas, el conductor

fumando como si quisiera matarnos a todos de cáncer antes de llegar, y yo con la cabeza a punto de estallar, pero no por el viaje, sino por lo otro. Por lo que aún no le he dicho.

Me hice la prueba y no estoy embarazada. Y eso me alivió y me jodió a la vez. No sé por qué. Solo sé que lloré. No quería estarlo, claro que no, pero tampoco quería sentir esta clase de vacío, como si me hubieran arrebatado algo que ni siquiera existía, pero lo sentía como mío.

En el hotel, cogemos habitaciones separadas. Por supuesto. Nos entregan las llaves con una formalidad absurda, como si no hubiéramos follado hace dos noches hasta el amanecer, como si no me hubiera comido el coño en el recibidor de mi casa con una rodilla en el suelo. Pero aquí estamos de traje, fingiendo ser adultos responsables.

—A las cuatro, con Eva —me dice él, con el tono neutro de Pereira el abogado.

Asiento. Entro en mi habitación y me dejo caer sobre la cama. Miro el techo, respiro hondo y me repito que he nacido para esto, que es lo único que se me da bien y por lo que debo luchar.

El despacho es pequeño. Demasiado. O igual es solo que aquí dentro hay algo que nos asfixia. Pereira está a mi lado, pero no me roza. No lo necesita. Lo siento igual. Esa tensión en sus hombros, ese modo de entrecerrar los ojos cada vez que el abogado griego explica los últimos movimientos del caso. Como si no solo estuviera procesando la información, sino algo más.

Eva está sentada enfrente, con las manos cruzadas sobre el regazo, apretadas hasta que los nudillos le blanquean. Habla bajo, con pausas. Como si cada palabra que pronuncia le hiciera daño en la garganta. Como si nombrar a su hijo, el que ya no es suyo, le arrancara la piel por dentro. Y, joder, me atraviesa porque percibo su vacío…

No ese vacío que te deja un hombre cuando se larga. Ni el que notas cuando pierdes un juicio o te humillan delante de toda la puta sala. No. Esto es otra cosa. Esto es el vacío de quien ha tenido algo en brazos y se lo han arrancado. Como si su cuerpo aún esperara que le devolvieran lo que falta. Como si sus brazos no supieran hacer otra cosa que buscar ese peso que ya no está.

Y eso, joder, eso me mata.

Porque lo entiendo. No el mismo, pero sí el de perder algo que nunca vuelve. Cuando mi hermano murió, supe que nada volvería a ser igual. Él ya no estaría, y por más que gritara que abriera los ojos, no había vuelta atrás. Y, sobre todo, cuando vi a mi madre alejarse incapaz de cuidarme, ni amarme, ni salvarme cuando más la necesité porque yo estaba viva y mi hermano no.

Pereira termina de repasar unos papeles. Se los pasa al abogado griego. Luego me mira. Y sé que es el momento. Que toca decir lo que hemos venido a decir.

Tomo aire.

—Eva… —Mi voz es más suave de lo habitual. Me molesta que se note—. Sabemos que todo esto es durísimo, pero queremos explicarte cómo va a ser el proceso a partir de ahora.

Ella asiente, pero no me mira. Sigue mirando sus manos. Como si el suelo fuera más seguro que nuestros ojos.

—El juicio será ante un tribunal de familia griego —prosigo, procurando un tono claro—. Tres magistrados, algo habitual aquí. Escucharán a todas las partes: a ti, a Katerina y a Jaime si finalmente se presenta.

El nombre de Jaime es como una bofetada, pero ella no reacciona. Solo asiente con la barbilla apretada.

—Expondremos los hechos —interviene Pereira, deslizando los ojos por la pantalla mientras habla—. Nuestra línea es demostrar que la decisión de Katerina no fue libre, que la han manipulado y que hay presiones, además de pagos irregulares.

Eva se muerde el labio inferior. Sé que sabe todo esto, pero ahora lo oye de nuevo, estructurado, con la gravedad de quien está a punto de pisar el campo de batalla.

—Presentaremos las pruebas que hemos reunido: las transferencias, los mensajes y la declaración de Luis Cifuentes —añado, y ella suelta un leve suspiro; aunque lo sepa, escucharlo en voz alta lo hace más real—. La clave será demostrar que el bienestar del niño está en peligro. Aquí se prioriza a la madre gestante, pero si logramos que el tribunal considere que Katerina actúa por dinero y no por verdadera voluntad, tendremos opciones.

Miro a Eva, a esa mujer a la que han juzgado como si su dolor fuera menos legítimo. Como si ser madre dependiera únicamente de haber gestado nueve meses.

Porque si ser madre no es esto… como Eva, que lo ha dado todo por serlo… ¿Qué coño soy yo o mi madre que renunciamos a ello?

Y me descubro pensando que, por un instante, quizá no me aterrorizó tanto la posibilidad de un embarazo. Que, en medio de todo el pánico, sentí algo que no quiero ni nombrar, algo que me dice que quizás no esté tan segura de nada.

Trago saliva y me muevo en la silla.

Eva se lleva la mano al pecho al mencionar a su hijo. Pereira se frota la nuca, como si le

ardiera, porque siempre lo ha tenido claro: los niños no se compran. Pero ahora lo veo dudar. Entiende que no todo es blanco o negro. Hay una mujer que pierde a su hijo, otra que en principio no lo quería y un cabrón como Jaime que ve en ese niño un cheque en blanco.

De pronto, el caso deja de ser solo leyes y papeles. Es una pregunta que me taladra el pecho:

¿Qué significa ser madre?

¿Quién lo es de verdad?

¿La que lo gesta?

¿La que lo paga?

¿La que renuncia?

¿La que lo cuida?

—Si Katerina se queda la custodia, Sanabria podrá negociar a partir de ahí. Es el padre legal, siempre podrá reclamar visitas, estar cerca, controlar —Pereira se cruza de brazos y frunce el ceño—. Y, si consiguen entenderse, o si él le paga lo suficiente, podría quedarse con el niño.

—¿Cuánto durará este juicio? —pregunta, con la voz ahogada.

—Días —responde Pereira—. Quizá una semana o dos. Depende de las pruebas, de los testigos. Pero no será rápido; aquí nada lo es.

Eva asiente de nuevo. Se le marcan los nudillos al apretar las manos. Pereira cierra el portátil. Yo recojo mis papeles. Nos quedamos en silencio unos segundos. Nadie dice nada. Porque todo ya está dicho.

Hasta que ella levanta la cabeza.

—Solo quiero que luchéis. Hacedlo como si fuera vuestro hijo.

Sus palabras nos traspasan a los dos. Lo noto en Pereira, en cómo se le tensa la mandíbula, en cómo me esquiva la mirada.

—Lo haremos —responde él, con esa voz suya grave, firme. La que no admite dudas.

Cuando salimos, Pereira avanza a mi lado, pero se comporta de forma extraña, callado. Hasta que suelta:

—¿Crees que comprar un niño te hace menos madre?

Avanzamos por una calle estrecha, con el ruido de los coches antiguos y el olor a tabaco que

se mezcla con el café fuerte de las terrazas. Él va con el maletín en una mano, la otra en el bolsillo del pantalón. Su paso es firme, pero su mirada está lejos. Como si, por una vez, Pereira no tuviera claro el siguiente movimiento.

Me detengo. Giro la cabeza hacia él.

No es una pregunta retórica. No es parte del caso. Es él. Es su puto miedo, su jodida duda, su grieta.

Y me toca profundo porque yo también me lo he preguntado. He mirado a Eva y me he visto un poco en su desesperación, en ese vacío que solo llena un hijo. Yo, que siempre he dicho que no los quería, que no servía para eso, me he descubierto imaginándolo. Sintiendo cómo habría sido si esa prueba de embarazo hubiera salido positiva.

—Creo que ser madre es… estar ahí, luchar y querer aunque te rompan independientemente de cómo se llega a eso.

Pereira asiente, pero sigue sin mirarme. Sus ojos fijos en un punto cualquiera de la acera

—Es que… —Su voz se quiebra un poco, y eso me descoloca—. Joder, Valeria, siempre lo he visto claro: la gente como Eva, que compra niños… todo eso me parecía una barbaridad. Que un niño no se vende, que no se negocia con vidas ni se compra un cuerpo para gestar como si fuera un coche.

Hace una pausa. Resopla. Se pasa la mano por el pelo, nervioso.

—Pero ahora… —menea la cabeza—. Se me ha jodido todo el esquema. Porque no es solo dinero, Valeria. No es un contrato. Es ella y su hijo, y la manera en que se le quiebra la voz cada vez que pronuncia su nombre.

Se detiene y me mira al fin. Ahí está la vulnerabilidad que no deja salir nunca, la que se asoma cuando todo se desmorona. La que me recuerda que, bajo el abogado de hielo, hay un hombre al que le duelen las cosas más de lo que admite.

—Y he pensado en nosotros —añade con un tono tan bajo que casi me cuesta oírlo—. En lo que hablamos. En lo que podría pasar. Y he pensado que, si tú decidieras que sí… que sigues adelante con el embarazo… Joder, Valeria, no me iría. Me gustaría ser su padre y darle todo lo que pueda.

—Roi… —Su nombre se me escapa en un susurro. Él frunce el ceño, pero no me mira—. No estoy embarazada.

Se para en seco. Así, tal cual. Como si le hubieran metido un frenazo en el pecho.

—¿Qué?

—Me hice la prueba antes de venir. Salió negativa. —Suelto el aire despacio—. No hay nada.

Permanece parado, procesando la noticia. Después asiente, lento, sin decir nada más. Sus hombros bajan un poco, y su mano deja de apretar tanto el maletín.

—Joder… —musita, y no sé si lo dice aliviado o jodido. Quizá las dos cosas.

—Lo siento. Debería habértelo dicho antes, pero necesitaba asimilarlo.

—Supongo que así todo resulta más fácil, ¿no? —comenta, sin mucha convicción—. Imagino que te has sentido aliviada.

No respondo, pero reanudo la marcha y él me sigue. por esas calles estrechas que huelen a humo y especias, con motos que pasan demasiado cerca y ancianos sentados en sillas de madera, bebiendo café mientras nos miran como si fuéramos extraterrestres. Todo parece más gastado, más viejo, pero tiene algo, como si la vida aquí pesara más.

—Supongo que sí —respondo al final, pero mi voz suena hueca. Y lo noto porque él me mira de reojo. No dice nada. Espera. Porque es Pereira y sabe cuándo tiene que presionar y cuándo dejar que salga solo.

Intento respirar hondo, pero el aire se me atasca. Lo vuelvo a intentar y nada. Porque lo que voy a decir es enorme, mucho más que cualquier juicio, pelea o polvo contra la pared. Esto es mío, mi herida.

—Vi a mi madre —susurro—. Aquel siete de junio, en el cementerio.

Él se detiene levemente, ajustando su paso al mío para que se note que escucha.

—¿Hablaste con ella? —pregunta con ese tono suave que casi nunca usa, temiendo que cualquier palabra me haga callar.

—Sí. Bueno… —me aclaro la garganta—. Hablar, hablar… Fue más bien verla y que me soltara dos frases sobre la fuerte que soy como si eso fuera suficiente para justificar su ausencia.

A él se le endurece la expresión, pero no dice nada.

—Estaba llorando. Como siempre. Por Adrián. —se me resiente la voz, pero continúo—. Y no sé por qué, pero me quedé mirándola después. Sin acercarme. Desde lejos. Parecía… —me humedezco los labios, porque decir esto me quema por dentro—. Parecía tan madre, ¿sabes? Tan de verdad, con el cuerpo encorvado, abrazándose a sí misma como si intentara sostenerse, como si todavía lo buscara. Como si su hijo muerto fuera lo único que daba sentido a todo.

Me cuesta respirar; la garganta me arde como si tragara cristales.

—Y entonces… —Me cuesta, joder, me cuesta horrores, pero ya no puedo callarlo—. Cuando la prueba dio negativo yo pensé que la entendía por primera vez. Que si hubiera sido yo… si hubiera perdido a ese hijo que no tengo, tal vez habría hecho lo mismo, me habría vaciado por dentro como ella para no sentir ese dolor tan insoportable. Me odié porque toda mi vida he estado convencida de que era una persona horrible que me abandonó emocionalmente. Pero en ese momento, me di cuenta de que lo amaba tanto… que después de perderlo, ya no podía seguir adelante igual, era una persona muerta en vida. Y… yo solo era el recordatorio de lo que le faltaba.

Suelto el aire. Me tiemblan los labios y me arden los ojos, pero aún no lloro. Aguanto como puedo.

—Y… entendí por qué nunca he querido ser madre. No porque me sintiera abandonada por ella, sino por el terror a experimentar tanto dolor por la pérdida de un hijo. Ya sentí algo parecido con la muerte de Adrián y lo vi en mi madre, no soportaría algo así.

Y ahí se rompe todo.

Mis lágrimas caen sin permiso, primero despacio y después sin remedio. Me tapo la cara con las manos, tratando de contener los sollozos. Imposible.

Entonces lo noto moverse. Oigo el golpe sordo de su maletín al caer al suelo. Un segundo después, sus brazos me rodean con fuerza, sin titubeos. Su pecho se apoya en mi cara, sus manos en mi espalda, su aliento roza mi pelo.

—Eh… —su voz suena grave y rota—. Estoy aquí.

No sé por qué esas dos palabras me atraviesan tanto. Pero lo hacen. Como si fueran el bálsamo que no sabía que necesitaba.

Me aferro a él como a nadie en mi vida. y él me sostiene, sin prisas, sin soltarme, como si este abrazo fuera lo único importante.

Pero mis lágrimas no son solo por mi madre o por Adrián, sino también por Eva porque le tiemblan las manos y también sufre por su hijo. Y por ese segundo en que pensé que había algo dentro de mí. Algo nuestro. Y cuando no estaba... sentí su pérdida.

Así nos quedamos, en medio del humo y el calor de Grecia, entre olores que no reconozco y turistas que nos esquivan.
Y esta vez no quiero que me suelte.



# 21

## *Rojo pasión. Y no solo en los labios*

Me despierto con la boca seca y la cabeza embotada. Abrir los ojos me cuesta. Aunque la luz que se cuela por las rendijas de la cortina es suave, me molesta igual.

Respiro hondo. El aire está cargado, con un leve olor a humedad, a detergente de hotel y a ese perfume suyo que se ha quedado en las sábanas, en mi piel, en todas partes.

Y entonces lo noto.

Su brazo rodea mi cintura, su cuerpo está pegado al mío y su respiración cálida roza mi nuca.

No me muevo. Permanezco quieta, con el corazón latiéndome con fuerza, como si este simple gesto fuera más jodido que todo lo que hicimos antes. Porque lo es. Porque esta vez no hemos follado. No ha habido rabia ni cuerpos chocando contra las paredes. Solo él y yo. Solo un abrazo en mitad de la noche. Solo piel.

Y eso me desarma.

Su mano descansa en mi vientre, grande, fuerte, pero relajada. Como si me dijera que está. Que sigue aquí.

Cierro los ojos. Me odio por lo que siento y por lo que significa. Siempre creí que esto era

sexo: una guerra en la que nos quitábamos la ropa y nos arrancábamos la piel como si así pudiéramos ganar. Pero ahora es distinto. Hay heridas que no se cierran solo follando. Hay noches como esta en las que me aferro a él porque no sé qué hacer con todo lo que se me ha roto por dentro.

Me muevo un poco. No sé por qué. Quizá para asegurarme de que es real. Su brazo se tensa, instintivamente. Me aprieta contra él. Como si no quisiera soltarme.

Cierro los ojos otra vez, pero ahora es él el que se mueve.

—Buenos días —digo con voz ronca y un tono neutro que uso cuando no quiero abrir puertas.

—Buenos días —responde. Y suena igual. Como si ambos hubiéramos decidido que esta mañana no vamos a tocar nada que duela.

Pero entonces lo noto.

Esa humedad entre mis piernas. Esa sensación densa, pegajosa, que me baja de golpe a la tierra.

La regla.

Tarde. Después de hacerme un nudo en el estómago durante días.

Mierda.

Mierda.

Debería sentir alivio, y lo siento, en parte. Pero también hay algo que me golpea, como un puño en el esternón. Porque esto lo cierra todo. No hay más preguntas, no hay nada.

Y no debería importarme. Pero me importa.

Me muevo con cuidado, apartando las sábanas. Él me observa.

—Voy a ducharme.

Entro al baño y cierro la puerta. Me quedo un segundo quieta, con la espalda pegada a la madera, intentando recomponerme.

No estoy embarazada.

Lo repito mentalmente. Como un mantra.

No estoy embarazada.

Y estoy bien.

Estoy bien.

Pero no sé por qué tengo que repetírmelo tanto.

Abro el grifo. El agua cae fuerte y caliente. Me meto bajo el chorro y aprieto los dientes. Siento el agua escurriéndose por mi cuerpo, mezclándose con todo lo que siento, con lo que no quiero sentir. La sangre se diluye, pero la noto igual, porque esa mancha roja es el punto final a lo que pudo haber sido. Y no sé por qué me duele tanto.

Y entonces oigo el suave crujido de la puerta al abrirse. El ruido sordo de sus pies descalzos contra el suelo. Y luego, la cortina de la ducha corriéndose. No dice nada. Solo entra.

El agua se vuelve más cálida cuando su cuerpo se cuela detrás del mío. Alto, fuerte, siempre fuerte, pero hoy, más que nunca, es como si su sola presencia me sostuviera. Su pecho roza mi espalda, su piel mojada contra la mía y su brazo se desliza por mi cintura. Apoya su mano en mi vientre, abierta, firme. Como si quisiera sujetar algo que se me escapa. Como si supiera. Como si sintiera lo que yo no me atrevo a decir en voz alta.

Y yo… yo no me aparto.

Me dejo ir hacia él, apoyando la cabeza en su hombro. Cierro los ojos y respiro con fuerza. Su olor se mezcla con el agua caliente. Su pecho sube y baja despacio. Sin prisas. Su otra mano se desliza por mi costado, hasta mis costillas, y se queda ahí.

No busca más. No intenta nada.

Solo me abraza.

Y yo me quiebro.

No lloro. Ya lo hice ayer. Hoy no puedo más. Hoy no puedo más, así que solo me dejo estar, me dejo sostener.

Mis dedos acarician los suyos sobre mi vientre y él aprieta un poco más. Nos quedamos así. El agua cayendo sobre nosotros, arrastrando la noche, el miedo, la incertidumbre. Limpiando todo.

O casi.

Porque sé que, por mucho que el agua se lleve la sangre, lo que siento por dentro no se va tan fácil.

Pero esta vez, no estoy sola.

Nos enjabonamos. Primero a nosotros mismos, con movimientos prácticos, casi automáticos.

Pero poco a poco el espacio entre nosotros se reduce. La espuma resbala por nuestros cuerpos, y nuestras manos, esas que siempre se buscan con rabia, con necesidad, vuelven a encontrarse.

Mi mano se desliza por mi brazo, pero la suya la interrumpe y la guía hacia su pecho. Y entonces lo toco de verdad. No como cuando le clavo las uñas en plena embestida ni cuando le agarro el cuello en mitad de un beso. Ahora es distinto. Lento, jodidamente íntimo. El jabón y el agua resbalan, pero se siente más real que todo lo demás.

Mis dedos surcan sus hombros, bajan por sus pectorales, se deslizan por su abdomen, y noto cómo su cuerpo se tensa bajo mis caricias. Él también me toca, aunque no es el Pereira que me agarra para empotrarme contra la mesa. Este se toma su tiempo, roza mi cadera, la curva de mi cintura y la línea bajo mis pechos, como si memorizara cada tramo de mi piel, como si necesitara confirmar que estoy aquí, que estoy bien.

Me río. Mi risa suena suave, casi tonta, pero me río porque en medio de esta calma siento cómo su polla empieza a crecer. Porque claro que sí. Pereira puede ser el hombre más contenido del mundo, pero su cuerpo no miente. Su polla no sabe de conversaciones profundas ni de abrazos en la ducha. Su polla me ve, me siente y se pone firme como un puñetero soldado.

—¿En serio? —digo, entre risas, mirando hacia abajo, viendo cómo apunta directo a mí.

Él me mira, con esa media sonrisa suya que me jode la vida. Esa que dice «¿qué esperabas, Aldana?». Pero no contesta.

Así que no puedo evitarlo.

Mis manos, aún cubiertas de espuma, bajan despacio. Envuelvo su polla, recorro cada centímetro, lo acaricio y lo aprieto tal y como sé que le gusta. Y con la otra mano, desciendo un poco más, atrapando sus testículos, pesados, llenos. Los masajeo, los suelto, los ruedo entre los dedos con el ritmo exacto para llevarlo al límite sin que se corra todavía. Y me encanta verlo así, con el vientre contraído, la mandíbula marcada de pura contención y la polla temblando en mi mano, hinchada, suplicante, a punto de perder el control.

Él suelta un gruñido bajo, de esos que me hacen sentir poderosa, como si lo tuviera en la palma de mi mano en todos los sentidos.

—Joder, Valeria… —murmura, inclinando la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos solo un segundo.

Mis dedos se deslizan arriba y abajo, lentos, como quien juega con fuego, porque esta vez no es solo sexo. Se trata de sentirnos.

Así que lo acaricio hasta que su respiración se entrecorta, hasta que me muerde el cuello y

me agarra las caderas con esos dedos suyos que siempre acaban dejando marca.

Entonces baja la mirada. Me observa desde arriba, con el agua resbalándole por el pelo oscuro, por la mandíbula afilada, por ese pecho que he mordido más veces de las que puedo contar. Y me arde el estómago porque sé lo que viene.

—Gírate —ordena, bajo, ronco. Con esa voz que me hace perder el norte.

Me muerdo el labio, porque claro que quiero. Joder, quiero tanto que se me tensan los muslos. Pero…

—Roi… —Inspiro hondo—. Tengo la regla.

Su mandíbula se mueve, pero no en señal de disgusto. Es otra cosa, ese tic suyo de impacienta, cuando algo le toca los cojones y le da igual todo.

—Ya lo sé —dice sin titubear—. He visto la mancha en la sábana.

—¿Y te da igual? —pregunto, aunque sé la respuesta. Pero necesito oírla.

—¿Te da igual a ti? —Su tono es desafiante, pero no hay burla. Es otra cosa. Es deseo. Pereira en estado puro.

Trago saliva. Porque claro que me da igual. Porque me he follado a este hombre como si la vida se me fuera en ello. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, un poco de sangre no me frena y menos con él.

—Gírate —repite, esta vez más bajo y más cerca de mi oído.

Y lo hago.

Apoyo las manos en la pared de azulejos, sintiendo el agua caliente recorriéndome la espalda, resbalando por mis pechos. Siento sus dedos separándome las nalgas, su polla rozándome, deslizándose entre ellas, poniéndome todavía más. Me aprieta la cadera con fuerza, con esa urgencia que reconozco al instante.

—Así… —murmura, mientras me penetra, despacio, pero sin detenerse. Y gimo, porque es él, porque siempre es él, y porque en este puto baño griego, con la vida patas arriba, lo único que tiene sentido es esto.

Nos movemos juntos: agua, sangre, jabón, piel. Todo mezclado. Todo nuestro.

Yo me agarro a la pared más fuerte porque me voy, me voy ya. Y lo pienso. Joder, lo pienso. Porque después de todo, después de ese puto susto, después de Grecia, después de todo lo que dijimos, debería parar. Debería decirle que coja un condón, que esta vez no podemos permitirnos

otra vez lo mismo.

Pero no lo hago.

Porque es él y lo quiero así, sintiéndolo entero. Porque me vuela la cabeza la idea de que me llene y después de todo, me gusta que lo haga.

Pero hay algo más. Algo que no hace falta que le diga porque lo sabrá, que quiero que esa posibilidad perdida sea real y me deje algo dentro que no se borre cuando se marche. Que se quede, que sea nuestro y que sea de él.

—Dentro —susurro, entre jadeos—. Joder, Roi… dentro.

Él se tensa. Me aprieta la cadera un poco más. Sé que duda, que se acuerda de todo lo anterior. Pero luego suelta un gruñido que me rasga por dentro y embiste con más fuerza.

—¿Estás segura? —gruñe contra mi cuello, pero su polla sigue entrando y saliendo, y yo ya no puedo pensar en nada más.

—Sí. Joder, sí. —Cierro los ojos y aprieto el culo contra él.

Y ahí lo pierdo.

Él me agarra con tantas ganas que podría romperme. Como si me quisiera marcar por dentro y por fuera. Y cuando se corre, lo siento caliente, profundo, y es tan jodidamente bueno que casi lloro.

Pero no es solo por el placer.

Es por ese segundo.

Ese segundo en el que he deseado que no fuera solo sexo. Que fuera algo más.

Y me importa una mierda.

Porque esto somos Pereira y yo.

Y ningún pasado ni futuro puede frenarnos en este instante.

Cuando salgo, Pereira está sentado al borde de la cama, abrochándose el reloj. Ese puñetero reloj que siempre me pone cachonda, pero que hoy me hace pensar en todo lo que hemos pasado juntos: él con una rodilla en el suelo, su boca entre mis piernas, sus brazos sujetándome mientras lloraba en mitad de una calle griega, en su semen dentro de mí y lo que eso puede significar.

Y él…joder, está feliz. Lo noto en esa sonrisa leve que se le escapa cuando cree que no le

miro. Y Pereira feliz me desmonta más que Pereira cabreado.

Se levanta, estirando los hombros con ese gesto que parece diseñado para que le pongan una banda sonora épica detrás y se acerca.

Me besa en los labios. Suave. Casi con ternura. Pero no como si fuera un trámite, ni como si quisiera follarme otra vez –aunque, conociéndolo, eso también está ahí–. Me besa como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Lista?

—Casi.

Me visto.

Me pongo la falda de tubo, la blusa perfecta, los tacones que anuncian cada uno de mis pasos como si fueran sentencias. Pinto mis labios de rojo. Ese rojo que dice «ni se te ocurra joderme hoy». Y cuando me miro en el espejo, ya no soy la mujer que lloraba en una calle griega. Soy Valeria Aldana, la abogada que ha venido a ganar.

Pereira me espera junto a la puerta. Me recorre de arriba abajo con esos ojos que siempre tienen algo de hambre. Pero hoy, además, muestran orgullo porque sabe que puedo destrozar a quien se me ponga delante.

Y eso me calienta más que cualquiera de sus embestidas contra la pared.

—Vamos a por ellos —suelto, con esa media sonrisa de arpía que sé que a él le calienta.

Porque yo también estoy feliz. Aunque no lo diga. Aunque me asuste porque, por primera vez en mucho tiempo, siento que estamos construyendo algo entre los dos, aunque no tengamos ni puñetera idea de qué.

Y salimos juntos camino del tribunal griego. A luchar por el hijo de otra mujer.

Pero con la sensación de que también estamos luchando por algo nuestro.



# 22

## *Joder, Pereira, que esto era solo sexo*

El tribunal griego es sobrio, clásico, con esos techos altos que parecen diseñados para recordarte que ahí dentro no vales una mierda, pero, mientras cruzo la sala con Pereira a mi lado, con nuestras togas prestadas y las cabezas girándose a nuestro paso, siento que entramos como si fuéramos a reventar aquello desde dentro.

Hoy venimos a ganar.

Y lo noto en él. En cómo se coloca la toga con ese gesto de hombre que ha nacido para esto. En cómo me mira de reojo, breve, como si no necesitara palabras para recordarme que somos un equipo. El mejor. Pero también noto otra cosa. Ese brillo que no le había visto antes. Como si este caso ya no solo fuera Eva. Como si, después de todo lo que hemos hablado, de todo lo que ha pasado entre nosotros, esto también le tocara por dentro.

Yo también lo siento. Pero lo entierro. Porque ahora toca trabajar.

Eva está sentada junto a nosotros. Las manos entrelazadas, los nudillos blancos. Pero firme. Porque esta mujer ha levantado un imperio, ha luchado por un hijo, y hoy no piensa dejar que se lo arranquen sin que le sangren las uñas.

Delante está Katerina, con ese aire contenido, casi humilde, que no me engaña. Sé lo que hay

debajo. A su lado, Jaime, con su camisa planchada a la perfección y esa sonrisa de autosuficiencia de aquí mando yo, que me dan ganas de arrancarle los dientes.

Empieza la vista. El juez pide orden.

El abogado de Katerina habla primero. Un tipo con cara de estar más acostumbrado a negociar bodas que batallas legales. Repite su discurso: que la madre gestante se ha arrepentido, que el niño es suyo y lo mejor para él es quedarse donde nació.

Chupito por cada vez que dice «interés del menor».

Yo sonrío por dentro, porque sé que en cuanto nos levantemos, le vamos a volar la cabeza.

Y entonces, Pereira se pone en pie y la sala entera parece contener el aliento porque Roi no habla: corta el aire.

—Señoría —empieza, con esa voz grave que te convence de que lo que va a decir es la verdad absoluta—, todos estamos aquí por el interés del menor, pero lo que está en juego no es solo eso. Es la integridad de este sistema: la confianza en los acuerdos. Este caso no solo trata de quién podrá criarlo. Trata de qué permitimos que se convierta en norma.

Camina despacio con esa seguridad que me enloquece y me calienta al mismo tiempo.

—Mi representada, Eva Montalvo, firmó un contrato con la señora Katerina. Un contrato legalmente válido. Un contrato que garantizaba los derechos y la seguridad de ambas partes. Eva no obligó, no presionó, no engañó. Cumplió con cada paso de la ley. Pagó lo que debía pagar dentro del marco establecido y siguió todas las condiciones impuestas por el país donde se llevó a cabo el procedimiento. Pero alguien más entró en esta ecuación. —Pereira gira la cabeza hacia Jaime. Lo mira como si ya lo tuviera condenado—. Alguien que convirtió este proceso en una transacción mercantil y manipuló a la madre gestante. La compró y puso precio a la vida de un niño para usarlo de moneda de cambio.

Pausa.

—Este tribunal no solo debe decidir quién criará a este niño. Es algo más grave.

Se acerca al estrado, con esa manera suya de moverse que hace que nadie en la sala pueda mirar otra cosa que no sea él.

—¿Vamos a permitir que la paternidad se negocie en despachos oscuros o mediante extorsión? ¿Que el derecho a ser madre o padre se venda al mejor postor? ¿Que sea un simple capricho frágil y cambiante?

Tensión en la sala. El juez lo observa con atención. Pereira continúa.

—Porque, si permitimos esto, estamos diciendo que cualquier contrato puede ser violado si alguien con suficientes recursos decide torcer las reglas. Que una madre puede perder a su hijo porque a alguien más le conviene. Que la justicia no protege a quienes cumplen con la ley, sino a quienes saben jugar con sus márgenes.

Respira hondo. Suelta la última bala.

—Señoría, la pregunta no es si Eva Montalvo es la madre del niño. La pregunta es si permitimos que los acuerdos que la ley ampara sean pisoteados con impunidad.

No ha apelado al amor. No ha hablado de sentimientos. Ni ha intentado conmover al juez con palabras bonitas. Tampoco ha tratado de vender a Eva como una santa. Ha defendido la validez del contrato, la legalidad del proceso y la necesidad de respetar las reglas. Y lo ha hecho como un disparo certero al corazón del caso.

Pereira vuelve a su sitio. Y yo, por primera vez en mucho tiempo, quiero besarle por otra cosa que no sea follármelo.

Pero me toca a mí.

Me levanto. Me ajusto la toga. Y me acerco a Katerina.

—Señora Katerina —empiezo, con esa amabilidad que solo reservo para cuando quiero destripar a alguien—, ¿cuándo fue la última vez que el señor Jaime Sanabria le hizo un ingreso?

Ella se tensa.

Empiezo a desgranar cifras, fechas, mensajes. Con esa precisión que he perfeccionado para que nadie me tosa en un estrado.

—Usted dice que se arrepintió al sentir moverse al bebé. Muy bonito. Pero los mensajes que tengo aquí dicen otra cosa. —Levanto los papeles—. Dicen que se arrepintió después de recibir esto. —Marco la cantidad con el dedo—. ¿Podría explicarnos por qué justo después de este ingreso decidió que ya no podía entregar al niño?

Katerina balbucea algo sobre sentimientos, sobre vínculo, sobre mi hijo.

Yo sonrío. Porque es lo que quería.

—¿Y cuánto le pagaron por esos sentimientos?

Ella no responde.

La sala contiene la respiración.

Me giro hacia Jaime.

—Señor Sanabria —Mi tono se endurece—. ¿Usted ama a este niño?

—Claro que sí —responde, ofendido.

—¿Y cuánto le costó ese amor?

Jaime se remueve en la silla.

—Porque aquí tengo las transferencias. Las conversaciones. Y parece que su amor es bastante cuantificable.

Sigue el interrogatorio. Tenso. Duro. Pereira interviene cuando toca. Me cubre la espalda. Pero yo soy la que está disparando.

Y los hago sudar.

Cuando acabo, me siento, con el pulso acelerado. Pero satisfecha. Porque he visto el miedo en sus ojos y he visto a Eva aferrarse a la silla como si le hubiéramos devuelto algo.

El juez pide un receso.

Salimos y Eva se aparta a respirar. Roi y yo nos quedamos fuera. Apoyados en una columna de mármol.

—Bien —dice él, con esa voz que ahora reconozco más allá de la profesionalidad.

Asiento con un suspiro. Noto los nervios instalados en el pecho. Así que, casi sin darme cuenta, me saco un cigarro del bolsillo. Es lo que hago cuando los recesos se alargan y mi ansiedad me come viva. Más como un ritual que puro vicio. Me lo llevo a los labios, buscando el mechero, pero entonces Pereira extiende la mano hacia el cigarro antes de que lo encienda.

Lo miro, alzando una ceja, y él me sostiene la mirada. Al final, se lo entrego. Lo parte con un movimiento seco y lo tira a la papelera más cercana, sin decir nada. Tampoco lo necesito.

Roi me observa de verdad. Con esa forma suya que me hace pensar que, cuando todo esto acabe, vamos a tener que sentarnos y hablar de nosotros.

Pero no todavía.

Ahora volveremos a entrar.

Porque aún no hemos ganado, aunque ya les hemos hecho sangrar.

Y Pereira y yo… nunca paramos hasta ver al contrario en el suelo.

Cuando el juez dice que la sentencia se dictará en los próximos días, noto el leve crujido de la mandíbula de Pereira a mi lado. Es casi imperceptible, pero lo siento porque a Roi le gusta ganar

ya.

Eva apenas asiente. Tiene los ojos vidriosos, las manos crispadas sobre el bolso que no ha soltado en todo el juicio. Yo me obligo a mantener la expresión neutra, pero por dentro estoy cansada. Jodida. Porque sé que esto alargará la agonía.

Salimos del tribunal. Es mediodía y el calor griego nos golpea de lleno. La calle vibra con ese caos tan suyo: coches que pasan rozándote, motos que esquivan peatones como si fueran conos de entrenamiento, ancianos que se toman la vida con calma mientras el mundo se incendia a su alrededor.

Eva se detiene junto al bordillo. Saca el móvil, lo mira sin tocar nada. Como si esperara que el resultado apareciera por arte de magia.

—Me quedo —digo, casi sin pensar.

Roi se gira, pero no me mira con sorpresa. Lo sabía. Lo esperaba. Y, en cierto modo, lo ha decidido conmigo.

—Nos quedamos —añade, y su tono no deja margen para discusión.

Sé que, mientras decimos que nos quedamos aquí, Pereira ya ha empezado su verdadera guerra.

Ayer le vi con el teléfono. Con esa expresión de caza que solo aparece cuando está preparando algo grande. Jaime. Ese gran capullo ya está muerto y ni lo sabe. Pereira ha llamado a Hacienda, a su contacto en Delitos Económicos, a su fuente en el juzgado. Está armando un caso. Está rastreando cuentas. Pagos. Transferencias. Porque Pereira no solo quiere ganar este juicio. Quiere destruirle.

Cuando volvamos a España, Jaime va a tener que responder por cada soborno, pago o coacción. Pereira no dejará que se levante. Y yo lo disfruto solo de pensarlo.

Pero ahora no hablamos de eso.

Ahora caminamos junto a Eva, porque toca otra cosa. Porque, por muy letales que seamos en el tribunal, a veces lo que hace falta es estar. Acompañar. Y Pereira también sabe hacerlo.

—¿Vamos a comer algo? —digo, intentando sonar ligera, como si el día no nos pesara a todos en los hombros.

Eva asiente otra vez, con esa torpeza de quien solo quiere que le digan qué hacer para no tener que pensar.

—Yo invito —suelta Pereira.

Casi sonrío. Porque invitar, en su lenguaje, no es sentarnos en el sitio más caro de Atenas ni pedir la carta de vinos como si fuera un catálogo de Rolex. Es otra cosa. Porque Pereira, aunque ahora tenga pasta, ha trabajado como un cabrón para llegar donde está. Cada euro que tiene lo ha sudado. No es el típico tío que gasta para fardar o impresionar. No necesita demostrar nada. Ya es quien es. Y cuando invita, lo que dice en realidad es: «Hoy descansas. Hoy no piensas en nada. Hoy yo me encargo».

Porque sabe lo que es cargar con más peso del que te toca. Y porque, aunque no lo diga, su manera de cuidar siempre ha sido esa: resolver, ocuparse sin preguntar y sin hacer ruido. Como quien deja el abrigo sobre tus hombros cuando tienes frío, sin decir nada, porque te ha visto temblar y le basta. O te agarra la mano en el agua cuando entras en pánico y se moja por ti sin dudar. O el que aparece en tu casa cuando sabe que ese día es una mierda y no tienes a nadie que te sujete. Porque así es Pereira. Siempre ha estado ahí. Incluso cuando yo me empeñaba en no verlo.

Eva se disculpa con un hilo de voz. Dice que está agotada, que no le entra nada, que prefiere volver al hotel. Le tiembla la sonrisa al decirlo, como si intentara convencernos de que está bien. Pero no lo está.

—Te llevamos —digo, pero ella niega rápido, casi con pánico. Como si le asustara no poder sostenerse delante de nosotros ni un minuto más.

Así que la dejamos ir.

Nos quedamos solos en la acera, con el calor de Atenas pegándose a nuestra piel. Él se ajusta las mangas de la camisa. Yo me recojo el pelo en un moño improvisado. Nos miramos.

—¿Te apetece comida griega? —propone él, y me suena tan cotidiano que casi me río. Como si no estuviéramos en medio de un drama legal, como si no me hubiera abrazado hace un día mientras yo lloraba contra su pecho.

—Vale —digo, porque lo lógico es comer comida griega cuando se está en Grecia.

Caminamos sin prisa, atravesando esas calles estrechas con edificios de fachadas gastadas y ropa tendida en balcones minúsculos. Me gusta Atenas. Tiene esa mezcla de caos y calma que me desconcierta, como si la ciudad estuviera siempre a punto de derrumbarse, pero siguiera en pie por pura cabezonería. Como yo. Como él.

Llegamos a un sitio que se llama *Avli*. No es de esos que aparecen en todas las guías, pero Pereira parece conocerlo. Claro que lo conoce. Porque él nunca va donde va todo el mundo. Siempre encuentra esos lugares que parecen secretos, como si el muy capullo tuviera un radar

especial.

El patio es pequeño, con mesas de madera desgastadas y sillas desparejadas. Hay plantas trepando por las paredes y toldos de tela que se mecen con la brisa. Todo tiene ese aire de «hemos improvisado, pero queda bonito».

Nos sentamos en una mesa apartada. La camarera, una mujer mayor con el pelo recogido en un pañuelo, nos sonríe como si nos conociera de toda la vida. Nos trae agua fría en una jarra de cristal. Pereira pide sin consultar. Porque sabe que no me gustan las cartas eternas ni decidir nada cuando tengo el cerebro frito.

Al rato llega la comida: ensalada horiatiki con tomates que saben a tomates de verdad, queso feta tan fresco que casi cruje, aceitunas que revientan de sabor salado en la boca. Pan caliente con aceite que gotea entre los dedos. Y souvlaki, brochetas de cerdo jugosas, con ese toque ahumado, acompañadas de tzatziki que refresca hasta el alma.

Comemos en silencio. No porque no tengamos nada que decir, sino porque no hace falta. Porque después de estos días, después de todo, sentarnos así, con el sol filtrándose entre las hojas, con la ciudad respirando alrededor, es justo lo que necesitamos.

Pereira bebe agua. Me mira. Me estudia. Como siempre.

—Bien hoy —dice de repente.

—Tú también.

No necesitamos más. Porque los dos sabemos lo que hemos hecho en esa sala. Cómo hemos puesto a Jaime contra las cuerdas. Cómo hemos hecho tambalear a Katerina. Sabemos que hemos dado el golpe. Que ahora toca esperar, pero que hemos peleado como las fieras que somos.

—¿Sabes qué es lo peor? —digo, empujando un trozo de pan con los dedos—. Que me gusta esto. La guerra. El subidón. Verlos sudar. Y eso me hace sentir un poco bruja.

Pereira se ríe bajo. Esa risa grave que siempre me ha puesto como una moto.

—Nosotros somos cabrones, pero justos.

—Qué bonito —suelto, con sorna—. ¿Esa frase la sacaste de un calendario motivacional?

Él se inclina hacia mí, con esa media sonrisa que me pone el estómago patas arriba.

—¿Quieres que te recite frases de Mr. Wonderful mientras te follo contra esa pared de ahí? —susurra, señalando una esquina del patio.

Casi escupo el agua.

—Por favor, Pereira. No mezcles tus dos pasiones.

—¿Follarte?

—Y ser imbécil.

Nos reímos. Joder, nos reímos de verdad. Porque en medio de todo este caos, seguimos siendo nosotros. Seguimos soltándonos pullas, buscando al otro como si fuera un instinto. Y eso me calma más que cualquier otra cosa.

Y entonces, en medio de ese puto momento perfecto, él suelta:

—¿Tú crees que… deberíamos hablar de lo que pasó en la ducha?

Levanto la mirada, con el tenedor a medio camino.

—¿Hablar? —Me hago la tonta, pero sé de qué va. Claro que lo sé.

Él arquea una ceja.

—Sí. De lo que dijiste y de lo que hice.

Joder.

Bajo el tenedor. Bebo un sorbo de agua y decido tirar por la vía Valeria, que es la única que conozco.

—Bueno, Pereira, si has venido a decirme que te has arrepentido de correrte dentro y que esperas que no me quede preñada, puedes ahorrártelo. —Le sonrío, afilada—. No soy idiota. Sé lo que hago. No estoy en mis días fértiles, por si te quedabas con la duda.

Él se ríe. Bajo. Un bufido que me calienta más de la cuenta.

—¿Sabes que eso de contar días es una mierda, verdad? —me dice, pero sin maldad—. Lo digo como abogado, pero también porque he leído más sobre fertilidad en los últimos días de lo que me gustaría admitir.

Nos miramos. Y ahí está otra vez. Ese jodido subtexto. Ese «sé que podría pasar». Y ese «no me importaría tanto».

—Sí. Lo sé —respondo más seria. Bajo la mirada al vaso—. Pero… me dio igual.

Se hace un silencio raro. No incómodo. Solo… diferente.

—A mí también —suelta él, y lo dice con tanta calma que me descoloca.

Levanto la cabeza.

—¿Qué?

—Que me dio igual, Valeria. Que no frené porque no pudiera. Porque lo pensé y, joder… —Se pasa la mano por la nuca—. Lo quise.

Nos quedamos mirándonos.

—Joder… —susurro, porque no sé qué más decir.

Pereira se inclina un poco hacia mí. No mucho. Lo justo para que nuestras rodillas se rocen bajo la mesa.

—No sé qué estamos haciendo. No tengo ni puta idea. Pero sé que, si pasa… —hace una pausa, pero no duda—. Lo asumiré todo.

Me tiemblan las manos, así que las oculto bajo la mesa.

—No te estoy pidiendo nada —me apresuro—. No quiero que te sientas obligado a…

—No lo hago por obligación, joder. —Su voz suena contundente—. Lo hago porque quiero lo que sea esto contigo.

Nos quedamos así, un segundo o una eternidad.

Y entonces sonrío.

—O sea que… ¿seguimos con este plan maestro de la reproducción improvisada?

Pereira se ríe. Esta vez de verdad. Y me encanta.

—Bueno, improvisada… —Mueve la cabeza—. Si lo piensas, Aldana, somos abogados. Seguro que podríamos hacer un contrato para todo esto: custodia, pensión, visitas…

—¿Follarías con una cláusula de rescisión? —me río, y él también.

—Follaría contigo aunque me quitaras la mitad del bufete en un divorcio —dice, con esa sonrisa suya que me deja sin aire.

—Qué bonito. ¿Eso es lo que dirás en la boda?

Sonríe, pero no se ríe.

Porque sabe que, entre todas las gilipolleces, acabamos de decir mucho más. Nos rozamos las manos sin querer. O queriendo. Y nos quedamos ahí. Mirándonos.

Y lo sé.

Si pasa, pasa.

Y será nuestro.

Y será jodidamente increíble.

—Vale. —Levanto la copa de agua—. Por el sexo sin condón y los abogados irresponsables.

—Y por no planearlo todo —añade él.

Brindamos y por primera vez en días, todo está en su sitio hasta que suena el teléfono.

Nos miramos y descuelgo..

Y esa calma se va a la mierda.

—Es el tribunal. Ya hay sentencia.

Levanto la mirada. Frunzo el ceño. Todo se ha resuelto demasiado rápido para que este tranquila. Roi ya me está observando, tenso, con esa alerta suya que siempre me hace sentir que podría salir a defenderme de un ejército si hiciera falta.

Pero no dice nada. Solo me sostiene la mirada. Un segundo. Dos. Hasta que le veo la sonrisa. Leve. Ínfima. Esa media sonrisa que le sale cuando todo encaja en su cabeza antes que en la de los demás.

—¿Qué? —pregunto, aunque ya lo sé. Joder, ya lo sé.

—Va a ser que sí. —Su voz es baja, segura. Como si ya viera el final—. Quieren que ese niño esté en brazos de su madre cuanto antes.

Nos quedamos así. Un segundo. Respirando esa frase.

Y luego estamos de pie. Buscando los papeles. Cogiendo las togas. Y saliendo del restaurante como si fuéramos a sentarnos en el puñetero Olimpo de los dioses.

Porque hoy, lo sabemos los dos, vamos a ganar.



# 23

## *Los gallegos la tienen grande*

Madrid me recibe con bocinazos, prisas y el móvil vibrando como si quisiera prenderse fuego. Y debo esquivar periodistas en la puerta del bufete, con cámaras apuntando y preguntas que rebotan entre el ruido del tráfico.

—¡Señorita Aldana! ¿Qué opina sobre el caso de maternidad subrogada? ¿Ha sentado precedente?

—¿Cree que esta sentencia cambiará la ley en España?

—¿Cómo fue trabajar con el abogado Pereira?

Joder.

Acelero el paso, esquivando un micrófono que casi me da en la cara. Entro en el edificio y respiro, pero tampoco es que aquí dentro se respire mucho mejor.

Alejandra me aborda antes de que llegue al despacho. Tacones a toda prisa, Tablet en mano, y esa cara suya que mezcla eficacia y drama.

—Medios nacionales e internacionales —dispara, sin respirar—. Todo Dios quiere hablar contigo. He dicho que estabas volviendo, que mejor hoy nada. A menos que quieras…

—No. —Levanto la mano—. Hoy nada.

Porque no quiero hablar de leyes ni de precedentes. Porque todavía tengo el olor de Pereira en la piel. Porque me desperté con su brazo rodeándome y su polla dura clavándose en mi culo, y me giré, y me besó como si fuera lo más normal del mundo. Porque luego me folló lento, sin prisas, y al terminar me abrazó tan fuerte que casi me rompe y…

—¿Valeria? —Alejandra me mira, con una ceja arqueada.

—Sí, sí. Gracias, Ale. Ocúpate tú. —Fuerzo una sonrisa—. Si insisten mucho… les dices que no me acuerdo de nada. Que los griegos nos emborracharon con ouzo y yo solo me puse la toga y sonreí.

Entro al despacho. Cierro la puerta. Dejo caer el bolso en la silla. Me apoyo en la mesa.

Suspiro.

El bufete es el mismo. La vista desde la ventana, igual. Los expedientes, en el mismo sitio. Pero yo… Yo no soy la misma. Y la sonrisa me vuelve sola cuando veo el mensaje en el móvil.

Pereira: *«¿Ya estás poniendo en su sitio a esos mediocres o te has dormido encima de la mesa?»*.

Sonrío.

Porque lo que de verdad dice es: «Estoy aquí. Y no me he olvidado de ti».

Pulso rápido sobre su mensaje. No me lo pienso. Porque esto es así con él. Siempre. Respuesta inmediata. Como si en vez de palabras, nos lanzáramos cuchillos.

*«Dormida no, pero tengo marcas en el cuerpo que explican por qué me cuesta sentarme»*.

Le doy a enviar. Espero. Sé que contesta rápido. Y no me falla.

*«Podría enseñarte más posturas ergonómicas esta noche. Por tu salud laboral y eso»*.

Me río en voz alta porque es imbécil. Y porque me pone. Porque este tira y afloja nuestro es la previa de algo que ya sé cómo va a acabar: contra una pared, con sus manos en mis caderas y yo gritándole que es un cabrón mientras me corro.

Miro la hora. Son casi las doce. Y no he hecho nada útil, aparte de recordar cómo me mordió el cuello esta mañana mientras me decía que no quería irse.

*«¿Salimos a comer?»* Es su siguiente mensaje.

Y ahí paro.

*«Hoy no puedo. He quedado con Paula».*

Tres puntos suspensivos. Pero no son de duda. Son de que ya está maquinando.

*«Perfecto. Vamos los tres».*

Y me quedo mirando el móvil.

Porque no me lo esperaba. Esto no es solo quedar para comer. Es otra cosa. Es él sumándose a algo que no tiene nada que ver con follar, ni con ganar, ni con contratos. Es Pereira con Paula. Y conmigo. Es familia.

*«¿Seguro? Porque igual Paula me pone verde delante de ti por haberme acostado con su hermano».*

*«Mejor. Así le cuentas que esta mañana te corriste unas cuantas veces y nos reímos todos».*

Le odio. Le odio mucho. Y le quiero follar. Y creo que también… Joder. No voy a pensarlo.

*«Te paso la hora y el sitio luego. Y no cuentes nada de las tres veces. Mi reputación me importa».*

*«¿Tres? Me estás dejando mal. Fueron cuatro».*

Cierro el móvil. Porque o lo cierro, o acabo tocándome en mitad del despacho y eso no sería lo peor que ha pasado aquí, pero casi.

Me recoloco la falda. Respiro hondo.

Hoy como con Paula. Y con él. Los tres.

Y no sé por qué, pero eso me hace más feliz que cualquier titular en prensa diciendo lo brillante que soy.

Estoy cerrando un correo cuando llaman a la puerta. Golpes secos.

—Si es otro periodista, dile que…

—Soy yo.

Levanto la cabeza. Mi padre.

Se apoya en el marco, con el traje gris impecable y esa expresión que siempre me ha hecho sentir que estoy a una palabra equivocada de cagarla. Pero hoy… hoy es diferente. O quizá soy yo la que lo veo distinto después de todo.

—Enhorabuena, Valeria. —Va directo al grano, como siempre, pero su tono es otro. Hay algo parecido al orgullo ahí metido, aunque seguro que se le está atragantando.

Asiento, porque no sé qué decir. Porque estoy más acostumbrada a que me señale fallos que a que me reconozca méritos.

—Gracias. Ha sido un buen caso.

—Ha sido un gran caso —me corrige. Y eso, viniendo de él, es como si me pusiera una medalla de oro.

Se queda de pie, incómodo, como si no supiera muy bien qué hacer ahora. Como si hubiera venido con algo más y estuviera buscando el valor para soltarlo.

—Había pensado… —Se aclara la garganta—. Podríamos comer juntos hoy. Para celebrar el éxito.

Boom.

Es la primera vez en años que me propone algo así. Por voluntad propia. Sin que yo tenga que arrastrarlo a una cena familiar inventada.

Y, claro, justo hoy no puedo.

—Me encantaría, pero he quedado para comer con Pereira… —digo, intentando que no suene como una excusa barata.

Mi padre asiente. Rápido. Como si no le importara. Pero sé que le importa. Porque le ha costado. Porque me lo imagino ensayando esta frase delante de mi puerta.

—Es un buen chico. Mejor que ese Mateo.—Lo suelta así, de golpe, y casi me atraganto con mi propia saliva—.

Y entonces añade:

—Te mira… bueno… como si fueras increíble. Supongo que porque lo eres, pero me gusta que sea capaz de apreciarlo.

Vale. Ahora sí que me da algo.

Porque esto… esto no me lo esperaba. Porque es la frase que cualquier hija quiere oír de su padre, aunque lo niegue. Y, por primera vez, siento que me ve. No como la abogada que debe estar a la altura. No como la hija que debía ser perfecta para llenar el vacío que dejó mi hermano. Me ve como una mujer que merece que la quieran bien.

Y Pereira…

Joder, Pereira.

Trago saliva. Intento que no se me note el temblor en las manos.

—Es solo trabajo, papá —digo, más por costumbre que por otra cosa.

Él me mira. Esos ojos que siempre han sido duros, inquisitivos, pero hoy son más suaves. Y no se tragara ni una palabra de lo que acabo de decir, pero le diera igual.

—Claro. Trabajo. —Asiente, pero con esa media sonrisa que no le había visto en años—. Aun así… deberías salir con él.

Me echo a reír. Porque es absurdo. Porque es ridículo. Porque me gusta que me lo diga.

—Ya veré —respondo, con esa falsa indiferencia que no engaña a nadie.

Mi padre da un paso atrás, hacia la puerta.

—Otra vez será lo de comer.

Y se va.

Y yo me quedo sentada, con la sonrisa tonta, con el pecho apretado, con esa frase retumbando en la cabeza:

«Te mira como si fueras increíble».

Porque, joder, por una vez, siento que lo soy.

Para Pereira y para mi padre.

Y eso… eso sí que no me lo esperaba.

Cuando salgo del despacho, Alejandra me vuelve a cortar el paso, esta vez con esa media sonrisa suya que ya me conozco.

—No te escapas.

La miro, ladeo la cabeza y respiro hondo.

—Si me preguntas tú también si quiero comer contigo, me voy a empezar a sentir como la soltera del bufete a la que hay que apadrinar.

Ella se ríe, pero no se aparta.

—Eso es porque todos te queremos, aunque seas una borde insufrible.

—Qué suerte la mía.

Nos reímos. Porque es Alejandra y con ella siempre es fácil. Porque sabe que no necesito que me salven, pero me tiende la mano igual.

—Hoy no puedo. —Le digo al final, pero con esa voz que suena más suave de lo que me

gusta—. Tengo comida familiar. Más o menos.

—¿Pereira es familia ahora? —me suelta, afilada, con esa chispa en los ojos.

—Calla, anda. —Le doy un manotazo en el brazo, pero sonriendo.

—Vale, vale. Pero otro día no te libras. —Se aparta, pero me guiña un ojo—. Quiero investigar tus hábitos alimenticios.

—Deja de imitarme, Alejandra.

Ella se ríe y yo también, pero me largo antes de que pueda soltarme alguna pulla más sobre Pereira y lo que comemos juntos.

Salgo al pasillo y ahí están.

Hugo y Martín.

En formación. Como dos pavos reales con traje a medida. Perfectos. Relucientes. Con esa seguridad de quien nació con apellido compuesto y la certeza de que nunca tendrá que pagar una hipoteca.

—Señorita Aldana —dice Martín, con esa voz impostada que solo usa cuando quiere hacerse el importante—. Enhorabuena. Magistral, como siempre.

—Una diosa —añade Hugo, y sé que va con segundas porque es Hugo y porque tiene memoria—. Aunque… —y ahí viene. Lo noto en sus ojos, en ese brillo de voy a soltarte algo que le conozco de memoria—. Dicen que el éxito se debe a que tenías… buen apoyo y tu socio es… muy bueno empujando.

Resoplo. Me cruzo de brazos.

—¿Otra vez con eso? ¿No os cansáis?

—¿Cansarme? —Hugo se lleva la mano al pecho, ofendido de broma—. Pero si a mí me alegraste la noche. Desde entonces entro a mi despacho con otro ánimo.

—Es solo curiosidad, Valeria… —añade Martin con tono casual, como si hablara del tiempo —. Pereira… ¿es tan duro como parece?

Pongo los ojos en blanco, pero me río.

—Duro, firme, incansable… todo eso. ¿Queréis más detalles para seguir tocándoos, pensando en él?

Se parten. Como críos. Porque lo son, aunque lleven trajes de tres mil euros y relojes que podrían pagar el alquiler de un año.

—A ver, entenderíamos perfectamente que te lo quedaras para siempre —dice Hugo—. Pero… ¿no tienes miedo de que te destroce? Dicen que los gallegos la tienen muy grande.

—¿Tú me has visto? —replico, alzando las cejas—. Aquí la que destroza soy yo.

Más risas.

—Bueno, cuando tengáis fecha de boda, avisad. Martín y yo queremos ser padrinos —dice Hugo, con tono solemne.

—Claro, así podréis hacer un discurso contando cómo os dejé a todos sordos en la planta cuarta.

—Exacto. Y pondremos una placa en esa pared.

Nos reímos más fuerte. Y es justo lo que necesito. Porque después de Grecia, después de Pereira, después de todo, esto… esto me recuerda que sigo siendo yo. Y que, pase lo que pase, estos dos idiotas siempre estarán aquí para recordarme que puedo con todo.

—Me largo, que me espera más trabajo —digo al final, todavía sonriendo.

—Y Pereira —suelta Martín.

—Cállate, imbécil —le suelto, pero sin mala leche.

Sigo andando por el pasillo, pero, joder, se me escapa otra sonrisa. Porque sí, Pereira es duro y firme. Y me deja las piernas temblando.

Y me encanta.

Cuando llego al restaurante, Paula ya está sentada en una mesa junto a la ventana. Sostiene una copa de vino blanco, girándola con los dedos como si en lugar de vino estuviera buscando respuestas. Me ve y sonríe, pero es una de esas sonrisas suyas que siempre me han jodido. Porque son amables, tranquilizadoras… y falsas.

Me siento frente a ella, suspirando.

—¿Llevas mucho?

—Nada. Un sorbo. —Eleva la copa, la mira como si estuviera valorando si acabarla o tirársela por encima—. Pero tranquila, tengo intención de vaciar la botella.

Río bajo. Porque la entiendo.

—¿Qué tal en casa? —pregunto, aunque sé la respuesta.

Paula ladea la cabeza y resopla, con esa expresión que mezcla alivio y culpa.

—Silencio. Mucho. Y me gusta. Pero a veces… no sé. Espero que salga él de la cocina a gruñirme cualquier cosa.

—Eso pasará —digo, más brusca de lo que pretendía—. Pero es normal. No puedes quitarte de encima quince años de mierda en dos semanas.

Asiente, pero se nota que esas palabras le pesan.

—A veces siento que estoy mejor de lo que debería. Como si… no sé. ¿No tendría que estar destrozada? ¿No debería estar llorando por él?

—¿Por qué? —Arqueo una ceja—. ¿Por ser un manipulador que te ha hecho sentir que sin él no eras nada? ¿Por tratarte como si fueras su asistenta con beneficios? ¿Por follarse a medio pueblo mientras tú ibas de casa al parque y del parque a casa? —Me inclino hacia ella—. Paula, no estás llorando porque te has librado de una condena. Solo te queda acostumbrarte a no ser prisionera.

Ella baja la mirada, pero se le escapa una risa floja.

—Joder, Valeria. Siempre tan sutil.

—Me tienes aquí por eso.

—Ya. Por eso y porque eres la mejor abogada matrimonialista que conozco.

—Exacto.

El móvil vibra en mi bolso. Lo miro. Pereira. Escribo rápido*: «Estamos dentro»*.

—¿Era él? —pregunta Paula, con una sonrisilla que ya me da mala espina.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Roi.

—Sí. —Bebo un trago de agua—. Viene ahora.

Paula se ríe, pero es una risa llena de cosas.

—Bueno… ¿Cuándo vais a reconocerlo de una vez?

Alzo las cejas, fingiendo que no entiendo. Pero claro que entiendo. Lo que pasa es que no quiero.

—¿El qué?

—Lo vuestro. Lo que sea que tengáis. Porque es obvio, Valeria. Lo era hace años y lo es ahora. Los dos erais como dos puñeteros sabuesos oliéndose desde el primer día. Y ahora… —

Hace un gesto con la mano—. Ahora hasta un ciego se daría cuenta.

Me cruzo de brazos.

—No sé de qué hablas.

—Claro que sí. Lo que pasa es que te da miedo decirlo en alto. Porque igual si lo dices, se hace real. Y si es real, ya no puedes huir.

—¿Tú qué eres ahora, terapeuta?

—No, soy tu amiga. Y me alegra verte así. Más relajada. Más… tú. —Hace una pausa—. Roi te mira como si fueras lo mejor que le ha pasado. Y eso no lo hace cualquier hombre y menos él.

El corazón me da un vuelco. Porque sé que tiene razón. Porque siento el calor subiéndome por el pecho, por las mejillas. Y antes de que pueda responder, veo que entra él. Pereira. Con ese porte que hace que todo el restaurante lo mire. Porque es así. Porque es grande, moreno, y se mueve con esa mezcla de elegancia y amenaza que te hace pensar que podría convencerte de regalarle tu casa o empotrarte contra la pared, y tú dirías que sí a ambas cosas.

Su mirada me encuentra primero. Siempre. Luego a Paula. Sonríe. Esa sonrisa leve, la que no regala a cualquiera.

—¿Todo bien? —dice mientras se sienta.

—Perfecto —responde Paula.

Y yo no digo nada porque aún tengo la conversación de antes dándome vueltas en la cabeza.

Pereira pide sin consultar. Porque sabe. Porque siempre sabe.

La comida transcurre entre bromas, algún comentario ácido de Paula y pullas entre Pereira y yo. Pero es cómodo. Es… familia. Y eso me desconcierta.

Cuando llega el café, Paula se reclina hacia atrás. Suelta un suspiro y nos mira a los dos.

—¿Sabéis qué? Me encanta esto. —Señala la mesa—. Nosotros tres. Así.

Pereira asiente. Sonríe.

Y yo siento que, por primera vez en mucho tiempo, estoy exactamente donde quiero estar.

Al salir, Paula se va primero. Pereira y yo nos quedamos en la acera, viendo cómo se aleja.

—Es fuerte —dice él.

—Lo es.

Nos quedamos en silencio.

—¿Todo bien con ella? —pregunta.

—Sí, claro y contigo también.

Se gira hacia mí. Esa mirada que siempre me desarma.

—¿Sí?

—Sí. —Respiro hondo—. Paula me ha preguntado por lo nuestro…

—¿Y? —No se inmuta, solo espera.

—No sé qué somos, Roi. Pero quiero seguir descubriéndolo.

Su sonrisa es leve. Pero está ahí.

— Día a día. Paso a paso… Hasta donde quieras que vayamos.

Me coge la mano. En plena calle. Pereira: el hombre del control absoluto y yo aprieto sus dedos porque esto ya no es solo follar, es pertenecer.



# EPÍLOGO

Me pongo el vestido rojo como quien se enfunda una armadura. Seda que se ciñe a mis curvas, espalda al aire, escote que roza la provocación sin cruzarla del todo. Tacones de vértigo. Labios a juego. Hoy no voy a disimular. Hoy voy a brillar.

Cuando salgo del baño, Pereira está en el dormitorio abotonándose la camisa blanca con el primer botón abierto, porque él es así. Formal, pero con esa pizca de «me importa muy poco el protocolo». Y joder, está tan guapo que me dan ganas de mandarlo todo a la mierda y montármelo con él ahora mismo.

Sé que me mira porque se le ralentizan las manos en los botones.

—Joder… —murmura, y sonrío.

—Espero que no sea eso lo que piensas hacerme esta noche delante de toda esa gente.

Él se ríe bajo. Me encanta esa risa. Y más cuando camina hacia mí, con esa seguridad suya que hace que hasta las paredes lo observen.

—Luego veremos. —Me sujeta la barbilla con los dedos y me besa. Despacio. Como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si no fuéramos a ir a la boda de Mateo e Isabel, esos dos que en su día parecieron joderme la vida, pero que ahora… ahora me la sudan.

El hotel es de esos que solo pisas si estás dispuesto a dejar medio sueldo en una noche. Elegante. Minimalista. Y con un salón que brilla tanto que tengo que contener la risa. Porque esto, al final, es puro teatro.

Hoy no vengo a fingir. Hoy vengo con Pereira. De la mano. Y lo sé antes incluso de que crucemos la puerta: somos esa pareja que todo el mundo mira. Porque él es él. Y Porque yo soy la ex. Y porque voy preciosa. Lo sé. Me lo noto en la piel, en los ojos, en esa media sonrisa que se me escapa sin querer con esa luz y plenitud que solo dan los embarazos a una mujer, aunque todavía no se note del todo, pero ahí está, creciendo.

Las miradas nos barren al entrar. Pero yo solo busco dos. Y las encuentro.

Isabel, con su vestido blanco perfecto, su pelo recogido, y esa sonrisa que quiere ser cálida pero se le hiela nada más verme. Y Mateo, que tarda medio segundo en pestañear como si no se creyera que soy yo. Como si no pudiera asumir que aquella Valeria que dejó atrás ahora camina con Pereira y parece que ha ganado la lotería al dejarlo ir.

—Valeria —dice ella, acercándose con su pose de anfitriona de revista—. Qué alegría que hayas podido venir.

—No me lo habría perdido por nada —respondo, con mi mejor sonrisa.

Pereira aprieta mi cintura, como quien dice «tranquila, estoy aquí». Y yo me relajo porque ya no tienen nada que me importe.

La ceremonia es breve. Correcta. Blanca y beige. Como ellos. Pero me da igual. Porque tengo la mano de Pereira en la mía y cuando el oficiante dice eso de que ese amor será para siempre, él me mira de reojo, con esa sonrisa torcida que dice «sí, claro». Y yo me muerdo el labio para no reírme.

El cóctel después es mejor. Porque aquí Pereira y yo desplegamos nuestro talento. Brindamos. Hablamos. Nos reímos. Y dejamos que todo el mundo nos vea. Que se pregunten. Que inventen. Porque es divertido y yo voy colgada del brazo del hombre más sexy del lugar.

Cuando Mateo se acerca, sé que va a soltar alguna frase de esas que él cree que son encantadoras, pero que a mí siempre me sonaron artificiales.

—Valeria… estás increíble. Como siempre.

—Gracias. Tú también. Muy clásico. Muy tú —respondo, con la misma sonrisa afilada de siempre. Pero esta vez, sin rencor. Solo porque me gusta tocar los huevos.

Mira rápido a Pereira, como si midiera el terreno. Como si buscara asegurarse de que sigue

siendo el gallo que canta más alto.

Pobre.

—A ti te conozco, ¿verdad? —dice entonces, girándose hacia Pereira con fingida cordialidad —. ¿Colega de Valeria? Trabajasteis juntos en aquel caso tan importante, ¿no?

Pereira ni parpadea. Pero noto cómo su mano en mi espalda baja se afirma. Cómo sus dedos se extienden, firmes, posesivos. Como si marcara territorio. Como si dijera sin palabras: «Sí, trabajamos juntos. Y ahora también me la follo cada noche. ¿Algún problema?».

Pero Pereira no es tan vulgar. Es otra cosa. Es acero bajo traje caro.

—Soy mucho más que su colega —responde, sin levantar la voz, pero haciendo que a Mateo se le sequen las pelotas.

Breve. Claro. Rotundo. Con esa mirada de «tú te lo perdiste, campeón».

Yo bajo la vista para disimular la sonrisa. Porque es mi puto dios griego y no necesita marcar territorio como un gorila.

Mateo asiente, incómodo. Su mirada se va al suelo un segundo antes de fingir que todo está bien. Suelta un «claro, claro» mientras se aparta, y yo me muerdo la lengua para no reírme en su cara.

Pereira se inclina hacia mí, apenas unos milímetros. Su boca roza mi oído.

—Uno menos.

Y yo quiero largarme de ahí, llevarme a este hombre y follármelo hasta que me tatúe su nombre por dentro.

—He reservado una habitación en este hotel —me susurra, con esa voz baja que me pone las piernas flojas—. En cuanto me des una señal, subimos y nos dejamos de tonterías.

Su mano sigue en mi espalda, y yo noto cómo me arde la piel bajo ella. Porque la boda me importa una mierda y lo único que quiero es arrancarle la camisa y cabalgarle hasta que Mateo y su puto cuarteto de cuerda se ahoguen en sus propias lágrimas.

—He pensado… —Se inclina hacia mí, tan cerca que sus labios rozan mi oído—. ¿Cómo era eso? Que te gustaba que te grabaran en las habitaciones de hotel mientras te masturbabas…

Me tenso, pero me sale la risa. Baja. Entre dientes. Porque es un cabrón. Porque se acuerda de todo.

—¿Y qué?

Su sonrisa es puro pecado.

—He preparado una cámara de vídeo. Por si quieres repetir la experiencia… — susurra, muy serio.

—¿Ah, sí? —Alzo una ceja, sin poder evitar que la sonrisa me tire de los labios—. ¿Y si lo hago, qué? ¿Solo me grabas o también te tocas mientras me miras?

Su mandíbula se tensa. Lo noto. Ese ligero tic que siempre aparece cuando le caliento de más. Porque Pereira será muy elegante, muy de traje impoluto y relojes caros, pero en cuanto le rozo el botón adecuado, me mete en el baño y me hace gritar tan fuerte que la orquesta tiene que subir el volumen.

—¿Eso quieres? —Su voz baja todavía más, casi un gruñido—. ¿Que me siente ahí, cámara en mano, mientras abres esas piernas y te corres para mí… y yo me hago una paja mirándote?

Me río, pero ya me arde todo. Porque lo veo. Porque lo quiero.

—Solo si luego me follas como si te hubiera estado provocando todo el día y ya no pudieras más.

Su sonrisa se ensancha. Peligrosa.

—¿Y cuándo no ha sido así?

—Nunca.

Nos miramos. Nos desafiamos. Pero ya hemos perdido. Porque estamos sudando solo de pensarlo. Porque sabemos que vamos a subir a esa habitación y que va a ser aún mejor de lo que imaginamos.

—Cinco minutos más —murmura, mientras su pulgar acaricia la parte baja de mi espalda—. Y subimos. Pero luego no te quejes si salimos de aquí con un vídeo que podríamos vender por más que la boda entera.

—Perfecto. Pero te corres dentro. Ya lo sabes.

Asiente, sin pestañear. Su mano en mi espalda se desliza hacia mi vientre, con la misma naturalidad con la que respira. No dice nada. No hace falta. Su pulgar roza mi piel por encima de la tela, leve, casi distraído, pero a mí me quema. Porque ya no es solo un gesto de posesión, de «es mía». Ahora es otra cosa. Es «somos tres».

—Lo sé, Aldana. Siempre.

Y yo, joder, me muero. Así que respiro hondo, sonriendo como si nada, mientras me preparo

para fingir interés por el brindis de unos novios que me importan una mierda.

Cinco minutos. Solo cinco.

Y luego, Pereira y yo volvemos a ganar porque ganamos en los tribunales, en la cama, y ahora también aquí: en la vida. Y dentro de poco estaremos en nuestra boda, en San Xoán. Una boda que nada tendrá que ver con todo esto. Será sencilla, íntima. Solo nuestra.

Sin farolillos de colores. Sin vals. Sin grandes discursos.

Porque no nos hacen falta. Ya nos lo hemos dicho todo en cada herida, en cada polvo, en cada pelea. Y me doy cuenta de que no necesito más.

No necesito que me diga que me quiere. Lo sé. Lo supe todas las veces que me sostuvo mientras a mí se me rompía el pecho. Cuando no se movió ni un milímetro mientras yo decidía si saltaba o no.

Tampoco yo le he dicho que le quiero. Pero lo sabe. Lo supo cuando le pedí que se corriera dentro. Cuando entendió que le quería en mi vida, en mi cama y en mi cuerpo. Siempre.

Porque somos dos idiotas que se entienden mejor desnudos que hablando y ya no hace falta más.

O eso pensaba.

Porque cuando estamos cruzando la puerta de la habitación y me tiene contra la pared, con su boca en mi cuello y su mano desabrochando mi vestido, lo suelta. Así. Como si fuera fácil y no acabara de lanzarme un jodido misil directo al estómago.

—Te quiero, Valeria.

Parpadeo. Le miro. Su mandíbula está tensa, pero sus ojos no. Esos ojos oscuros me sostienen, me desnudan más que sus manos.

Y yo… joder, me quedo sin aire.

Porque Pereira siempre tiene que ganarme. Justo cuando creo que lo tengo controlado, me hace esto.

Y me desmonta.

Otra vez.

Siempre.

# *Fin*

***¡Hey! Si has llegado hasta aquí, no te vayas sin dejar tu huella.***

***Tu opinión o valoración es como el último capítulo de esta historia: ¡imprescindible!***

***¿Nos vemos en las reseñas? Dale a este QR***



# AGRADECIMIENTOS

A vosotras/os, mis lectoras/es, las auténticas/os protagonistas.

Es imposible no sentarme aquí, escribir esto y querer abrazaros a todas. Porque lo que habéis conseguido, lo que hemos conseguido juntas, no es solo un sueño cumplido. Es una conexión, una complicidad que no se puede explicar con palabras, aunque lo intento en cada libro.

Cuando publiqué *Un mundo de diferencias* y *Una noche sin reglas*, os confieso que lo hice con la misma expectativa que tiene un gato al intentar cazar su propia sombra:

«Bueno, lo intentaré, pero no pasará nada».

Pensé que serían dos historias más en el mar infinito de Amazon, donde los libros entran con una tímida ola y se pierden para siempre en la marea. Pero, claro, vosotras teníais otros planes.

Aquí estoy, dos meses después, viendo cómo esos dos libros siguen dando guerra en el **Top 100**, acumulando más de **1000 valoraciones cada uno** (¡MIL, señoras, MIL!), y preguntándome si estoy soñando o si me he caído de cabeza en un universo paralelo donde la magia existe. Porque esto, para mí, es mágico. Increíble. Algo que jamás hubiera imaginado.

Habéis hecho que dos historias que escribí con más ilusión que expectativas se conviertan en algo enorme. Habéis reído, suspirado, soltado algún «qué cabrón este Jake» (o Daniel, o quien corresponda) y, sobre todo, habéis leído. Habéis leído con ganas, con intensidad, con pasión. Habéis recomendado los libros, comentado con vuestras amigas, dejado reseñas (algunas que me hicieron llorar y otras reír a carcajadas) y habéis hecho que mi nombre esté ahí, al lado de autoras que siempre he admirado.

Este éxito, si se puede llamar así, es vuestro.

Sin vosotras, sin cada una de esas lecturas, sin cada clic en «añadir a mi Kindle», sin cada reseña y cada mensaje de ánimo, esto no habría pasado. Así que sí, esto os lo debo a vosotras. Todo. No hay forma de agradeceros lo suficiente por haberme dado la oportunidad de formar parte de vuestras vidas, de vuestras noches de insomnio, de vuestros viajes en metro o de esos momentos robados entre el café y el trabajo.

Así que gracias. Gracias por confiar en estas historias, por darle una oportunidad a una autora que solo esperaba no hacer el ridículo y, en cambio, ha encontrado un lugar entre vuestras estanterías (virtuales o físicas). Gracias por hacerlo posible y por convertiros en cómplices de este sueño que nunca me atreví a soñar del todo.

Esto no es un adiós, claro. Es un «vamos a por más». Os prometo seguir dando lo mejor de mí en cada palabra, en cada página, porque después de lo que me habéis dado, no os merecéis menos.

No te olvides seguirme en mi página de Amazon si quieres enterarte de las próximas publicaciones, ofertas o promociones, puedes hacerlo desde este QR y dándole al botón de seguir

bajo mi nombre:



Con todo mi cariño,

Ariana

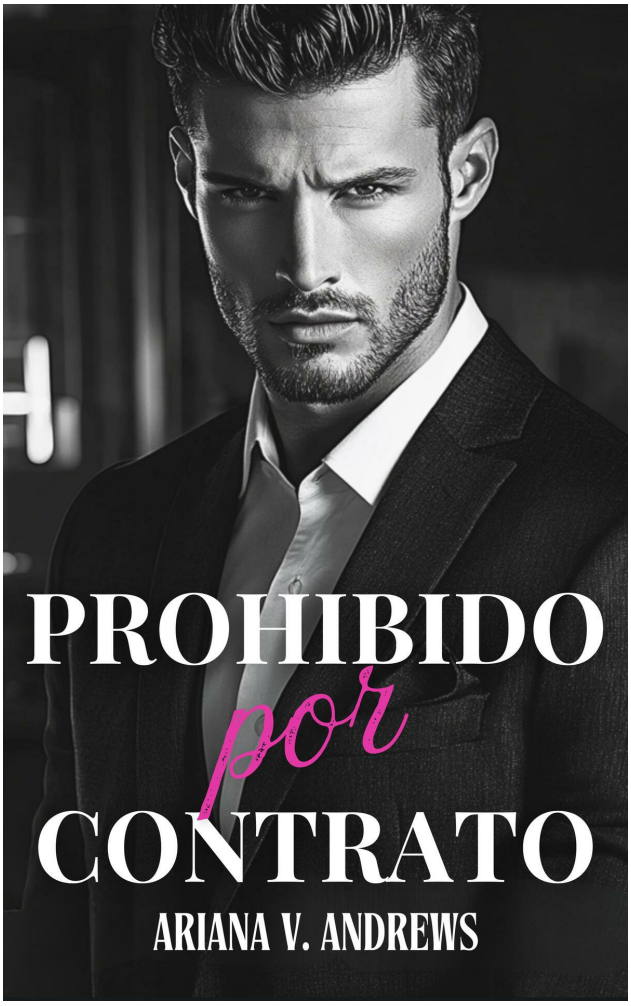
# *¡Ya en el horno!*

¿Y si el profesor que te oyó decir que «te lo harías con él» —y al que estabas convencida de no volver a ver— acaba siendo tu jefe?

Paula Pereira hizo lo que cualquiera haría: fingir que no había ocurrido. Pero el destino parece empeñado en demostrar que hay momentos de los que es imposible escapar. Justo lo que necesitaba para empezar sus prácticas: humillación diaria y ganas de lanzarse —o lanzarle— por la azotea.

Porque Gabriel Aramburu no es un jefe cualquiera. Es estricto hasta cabrearte, guapo hasta doler, lleva el traje mejor que nadie y su mirada te descoloca y te sentencia al mismo tiempo.

Y Paula es todo lo contrario: madre de una adolescente que la llama boomer, divorciada tras




un matrimonio que fue más una condena que una historia de amor y con una asombrosa tendencia al desastre.

El bufete tiene una norma: nada de líos con compañeros. Prohibido.

El problema es que hace unos meses, frente al aula de la universidad, Paula soltó delante de sus compañeras que se merendaría con gusto al profesor Aramburu —ya sabes, para encajar con esas universitarias más jóvenes y lozanas—. Y él estaba detrás. Y la oyó. Y la miró. Y ella deseó que se la tragara la tierra…

Porque algunas normas están para romperse.

Y algunos hombres… para descolocarte la vida entera.